

María London

El Hilo del Medio

N

O

E

S

Narrativa

 RIL
editores

MARÍA LONDON

El Hilo del Medio



© 2001, *by* María London

ISBN N° 956-284-155-3

RIL editores

El Vergel 2882, of. 11, Providencia

Tel. (56-2) 2238100 - Fax 2254269

ril@rileditores.com

www.rileditores.com

Diseño de portada : Cristián Silva

Fotografía de autor : Françoise Deslande

Printed in Chile - Impreso en Chile

Derechos reservados

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	11
I PUNTA ARENAS, DARKO, ELÍAS	17
II ENCUENTRO EN EL CIBERESPACIO	47
III BARCELONA	65
IV PORT LA NOUVELLE, IQUIQUE	81
V GRENOBLE, SANTIAGO, ANTONIO	97
VI GAVIOTA	115
VII MARÍA CECILIA	129
VIII ANITA	145
IX CLAUDETTE, LAS FOTOS	155
X TÍA CHELA	165
XI COSTA BRAVA	177
XII PUNTA ARENAS	189
XIII LA CENA.....	203
XIV EL CEMENTERIO	213
XV CAJAS	221
XVI EDLHA.....	231
XVII ANA	247
<i>Epílogo</i>	275

A mis hijos Anne-Sophie y Camille.

La historia que relato en el Hilo del Medio es completamente verídica y habla de personas reales, de personas de mi familia y de amistades que amo y respeto. Es justamente por respeto de la intimidad de cada una y a pedido de algunas de ellas que tuve que resignarme a cambiar casi muchos nombres y casi todos los apellidos y, por la misma razón, a usar yo misma un pseudónimo, pseudónimo inspirado de mi historia.

-Gaviota, ¿recuerdas que un día me dijiste: “pues si ya comenzaste es que debes continuar”? Ahora te puedo decir que te agradezco que me lo hayas dicho. Te ruego sí, aunque tengas razón, que esta vez no me vuelvas a decir: “está bien para un comienzo, pero aún debes trabajarlo”... He trabajado mucho, nunca en mi vida había trabajado tanto, pero mi arte es humilde y creo que aunque siga intentándolo no soy capaz de hacerlo mejor.

Las páginas que siguen hablan por sí mismas del agradecimiento que siento por cada uno de los seres que he cruzado en este camino. A pesar de ello, deseo agradecer en forma particular a mis padres y a mi hermana Ana María, por su gran cariño, a mi esposo Patrick, por su paciencia y apoyos permanentes, a mis amigas del alma, por existir, y a mis primos Ana, Antonio, Claudette, Darko, Hugo y Mónica, por todas las riquezas que me han dado y por haberme dejado hacer libre uso de sus cartas en las páginas que siguen.

PRÓLOGO

La mujer chilena, aunque se case, conserva hasta el final de su vida los apellidos de su padre y de su madre. Así conserva su memoria, cada apellido llevando con él parte de su historia.

De niña jugaba con mis hermanas a recitar, entrelazándolos, apellidos de padre, madre, abuela paterna, materna, etc. El juego no debía terminarse antes de llegar al apellido de la madre de nuestra abuela materna, la Nona.

A mí, se me ocurrió enamorarme de un francés, casarme con él y venirme a vivir a Francia. Nunca imaginé que después de veintidós años en este país lo único que quedaría de visible, o mejor dicho de “audible”, de mis orígenes sería un “*joli petit accent*” hispanoamericano.

Mis hijos apenas conocen mis apellidos de soltera. Mis amigos franceses ni siquiera eso. Creo que es tiempo de explicarles que ser latinoamericana es algo más que un pequeño acento. Que la sangre latinoamericana no es sólo una mezcla a proporciones variables de sangre española e indígena, sino también de muchas otras y que no deben olvidarse.

Todos mis antepasados llegaron a Chile entre 1885 y 1910. Venían de Dalmacia, de las orillas del mar de Azov en Crimea y de Ucrania. El primero de ellos en llegar a Chile fue el abuelo materno de mi madre, Elías Mátković Nikolić. Lo que he escrito se lo dedico a él y a todos los antepasados míos que, dejando para siempre todo lo que conocían, se subieron un día a un barco, atravesaron el Atlántico y se instalaron en la parte de abajo del nuevo mundo a buscar una vida mejor para los suyos.

Dedico también estas páginas a todos aquellos descendientes de inmigrantes, de cualquier parte del mundo, a los que un día se les ocurrió mirar hacia atrás, preguntarse por sus raíces enterradas en otro continente y que encontraron con tristeza que algunas de ellas se quedaron fuera de la tierra para siempre.

Los Antepasados míos que emigraron o que nacieron en Chile

La madre de María Kuznetsoff
emigra a Chile en 1906

Moisés Katz Kaplan
nace en Rusia,
emigra a Chile en 1906

María Kuznetsoff
nace en Rusia
emigra a Chile en 1906

Francisca Manalíc Samić
nace en ex-Yugoslavia,
emigra a Chile en 1896

Enrique Istkovich Rosenberg
nace en 1883, Rusia
emigra a Chile en 1906

Sofía Katz Kuznetsoff
nace en 1891, Rusia
emigra a Chile en 1906

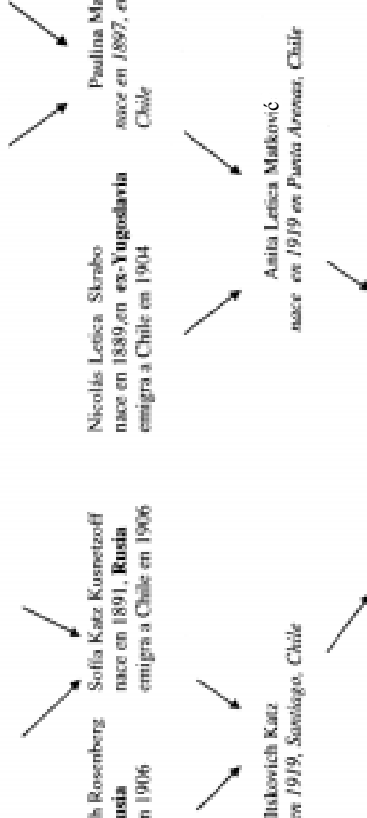
Nicolás Letícia Strabo
nace en 1889 en ex-Yugoslavia
emigra a Chile en 1904

Paulina Matković Marulčić
nace en 1897, en Punta Arenas,
Chile

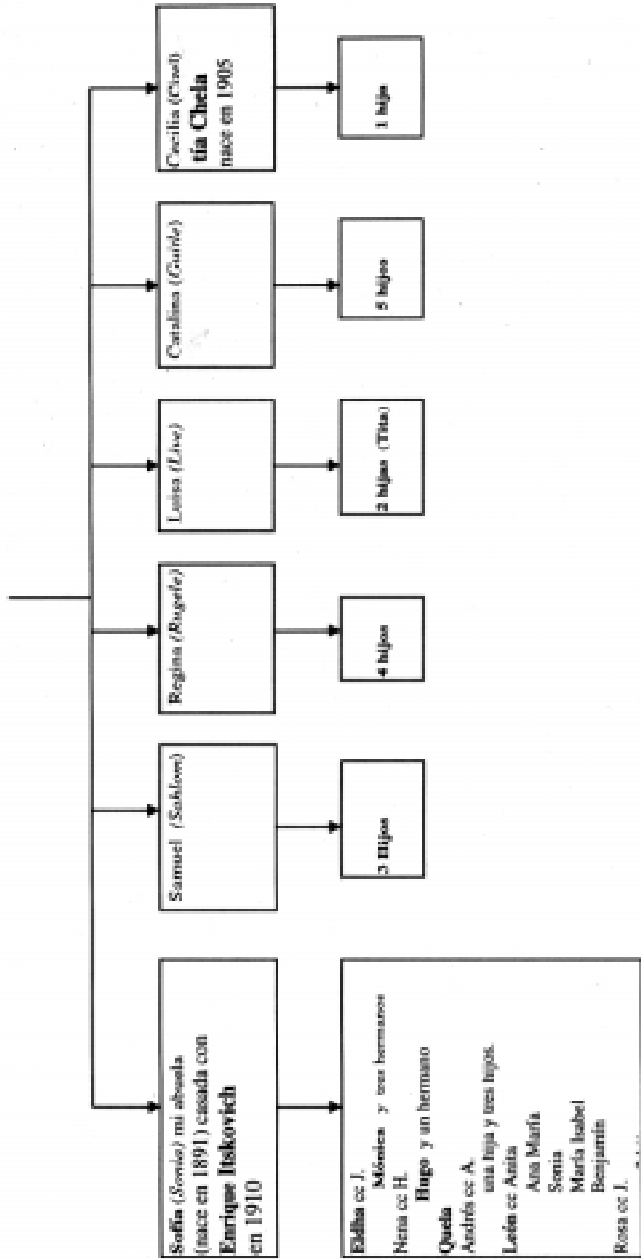
León Istkovich Katz
nace en 1919, Santiago, Chile

Anita Letícia Matković
nace en 1919 en Punta Arenas, Chile

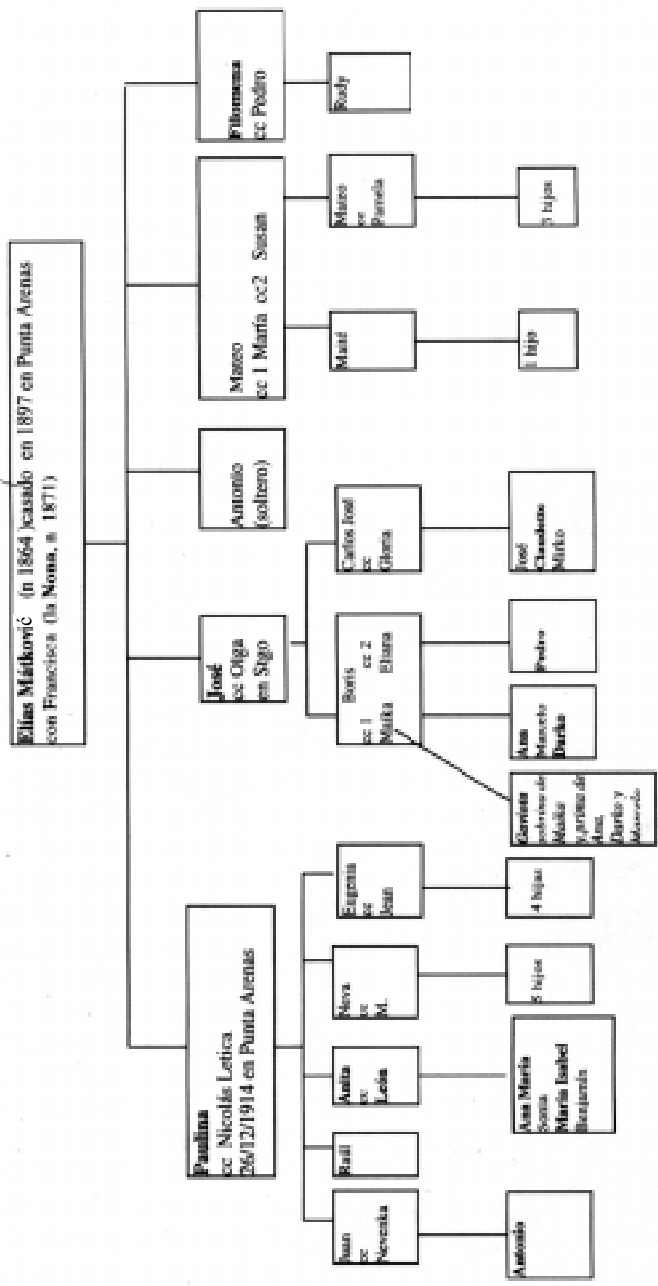
María Isabel Istkovich Letícia
nace en 1950 en Punta Arenas, Chile,
emigra a Francia en 1976.



Maisés Katz K. casado con **Maria Kusnetzoff**, en Genichansk, Crimea, a las orillas del mar de Azov. Maria viaja a Chile con sus 6 hijos y con su madre. Llegan por barco en Mayo de 1906 y se instalan en Concepción, donde ya residía su hermano, Jacobo Kusnetzoff, que fue el primero en llegar.



Elías venía de Kotor, naufragó en el Estrecho de Magallanes por el año 1892. La Nona nació en Postire, isla de BRAC.





María Isabel Itskovich, 1952. (Maribel).

I

PUNTA ARENAS, DARKO, ELÍAS

Febrero 1998

Es miércoles y, como de costumbre, almuerzo temprano y me entretengo porque comparto una mesa con unos colegas muy simpáticos del hospital en el que trabajo. Es el único momento de la semana en el que los veo y a veces pasan semanas sin que nos crucemos. Ellos saben que soy chilena, pero fuera de eso, no saben casi nada de mí.

Cuando llegué a Grenoble en 1976, después de casarme en Chile con Patrick, me empeñé en integrarme lo mejor y lo más rápido posible. Yo había vivido ya durante mi infancia dos experiencias dolorosas de cambios de ciudad al interior de Chile y esos cambios me habían servido de lección. Me instalé en Francia sin dejar nacer la nostalgia. En 1978, a los seis meses de mi primer embarazo y sin que ninguna ecografía me lo hubiese dicho, sentí que tendría una niña. Daba vueltas y vueltas a todos los nombres que podría darle y ninguno me gustaba. Un día escuché a una niña tocar maravillosamente bien un violín y la emoción que sentí llegó a lo más profundo de mi ser. Quise saber su nombre y se llamaba Anne-Sophie: Anne, como mi madre Ana, y Sophie, como mi abuela Sofia. Es verdad que no tenía nostalgia, pero la familia es la familia y todas mis dudas se disiparon definitivamente. Fui feliz arrullando a mi Anne-Sophie con canciones de cuna francesas. Estuve orgullosa cuando a sus dieciocho meses hacía lindas frases en

francés, nadie podría decir que ella lo hablaba mal por culpa de su madre latinoamericana. Me sentía merecer mejor así a mi familia adoptiva, que es una familia sólida y, a gran diferencia de la mía, con raíces desde hace cientos de años en una misma región. Para mí eso era algo extraordinario.

La primera ola de nostalgia me sorprendió cuando regresé a Chile por primera vez después de haber pasado cuatro años embebiéndome de la vida francesa. Mi segundo hijo nació poco después y entonces me dolió cantarle canciones de cuna en francés, Anne-Sophie no entendía el español. La nostalgia empezó a insinuarse lentamente haciendo algunos surcos en mi alma. No le pude poner nombre a lo que yo añoraba, no deseaba retornar, mi lugar estaba acá en Francia. Lo que yo sentía no se parecía a lo que sentían otros expatriados, más que nostalgia era una crisis de identidad, y la imagen de mí que veía reflejada en los ojos de mis amigos no se parecía en nada a la persona que yo me sentía ser. Me nació un deseo profundo de entender cuáles eran mis verdaderas raíces para poder ponerle así un nombre a mi nostalgia. Mi nostalgia no es sólo por la tristeza de la separación, es por el temor del olvido de todo el camino andado por mis antepasados y por mí misma y que me ha hecho llegar hasta el lugar donde me encuentro. Siento el deber de lograr explicar a mis hijos la parte de la historia que les viene a través de mí.

En diciembre de 1949, en Punta Arenas, hubo un temblor largo y suave. Anita se asustó mucho, corrió hacia las escaleras de su segundo piso en la calle Errázuriz, tomó de la mano a Sonia, que tenía sólo un año y medio, y trató de bajar. Ana María era más grande y podía bajar sola. Yo estaba a punto de nacer y para mi madre la tarea de bajar las escaleras no fue simple. Nací poco tiempo después y, en mi familia, dicen que fue por eso que me quedó un miedo incurable a los temblores. Anita casi murió de hemorragia durante el parto, pero a pesar de eso, y del hecho que fui una tercera mujer, igual me quisieron. Y me quisieron mucho. Cada día que pasa lo veo más claro.

Punta Arenas es un hermoso puerto con mucha actividad y carácter. Las casas tienen los techos muy inclinados y la mayoría de ellos son de color rojizo. Se dice por ello, y por otras razones, que tiene carácter inglés. Punta Arenas está en la península de Brunswick, que es la última tierra firme del continente americano.

El Estrecho de Magallanes separa la península de la isla de Tierra del Fuego y de todas las otras islas que terminan lo que queda de la Cordillera de los Andes. Nací en aquella lejana tierra, que es una tierra buena, para quién la conoce, la ama y la respeta.

–¿Sabes?, estoy leyendo unos libros muy entretenidos en los que se habla de Chile –dice mi colega Christian. –Es la historia de dos parejas de franceses que parten en 1870 a buscar fortuna a Chile, es muy entretenida. Son tres tomos, el primero cuenta de las peripecias del viaje de emigración, el segundo gira en torno de La Guerra del Pacífico y el tercero habla de la construcción del Canal de Panamá. No te puedo prestar los libros porque los pedí en una biblioteca, pero te puedo dar las referencias si tú lo deseas.

¡Qué me han dicho! Me encanta leer novelas. El fin de semana me apresuro a ir a una librería y compro los dos primeros tomos. Dentro de pocos días empiezan las vacaciones de invierno y será el momento ideal para gozar de un buen libro.

La lectura es muy fácil y amena. Comparto el placer de esta lectura con mi amiga Jeanne y con su madre, Yvonne, quien me regala el tercer tomo. Nos entretenemos mucho durante las vacaciones leyendo cada una un tomo diferente. En el primer tomo el autor cuenta, entre otras cosas, las razones por qué los protagonistas deciden partir, las dificultades que viven durante el largo viaje en barco entre Marsella y Santiago, pasando por las aguas terribles de los canales de la Patagonia.

Al leer esta historia me quedé pensando que de una manera u otra todos mis antepasados hicieron ese mismo viaje. Que ignoro casi todo de la verdadera historia de mis antepasados. El primer libro de Michelet es una linda novela, pero el contexto histórico no responde a mis numerosísimas interrogantes. Mis abuelos y bisabuelos paternos venían de Rusia y los del lado materno de la costa Dálmata del mar Adriático. Los antepasados de mi madre, cuando llegaron, se instalaron en Punta Arenas y no en la zona central, como lo hicieron los protagonistas del libro de Michelet.

La familia de mi padre sí se instaló en la zona central, primero en Concepción y después en Santiago. Esa familia siempre ha sido un misterio para mí, porque mi padre hablaba poco, porque

mis abuelos murieron antes de que yo los conociese y porque durante mis primeros trece años vivimos muy lejos de nuestros tíos, tías y primos. Cuando nos fuimos a vivir a Santiago en 1963 tampoco los veíamos mucho porque no nos resultaba natural hacerlo ya que no habíamos crecido cerca de ellos. Los primos por ese lado eran muy numerosos y yo les envidiaba el hecho de conocerse, frecuentarse y entretenerse tanto juntos. Es triste tener una familia así y no poder gozarla. En esos tiempos, por el año 1963 o 1964, supe por casualidad que el apellido de mi padre era de origen judío. Lo escuché en una conversación banal entre mis hermanas que aparentemente lo sabían desde hace muchísimo tiempo. Me chocó mucho que a nadie se le hubiese ocurrido hablarme de ello y que no me hayan informado de la cosa cuando vine al mundo ya que me parecía tener cierta importancia. Yo no tenía cómo adivinarlo porque mi padre, su hermano y todas sus hermanas se habían casado por la Iglesia Católica. Cuando lo descubrí imaginé miles de cosas, pero no le pregunté nada a nadie hasta que un día, después de algunos años y pensarlo mucho, interrogué por carta a mi padre. Yo tenía dieciocho años. Él me explicó que no valía la pena imaginar cosas terribles, que la respuesta era muy simple. Que él nunca había sentido que los cromosomas que llevaba tuvieran importancia, ni que ellos lo obligaran a practicar una religión en lugar de otra, que lo único que contaba era lo que llevábamos en el corazón y nuestras propias convicciones. Me explicó todo eso de manera muy hermosa, pero dándome a entender que era una absurdidad seguir haciendo preguntas en esa dirección. Bueno, aunque mis interrogantes no tenían mucho que ver con la religión no pregunté nunca nada más. Los orígenes de la familia de mi padre quedaron para mí desde entonces como un profundo misterio.

En esa época logré saber que mis abuelos habían llegado de Rusia a principios de siglo y que se habían casado en Chile. Mi abuelo paterno había tenido una tienda en Los Ángeles y se había ganado con ella su vida hasta el día en que un incendio lo destruyó todo. Después de eso buscó en el azar del juego la suerte perdida y como ese método no agradó en nada a mi abuela, mis abuelos terminaron separándose cuando mi padre era aún bastante joven. Tía Eldha, la mayor de los hijos, se puso a trabajar para mantener a la

familia y gracias a ello mi padre pudo terminar sus estudios secundarios. Sus buenas notas le permitieron obtener una beca del gobierno chileno para cursar sus estudios universitarios dejándolo agradecido para siempre de un país que permitía salir adelante a la gente por sus puros méritos.

Mi padre nunca hablaba de mi abuelo Enrique que había fallecido cuando yo tenía dos años. Para él era doloroso recordar a un padre que los había hecho sufrir muchísimo con su debilidad por el juego. El recuerdo de mi abuela Sofía era aún más doloroso para él. Ella había fallecido en el año 1943 como consecuencia de un error durante una operación benigna, tenía sólo 52 años. Mi padre tampoco hablaba de mi abuela y yo adivinaba que era debido a la tristeza que ello le producía. Nadie me contó nunca nada de su carácter, ni de por qué había empezado a rezarle a escondidas a los santos, ni a escondidas de quién lo hacía. En las repisas del escritorio de Iquique, ciudad donde viví entre los siete y los trece años, había una foto de mi abuela Sofía. No sé cuántas veces habré mirado esa foto preguntándome cómo habría sido conocerla como abuela.

En 1990 escribí desde Francia a mi padre rogándole que me contara algo más de mis misteriosos abuelos paternos, de cómo llegaron a Chile, de dónde venían, que quiénes eran. Respondió:

Santiago, 25 de mayo de 1990

Querida Maribel,

Mi abuelo Moisés llegó aquí con su mujer y sus 6 hijos a bordo de un buque de emigrantes desde Rusia, por allá por el año 1906 o 1907, después de la guerra entre Rusia y Japón cuando los Japoneses le sacaron la mugre a Rusia, y por supuesto, le echaron la culpa a los judíos de la derrota (algo muy frecuente en la historia). Venía también mi bisabuela (todos de la línea materna), pero a ella no le gustó nada este ambiente en el que no se respetaban los ritos judíos. Se comían cosas prohibidas, se usaba la misma loza para pescado y carne, etc. Cuando vino el terremoto de Valparaíso, creo que en 1907, consideró que este país estaba dejado de la

mano de Dios, y se las arregló para regresar sola a Rusia, y de ella no se supo nunca más.

Mi abuela se llamaba María, pero yo no la alcancé a conocer. Mi abuelo era enormemente alto, delgado y de ojos verdes, con una salud de fierro. Era una especie de campesino artesano. Trabajó muchos años de vidriero y tenía un negocio en Concepción, y después en Coronel donde vivía con dos hijos solteros. Tía Chela, la única aún viva y tío Samuel. A mí me mandaron a vivir con ellos como por un año cuando tendría 6 o 7 años, de modo que conocí la zona carbonífera en mi primera infancia. El abuelo sabía hacer muchas cosas: hacía pepinillos en escabeche, sardinas saladas. Y cuanta cosa se hacía en Rusia, para conservar para los largos inviernos de Crimea, porque eran de un aldea ubicada a orillas del mar de Azov. También era empastador y siempre empastaba “El Peneca”, la famosa revista infantil que era su gran tesoro. Después, ya en Santiago y muy viejo, controlaba sus colecciones de “El Peneca” como su mayor fuente de poder con los nietos. El que se portaba mal, según sus standards, se quedaba sin el tomo de “El Peneca”. Rayar la revista era un delito mayor. El abuelo murió pobre como rata, a avanzada edad, de un cáncer a la próstata. Me recuerdo que cuando ya estaba enfermo, y bastante ciego, me confidenció una vez. “Yo no sé por qué me vienen estas cosas, si desde que murió mi mujer nunca me he metido con otra”. Él estaba convencido de que se había pescado una gonorrea...

Que esto sea como una introducción a la historia de la familia de tu padre. Puede ser que hayan otros capítulos en el futuro. Si te ha interesado, me haces comentarios y puede ser que haya otros capítulos de recuerdos dispersos. Yo cené los miércoles en casa de tía Eldha. A veces se comenta allí cosas de la vieja familia. Especialmente cuando Eldha hace platos de los que hacía mi madre. Puede ser que de allí salgan otras historias.

Besos y abrazos para todos

Papá

En otra carta me decía:

Santiago, 5 de agosto de 1990

Querida Maribel,

Ahora, respecto de mi padre, él se vino con su hermano David, que era un poco menor, desde Londres, en el mismo barco en que se vino mi abuelo materno. Él provenía de un lugar de Rusia en la frontera con Polonia, cuyo nombre tampoco sé. En el buque de alguna manera ayudó a mi abuelo, que viajaba con una madre, mujer y cinco hijos, la mayor era mi madre que tendría 14 años. Papá desembarcó en Buenos Aires y la familia Katz siguió a Valparaíso en barco, llegando antes del terremoto de 1906, causa del regreso de la bisabuela a Rusia. Papá y tío David, después de un tiempo en Buenos Aires, se vinieron a Chile, cruzando la cordillera “a pie”, si es que me entiendes lo que es eso. En Santiago se puso a trabajar sin saber el idioma siquiera. Al poco tiempo después buscó a mamá y se casó con ella. Creo que ella no cumplía 17 años. Tuvieron negocios en Concepción, en Los Ángeles y no sé dónde más. En Los Ángeles tuvieron una tienda que terminó quemándose y ya nunca más se supo de fortunas. Terminaron en Santiago donde nací yo y Rosita, la menor de los hermanos.

Abrazos a todos

Papá

Al recibir esas cartas lamenté como nunca el hecho de vivir tan lejos y de no poder disfrutar las reuniones en casa de tía Eldha. Los habría llenado de preguntas. Lamento también que nunca conoceré el gusto de los platos que cocinaba mi abuela. Pero, lo que más me impresionó, fue lo que hizo mi tatarabuela. He meditado muchas veces en su terrible decisión de regresar. Esa decisión me parece aún más simbólica y misteriosa que la de haber dejado el país de origen.

Me quedé con esta versión de los hechos hasta 1994, año en que fui a Chile y tuve la ocasión de conversar con Tita, una prima

de mi padre, y con su tía Chela. Ellas aportaron una información importante a la historia: Moisés había viajado en 1905 con su hermano Elías, un año antes que su mujer y sus hijos. Los hermanos Katz Kaplán desembarcaron en Buenos Aires y, según Tita, Moisés también atravesó la cordillera caminando. Además pude aprender, gracias a ellas, que los nombres de mi abuela Sofía y de los tíos de mi padre Samuel, Regina, Luisa (Lucha), Catalina, y Cecilia (Chela) habían sido traducidos al español: sus verdaderos nombres eran Sonia, Sahlom, Rugele, Live, Guitle y Cizel.

Ahora sé que llegaron en mayo de 1906. El terremoto al que mi padre hace alusión fue uno terrible, grado 8,3, que sacudió Valparaíso el 17 de agosto de 1906. Mi tatarabuela no tuvo suerte, en general pasan entre cincuenta y cien años sin que un terremoto así de fuerte sacuda una misma región de Chile. A ella le bastaron tres meses en Chile para recibir ese bautizo. Y un detalle: mis abuelos se casaron en 1910, Sofía tenía diecinueve años y no diecisiete como mi padre creía.

En estas pocas líneas está todo lo que he logrado saber sobre la historia de los orígenes de mi padre.

Por el lado de mi madre, Anita, la familia estaba muy presente y al contrario de la de mi padre, no presentaba ningún misterio. Mi abuela Paulina, que había enviudado en 1957, había dejado Punta Arenas y se había ido a vivir a Santiago, donde nosotros vivíamos desde 1963. La veíamos casi todos los domingos. No era una abuela particularmente cariñosa, pero era una abuela entretenida. Paulina era una mujer independiente e interesante. En vez de amargarse con la viudez decidió a los sesenta años liberarse y aprovechar los años que le quedaban lo mejor posible. A pesar de sus cataratas y de una fuerte miopía, se puso a estudiar inglés y francés con una aplicación impresionante y agregó en un tiempo récord dos idiomas a su bilingüismo español-croata (en ese entonces decíamos yugoslavo en lugar de croata). Desde ese entonces ella decidió que leería libros sólo en inglés y en francés, ya que leer en español “era una pérdida de tiempo”. Aprovechando que mi tía Eugenia vivía en París, Paulina se fue a vivir por un par de años a Europa y perfeccionó su francés siguiendo con asiduidad cursos en la Alianza Francesa de París. Viajó sola por todo Europa y en uno de sus viajes fue a la ex Yugoslavia a buscar la tierra natal de sus padres. Así

pudo conocer algunos de sus parientes que estuvieron muy contentos de tener noticias de los primos de América. De sus viajes contaba cosas divertidas como lo que le sucedió cuando se subió por error, por culpa de su miopía, a una montaña rusa en Madrid sin darse cuenta de lo que estaba haciendo. Pasó un susto enorme porque estaba mal instalada y, además del miedo de caerse, temía perder su cartera con todos sus papeles. Nos reímos mucho imaginándola sola a los sesenta y cinco años en su montaña rusa.

Paulina era la mayor de cinco hermanos. En 1963 Paulina, José, Mateo, Antonio y Filomena estaban todos vivos y residían en Santiago. Fuera de Paulina, que había llegado a Santiago al enviudar, creo que todos los hermanos se habían instalado en Santiago siendo aún jóvenes.

No recuerdo ninguna ocasión en que la familia entera se haya reunido. No creo haber conocido a tío José, pero sabía que Anita lo iba a ver de vez en cuando. Lo único que yo sabía entonces de él es que era ciego y que leía el Braille. He aprendido últimamente que José se casó con Olga y que le dio dos hijos varones. José tenía algo así como veintiocho años cuando quiso darle una sorpresa a Olga saltando de una ventana, la sorpresa fue para él que se quedó ciego para siempre después de un doble desprendimiento de retina debido al impacto del salto. Imagino el dolor y la angustia para ese matrimonio joven, con dos hijos pequeños a cuestas, y una ceguera del jefe de familia a la edad en que la vida de adulto recién comienza. La ceguera de José fue de los ojos, pero no del alma. José se interesaba por lo esotérico, era un ser espiritual y profundo, tenía una fuerza espiritual poco común. Tenía tanta fuerza que llegaba a inspirar temor a lo que se le acercaban.

Tío Antonio no se casó nunca y no tuvo hijos. Le gustaban las mujeres, entretenerse, ir de fiesta en fiesta, de farra en farra. Le gustaba la buena vida y era un original. Amaba contar sus supuestas aventuras. Relataba cosas divertidas, como la de la vez que penetró, montando un caballo, al interior de un restaurante. Decía también que había tenido una cama redonda que usaba para impresionar a sus conquistas femeninas.

A tío Mateo lo conocíamos bien, era un hombre muy elegante y cultivado, separado de un primer matrimonio y vuelto a casar

con una mujer francés muy bella, muy fina y mucho más joven que él, tía Susan. De ese matrimonio tuvieron un hijo que nació después que yo. Mateo, cuando pequeño, tenía fama de ser un chico terrible, lleno de energía y agotador. Una vez, cuando vivíamos en Iquique, tía Susan que necesitaba descansar un poco de su carga de madre de hijo único, aceptó enviarlo a pasar unas vacaciones con nosotros. Mateo descubrió los techos horizontales de Iquique, corrió en ellos y logró caerse. Por suerte que tenía la cabeza bastante sólida y, fuera del susto, no le pasó nada. Tío Mateo era diplomático y viajaba mucho, pasaba con su familia largos períodos fuera de Chile.

La menor de los hermanos era Filomena Ángela, para nosotros era tía Filo y más tarde Filo. Ella era sólo diez años mayor que Anita y, cuando mi madre era niña, Filo era como una hermana mayor para ella. A pesar de la diferencia de edad se llevaban muy bien y siempre hubo una gran amistad entre ambas. Cuando Filo era joven quería hacerse monja de María Auxiliadora, pero mi bisabuela, la Nona, a pesar de lo muy creyente que era, y por alguna razón que Filo nunca logró entender, no la dejó. A los ochenta años Filo se lamentaba y se preguntaba aún por qué su madre le había impedido seguir su vocación. En lugar de hacerse monja Filo se casó, y se casó tan mal que se separó poco después. De ese matrimonio lo único que ganó fue dar a luz, en un parto difícil, a un niño que nació asfixiado, con un daño cerebral irrecuperable y que vivió casi cincuenta años en un asilo. A los setenta años, con su cuerpo lleno de dolores, Filo atravesaba en bus todo Santiago, dos veces por semana, para llevarle ropa limpia y algunas golosinas al personal que lo cuidaba. Todos aprovechaban de sacar partido de su generosidad. Otra de sus cruces fueron sus ojos, se los gastó trabajando en el Seguro Social para ganarse la vida y pagar la pensión de su hijo enfermo, economizaba cada centavo, sufría de cataratas, miopía y glaucoma. Filo no se hizo monja, pero con todo lo que sufrió ganó el cielo para ella y para todos nosotros.

Las visitas de Filo a casa se alternaban con las de Paulina, las dos hermanas no se llevaban muy bien y no era raro que se disputaran. Cabe decir que en la familia de mi abuela a todos les gustaba discutir. Eran personas interesantes, con mucha personalidad, pero

terriblemente individualistas. Filo era mas cariñosa que Paulina y si hubiese podido habría sido una maravillosa abuela. Cuando yo tenía algo así como veinticuatro años, me tocó descubrir su amistad al irme por un mes a vivir con ella para consolarme de una pena. Desde ese entonces, y hasta su muerte, nuestra relación fue muy particular. Nos confiábamos nuestros secretos y nos queríamos mucho. Cuando me casé con Patrick, me regaló un anillo que llevo siempre conmigo. Cuando me vine a vivir a Francia tomamos la costumbre de escribirnos regularmente y nunca dejamos de hacerlo. Cada vez que yo iba de viaje a Chile me llenaba de atenciones: aún hoy día, por donde mire en mi casa, tengo regalitos de Filo: collares de fantasía, prendedores ídem, unos gemelos para el teatro, una cartera comprada en Río, libros de ella entre los cuales están La Araucana y Las Moradas de Santa Teresa.

Cuando Filo murió mi madre y mi tía Neva me dieron como recuerdo el anillo que Filo llevaba y me dijeron que ella estaría contenta de que fuese para mí. Así llevo con orgullo un anillo suyo en cada mano. En mis momentos de soledad converso con ella. No creo en el Más Allá, pero Filo sigue siendo de este mundo y estando cerca mío.

A veces íbamos a casa de tía Neva, una hermana de mi madre o a casa de los hermanos de mi padre. Nunca fui a casa de mi tío Juan Letica, que había llegado a Santiago en 1963 al mismo tiempo que nosotros. Apenas conocí a mi primo Antonio, que tenía ocho años menos que yo, debo haberme cruzado con él un par de veces durante los trece años que viví en Santiago.

Mi hermana mayor, también está casada con un francés y vive en Nantes. El teléfono entre Nantes y Grenoble funciona muy a menudo.

—¿Ana María?

—¡Hola! ¿Qué dices?

—Estoy leyendo unas novelas muy entretenidas que cuentan de unos emigrantes franceses que partieron a Chile en 1870, las estoy gozando, pero me gustaría leer algo más sólido, que me cuente de verdad cómo era la cosa, desearía leer la historia del viaje de nuestros abuelos o bisabuelos. Sé que eso nadie me lo va a escribir, pero daría cualquier cosa por ponerle bases más sólidas a mi imaginación. ¡No sé nada!

—¿Leíste “Los Pioneros” de Campos Menéndez?

Sé que la familia Campos Menéndez es una familia de las más antiguas de Punta Arenas y conocida por su fortuna colosal.

—No, no lo he leído, ¿de qué trata?

—Es una novela de tres tomos, donde Enrique Campos Menéndez cuenta la historia de Punta Arenas. Claro, esa novela está escrita para la gloria de la familia del autor, pero la novela es buena y muy interesante.

—¡Ay! me muero de ganas de leerla, ¿la tienes?

—Sí, te la envío en cuanto pueda.

—¡Fantástico!, ¡ya estoy impaciente de recibirlas y leerlas!

Dicen que las infancias felices no dejan recuerdos, la mía sí. Mi primer recuerdo es de antes de cumplir mi primer año. Mis padres recibían por primera vez un matrimonio de italianos. Recuerdo haber estado sentada en un columpio de tela colgado en el umbral entre el living y el comedor y haber sentido la alegría de tener a mis padres y a estas visitas, de gente que hablaba raro, admirando la maravilla que era yo en esa época. Bueno, todos los niños son una maravilla, pero por entonces yo lo ignoraba. Ellos hablaban raro porque eran Italianos, venían recién llegando a Punta Arenas después de haber vivido un par de años en Argentina. En esos momentos no sabíamos que se quedarían hasta siempre en Chile y que Renata sería hasta su muerte la mejor amiga de mi madre. La voz de Renata aún canta en mis oídos.

Para las grandes ocasiones encrespaban mi pelo liso con unos fierros calientes, que me parece estar viendo todavía. Gracias a esos fierros en las fotos de mis dos primeros años, tengo mi pelo negro casi tan ondulado como el de mi hermana Sonia. Ella era rubia, hermosa y tenía unos maravillosos rulos que le llegaban hasta la mitad de la espalda.

Una vez mis padres daban una fiesta y había en una pieza una enorme montaña de abrigos. Bueno, yo era pequeña, pero era verdad que había muchos abrigos. No sé si fue en esa misma fiesta, o para otra fiesta en esa época, que viví una pésima experiencia. Debo haberme portado muy mal, la cosa es que mi madre no sabía qué hacer conmigo para que no molestara más. Tía Renata —en Chile los niños dicen tío y tía a los amigos de los padres aunque éstos no tengan ningún lazo familiar— le dio la muy mala idea, para calmarme, de sumergir cierta parte de mi cuerpo en el

agua fría del lavamanos del baño. Dicho y hecho. Aún recuerdo la rabia que tuve contra mi madre por haber seguido ese cruel consejo y la vergüenza que lo haya hecho sin ni siquiera cerrar la puerta del baño. Los adultos no saben que, incluso antes de los dos años, una niña tiene su pudor. El hijo mayor de Renata estaba en el corredor y contempló desde allí esta humillante escena.

A pesar de todos mis prejuicios contra una novela escrita para rendir homenaje a la familia más rica de la Patagonia, leo cada página con fervor. Encuentro en ella todo lo que esperaba y mucho más. Descubro, me da vergüenza mi ignorancia, que en 1870 la conquista de la Patagonia no tenía nada que envidiarle a la conquista del Oeste. La ciudad de Santiago había sido fundada en 1541 por Pedro de Valdivia, en cambio, Punta Arenas, empezó a ser una ciudad solamente por 1870, antes era una colonia penal y costó mucho esfuerzo y derramar mucha sangre antes de lograr transformarla en la ciudad próspera en la que nació mi abuela Paulina en 1897.

Aunque la realidad de la colonización de Punta Arenas no sea exactamente así, en la novela de Campos Menéndez ésta comienza de manera simbólica con un naufragio de un barco inglés. Los protagonistas de la novela son los sobrevivientes que deciden quedarse en Punta Arenas. Entre ellos se encuentran personajes de diferentes países de Europa. Uno de esos personaje es un español que representa al primer Campos Menéndez en Chile. También hay un austríaco, una polaca, dos italianos, un francés, un inglés, un portugués y otros personajes diversos y variados.

¡Qué me importa que esa novela no sea exacta!, me cuenta de mi tierra, del viento y del clima de mi querida ciudad natal de Punta Arenas.

Punta Arenas fue desde un comienzo una ciudad muy cosmopolita. Las amistades de mis padres, si no venían del extranjero, eran en general descendientes directos de ingleses, franceses, italianos, croatas, etc. Algunos pocos eran descendientes de chilenos de verdad. Los extranjeros que venían se sentían muy bien y se quedaban fácilmente. En Punta Arenas nadie era extranjero. Había chilenos-chilenos, chilenos-croatas, chilenos-franceses, etc. También había muchos chilenos-ingleses.

La mejor amiga de infancia de mi madre, tía Milka, era tam-

bién de origen croata. Su marido era de familia francesa y el padre del marido, que trabajaba como ingeniero, era el cónsul de Francia en Punta Arenas. El padre había descubierto en Chile las empanadas de queso y era capaz de batir todo los records inimaginables en cantidad ingerida: lograba comer cuarenta o cincuenta seguidas. Cuando el padre murió sé que su hijo siguió con el consulado, lo que no sabría decir es si comía empanadas o no.

Cuando tenía dos años nos cambiamos al quinto piso del edificio de la CORFO en pleno centro. Ese edificio está frente a la plaza. De mi dormitorio se veía el quiosco y el monumento a Hernando de Magallanes bajo el cual está la estatua del indio. Al indio hay que besarle el dedo gordo del pie para volver. Se lo besé en 1957, cuando nos fuimos a vivir al Norte, y así volví un verano en 1970. Se lo besé en 1970 y aún no he vuelto. Me cuesta hacer el viaje desde Francia a Santiago y, cuando estoy en Santiago, me falta el tiempo para viajar aún mas lejos, hasta la punta del mundo: Punta Arenas está 2.200 kilómetros más al sur. Ahora espero regresar. El pulgar del indio es como los calafates, hay que comer calafates si uno desea volver algún día.

Las escaleras y los ascensores del edificio de la CORFO eran nuestro lugar preferido para jugar. Tuve en esa época dos aventuras que me marcaron mucho. Una de ellas fue la primera vez que me atreví a saltar desde el tercer peldaño de las escaleras del quinto piso. Aún llevo la marca de los puntos que me tuvieron que hacer. La segunda aventura se la debo a mis hermanas mayores. Esa fue una aventura de verdad. La banda de los niños del edificio había descubierto una escalera de gato que daba al techo superior del edificio. Organizaron una gran expedición secreta, a escondidas de los adultos, y me llevaron con ellos, yo tenía menos de tres años. Aún me veo dentro del cuartito, en la escalera de gato, mirando el tragaluz abierto, pero había olvidado el resto de la historia. Mi hermana mayor me refrescó la memoria hace poco: entre la escalera de gato, que medía como tres metros, y el techo había un espacio de unos sesenta centímetros que había que franquear y lo hicieron llevándome en brazos. Al regresar de la expedición tuvieron algo de temor en hacer lo mismo en sentido inverso y me dejaron sola en el techo para ir a buscar ayuda. Ellos fueron castigados, Ana María aún recuerda el castiguito. Yo había olvidado el final de la historia, pero durante algo así como veinte años se me repitió una pesadilla en la que me quedaba encerrada en el techo de la CORFO. El edificio de la CORFO pasó más

tarde a ser el edificio de la ENAP. Viví allí hasta el día en el que cumplí los siete años.

Nuestro departamento era grande y agradable, tenía numerosas piezas y todo tipo de comodidades. A veces lo visito mentalmente, pieza por pieza, y trato de recordar todos los detalles que puedo. Los muebles del living tenían una decoración de junco en los costados. Un día, con unas tijeras en mis manos, descubrí el placer irresistible de hacer caminitos en el junco de uno de los sillones. Algo en mí decía que mi madre no iba a apreciar mi obra, pero ¿cómo explicar a un adulto que a los cuatro o cinco años la lógica de los niños no entiende las razones de los adultos? No recuerdo si mi madre se enojó o no, supongo que sí. Lo que sí recuerdo es que gocé haciéndolo y por esa sola razón me digo que la experiencia valió la pena.

De los muchos recuerdos de esa época tengo dos recuerdos de la Nona. La Nona había venido a nuestro departamento y me impresionó muchísimo que, como no podía caminar debido a su artrosis, había que llevarla al baño. Para una niña de dos años eso marca: aún veo a mi madre y a mi abuela sujetándola para ayudarla a desplazarse. El otro recuerdo que tengo de ella es en su dormitorio, en su casa, en su cama. Su pieza era como un santuario, tenía un verdadero altar y, como no podía caminar, el cura iba a hacerle la misa a casa. La Nona murió a los 86 años en septiembre del año 1953.

Para mí la Nona era como Matusalén y la ex Yugoslavia era como un mito de la prehistoria. La Nona era la abuela de mi madre por el lado materno. Cuando emigró en 1896, emigró como austríaca. Nicolás, el padre de mi madre había llegado de un pueblo Dálmata cerca de Ston por el año 1904 y se había casado con Paulina. Mis abuelos hablaban entre ellos en croata y en castellano con sus hijos. Así podían hablar tranquilos sin que sus hijos entendiesen.

Mis abuelos tenían un almacén. Lo que más recuerdo del almacén son unas galletas que tenían un escarchado rosado o blanco por afuera y los gatos que andaban por las escaleras de afuera. A penas recuerdo a mi abuelo. Lo veo trabajando en su almacén, entreteniéndose jugando con un juego de dominó con el que hacía figuras que le divertía hacer caer. Lo veo en su cama tosiendo con su asma. Nicolás murió en 1957. En ese entonces nos habíamos trasladado a Iquique, 3.700 Km. al Norte de Punta Arenas. En 1970, cuando regresé, pude visitar el cementerio donde lo enterraron. La próxima vez que vaya buscaré la tumba de mis bisabuelos, en alguna parte deben estar.

El libro de Campos Menéndez cuenta la historia de la construcción de la ciudad de Punta Arenas, de la Plaza y de los edificios que la rodean; cuenta hasta la historia del invernadero de la casa de la Sara Braun que tanto me fascinaba. También cuenta de los naufragios terribles en las aguas de los canales y explica la emigración de los austríacos de entonces. El austríaco del barco, Adanic, no era en realidad un austríaco, era un croata de la isla de Brac. Según la novela, Adanic fue el primero, después hizo venir a unos primos y veinte años después eran 1.500 Bracianos en Punta Arenas. Mi bisabuela, la Nona también venía de la Isla de Brac. ¡Cómo no estar emocionada!, en ese libro incluso aprendo como era la Isla de Brac en la época en que mi bisabuela vivía allá. Son temas de los que nunca escuché mencionar ni siquiera una palabra en mi familia.

La verdad es que Punta Arenas estaba lleno de croatas y quizás había más croatas que chilenos-chilenos. Cuando llegó la Nona, la ciudad tenía algo así como 4.000 habitantes, entre los cuales, casi la mitad provenía de la isla de Brac. El primero en llegar de esa isla lo hizo en 1885 y venía de Postire, se llamaba Mariano Matulic. La Nona se llamaba Francisca Matulic y había nacido en Postire en 1871.

Creí que ese libro me calmaría, pero mi curiosidad no cesa de crecer. Estoy impaciente de saber quiénes eran mis bisabuelos maternos y cómo y cuándo llegaron a la Patagonia. Creo que tía Filo contaba que su padre era oficial de marina o algo así. Por suerte que Internet existe en 1998 y que los intercambios van muy rápido y, si la respuesta electrónica tarda, siempre existe el recurso al llamado telefónico a Chile. Mi padre, al que todos decimos abulo desde el día que mi hija Anne-Sophie lo llamó así, es un aficionado del correo electrónico y me responde en cuanto recibe mis preguntas:

Domingo 29 de marzo

Maribel

El Abuelo Elías Matkovic de Anita llegó como náutico, pero es puro cuento que haya sido oficial. Éste se arrancó de su casa a los 13-14 años porque tenía una madrastra que lo trataba mal. Su padre era alcalde de “Boca de Cattaro”, según Neva, “de muy buena familia”. El chico, aún analfabeto, se hizo MARINERO y recorrió el mundo. Cuando su buque

nafragó en los canales del sur, fue el único sobreviviente, lo salvó un buque de los Menéndez, y los Menéndez lo acogieron y protegieron, dándole trabajo como excelente CARPINTERO. Tenía buena pinta y mucha cancha. Construyó muchas casas en las estancias de los Menéndez. La Nona llegó llamada por yugoslavos de Punta Arenas para casarse con cierto fulano, pero conoció al abuelo y se fugó con él, casándose después.

Un beso, Abulo

Lo que me dice mi padre excita mi imaginación sin límites. La historia del naufragio de mi bisabuelo es más verdadera que la historia del naufragio de los protagonistas de la novela de los Pioneros. Me viene de golpe a la memoria lo que Filo me contaba, y que yo no creía, ¿será cierto? ¿Elías Mátković será el único sobreviviente de un naufragio? ¡Es una historia extraordinaria! ¿Quién era Elías? Filo hablaba de su padre con mucho respeto, decía que era oficial de la marina austro-húngaro, ¿y si fuese verdad?

La última vez que nos vimos con Filo fue en 1992, me habló de su familia, de los yugoslavos de Punta Arenas, ella hablaba aún de yugoslavos, me mostró fotos antiguas y me contó muchas cosas que lamento muchísimo no haber anotado, me contó cosas de mi bisabuelo y de la Nona. También me habló con cariño de Maité, la hija del primer matrimonio de su hermano Mateo, que el padre había desheredado y no quería ver más. Yo apenas sabía que Maité existía, nadie hablaba jamás de ella. Me dijo que no me vería nunca más y me hizo prometerle que iría a visitarla a su tumba, que estaba lista al lado de la de su hijo en el Mausoleo Yugoslavo del Cementerio de Santiago. En 1994, cuando fui a Chile poco después de su muerte, fue con mucha tristeza que cumplí con mi promesa. ¡Qué poca cosa es un nombre en una piedra! ¿Cómo decirle al mundo todo el amor que Filo nos dio?

Filo, antes de enfermarse, preparó un archivo con copia de todos los documentos importantes de la familia en su posesión, copias del certificado del bautizo de la Nona en el pueblo Postire de la isla de Brac, de los certificados de matrimonio religioso y civil de mis bisabuelos, escribió un papel con la fecha de nacimiento de

cada uno de sus hermanos y del lugar donde sus padres y hermanos, ya muertos, habían sido enterrados. Hizo varias copias de ese archivo y las repartió. Gracias a ello tengo documentos que son hoy día preciosos para mí. Cuando ella hizo ese trabajo a nadie le interesaba y cuando ella hablaba del naufragio de mi bisabuelo yo no le prestaba mucha atención. Para mí era como un cuento de esos que cuentan las personas de edad para entretener a los jóvenes. Hoy daría cualquier cosa por poder escucharla una vez más.

Volviendo al presente me cuesta sacarme a mi bisabuelo de mis pensamientos. Me cuesta concentrarme en mi trabajo, me da vueltas y vueltas. Llamo a mi hermana a Nantes, a mi tía a París, escribo e-mails, pero sólo yo estoy afectada por este naufragio sucedido hace más de un siglo. ¿Qué hacer? Necesito compartir mi emoción que no deja de aumentar. Tengo una inspiración, puedo utilizar mi acceso a Internet. No soy una buena internauta, utilizo el correo electrónico y en general me basta y me sobra con ello, no tengo tiempo que perder en andar navegando por la red. Una vez no es costumbre, lanzaré una botella al océano, un anzuelo al agua a ver lo que encuentro. Voy a buscar en Internet si encuentro gente que lleve el apellido de Elías. Ya que me pongo a “navegar” aprovecho a ver si encuentro referencias a personas que lleven los apellidos de mis otros abuelos maternos y paternos. Encuentro algunas, entre las cuales una en inglés a Zoran Letica, un profesor croata que lleva el apellido de mi abuelo materno, le escribo una carta en inglés a la que me responderá unas semanas más tarde, muy amablemente, diciéndome que no es parte de mi familia. No encuentro ninguna referencia que lleve mi apellido paterno, lo que sí encuentro es una página, esta vez en español, de un cierto Darko Mátković que parece ser ingeniero. Darko lleva el apellido de Elías. En su página aparece una dirección de correo electrónico. Le escribo inmediatamente, sobre todo que es muy fácil hacerlo por el idioma. Hay otros personajes con ese apellido, pero con páginas en inglés y no me animo a escribirles.

Lunes, 30 de marzo

Darko

Soy nieta de Paulina Mátković de Punta Arenas Chile.

Vivo en Francia casada con un francés. ¿Es usted de la familia?

Maribel

Cuál no sería mi sorpresa al recibir pocas horas después respuesta del señor Darko Mátković.

Martes, 31 de marzo

Maribel,

No me extrañaría nada. Hay relativamente muy pocos Mátković y yo soy nacido en Chile. En Chile, hoy por hoy solo me constaban dos Mátković de familia muy directa. Mi madre es de Punta Arenas, pero ella no es Mátković. Mi abuelo y mi padre vivían en Santiago. ¿Tenía hermanos Paulina? ¿Eran sus padres de Istria?

Darko

Me dice que su familia es chilena, pero que su abuelo era de Santiago, no me dice que venía de Punta Arenas. Esto me parece rarísimo. Si me hubiese dicho que no venía de Chile tal vez yo no habría insistido. En el fondo, estoy casi segura de que es hijo de un primo hermano de Anita y eso me excita terriblemente. Le envié entonces un e-mail, en el que le digo que pienso que es de la familia y en el que le cuento, con algo de detalles, quién soy, con nombres apellidos y todo. Le comento cuáles son las motivaciones que tuve para ponerme a averiguar sobre la familia; cómo, después de leer el libro "Los Pioneros", mi curiosidad aumentó y todo lo que me emocioné al recibir la respuesta de mi padre con la increíble historia del naufragio, texto del que aprovecho de enviarle una copia dentro de mi carta. De verdad que estoy muy entusiasmada. Le cuento de los papeles que dejó tía Filomena, de mis recuerdos de la Nona. ¡Si ya no sé qué no le cuento! ¡Si hasta le comento de los problemas de la vista de algunos miembros de la familia!

Darko Mátković no tarda en responder confirmando mis suposiciones. ¡Qué alegría! Lo más divertido es que parece estar tan

entusiasmado como yo y que la historia del naufragio le parece excelente:

Martes, 31 de marzo

Hola María Isabel.

Maribel: ¿Somos de la misma familia entonces?

–Definitivamente sí.

Mi abuelo es José Elías Mátković Mátulić.

Por lo que yo sé, que es muy poco, Paulina se casó con Kkora. Mateo era economista. Mi madre dice que eran todos muy serios, excepto Filomena que era muy divertida. Ella conoció a Neva. José Elías se casó con Olga y tuvo dos hijos, Boris y Carlos. Carlos murió de cáncer, dejando tres hijos, José, Mirko y Colette. De éstos, yo recuerdo sólo vagamente a José. Lo que a mí me dijeron siempre es que Elías era de Istria, y que el abuelo José se había definido siempre como croata.

Maribel: Yo creo que usted podría ser hijo de un primo de mi madre.

–Efectivamente, soy hijo de Boris.

Maribel: ¿Cómo tiene la vista?, ¿cómo todos los Mátković Mátulić?, ¿cataratas, miopía, desprendimiento de retina? así eran los hermanos de mi abuela.

–El abuelo José quedó ciego de desprendimiento de retina. Boris ha tenido algunos problemas que supongo serios porque sé que fue operado. Mis hermanos y yo hemos sido, de momento, afortunados en eso y tenemos todos buena vista. La historia del naufragio es buenísima. Yo nací en 1961, y vivo en Barcelona. Realmente, yo sé muy poco de la familia, porque mis padres se divorciaron cuando tenía yo unos nueve años. Al cabo de pocos años, mi madre se trasladó a España, con sus tres hijos, Ana, Marcelo y yo mismo.

Darko

Sí, es hijo de Boris, un primo hermano de Anita, sí es nieto de José Elías Mátković Mátulić, el hermano ciego de Paulina. Cree

que Paulina estaba casada con otra persona que con mi abuelo (imagino que la madre de Darko, que se casó con Boris mucho después de la muerte de mi abuelo, debe haber pensado que el dueño del almacén era un hijo de mi abuelo y no su antiguo empleado). Su madre, le ha dicho también que, salvo Filomena, que era muy divertida, todos los hermanos Mátković eran muy serios (es verdad que tío Mateo y tío José eran muy serios, pero no se debe olvidar que tío Antonio era igual o más divertido que tía Filo y que Paulina no era tan seria tampoco).

Yo estoy fascinada con la suerte increíble de haber descubierto a este primo surgido de la nada y que se interesa, tanto como yo, en entender nuestras raíces. Tengo muchos primos hermanos por la familia de mi madre, pero no creo que ninguno se interese en la historia de los bisabuelos. Ninguno, salvo probablemente mi primo Antonio que vive en Punta Arenas, pero que no tiene correo electrónico y lo conozco apenas. En todo caso esto es fantástico, Darko es hijo de un primo hermano de mi madre. Mi botella al mar no podría haber caído en mejores manos. Es una suerte increíble. Su abuelo José, el hermano de mi abuela, se fue a Santiago bastante joven. Mi madre apenas conoció a sus primos que nacieron en Santiago y que eran mucho menores que ella. Yo nunca escuché hablar de los hijos y nietos de José, y si algún día lo hice se me olvidó porque en ese tiempo no me interesaba para nada en esa rama de la familia. Al fin de cuentas es familia de verdad y somos ambos descendientes de Elías, el único sobreviviente de un remoto naufragio en los canales de la Patagonia. Además Darko es un excelente internauta y le gusta escribir. Darko ignora casi todo de su familia paterna. El divorcio de sus padres lo ha privado de conocer a la familia Mátković y su historia. Mi e-mail le llega como por encanto, siente mucha curiosidad en aprender cosas de su misteriosa familia paterna y yo puedo aportarle respuestas a muchas de sus numerosas interrogantes.

Entretanto mi padre me envía un árbol genealógico de mis familias paterna y materna, gracias al cual, empiezo por fin a entender algo sobre ellas. Este árbol interesará a Darko tanto como a mí. Le vuelvo a escribir y en mi e-mail le ruego que me dé su dirección postal para que le envíe copia del árbol que me envió mi padre y de los documentos que tengo de tía Filo. Dicho y hecho, me envía

su dirección, le envió todo y recibo en un tiempo récord otro e-mail en el que me dice que lo ha recibido, que le parece fantástico (otra cosa me hubiera parecido extraña); que está estudiando los documentos que le envié y que con ellos está actualizando su árbol; que me va a enviar la parte del árbol de la familia que viene de su abuelo y que él conoce mucho mejor que yo.

De verdad no paramos de escribirnos. Le comento que, según mi hermana mayor, Elías no fue el único sobreviviente, pero que de todas maneras tengo ganas de conocer hasta el nombre del barco en el que naufragó; que le encargué a tía Eugenia, la hermana menor de mi madre, que vive en Francia y que anda de vacaciones en Chile, que me averigüe todo lo que pueda. Le prometo que le contaré todo lo que logre saber; que mientras tanto le puedo ir contando lo que sé de la familia y que no deja de ser interesante. El me hace comentarios de todo tipo. Además de compartir algunos antepasados, descubro que también compartimos cierta añoranza por Punta Arenas, en un e-mail me escribe:

De niño, estuve muchas, muchas veces en la Patagonia. Conozco Punta Arenas. Mis abuelos maternos también eran de allí... y mi madre y mis tíos, y muuuuuuuchos primos maternos.

Punta Arenas es un lugar mágico muy difícil de olvidar. En la novela "Los Pioneros" de Enrique Campos Menéndez, entre los protagonistas, había una pareja de ingleses. Él era médico y ella se había hecho profesora y había fundado una escuela inglesa en Punta Arenas. Eso era por 1880.

Empecé mi vida escolar en el British School de Punta Arenas. Aprendí a leer y a escribir en inglés antes de hacerlo en español. Cantábamos rondas infantiles en inglés, todo era en inglés. El British School era un colegio que nos gustaba mucho a mis hermanas y a mí. Había una sala enorme con un hermoso piso de madera en la que nos quedábamos durante los recreos cuando el tiempo estaba malo. El tiempo estaba raramente bueno. Cuando el tiempo lo permitía jugábamos en el exterior. En los días de nieve, y a la salida del colegio, nos esperaban las pelotas de nieve lanzadas hacia nosotros por los niños de una escuela pública vecina.

Cuando caminábamos las pocas cuadras que separaban el edificio de

la CORFO del British School había que tener cuidado con el viento. Punta Arenas más que la ciudad del frío o de la nieve es la ciudad del viento. El viento en la esquina de la CORFO era famoso por la fuerza que tenía. La vereda estaba hecha con unas baldosas amarillas en las que la gente se resbalaba fácilmente. Había que sujetarse para no caerse. Mi madre me ha contado muchas veces del miedo que tuvo una vez al entrar en el dormitorio de la esquina, donde yo dormía, al ver que el viento había abierto la ventana sobre mi cama y que el temporal sacudía mis sábanas y frazadas. Como yo ya no estaba dentro de su cuerpo su miedo no me afectó. Amo al viento, es como el alma de mi Punta Arenas. También hacía frío. Antes de salir de casa había que abrigarse. Aún recuerdo los guantes y el gorro de lana, las polainas y el chaleco de chiporro sin mangas por encima del vestido y por debajo del grueso abrigo.

Una de las buenas diversiones en invierno era ir a patinar a la laguna. En esa época yo aún no estaba en edad de patinar como lo hacían mis hermanas, pero no me aburría. Anita cumplía a la perfección sus deberes de madre: no sólo sabía esquiar lo suficiente como para haber entusiasmado a mi padre de seguirla por más de cincuenta años, sabía patinar perfectamente y tirar un trineo sobre el hielo. Me entretenía mucho sentada arriba del trineo junto al hijo de la tía Milka que tenía mi edad, mi madre patinando, tirando nuestro trineo y riéndose con Milka.

Los croatas de Punta Arenas soñaban con el calor y la playa. Eso se puede comprender sin esfuerzo. Las vacaciones de verano nos tomábamos el avión y nos íbamos a asolear a la región central, a Las Vertientes o a las playas de El Tabo o de El Quisco. De paso aprovechábamos para visitar a los los tíos-tíos, a las tías-tías y a conocer así un poco a los primos hermanos paternos y maternos.

Creo que lo más fantástico de Punta Arenas eran los cumpleaños. Esto merece ser explicado con lujo y detalles. Las mesas para los “tés” eran impresionantes, siempre llenas de bocadillos salados y miles de maravillas dulces entre los cuales los infaltables suspiros de monjas. Eso sin contar con la decoración, sorpresas y juegos como se hacía en esa época por todas partes. Las maravillas dulces lo eran de verdad. Después de haber viajado y conocido otros países creo que las recetas de tortas de Punta Arenas eran de verdad las mejores del mundo. Eso tiene una explicación. Por un lado está la mezcla de orígenes diferentes que trae consigo todos los secretos de las recetas de cada cultura. La variedad era grande. Por otro

lado está que los inviernos eran largos y fríos y que una buena manera de entretenerse era en la cocina. Cuando yo era niña, mi madre y las tías pasaban invitándose unas a otras a tomar el té. Ellas rivalizaban en imaginación e invención tratando de hacer los mejores dulces y todo tipo de exquisiteces para tratar de sorprenderse mutuamente. Se puede imaginar lo que veinte años de esa práctica puede producir. Mi receta preferida en ese entonces era la de los negritos. Los negritos son una mezcla de los brownies norteamericanos a los que se les pone una taza de nueces, por encima manjar blanco (muy empleado en Chile y conocido como dulce de leche en otros países) y merengue blando a la italiana. Para decorar un poco y perfumar, si uno lo desea, se puede agregar polvos de canela por encima del merengue. Mi madre hacía los negritos y muchas delicias más. Yo conozco algunas de sus recetas. Una de sus recetas, la torta de nueces, que me toma cuatro buenas horas en confeccionarla es mi preferida. Cuando la he hecho en Francia mucha gente me ha dicho que es la mejor torta que han probado en su vida. Yo les creo. He decidido que la receta de esa torta es un secreto de familia. La verdad es que mi madre aprendió a hacer esa torta de una gran amiga suya. Tía Pupy murió muy joven y no creo que su hija sepa hacer la torta de nueces. A ella sí que le daría la receta si me la pide algún día.

Los intercambios con Darko se multiplican, hablamos de nosotros y de nuestras vidas. Cuando le digo que sé muy poco de su abuelo me cuenta que él lo recuerda a penas. Que era muy pequeño. Que recuerda que tenía muchos libros en Braille, y que cuando le pedía a su abuelo que le leyera, Darko veía como, al leer, iba pasando los dedos por el papel.

Tenemos diferentes temas. Uno es, a partir de los datos de Filo, tratar de ubicarse en los mapas y encontrar el Lastva donde nació Elías. Otro es ubicar todas las referencias a Mátković en Internet. Otro es ubicar Mátković en las guías telefónicas. Por allí Darko descubre unas referencias a dos películas del cine mudo chileno en las que los textos son de Mateo Mátković, nuestro tío abuelo. Son unas películas sobre la historia de la Patagonia, hechas en 1920 y 1921. El título de una de ellas es “Esposas certificadas o casamientos por poder”. Suponemos que esa película cuenta la historia de las Bracianas que venían destinadas a casarse a tal o a tal otro colo-

no. Así debería haber sido el caso de nuestra bisabuela si no se hubiera fugado con Elías. Pero un tema que vuelve siempre es el de nuestros recuerdos de Punta Arenas:

Sábado, 30 de mayo

¡Hola Maribel!

La verdad es que en estos últimos tiempos a mí también me han entrado ganas de volver a Magallanes. Yo nací en el 61, en Concepción. Mis hermanos que son mayores que yo, son de Santiago. Pero todas las vacaciones íbamos a “veranear” a Punta Arenas. Pasábamos un par de meses en la casa de los abuelos maternos y al acabar el verano, de vuelta al “norte”, o sea al centro de Chile.

Creo que no te lo he contado, pero los abuelos maternos, que vivían en Castro (Chiloé) se fueron de colonos a Punta Arenas hacia 1920-25, cuando el Gobierno de entonces hizo una campaña para llevar habitantes allí. “Derecho de tierra”, o algo así le llamaban, y pagaban salarios dobles a quien se radicara allí. La última visita que yo hice puede haber sido el 72. Cuando se es niño se tiene una menor conciencia del paso del tiempo. Parece que las cosas han sido siempre como son, y no somos demasiado conscientes de los cambios que se van produciendo. Ese último año, no obstante las cosas habían cambiado, pero eso ya es otra historia. En cualquier caso y en definitiva, un cierto día fue el último que estuve en Punta Arenas, sin saber que quizás ya no volvería más.

Yo recuerdo el Estrecho, y los restos de algún viejo barco de madera varado en la costa. Un año, en Tres Puentes había pingüinos en la playa. Recuerdo el Fuerte Bulnes, y el Puerto del Hambre. Recuerdo los campos solitarios e inmensos. Y el viento, ...ese viento inmenso de Magallanes que no cesaba de soplar.

Sé que las cosas habrán cambiado mucho. Son ya 25 años, y una visión diferente de la de entonces. Unos primos míos maternos que estuvieron hace poco por aquí, que son de Punta Arenas y viven en Santiago, como ya casi todos

ellos, dicen que ya no nieva como antes, que ya no hace el frío de antes...

Lo cierto es que hace un par de meses tomándome un café en el bar de la esquina, de pronto, como un relámpago, tuve una inspiración: “algún día tendré que volver a Magallanes”.

Hasta pronto, prima Maribel.

Darko

En la época en que mi madre y mis tías-tías eran solteras, el sueño de todas las jóvenes era que el príncipe azul llegara a buscarlas a Punta Arenas. Seguramente los varones partían a hacer estudios a la capital y la especie masculina en edad interesante que se quedaba allá era más bien escasa. Nunca me lo han explicado así, pero es fácil adivinarlo. Todos los arribos de ingenieros, militares y de varones, en edad interesante y de todas las actividades susceptibles de traerlos, eran seguidos con mucho interés.

Mi tía Neva, la segunda mujer, fue la primera de las tres hermanas en casarse. Se casó con el militar de sus sueños que la llevó a vivir a Santiago tiempo después.

Mi madre, que era la mayor de las mujeres, tuvo que esperar un poco más. Un día, de la gloriosa época de la búsqueda del petróleo en Magallanes, llegó de Santiago un ingeniero joven de todo gusto de mi madre. El tenía buena facha y era bastante delgado. Ella no se atrevió a mostrarse con sus ochenta kilos de tortas repartidas en su metro setenta y tres de estatura. Incentivada con la perspectiva que se le presentaba hizo un régimen acelerado milagroso y logró impresionar a mi padre en las pistas de esquí de Punta Arenas. Se casaron pocos meses después. Entretanto ella había recuperado con creces los kilos perdidos, se casó con noventa kilos y fueron muy felices. Recién casado con mi madre, la CORFO lo envió a estudiar por dos años a Estados Unidos. Mi madre se quedó embarazada de mi hermana Ana María que nació en Boston en 1946. Ella es *gringa*, no es patagónica como Sonia y yo. En vez de engordar con el embarazo Anita adelgazó tomando muchas *ginger-ales*. Cuando mi madre regresó a Chile en 1947 había perdido treinta, de los

noventa kilos que pesaba, y mi abuela le preguntó qué le había hecho el ruso, que decía que era mi padre, para hacerla adelgazar de esa manera.

Eugenia, la hermana menor de mi madre lo hizo aún mejor: se casó con un francés de verdad. De la unión de tía Eugenia con tío Jean tengo cuatro primas hermanas francesas. Tío Jean tenía todas las cualidades juntas: no sólo era francés e ingeniero, además era artista. Pintaba cuadros preciosos, sabía cocinar, hacer muebles e incluso demostró que era capaz de confeccionar una falda plisada, muy a la moda en esa época. Los maridos chilenos decían que el ejemplo de tío Jean era muy malo para ellos y lo bautizaron como “el enemigo público número uno de la gente masculina”. La verdad es que el ejemplo de tío Jean dejó sus marcas. Mi hermana mayor, que tenía sólo tres años cuando mi tía se casó, a los siete decía “cuando sea grande seré médico y me casaré con un francés”. Mi hermana es médico y vive en Francia, mi cuñado es ingeniero francés, como el marido de Eugenia. Parece que yo quedé marcada por mi hermana...

Punta Arenas era un lugar mágico, pero lejos de todo, y los jóvenes necesitan conocer el mundo y sueñan con partir. Mi tío Juan fue el único de los hermanos que se casó con alguien de la región de Punta Arenas. Con tía Nevenka tuvieron un hijo, que es el único de mis primos hermanos con pura sangre croata. Cuando Antonio tenía cinco años sus padres se trasladaron a Santiago, pero eso no impidió que más tarde se interesara en la historia de la familia y en la del pueblo croata. Logró aprender el idioma y hoy es el único de los primos capaz de hablarlo y escribirlo. Después de crecer y estudiar en Santiago terminó casándose con una puntarenense y regresó a instalarse en su tierra natal. Anita había tenido otro hermano. Tío Raúl murió ahogado a los diecinueve años en las playas de Cartagena, en la zona Central de Chile.

En Grenoble, cuando llegan los días miércoles trato de almorzar con Christian y sus amigos. La primera pregunta que me hacen cuando me ven es sobre las novedades de la semana. Siguen con atención cada una de las etapas de esta aventura que estoy vivien-

do. Compartí con ellos la emoción que tuve al saber del naufragio de Elías. También comparto con ellos la emoción de mi encuentro cibernético con Darko.

–Vas a tener que escribir un libro, dice Christian.

–¡Estás loco! No sé escribir, no sería capaz de hacerlo, además no tendría tiempo para una locura así.

Creo que ellos se entretienen de verdad con lo que me está pasando. Lo mismo sucede con mi amiga Jeanne y con Yvonne. Ellas siguen con interés esta historia desde la semana que pasamos juntas en nuestro refugio y en la que compartimos la lectura de los libros de Michelet.



*Mis bisabuelos, Elías Mátković Nikolić
y Francisca Matulić Santić (la Nona).
La fotografía original fue tomada hacia 1910
y está al cuidado de Claudette Mátković.*

II

ENCUENTRO EN EL CIBERESPACIO

Mayo 1998

Por supuesto que comunico a mis padres en Chile y a mi hermana Ana María de Nantes mi encuentro cibernético con Darko, el primo de la rama perdida de la familia Mátković. Mi madre lo encuentra tan emocionante que toma el teléfono y llama a su primo Boris, el padre de Darko. Me dice que Boris reacciona de manera extraña, Boris se ha vuelto a casar, a rehacer su vida y parece que no desea hablar de su pasado. A pesar de la reacción de Boris, Anita escribe a Darko para comunicarle su alegría por este encuentro y darle la bienvenida en nombre de toda la familia. Le cuenta que ella lo conoció una vez que fue con tía Filo a visitar a su madre, por el año 1963, que él no debe acordarse porque era realmente muy pequeño. Anita termina su carta pidiéndole que cuente lo que ha sido de sus vidas durante todos los largos años que han pasado y rogándole que le dé saludos a su madre.

Darko contesta inmediatamente. Encuentro fantástico que no se haya hecho de rogar y que envíe una larga y hermosa respuesta (además, yo no me había atrevido a hacer tantas preguntas y gozo leyendo lo que Darko responde). Así es como me entero de las razones por qué se marcharon con su madre de Chile, en 1974, sus hermanos y él con toda la vida por delante. Viven desde entonces en Barcelona, ciudad que adoptaron definitivamente y de la cual Darko habla con pasión. Me entero de los estudios que hicieron y en qué trabaja cada uno. Él es ingeniero industrial y desde hace

unos años tiene una pequeña oficina donde trabaja en diferentes cosas y que comparte con su madre y con una media hermana, hija de un segundo matrimonio de su madre.

Estoy feliz de que mi incursión por Internet haya servido para establecer contactos con esta rama olvidada de la familia. Estoy tan entusiasmada con todos estos intercambios, que en ningún momento imagino que los encuentros extraordinarios están apenas comenzando. Haber encontrado a Darko fue como ganar a la Lotería y ganar a la Lotería dos veces seguidas es como un milagro. Considero que lo que sucedió después es algo comparable, por lo menos el concurso de circunstancias que hizo que todos los hechos se fuesen dando unos después de otros de manera tan *natural*.

Cuando Filo falleció, en 1994, Anita se sintió con la misión de reunir bajo su techo a todos los hermanos y primos de su familia materna y, entre ellos, convidó a la viuda y a los hijos de su primo Carlos José, el hermano de Boris, con los que no tenía ningún contacto desde hace muchos años. Ellos no lo habían olvidado y en signo de agradecimiento invitaron a mis padres al casamiento de Mirko, el menor de los hijos de Carlos José. La coincidencia fue que el casamiento se celebró muy pocos días después de los intercambios entre mi madre y Darko, a fines de mayo. Llegando a casa de regreso del matrimonio, mis padres me envían un e-mail diciéndome que durante la fiesta conversaron con Claudette, la hermana de Mirko. Que le contaron de mi encuentro cibernético con Darko. Me dicen que Claudette se emocionó muchísimo al tener noticias de los primos perdidos de vista. Que tiene una dirección electrónica, que les pidió la nuestra. Que desea entrar en contacto con su primo Darko y conmigo.

¡Yo lo encuentro fantástico! A mí que me gustan las novelas románticas me hubiera encantado estar presente y ver la expresión en el rostro de Claudette. Estoy impaciente con la idea de entrar en contacto con esta nueva prima. Claudette no pierde un minuto ¡Y cómo la entiendo! Si yo hubiese estado en su lugar habría hecho exactamente lo mismo, me escribe inmediatamente:

Sábado 30 de mayo

Querida Maribel,

Voilà!!! Aquí tienes a otra media prima.

Tía Anita es prima de Carlos José Mátković, mi papá. Ayer estuve con tus papás en el matrimonio de mi hermano Mirko, y me contaron que se escribían a través de Internet. También me dijeron que habías encontrado a mis primos hermanos (su papá es hermano del mío). Te juro que el corazón me saltaba de emoción, así es que apenas copié sus direcciones, de inmediato me dispuse a escribirles. Por favor cuéntame si recibes bien este *e-mail*, para poder establecer contacto y conversar aunque sea a la distancia.

Un beso grande,

Claudette Mátković.

¡Esto parece magia! ¡Jamás habría sido capaz de imaginar una historia tan extraordinaria! Me parece ser un personaje de una novela en la que descubro cada día un capítulo más sorprendente que el precedente. En estos días pienso más que nunca en Filo y me digo que es ella quien está realizando este milagro. Claudette, Darko y yo comenzamos a comunicar de manera muy intensa, ellos deben recuperar el tiempo perdido y contarse lo que ha sido de sus vidas. Jugaban juntos de niños, pero han pasado veinticinco años sin saber nada uno del otro. (Darko había olvidado hasta el nombre de su prima y la primera vez se había referido a Colette en vez de Claudette). Se cuentan cosas y, en un primer tiempo, quedo completamente fuera de esos intercambios tan personales. No dejo de pensar en lo fuerte que debe ser para ellos este encuentro. A pesar de todo, Darko no se olvida de mí. Explica a Claudette que la causa de nuestro encuentro ha sido la busca de las huellas de Elías y de nuestros antepasados, que es *eso* lo que nos ha reunido; le envía las informaciones que tenemos, le cuenta en qué estamos. Darko me escribe para decirme que Claudette parece encantada de unirse a nuestro dúo para participar en nuestras investigaciones y que se propone ayudarnos, termina su carta diciéndome:

Si te parece correcto que Claudette busque cosas en Chile (¡una voluntaria!, ¡con los tiempos que corren!) le envió copias de todo para que se ponga al día.

¿Y cómo decir que no? ¡Pero si es realmente fantástico! Ahora somos tres, y no dos, los bisnietos de Elías que intentamos reconstruir el pasado. Dos primos que nunca he visto. Darko tiene razón, Claudette se ve realmente feliz de unirse a nuestros proyectos, su respuesta me llega al mismo tiempo que la de Darko:

Queridos primos... insisto... estoy emocionada por este encuentro y casi me parece un regalo de Dios. Espero tener algunos minutos de calma para sentarme a leer los kilos de información que he recibido de ustedes. Mientras tanto les comento algunas cosas...

Nos cuenta de su familia, de sus hermanos, de sus hijos, de su vida. Agradece que le permitamos compartir nuestra aventura; cree saber dónde conseguir las películas de tío Mateo y nos pide que le demos algunos días. Dice, que si decidimos ir a Magallanes a averiguar sobre el naufragio de Elías, podremos contar con ella, que entretanto se pondrá en campaña para ubicar a Enrique Campos Menéndez que seguramente nos podrá ayudar, termina diciendo:

Frente a mí (en mi oficina) tengo un portarretrato donde aparece el bisabuelo Elías, la Nona y sus 5 hijos. Todos se ven muy elegantes; el abuelo Elías al parecer no era muy alto, más bien se ve un tanto gordito, de ojos muy claros, bigote, y la típica boca de los Mátković. Perdonen, pero mi abuelo José es lejos el niño más lindo de la foto, y el más parecido al bisabuelo Elías. Paulina, Mateo y Antonio son parecidos a la Nona. La tía Filo está en el vientre de la Nona.

Claudette.

Claudette nos trae, además de muchísima emoción y alegría, un gran cariño. Eso estaba completamente ausente de nuestros intercambios precedentes con Darko. Yo estoy como transportada,

como en otra dimensión. Es evidente que no logro concentrarme en mi trabajo. ¡Pero qué diablos me importa! Una cosa así no puede ser postergada, sería como un pecado. No resisto la tentación de pedir a Claudette que nos envíe cuanto antes la foto de los bisabuelos, Darko está de acuerdo. Yo pensaba en una foto enviada por correo. Darko tiene otras ideas, está pensando en fotos enviadas por Internet, él tiene un escáner y ya nos ha enviado un par de fotos tuyas. Ni Claudette ni yo tenemos ese tipo de material.

A todo esto, y a propósito de fotos por Internet, Darko me envía una información sorprendente: me da una dirección que descubrió en Internet donde se puede ver una página de un hermano suyo, hijo que su padre tuvo con su segunda mujer. En el sitio Internet, Pedro (así se llama), aparece con foto y todo. Nunca ha hablado él, no se conocen. Es la primera vez que ve una foto suya, el parecido entre ambos hermanos es sorprendente. Me dice que por ahora, él observa. Al mismo tiempo, me cuenta que Ana, su hermana mayor, habló con él hace un par de años en una de las tantas ocasiones en las que intentó, sin lograrlo, hablar con su padre y que Pedro, con su respuesta, mostró que ignoraba que tenía hermanos. Darko supone que Pedro pensó que se trataba de alguna loca.

Con esto sí que la búsqueda de Elías toma para mí un rumbo inesperado. No sólo he tenido la alegría de descubrir de una manera sorprendente a estos nuevos primos, esto comienza a parecerse a una telenovela. De esas que hay que preparar el pañuelo antes de sentarse a mirar cada nuevo episodio. La verdad es que si antes estaba como transportada ahora me quedo literalmente boquiabierta. Darko tiene un medio hermano de veinticuatro años que aparentemente ignora que tiene tres hermanos mayores. Claudette le conoció por casualidad en una reunión de trabajo y sólo allí, por el apellido, dedujeron que eran primos, simpatizaron mucho, pero Pedro nunca habla de la familia. ¿Cómo puede ser que su padre nunca le haya dicho nada? ¿Cómo puede ser que ella no supiera que tenía otro primo? Espero que Darko no tome a mal mi intromisión, pero frente a lo que está pasando no puedo dejar de expresarle lo que siento. Le escribo y le digo que estoy comenzando a tomar conciencia de todo lo doloroso que debe haber sido para él y sus hermanos esta ruptura familiar tan radical. Del rechazo de su padre, de la ignorancia de su medio hermano, del silencio de su ma-

dre. De los secretos terribles. (A estas alturas de la telenovela para mí hay dos protagonistas: Elías y Darko, el bisnieto perdido). Terminó mi *e-mail* deseándole que algún día pueda conocer a su hermano y restablecer los lazos que siempre debieron existir:

Siento una alegría infinita por lo que está sucediendo y por haber sido útil para establecer el contacto y ayudar a que recuperes lo que siempre debió ser tuyo. Quizás algún día tengas un encuentro con tu medio hermano; lo que pasa no puede ser de su culpa, como tampoco es la tuya. Tampoco debes ser duro con tu padre. Mi madre me contó que recuerda a Boris de niño, como un niño muy tímido, muy callado, muy bueno. Algún problema habrá tenido. ¿La ceguera de tu abuelo? anda a saber.

Un abrazo

Maribel

Darko no me hace ningún comentario, pero, en respuesta, me hace el regalo maravilloso de sus intercambios con Claudette. Es una manera de decirme que acepta que yo haya tocado este tema tan delicado y me siento agradecida de su confianza. Soy testigo de intercambios llenos de emoción. Leo lo que Darko me envía con cierto temor. No deseo entrar en su relación más allá de lo necesario. Debo empujarlos a que se acerquen entre ellos sin tener cuenta de mi existencia. Tienen muchas cosas que decirse que no me conciernen. Es muy emocionante. Los tres estamos viviendo momentos muy, pero muy intensos. Al mismo tiempo, con tanta emoción, todos nos ponemos más vulnerables, hay que tener cuidado.

Igual me equivoco, como Darko no conoce nada de la familia, trato de explicarle, como puedo, lo que yo sé. No sólo su padre ha tenido problemas con sus hijos: tío Mateo no quería saber nada de la hija de su primer matrimonio, Elías no era un padre fácil. No sé lo que le digo, hago un comentario sobre el carácter de algunos Mátković y mi comentario no produce la reacción que yo esperaba. Darko nos escribe a Claudette y a mí algo muy extraño:

Aviso: Por estos *e-mails* ha circulado algún comentario

respecto al carácter de algunos Mátković, creo recordar que especialmente del género masculino.

Bueno, yo no soy precisamente un ejemplo de simpatía aplicada. En general, en opinión de los demás soy callado y serio. Yo añadiría que además tímido, pero eso no me lo dicen nunca. La opinión de mi esposa (quien me conoce desde hace 21 años) es, sin embargo, que hablo mucho, pero sólo de aquello que me interesa y con quien me da la gana, y que tengo un humor “británico”.

Darko

Lo que Darko dice me deja helada. ¿Se enojó? ¿Dije cosas que no debía? ¿Se terminó la magia? Paso un día pésimo. Le escribo explicándole mis terribles dudas, rogándole que me las aclare. Hago sentir a mi primo que estoy muy triste, realmente muy mal. Le ruego que me diga claramente si he dicho algo que le haya ofendido o en un tono que no debía. Comunicarse por *e-mail* es difícil porque no se ve la expresión del otro, ni se oye el tono de la voz. Cuando no se le conoce es aún más difícil. La comunicación es frágil y es muy fácil equivocarse sobre la reacción que algo escrito puede producir. Terminó mi carta diciéndole que salvo desmentido o explicación de su parte voy a interpretar su último comentario como un reproche; con mucha pena, que podría ser el fin de la magia.

Esa noche Darko me llama por teléfono. Es lo mejor que podía haber hecho. Tiene una voz grave, cálida y profunda y con sólo oírlo sé que me equivoqué, que no está enfadado conmigo, que era una muestra de su humor, nada más. Habla muy, pero muy poco, a mí también me cuesta hablar. No tiene ninguna importancia. La tormenta pasó, un cielo claro y un sol lleno de luz iluminan nuestra amistad. En cuanto puedo escribo a Claudette y a Darko para decirles lo feliz que quedé con su llamado:

La verdad es que tu llegada, Claudette, ha dado un vuelco emocional inesperado a nuestros intercambios. Además una relación a tres es más divertida, pero más complicada. Nunca sabes lo que se le dice a uno, al otro. Lo que se cuen-

tan los otros. No se reían, van a pensar que estoy celosa. (Claudette, a todo esto, descubrí que nuestro primito tiene una voz profunda maravillosa.)

Como le decía a Darko, es muy difícil comunicar las emociones por *e-mail*, sin verse y sin oírse. Así y todo habrá que hacerlo. La única manera es a la más leve nubecilla aclararla cuanto antes. Cuando uno escribe se toman riesgos, las cosas quedan allí expuestas. Tengamos el coraje de atrevernos a tener una relación fuerte por *e-mail*. Con mucha confianza. Cuenten conmigo, que en el fondo lo único que deseo es querer y que me quieran. Cuando no sepan con qué intención escribo algo piensen que es con la mejor del mundo. Prometo hacer lo mismo con ustedes.

Les había dicho que me cuesta trabajar porque estos e-mails me perturban. Bueno les diré que si me faltan los e-mails me perturba más aún.

¡Pues escríbanme todo lo que quieran y cuando quieran!

Un beso

Maribel

Me quedo feliz. Esto no tiene nada que ver con un enamoramiento, pero las emociones son iguales de fuertes. A Claudette le sucede exactamente lo mismo, nos dice:

Por favor ustedes no se vayan a reír de mí cuando lean esto: Yo me siento como si estuviera “pololeando”, ¿recuerdan este término? Es algo así como estar muy involucrado con alguien, enamorado, de novio... algo emocionalmente muy fuerte. El que está celoso es mi marido que de repente pasa frente a mí y me sorprende una y otra vez escribiéndoles. Él no puede entender este sentimiento mágico que me arrastra.

Seguimos intercambiando sobre el tema del carácter de los Mátković. Darko y sus hermanos parecen tener un carácter muy

particular, su padre, su abuelo, los tíos abuelos y nuestro bisabuelo también son o eran raros. Por ahí Darko dice:

El ver reflejados ciertos caracteres en varios Mátković que no me suenan del todo lejanos, y que quizás en diferentes grados forman parte de mi propia persona...

Esto pasa a ser hasta divertido. Creo que vamos a poder sobrepasar el estilo de la telenovela venezolana para dirigirnos hacia un estilo más próximo al de una comedia. De verdad, aunque las consecuencias sean dolorosas, es interesante lograr ver los problemas y el modo de ser de cada uno de los miembros de esta familia en una perspectiva histórica, a través de varias generaciones. Se me ocurre que los problemas individuales se pueden relativizar mucho, incluso observar con humor británico como le gusta a Darko. Hay una frase que he escuchado muchas veces en mi familia “típico Mátković”. Digamos que esta historia es “típica Mátković” y que es sumamente entretenida. ¿No?

A todo esto, no debemos olvidar que nuestro hilo conductor es Elías. Que las trazas de Elías vienen de Punta Arenas. Que mi primo Antonio vive allá y que hace mucho tiempo deseo escribirle. Él estará feliz de unirse a nosotros, pero no tiene correo electrónico. Le preparo entonces una carta de verdad. Antes de enviarla a Antonio se la muestro a Claudette y a Darko, quienes aprueban mi idea.

Preparo un sobre donde pongo la carta, copias del árbol genealógico y de cuántos documentos me dejó tía Filo. En la carta le narro toda la aventura de este año, del naufragio de Elías, del encuentro con Darko, con Claudette. Le digo como, poco a poco, vamos tejiendo la historia, con mucha emoción, entre sueños y datos históricos. Que es la historia de los Mátković; que nosotros dos llevamos parte de la memoria, pero que son nuestros primos quienes llevan el apellido y la emoción. Le digo que Claudette, Darko y yo daríamos cualquier cosa por saber en qué año naufragó el barco de Elías, qué barco era, quién era Elías, cómo sobrevivió. Que se me ocurre que podría aceptar unirse a nuestro grupo. Que supongo que él sabe miles de cosas sobre nuestra familia que nosotros ignoramos. Le digo que fue tía Eugenia quien me dijo que debía escri-

birle, que él era el único de nuestra generación que se había interesado en las raíces de la familia hasta tal punto que la madre de Antonio le decía: “me casé con un hombre chileno y tengo un hijo croata”.

Mi carta a Antonio hace reaccionar a Darko. En mi carta yo hablaba de mis apellidos de soltera, que nadie conoce en Francia. Decía que a ninguno de mis conocidos franceses se les pasaría por la mente la idea que no llevo ni una gota de sangre española en mis venas. Darko me explica lo que es ser descendiente de croatas en España. Su vivencia es muy diferente de la mía y lo que dice no deja de ser interesante:

A este respecto, en cambio, a mí en España, me ocurrió en sentido contrario. La existencia de nombres y apellidos no españoles es relativamente escasa. En Chile es muy superior. Desde el mismo momento de llegar hasta hoy en día siempre he sido asociado con familia “rusa”, “yugoslava” o, más recientemente, croata. Incluso para gente que me conoce desde hace diez o más años, no represento un chileno emigrado, o un latinoamericano más, hechos que yo no oculto, ni tampoco descendiente de una rama de españoles, sino un “yugoslavo” que habla catalán.

En los últimos años, muchísimas veces me han preguntado por si tenía noticias de mi familia durante las guerras yugoslavas. No lo sé, pero seguramente mi caso a este respecto ha sido más exagerado que en el caso de mis hermanos, al llevar yo también un nombre absolutamente inusual por estas tierras, al contrario que ellos, lo cual ha llevado muchísimas veces hacia el apellido.

Durante los años de universidad coincidí con uno de los poquísimos “yugoslavos” de Barcelona, llamado Danilo, nacido en Venezuela, hijo directo de croatas de primera generación, con familia emigrada también en Canadá. Su padre iba y venía del Canadá, y en estos últimos años también de Croacia. Aunque mi madre nos había transmitido que el abuelo José era descendiente de croatas, fue realmente Danilo quien me hizo ser consciente de esta ascendencia y acentuar mi sentimiento croata.

Me refiero a que, en este sentido, el entorno fue precisamente el que me consideró con unas diferencias más acentuadas que las que yo nunca sentí en Chile. No pocas veces he oído yo eso de “que bien que habla usted el castellano”, para ser “yugoslavo”, claro está.

Antes de las guerras yugoslavas, viajé con mi esposa a Dalmacia. Fuimos en auto, pues yo quería recorrer la zona sin limitaciones de transporte. Estuvimos en Istria, que no sé aún qué papel desempeña en esta historia, si es que desempeña alguno, pues mi madre insiste en que el abuelo José se refería a Istria como lugar de origen de los Mátković. Recorrimos la costa. Estuvimos en la isla de Hvar. Pero dos son los hechos que yo querría destacar ahora. Con el poco croata que aprendí de pequeño y con mi nombre, en más de un sitio nos trataban con cierta deferencia, al dejarnos pasar la noche en hoteles completos por ejemplo, a pesar de su insistencia en hablar croata y mi incapacidad absoluta de mantener una conversación. La sensación que yo le comentaba a mi esposa entonces era la de que me consideraban como descendiente de tantos croatas emigrados.

El segundo hecho es que el objetivo segundo del viaje era llegar hasta Dubrovnik, cosa que hicimos. Pero una vez allí, lo cierto es que continuamos aún un poco más allá ¿por qué motivo? ninguno en especial. Sin saber exactamente donde íbamos, llegamos hasta un sitio que nos impresionó y que luego hemos recordado muchas veces: la bahía de Kotor, o Boka Kotorska, o Boca di Cataro. Llegamos hasta Kotor, último punto de un viaje en busca de un pasado incierto.

Darko.

Aparentemente no sólo a mí me suceden cosas curiosas. Elías nació en la región de Boka Kotoroska y, en esa época, Darko no lo sabía...

Los últimos intercambios con Darko y Claudette han afirmado nuestra amistad. El trío ha sobrevivido a una tormenta de emociones y ahora estamos mucho más serenos. Aprovechamos este clima para pasar a otra etapa de nuestra comunicación. Darko co-

mienza los intercambios de fotos. Nos envía, para comenzar, una foto de las raras que tiene de niño, es su primera foto. En la foto Darko debe tener apenas un mes y está en brazos de su padre. Yo veo con alegría la foto que nos envía, en cambio Claudette se queda con las ganas ¡Pobre prima!:

Yo no puedo verla!!!! Mi computadora me muestra un mensaje que dice: “Archivo desconocido”, y luego se desconecta... Plop!!!!

Es muy curioso esto de estar viviendo tantas emociones y diversiones a través de una fría pantalla. ¿Cómo explicar en torno mío hasta qué punto todo el resto ha pasado a un segundo plano? Darko nos envía fotos suyas de niño con sus hermanos. Claudette se prepara a hacerlo. Yo me preparo a enviarles por correo normal copias de lo que tengo... me hace falta un escáner. Claudette nos sorprende diciendo que es nada menos que Pedro quien la ayuda con su escáner a digitalizar las fotos que nos va enviar. Nadie sabe si Pedro sabe ahora que tiene tres hermanos en España. Parece que algo sospecha, pero él no dice nada, sólo observa y Claudette respeta su silencio como algo sagrado. Yo pienso, que sin una palabra, Pedro está jugando con nosotros.

Darko dice que no puede enviar muchas fotos porque su madre las quemó casi todas. Nos cuenta que recuerda una noche en la casa de Las Condes, donde vivían en Santiago. Su madre encendió una fogata en el patio, y empezó a quemar cartas y fotos. Que en definitiva, se salvó muy poca cosa. Un álbum de antes de que él naciese, y una caja de diapositivas. Nos dice que veinte años después apareció la caja de diapositivas y el álbum, como señales de un rastro lejano de un pasado que seguramente existió. Que él conserva la caja de diapositivas y que piensa que su hermana mayor conserva el álbum.

¡No! No voy a caer otra vez en el estilo de telenovela llorando por las fotos quemadas. Para Darko no parece ser un drama, entonces, ¿para qué hacer yo un drama de ello? Ahora entiendo mejor por qué Darko está tan feliz con todas las fotos que podemos enviarle y por qué insiste tanto en pedirle a Claudette la foto prometida en la que aparece Elías con la familia.

Por fin, a mediados del mes de julio, Claudette nos envía una

foto de los bisabuelos. No es la foto prometida, es otra en la que los bisabuelos están solos sin los hijos. Siento una profunda emoción al ver por fin aparecer en la pantalla la imagen de Elías y de la Nona. Es una foto muy hermosa. Elías sigue presente en mi espíritu, es nuestro hilo conductor, y su imagen nos recuerda que debemos continuar buscando su huella. Estoy contenta de haber enviado ya mi carta a Antonio, estoy impaciente de que la reciba.

Yo también deseo participar, presentarles mi familia, enviarles las fotos de los Mátković que tengo. El fin de semana corro a comprar un escáner y envío a mis primos muchas fotos. Hace años que no me divertía de esta manera. Digitalizo todas las que encuentro que puedan interesarles, entre las cuales unas fotos en que aparece la Nona, la Paulina, mi madre, mis dos hermanas y yo. También les envío documentos de Filo. Envío a Darko todas las fotos que encuentro donde sale algún Mátković. Claudette al mismo tiempo envía todo lo que puede. Darko es el que está más feliz de todos y lo dice:

Domingo 19 de julio

Claudette y Maribel.

Claudette, ivaya andanada de fotos!

Sin quitar importancia al resto, la de los bisabuelos es impactante. Se la he enseñado a mi hermano Marcelo, y ha dicho ivaya!, lo cual en su caso es una muestra de interés y casi diría de emoción superlativa.

Las madres de ambas están guapísimas.

Claudette, he enseñado las fotos en que apareces tú. Han provocado un cierto impacto, porque la opinión generalizada es que tú y tu prima Ana sois muy parecidas.

Sin comentar nada, mi esposa vio la foto (más reciente) y dijo:

-iOooooohhhh! isi es como Ani! Y añadió: -Muéstrasela a tu madre".

Así lo hice y dijo:

-iOOOOOhhhhh!, pero si se parece mucho a Ani!! ¡La sonrisa no!, pero el resto... si la miras un poco de lejos... podría pasar por ella.

Como yo me reconozco muy mal fisonomista, es de suponer que los demás están en lo cierto. Dicen que la sonrisa es diferente.

Tus hijos Claudette, muy guapos también. Más enhorabuena.

Maribel, me encanta la foto de la Nona con las bisnietas.

Darko

Después de haber enviado cuanta foto tengo, le escribo a Darko diciéndole que lo dejaré tranquilo (esto de intercambiar fotos así es entretenido, pero cada foto enviada o recibida toma cierto tiempo). Que no lo molestaré más. Darko me dice que, al contrario, está feliz y que le puedo enviar todo lo que se me ocurra. Que recuerde que, aparte de sus dos hermanos en Barcelona y de su sobrino, la única imagen de un Mátković-Mátulić que había visto en casi treinta años, fue una única fotografía: la de su medio hermano Pedro.

En una de sus cartas Darko observa: “Creo que los tres estábamos conectados en el mismo momento hace pocos minutos. Según la hora de mi servidor, que las unifica a hora española, Maribel envió a las 17.19, y Claudette a las 17.27 ya había contestado. A esa hora, yo estaba conectado intentando modificar cosas del servidor”. La verdad es que durante los dos meses que siguieron a la aparición de Claudette practicamos una comunicación intensa, casi ininterrumpida, y logramos ir muy lejos en nuestra relación. Ahora podemos decir que nos conocemos mucho mejor. Tenemos una imagen bastante completa de cada uno, hasta con fotos de cada uno y de los seres que nos rodean. Al mismo tiempo esta comunicación exige mucho y debo reconocer que, además de la alegría y de todas las emociones, compartimos cierto estrés. Estoy muy cansada y Claudette parece estarlo aún más. No hay que olvidar que los tres trabajamos y que tenemos obligaciones que exigen mucho de nosotros. Por suerte es la época de dejar todo y de partir de vacaciones de verano. Además, con un poco de suerte, lograré ir a Barcelona a conocer a mis primos, sería fantástico.

La familia de mi padre vivía en Santiago. En Punta Arenas, en la

familia de mi madre, decían que mi padre era ruso. Mi padre había nacido y vivido en Santiago y era mucho más chileno que todos los croatas de Punta Arenas juntos. Conocía, apreciaba y añoraba la cocina popular chilena. ¡Y qué van a saber en Punta Arenas entre tanto croata, francés, inglés y otros, lo que es un pebre y de cuánto hay que tenga gusto a cebolla, a ají y a las otras cosas que le dan sabor y picante a la olla! En Punta Arenas, ni en mi casa, ni en casa de los amigos de mi familia se comía comida chilena. Comían sí unas centollas maravillosas, los mejores mariscos y salmones del mundo, chiporritos y todo tipo de parrilladas. Mi abuelo cocinaba el bacalao, por allí tengo su receta. Recuerdo también el gusto del aceite de oliva que venía de no sé dónde y de lo maravilloso que era poner un poco de aceite en un plato, sal, tomar un pedazo de pan, ponerlo sobre el plato y comérselo. Creo que fue mi abuelo quién me enseñó a hacerlo así. Más tarde probé hacer lo mismo y no me resultaba. Comprendí mi error en Francia el día en que redescubrí el aceite de oliva. (Hace poco vi que en Mallorca eso se hace y lleva un nombre que he olvidado.) El aceite de oliva venía en los barcos europeos que pasaban por Punta Arenas trayendo todo tipo de productos. Con ese clima y la distancia, era difícil tener buena fruta fresca, en esa época los transportes por avión salían muy caros. No recuerdo haber sufrido por falta de nada. Sí, debido al poco sol que teníamos, había que tragar unas cucharadas espantosas de aceite de hígado de bacalao.

Cuando nací, mi padre estaba feliz de tener otra hija y creo haber hecho todo lo posible para que siga feliz de tenerme. El trabajaba en la búsqueda de petróleo. Todos sus colegas y amigos de entonces eran nuestros tíos.

Su trabajo lo llevaba a recorrer la Patagonia chilena haciendo largos viajes por tierras inexploradas y navegando por las peligrosas aguas australes. Mi padre conocía y amaba esa tierra como nadie. Siempre ha amado la naturaleza con una fuerza y convicción poco comunes. Fue ecologista antes de que la palabra existiera, denunciando los estragos que hacía el hombre al ir destruyendo sin precaución los bosques nativos de la zona. Todo eso está escrito. Ha escrito muchas cosas científicas y no científicas. Entre sus escritos de esa época hizo un diario que fue parcialmente publicado. Bueno, yo no sabía todo eso, pero igual lo quería. Ahora que va a tener ochenta años ha descubierto la naturaleza en las sorprendentes figuras matemáticas generadas por el cálculo de fractales. Su pasión es tan grande que los programa, les saca fotos, publica y da conferencias sobre ellos. Papá nos llevaba a

menudo de paseo. Nuestros paseos eran por tierra, nunca fuimos a Tierra del Fuego ni navegamos por los canales.

A veces partíamos de vacaciones, por un par de semanas, a Tres Pasos, un lugar en el campo un poco al norte de Puerto Natales, camino al Paine. Íbamos en grupo con las familias de los amigos de mis padres y lo pasábamos maravillosamente bien. Alojábamos en una enorme casa de huéspedes de madera (por lo de enorme seamos prudentes, era al menos enorme para mis cuatro o cinco años). Tengo muchos recuerdos de Tres Pasos, pero el que nunca olvidaré es el de las ovejas. Hay que saber que en Magallanes hay miles y miles de ovejas y que éstas hicieron la fortuna de los Campos Menéndez y de unos cuantos más. A menudo en los caminos había que detenerse o pasar muy despacio al medio de las ovejas. Lo importante es que en Tres Pasos había ovejas. Entre los corderitos había algunos que habían perdido a sus madres y había que arreglárselas para alimentarlos. Una vez nos confiaron a mis hermanas y a mí la alimentación de tres de ellos. Mis hermanas tuvieron cada una un corderito blanco y una mamadera para alimentarlos. A mí me tocó el único corderito negro. El más hermoso de todos. Yo estuve feliz del gran privilegio que me tocaba. Lo que nadie había previsto fue que mi ovejita negra, que era mucho más pequeña que la otras, tendría tanto miedo, que nunca me dejaría acercarme a ella. Miraba con mucha pena y cierta envidia que las ovejas blancas dejaban que mis hermanas se les acercaran y que les hicieran todo lo que ellas querían. Aún no me consuelo completamente de la pena que tuve.

Siguiendo con las ovejas hay que saber que en Punta Arenas hay un famoso monumento al ovejero. A los niños de entonces, como seguramente a los de hoy, nos encantaba encaramarnos arriba de las ovejas de ese monumento. En enero de 1957 dejamos las ovejas y el frío y nos fuimos a vivir a Iquique, en el otro extremo de Chile.



*Mis abuelos paternos Sofía Katz Kusnetzoff
y Enrique Itskovich Rosenberg,
casados el 3 de abril de 1910, en Concepción.
La fotografía fue tomada alrededor de esa fecha.*

III

BARCELONA

Agosto 1998

En un *e-mail* que escribí a mi padre, con copia a Darko, le decía que yo deseaba ir a Costa Brava. Mis padres tienen una casita, con una vista hermosísima al mar, en un lugar que se llama Costa Brava y que queda entre Viña del Mar y Concón, al norte de Valparaíso en Chile. Darko creyó que yo hablaba del Costa Brava cerca de Barcelona y me preguntó inmediatamente si pensaba ir a visitarle. Su reacción me dio a entender que una visita de mi parte sería bien recibida, era la primera vez que tocábamos el tema y estuve feliz que fuese él el primero en hacerlo. La verdad es que la idea de conocerle de verdad me tienta mucho. Resulta que estas vacaciones, al igual que los años precedentes, estoy invitada a pasar unos días en Port la Nouvelle en casa de Yvonne, la madre de mi gran amiga Jeanne. Port la Nouvelle queda cerca de la frontera con España y la frontera está cerca de Barcelona. Es el momento de pensar seriamente en un encuentro. Parece fácil decirlo, pero de verdad sólo lo parece. Pienso que Darko es un ser complejo y temo que un encuentro desequilibre la frágil comunicación que existe entre nosotros. No es lo mismo comunicar por carta o por correo electrónico que estar frente a frente. Por esta razón yo no había ni abordado el tema. Presiento que nos va a costar hablar y que correremos el riesgo de que toda la magia de nuestra relación epistolar desaparezca como por encanto. A pesar de este temor mi deseo de conocerlo de verdad es fuertísimo.

Por otro lado, en caso de ir a Barcelona, será con Patrick o no será. No es que la idea de viajar le interese particularmente, pero como es generoso, es capaz de hacer el trayecto sólo para darme en el gusto. Que sea generoso no significa que tenga un carácter fácil, al contrario. No sólo a los Mátković les cuesta comunicar. Hay que saber llevarlo, respetar sus silencios, entender sus gestos, adivinar lo que piensa. No siempre logro hacerlo bien y ha sido así desde el día en que lo conocí. No puedo quejarme ya que fue justamente ese rasgo algo misterioso de su carácter que hizo que me interesara en él. Eso y su silueta inconfundible de fumador de pipa. Cuando lo conocí, ya era inseparable de su pipa de tabaco negro, que lo acompaña siempre como una amiga, protegiéndolo del mundo exterior, aislándolo detrás de una sutil cortina de humo.

Hasta ahora mis intercambios con Darko han sido directos, sin el temor de lo que un tercero pueda opinar. Sé que la presencia de Patrick en este encuentro, de por sí difícil, no va a simplificar en nada las cosas, ¿pero qué hacer? No es que Patrick no esté de acuerdo con lo que hago, o que yo le oculté alguna cosa, no. Simplemente actuar bajo su mirada o hablar cuando sé que él me está escuchando no es lo mismo. Su sentido del ridículo difiere fuertemente del mío y algunas actitudes mías, que a mí me parece natural tenerlas, pueden ser una verdadera tortura para él. Como muchos maridos, él se siente responsable de lo que digo o hago como si yo fuese parte de su propia persona. Evidentemente esta actitud de su parte hará que esté cohibida y complicada, ¡pura mala suerte! Si no me decidí a ir a conocer a Darko este verano, y con Patrick, es posible que no lo haga nunca y siento que está escrito, que debo hacerlo. Por el momento debo comenzar por obtener que Patrick esté de acuerdo con la idea de ir a Barcelona, eso tampoco está ganado de antemano. Haré lo que pueda, en todo caso, quien nada intenta nada logra:

–Patrick, estaría feliz que cuando vengas a Port la Nouvelle aprovechemos para ir a Barcelona, me gustaría muchísimo conocer a Darko ¿Qué piensas?

–Podría ser, dile a Darko que si desea que vayamos debe reservarnos un hotel para la noche del domingo.

En realidad yo me esperaba a que Patrick rechazase la idea de ir, no lo ha hecho, no ha dicho que no. Sólo ha puesto una condición. ¡Esto ya es casi un milagro! Cuando Patrick dice algo así no

hay que discutir ni preguntar. Yo podría tratar de reservar un hotel desde acá, pero Patrick ha dicho que Darko debe hacerlo como condición para que vayamos a verlo. Que así sea. Al día siguiente escribo un *e-mail* a Darko diciéndole que Patrick está de acuerdo para ir a Barcelona si él nos consigue un hotel para la noche del domingo 9 de agosto. Intercambiamos unas pocas líneas y quedamos en una cita telefónica. Darko debe llamarme el jueves 6 por la noche a casa de Yvonne y, en caso de haber problemas, entonces debe llamarme el viernes, entre tanto no tendré e-mail y no tendremos otra manera de comunicar.

La noche del martes 5 de agosto viajo en tren a Port la Nouvelle dejando a Patrick y a mi hijo Camille en casa de mis suegros. Justo antes de subir al tren tenemos una disputa. Cuando estoy nerviosa o apurada me cuesta aún más respetar su sensibilidad. Espero que el enojo no nos dure, si no, el viaje a Barcelona podría resultar un verdadero desastre. Con Patrick nos queremos y respetamos, pero nuestras relaciones no siempre son simples.

Yvonne es viuda y durante el año vive sola en la ciudad de Carcassonne. Durante las vacaciones abre su pequeña casa de la playa y, para la alegría de todos los que la quieren, recibe con los brazos abiertos a quien desee venir. A pesar de lo pequeña que es esa casa siempre hay un lugar donde instalar al que llegue. Yvonne es muy cariñosa y para mí es un placer enorme disfrutar del calor de su compañía y de lo agradable de su conversación. De verdad nos llevamos muy bien. No es la primera vez que voy. Sé, que como otros veranos, pasaré momentos deliciosos. La casita está a cien metros del mar y el único trabajo que tendremos será vivir en función de la playa respetando el ritmo de las comidas y del sueño de los tres pequeños hijos de Jeanne cuando ellos estén con nosotras. Jeanne está separada hace poco más de un año. Es una hermosa mujer, alegre y muy dinámica, que logra conciliar, no sé cómo, un trabajo interesante y exigente, con las tareas de ser madre ejemplar para tres hijos pequeños y llenos de vitalidad, ser dueña de casa y, como si esto fuera poco, darse tiempo para salir, viajar y divertirse. La amistad que nos une, aunque relativamente reciente, es suficientemente fuerte como para saber que podemos apoyarnos mutuamente en todo momento. Conocer a Jeanne ha sido para mí una

de las mejores cosas que me han sucedido en los últimos años. Nos queremos como hermanas y es la primera vez desde que vivo en Grenoble que tengo una amiga tan cercana.

Yvonne y Jeanne siguen desde el primer día con mucho interés lo que está pasando. Conocen perfectamente mis deseos de ir a Barcelona.

—¿Vas a ir a ver a Darko?, pregunta Jeanne impaciente de tener novedades.

—No es seguro. Debo esperar un llamado suyo y él debe decirme si nos ha logrado reservar un hotel.

—¿Te llamará a casa?

—Así lo espero, si no se le olvida. Patrick llega el viernes y tengo que tener la respuesta antes de que llegue. Sé que parece absurdo, Jeanne, pero la única vez que hablamos con Darko no fue fácil. Los silencios eran interminables. Las palabras no venían.

El jueves por la noche Darko llama, muy serio, dice lo esencial, que no ha tenido tiempo de reservar el hotel, pero que me llamará el viernes. La verdad es que me cuesta dar a entender a mis amigas hasta qué punto este encuentro me inquieta. Tampoco se lo he dicho a Patrick, si se lo digo tal vez él decida anular el viaje a Barcelona. Mejor callarme.

El viernes Patrick llega con Camille. Darko vuelve a llamar ¡Qué alivio, nos tiene reservado un hotel! Le digo que llegaremos a Barcelona por la tarde del domingo, me dice que lo llamemos a la oficina cuando lleguemos, que nos esperará allí. Me parece extraño, si un pariente viniese a verme a Francia, y además en un día domingo, yo le diría de venir a casa, o le daría cita en un lugar típico en el centro de la ciudad. Bueno, nos veremos en su oficina un día domingo por la tarde.

A las dos de la tarde del domingo llegamos al hotel que Darko nos ha reservado. Antes de llamarlo vamos a la Rambla a buscar donde almorzar. Hace muchísimo calor, algo así como 35 grados. Por fin, como a eso de las cuatro de la tarde, lo llamo desde una cabina pública. Quedamos en que debemos estar a la seis en su oficina. Dice, que si tenemos suerte, su hermano Marcelo, que es muy reservado —por no decir arisco— debería venir. La idea es que

venga sin saber que estaremos allí, de saberlo seguro que no vendrá, que esa es una de las razones de desear que vayamos a su oficina, que Angels, su esposa debe venir y probablemente su hermana Ana.

A pesar del calor optamos por caminar. No es la primera vez que estamos en Barcelona. Camille conoce la ciudad aún mejor que nosotros ya que ha ido varias veces en viajes de estudios. Él tiene diecisiete años y está en plena adolescencia, pasando por crisis de independencia como es propio de su edad. Ha crecido mucho en poco tiempo. Me da gusto verle. Es alto, y como es muy delgado, parece aún más grande de lo que es en realidad. De niño era muy apegado a mí. Ahora aparentemente no, pero encuentra aún normal que él esté en el centro de mis preocupaciones. Estoy segura que el hecho que mi mente esté tan ocupada con esta historia de familia lo desconcierta. Es como si descubriera con inquietud que yo puedo tener una vida propia con intereses que no tienen nada que ver con mi papel de madre. En cierto modo la crisis de independencia es mutua. Él vino a Barcelona porque no tenía otra posibilidad.

Barcelona es una ciudad que se visita con placer. Entre el barrio gótico, con sus hermosos edificios y sus calles estrechas y oscuras, debido a la increíble densidad de altas casas grises pegadas unas a otras, las atrayentes plazas de diferentes épocas, el puerto y su monumento a Colón, no falta qué admirar. Caminamos sin parar a pesar del calor tórrido y de ser la peor hora del día. Me duelen los pies, tengo una sed espantosa, pero no es el momento de quejarse. Sé que tanto para Patrick como para Camille, que deben estar igual de cansados que yo, la idea de conocer a mi primo no les interesa para nada. No han dicho nada en contra, pero sé, que si han aceptado hacer el viaje sin protestar, es porque sienten que es muy importante para mí. Caminamos entre las cuatro y las cinco y media, hora a la cual nos sentamos en un café cerca de la oficina de Darko a tomar un refresco y a esperar la hora de la cita.

A la seis tocamos el timbre de la oficina y Darko baja a abrirnos. Nos conocíamos por fotos enviadas a través de Internet.

-¿Darko? ¡Un beso primo!

-¡Hola Maribel!

-Te presento a Patrick y a mi hijo Camille.

–Encantado, ¿qué tal?, si desean seguirme subamos a mi oficina.

Los tres seguimos a Darko a su entresuelo. Entramos. Darko nos invita a tomar asiento. El ámbito nos es familiar a Patrick y a mí: computadoras, papeles, mesas de trabajo. Está solo, Marcelo no está, Angels no ha llegado. Tal como me lo temía Darko no habla. Si Patrick no estuviese allí, yo estaría menos cohibida. Le hablaría de nuestros intercambios, me las arreglaría de alguna manera para comunicar. Con Patrick y Camille allí no puedo, yo también estoy muda, lo único que se escucha es el ruido de los computadoras y el de un ventilador que intenta, en vano, refrescar el ambiente, hacerlo más liviano. Darko no dice nada, no se le ocurre ofrecernos ni un vaso de agua. Por suerte que ya nos relajamos en el café. La situación es aún peor que lo que me temía ¿Qué hago? La verdad es que aunque no tengo absolutamente ningún deseo de hablar de proyectos de ingeniería, ni de informática, ni de matemáticas se me ocurre que si le pregunto por el trabajo tal vez logre hacerlo hablar y además interesar a Patrick. (Con Patrick el tema del trabajo no falla nunca.) La situación me parece muy absurda, pero el silencio es realmente insoportable:

–Darko, creo haberte contado que Patrick es matemático y que se interesa mucho en las aplicaciones prácticas. Tal vez podrías contarle en qué proyectos trabajas...

¡Uf!, Darko habla un poco de uno de sus proyectos de ingeniería, Patrick hace algunas preguntas, el tiempo pasa. Camille se aburre, se impacienta, desea partir solo, irse a caminar.

Debemos esperar la improbable venida de Marcelo que no llegará, la llegada de Ana, la llegada de su esposa Angels que felizmente llega como a las siete y media. La llegada de Angels alivia la tensión, su presencia tiene un efecto parecido al de un rayo de sol que llega cuando ya nadie lo espera. Angels es sonriente, habla con una voz suave y agradable, fácilmente. Camille obtiene la autorización para partir solo. Le damos cita a las nueve en la Plaza Villa de Madrid, donde Darko ha dado cita a una prima suya, Gaviota, que debe cenar con nosotros.

Nos quedamos en la oficina para esperar la llegada o un llamado de su hermana. Ana está de vacaciones en Banyoles, a unos sesenta kilómetros al norte de Barcelona, en casa de su amiga Ire-

ne. Darko llama a casa de Irene quién dice que Ana no se siente bien, que no llegará esta noche, que no puede venir ni al teléfono. Como Banyoles queda entre la Barcelona y la frontera con Francia sugiero que sería fácil pasar a verla. Le digo a Darko, que pida a Irene, que diga a Ana que, si lo desea, podríamos pasar a verla al día siguiente. Irene dice que Ana está de acuerdo...

A las ocho y media dejamos la oficina y partimos camino a la Plaza Villa de Madrid. En el camino converso con Angels, es encantadora. Es profesora de niños pequeños con dificultad en el habla. (No resisto a la tentación de pensar que no sólo a algunos niños les sucede tener dificultades con el habla y que no es un azar que Angels sea la compañera de Darko...). Darko y Patrick caminan, no sé si cruzan alguna palabra. Después de andar una media hora llegamos al lugar de la cita. Camille nos espera, pero la prima de Darko no ha llegado. Gaviota vive en Francia, es sicóloga y está de paso en España. Darko me ha hablado de ella en sus cartas, parece tener gran estima por ella. Gaviota se interesa además en la astrología y ha hecho el horóscopo de Darko, horóscopo que Darko me envió por correo electrónico. Es extraño que Darko, siendo ingeniero, aparentemente bastante frío y racional, me haya enviado este horóscopo como algo importante.

Esperamos otra media hora. Por fin Darko se decide a ir a una cabina telefónica a llamarla. Gaviota había tratado de prevenirlo que no vendría, pero el teléfono celular de Darko estaba apagado. A las nueve y media estamos cansados de caminar, cansados de esperar y muertos de hambre. Pensábamos cenar afuera, pero todo está repleto, habría que esperar largo tiempo parados en la calle. Le ruego a Angels que busque un lugar tranquilo, lejos del bullicio, donde se pueda cenar bien, donde se pueda conversar, que nosotros los invitamos, que elija lo mejor que conozca.

Angels, que lleva bien su nombre, nos encuentra el lugar perfecto que necesitamos. Es el restaurante de un hotel, un lugar muy agradable y muy tranquilo. Nos dejamos caer en nuestras respectivas sillas, aliviados por fin de poder descansar. Me siento frente a Darko, Patrick a mi lado izquierdo frente a Angels y Camille al otro lado de Patrick. Un mozo nos trae el menú que, como siempre en Barcelona, está escrito en catalán y en castellano. Darko, que está completamente integrado, utiliza ambos idiomas indistintamente.

El primer viaje que hicimos a España fue justamente a Barcelona y yo estuve sorprendida y desorientada al descubrir que la lengua principal allí era el catalán. Muchos nombres de calles y muchos letreros están escritos sólo en catalán. Barcelona es la capital de la Cataluña y los dos idiomas conviven casi a partes iguales, el idioma regional representa un fuerte signo de identidad.

Con una buena sangría y con la sed que llevamos, la tensión desaparece como por encanto. Ya era tiempo. Patrick y Camille se ven felices. Bromeamos, nos divertimos de verdad. Vaya, Darko sabe reír y le va muy bien.

–Espero que algún día vendrán a Grenoble, dice Patrick. Estoy seguro, Darko, que Angels estará feliz si la llevas a visitar los Alpes. Tenemos un chalet en la montaña en un lugar muy hermoso.

La idea de venir seduce a Angels.

–Muy agradecido, dice Darko, por el momento será muy difícil porque tengo muchísimo trabajo por delante, pero en un futuro podría ser.

El buen ambiente me anima a sacar mi máquina fotográfica y a atreverme a sacar fotos muy de cerca de Darko y de Angels. Camille nos toma una foto a todos juntos.

La cena se termina en excelentes condiciones. Para mí, el día entero ha sido una prueba muy difícil y estoy literalmente agotada. Por suerte todo ha resultado muy bien y todos parecen felices ¡me parece extraordinario! Regresamos caminando hacia el hotel, haciendo parte del camino con ellos. Quedamos en que al día siguiente debemos estar a las diez de la mañana en su oficina. Que tal vez conoceremos a su hermano Marcelo, a su madre Maika, a su prima Gaviota.

–¡Que descansen bien!, nos dicen Angels y Darko.

–¡Muchas gracias! ¡Hasta mañana! –nos despedimos.

Al llegar a la calle del hotel Patrick se da cuenta que han tratado de forzar la puerta de nuestro Peugeot 405, pero por suerte no nos han robado nada. La noche, en el hotel, es muy calurosa. La ventana da hacia la calle Gracia, que tiene mucho ruido, y hay que elegir entre el ruido y un calor agobiante. Elegimos el ruido. Patrick duerme pésimo y se levanta varias veces a observar si alguien se acerca a nuestro auto que se ve desde la ventana de nuestra pie-

za. Creo que no dormo ni un minuto durante toda la noche. ¡Qué calor! No puedo dejar de pensar en lo que está pasando.

El lunes me levanto sumamente cansada. A la diez llegamos a la oficina de Darko. Patrick dice que se quedará en el auto con Camille, que me deja media hora para despedirme. En la oficina me espera todo el mundo salvo Marcelo. Está Angels, está Maika, la madre de Darko. Sé muy poco de Maika. Me imagino que su divorcio con Boris fue muy doloroso y que por ello cambió de continente cortando todos los lazos. Yo pensaba que la presencia de una persona de la familia de su ex esposo podría haber sido desagradable para ella. Al contrario. Maika se ve feliz de verme, se acuerda de mi madre y me pregunta cómo está. Se ve tan contenta que me animo a conversar con ella.

—Supongo que Darko le ha contado esta historia extraordinaria que nos sucede, le digo.

—¿Qué historia?

Maika sabía que yo venía a Barcelona, pero visiblemente Darko le ha contado lo mínimo indispensable. Con Angels la cosa había sido parecida. A mis amigos en Francia les he contado mis emociones con detalle. Me parece increíble el silencio de mi primo. ¿Por qué? ¡No puedo entenderlo!

Le hago en diez minutos un rápido resumen de la historia. También llega Gaviota, la saludo, pero no converso con ella. Después llega Nivia, la hija del segundo matrimonio de Maika. Pasa el tiempo, Patrick y Camille me esperan. Darko y Angels bajan a saludar a Patrick, debo rogar a Patrick que nos tome un par de fotos con mi primo, después de todo este viaje fue por este encuentro. La verdad es que no hemos hablado casi nada, pero igual nos despedimos con mucha emoción.

Al partir me quedo con una sensación confusa entre alegría y malestar. Todo ha sido muy extraño. Darko ha hablado poquísimo. A pesar de ello, sé que para él fue un momento importante. Sentí que estaba feliz de nuestra visita, también yo me siento feliz, siento como si una parte de mi misión estuviera cumplida.

Bajo el calor agobiante de mediodía, tomamos rumbo a Girona y Banyoles. El camino a Banyoles es corto, pero se me hace larguísimo; estoy muy cansada y muy confusa, no soy capaz de

pronunciar ni una palabra. Patrick y Camille se dan cuenta y con gran gentileza respetan mi silencio. En uno de sus mails, Darko me hizo un comentario en un tono de reproche hacia su hermana, porque ha enviado muchas cartas a su padre, cartas a las que este último nunca ha contestado. Para Darko es absurdo desear comunicarse con un padre que aparentemente no quiere saber nada de sus hijos. A pesar de eso, Darko desea que yo vea a Ana, se nota que lo desea de verdad. Por mi parte, aunque sienta curiosidad de conocerla, al mismo tiempo me digo que es absurdo desviarse con ese calor, que ella no quiso venir la noche anterior y que entonces no hay razón para que yo vaya hacia ella. Es una familia muy extraña, me lo dijo mi madre, nadie me obligó a meterme en esto, pero ya no puedo echarme atrás, Ana debe estar esperándome.

Al cabo de un momento llegamos por fin al hermoso lugar donde nos ha dado cita, el bar “La Carpa” con vista a un lago. Me siento pésimo, creo que por segunda vez en mi vida tengo una jaqueca, como esas que tiran a la cama a mis hermanas por días enteros. Desearía estar en mi casa y olvidar todo esto.

Después de estar quince minutos sentadas, en mesas casi vecinas, por fin nos reconocemos.

—¿Ana?

—¿Maribel?

Nos abrazamos, se le llenan los ojos de lágrimas. Patrick y Camille se van a caminar dejándonos solas.

—Perdona que no haya venido a Barcelona. Ayer Darko fue muy duro conmigo en el teléfono y he pasado el día llorando. Me daba vergüenza que me veas en ese estado. Tampoco quería hablarte por el teléfono con la voz quebrada. Estoy feliz de que hayas venido.

Yo había visto una foto suya en la pantalla de mi computadora. Su rostro me había encantado, emanaba de él algo muy particular que me llega de manera aún más fuerte ahora que estoy junto a ella. Me parece fantástico estar en este minuto a su lado y todas mis reticencias se desvanecen en un instante. Además Ana es encantadora y comunicativa por todo lo callado que es Darko y, con Patrick y Camille lejos, me siento completamente libre.

—Dime Ana, supongo que Darko te ha contado todo sobre la

manera como lo encontré, que te ha contado de nuestras investigaciones sobre Elías, de sus intercambios con Claudette. Que te ha mostrado todos los documentos.

-No, no me ha contado casi nada. Me mostró la foto de los bisabuelos, me contó que tu venías y me dijo que sería bueno que te viera.

Poco a poco me voy dando cuenta con gran asombro que Darko le ha ocultado casi todo lo que ha descubierto a través de mí. Me cuesta entenderlo. Por eso Darko quería que yo viese a Ana, para que le cuente yo. Lo mismo fue con su madre y con Angels, ¿por qué? Que haya callado con su madre lo entiendo. Maika calló a sus hijos todo lo que tenía que ver con la familia paterna. Al divorciarse quemó las fotos y dio vuelta la página, se fue lejos y para ella se terminó. A pesar de eso, Maika mostró que estaba feliz de verme, como agradeciendo que yo diga lo que ella calló. Tengo la impresión de que todos esperaban que la palabra perdida hace veinticinco años volviera a la familia y que Ana lo necesita más que ningún otro.

-Ana, si deseas dame un papel y te dibujaré el árbol que viene de Elías, y con el dibujo trataré de contarte en una hora lo que nos ha tomado meses con Darko comprender.

No vemos el tiempo pasar. He olvidado la jaqueca y el calor. Ana es como una esponja que absorbe cada palabra, cada nombre, cada historia. Su emoción es grande. La mía también, aunque de manera diferente. Yo vivo esta historia como alguien que la observa, con mucha atención, pero desde fuera. En cambio, ella está en pleno centro de la trama. Le cuento que estoy planificando ir a Punta Arenas en diciembre. Que su prima Claudette, que vive en Santiago, vendrá conmigo, que Darko se quedará en Barcelona. Le sugiero la idea de venir con nosotras.

-No te digo que sí, pero tampoco que no. Me lo dice y me mira.

Y veo en sus ojos que comienza a soñar. Ana está entrando en esta historia, ¿vendrá? Qué emoción en pensar en su encuentro con Claudette. ¿Quién sabe si logrará conocer a su medio hermano Pedro?

Ana me cuenta de la vez que habló con Pedro por teléfono y

que le dijo que era su hermana, que tenía una hermana. Como él la tomó por una loca, o pensó que era una broma y le colgó. Me cuenta de las cartas a su padre sin respuesta. De las fotos y videos que ella le ha enviado. De su soledad. Tiene cuarenta años. No ve a su padre desde los catorce y no logra entender lo que pasa. Ha sufrido muchísimo, pero ha crecido. Ahora tiene la fuerza de enfrentar las dificultades y de luchar por recuperar lo que ha perdido. Ella no pierde la esperanza de reencontrar algún día a su padre.

–Maribel, antes yo era como Marcelo y Darko. No sabía expresar mis emociones. No sabía comunicar. Aprendí a hacerlo porque mi marido me lo enseñó. Se enfadaba conmigo porque yo no hablaba. Él venía de una familia numerosa. Hacían fiestas todos juntos. Yo me quedaba callada. Cuando logré expresarme fue tan fantástico que me liberé. Ahora sé decir y gritar lo que siento, mis hermanos no. No te puedes imaginar lo que es tener dos hermanos con los que no puedes hablar y una madre de un carácter fuerte que usaba como método el castigo del silencio. Cuando se enfadaba pasaban días enteros en los que ella no nos hablaba. Me liberé tanto que ya no fui la misma y entonces me separé de mi marido. Tengo un hijo suyo de diez años que se llama Víctor y que me llena la vida de alegría.

–Se me ocurre que Darko no ha tenido hijos por toda esta situación de la familia, ¿qué piensas?

–Sí, todo esto es muy triste. Marcelo y Darko no tienen hijos, pero es peor. No desean saber nada de niños y no desean saber nada de mi propio hijo, sufro mucho por ello. Menos mal que Gaviota trata de ayudarnos.

Ana me dice que Gaviota se interesa en la sicología transgeneracional, o algo por el estilo. Pienso que Gaviota sigue una pista excelente. Gaviota aún no sabe de la fuga y del naufragio de Elías, de la ceguera de José, de la muerte de Carlos José. Puros abandonos. La historia de Darko, Ana, Marcelo, Pedro y el padre me parece muy complicada, pero yo estoy llena de esperanza. La luz que está llegando a estos personajes a través de la amistad y sabiduría de Gaviota y de la memoria que les llega a través de mí podría llevarlos algún día a un reencuentro. En el caso contrario nada de

esto tendría sentido. Dios mío ¡cuánto lo necesita Ana y cuántos deseos tengo de ayudarla!

Patrick regresa de su paseo, es hora de separarme de Ana. Nos despedimos con mucha emoción.

En ese momento no sabíamos, que un mes más tarde, una embarcación de turistas franceses de tercera edad se hundiría en el lugar mismo que fuera el cuadro de nuestra conversación con Ana. Se hundiría allí mismo como para recordar que la muerte puede llegar así, de manera completamente inesperada, congelando los silencios y los conflictos para siempre. Aún es tiempo de reunir lo separado, de romper los silencios. Las cosas hay que hacerlas cuando están aún a nuestro alcance. Nunca sabemos cuánto tiempo se quedarán donde están.

En el trayecto de noventa minutos hacia Port la Nouvelle me quedo en silencio. Trato de pensar en lo acabo de vivir. Me cuesta mucho. Dejaré decantar un poco, veré después. De verdad me encantaría saber lo que piensa Gaviota de todo esto. No nos conocemos, a penas nos vimos en la oficina de Darko, pero estoy segura de que nos entenderíamos bien. Me gustaría verla, intercambiar nuestras impresiones, pero ¿cómo hacerlo? No tengo su dirección y jamás hemos cruzado una palabra.

El día de mis siete años nos subimos a un avión y dejamos Punta Arenas para irnos a vivir a Iquique.

Iquique queda 3.700 Km. al norte de Punta Arenas y a 330 Km. al sur de la frontera con el Perú. Es un pequeño puerto que, en 1957, contaba con unos cincuenta mil habitantes. La ciudad está situada entre las faldas de la Cordillera de la Costa y el Océano Pacífico, en una franja de terreno muy estrecha, de algo así como cinco kilómetros en su parte mas ancha. Alejándose de Iquique, por el borde del mar hacia el norte o hacia el sur, este espacio es aún mas reducido. Si se toma el camino que sube por la Cordillera de la Costa se llega a la planicie de la Pampa del Tamarugal, a unos mil metros de altura. En la pampa hay aguas subterráneas gracias a las cuales crecen algunos tamarugos y sobreviven algunos pueblos. Mirando desde la pampa hacia el este, se percibe a lo lejos la Cordillera de los Andes, que en esa zona culmina a unos seis mil metros. Antes de las cimas está el rico altiplano. Al sur de la Pampa del Tamarugal se encuentra el maravi-

lloso Desierto de Atacama, con sus paisajes lunares de piedras que no han sido movidas desde hace millones de años, y donde, un observador atento y sabio, reconoce a los meteoritos caídos. Las riquezas minerales de la pampa y del desierto son inmensas, el salitre y el cobre son los mejores ejemplos.

Las provincias del norte actual de Chile pertenecían en el siglo XIX a Perú y Bolivia. En 1879 hubo una guerra terrible, conocida como la Guerra del Pacífico, que enfrentó a los tres países. Esta guerra había tenido su origen en la lucha por dominar la zona salitrera, que estaba siendo desarrollada por capitalistas chilenos. Uno de los libros de Claude Michelet, Pour un arpent de terre, tiene como tela de fondo esa guerra. Aprendí gracias a ese libro, y de manera muy amena, muchas cosas que ignoraba. Leí con espanto, que en esa época, en América del Sur, las guerras no tenían nada que envidiarle a las guerras en Europa. Que fue una guerra terrible. En esa guerra, Chile salió victorioso y ganó a Perú y Bolivia buena parte de su Norte Grande (eso sí que lo sabía). Iquique era antes una ciudad peruana y aún hoy en día sus avenidas más importantes conservan hermosas casas con arquitectura peruana. Entre fines del siglo XIX y los años treinta del XX, la ciudad había vivido una época de gran riqueza, gracias al salitre. De aquella época son los elegantes edificios que rodean su plaza principal. La decadencia comenzó cuando la fabricación del nitrato de amonio a partir de amoníaco sintético, inventado por los alemanes durante la Primera Guerra Mundial, reemplazó definitivamente al producto natural. Las oficinas salitreras sufrieron mucho con la crisis de los años treinta. En los años cincuenta la crisis fue definitiva, la cesantía y el malestar social eran grandes.

Se esperaba que la búsqueda de petróleo, que se iba a iniciar con la llegada de los equipos de la Enap a la región, pudiese traer a Iquique parte de la prosperidad perdida. No fuimos los únicos puntarenenses en llegar, muchos de los colegas de mi padre también lo hicieron con sus familias.



*Mis abuelos maternos Nicolás Letica Skrabo y Paulina Mátkovič Mátulić,
junto a sus cinco hijos. Fotografía tomada hacia el año 1930.*

IV

PORT LA NOUVELLE, IQUIQUE

De regreso a Port la Nouvelle necesité un par de días para poder salir del estado de aturdimiento en el que quedé al volver de Barcelona. El martes Patrick y Camille regresaron a Grenoble y el miércoles Jeanne partió con sus hijos a continuar sus vacaciones en casa de una amiga. Era justo lo que yo necesitaba, el oído atento de Yvonne y muchísima calma.

Estoy cansada, todo da vueltas en mi mente, no puedo dejar de pensar en mi reciente viaje, pero no es sólo eso, es todo lo que me sucede desde hace varios meses.

–Yvonne, debería escribir todo lo que me ha pasado, es demasiado y no puedo callarlo. ¿Sabes?, si fuera escritora escribiría un libro. Lo pienso, pero sin tomar la idea en serio, desde el día en que mi padre me contó lo del naufragio de Elías. No entiendo por qué me está sucediendo todo esto, pero si no lo escribo creo que me volveré loca.

–Mañana te regalaré un cuaderno para que empieces a escribir, dice Yvonne.

–¡Fantástico!, mañana mismo empiezo.

–Y cuando te ganes el premio Goncourt dirás que lo empezaste en Port la Nouvelle.

–¡Te lo prometo!

Nos reímos mucho imaginándonos años más tarde. Transformada en gran escritora enterraría mi trabajo en informática. Me dedicaría a escribir, leer y a hacer miles de cosas divertidas que

antes nunca habría imaginado posibles para mí. Además, las ocasiones de estar juntas y tranquilas serían numerosas. Por supuesto que llevaría Yvonne a la televisión conmigo cuando me invitasen a presentar mis libros.

Al día siguiente no espero que Yvonne me compre un cuaderno. Voy yo misma. De verdad lo hago sin creer que escribiré más de tres páginas. Compró un pequeño cuaderno de colegial de escuela primaria, el más barato y me siento con mi primera página en blanco.

Tengo un gran dilema, no sé en qué idioma escribir. Deseo hacerlo en francés, así mis amigas y amigos podrían ir leyendo lo que quisiera mostrarles. Mi hermana Ana María habla perfectamente el francés y podría leer con facilidad y comentar lo que diga sobre la familia. Yvonne me ayudaría con su crítica “literaria” y estoy segura de que me estimularía mucho. Una de mis motivaciones de escribir es explicarles a mis amigos franceses de dónde salgo, toda esta historia que llevo a cuestas, estoy segura que más de uno estaría sorprendido. El problema es, que si escribo en francés, no podré comunicar lo que escriba a Darko, Claudette y Antonio y eso no puede ser. Patrick y mis hijos entienden el español, deberían ser capaces de leerlo con cierto esfuerzo. La decisión es difícil y, aunque siento que estaré muy sola si escribo en español, no veo otra solución que hacerlo así. Me da mucha tristeza el saber que no podré compartir mi escritura con Yvonne.

Tengo otro dilema. Mi mente está llena de historias, pero no tengo ninguna idea lo que significa ponerse a escribir, no sé qué escribir y aún menos cómo hacerlo. Por un lado está la historia de Elías y de Darko, que necesita ser escrita ahora mismo, la visita a Barcelona me ha sacudido mucho. Por otro lado, desde hace muchos años se prepara algo dentro de mí. Todo se mezcla, pero no sé por donde empezar. En mi mente llevo dos libros, dos idiomas, dos países. Mi infancia también está cortada en dos.

En Punta Arenas dejé toda la seguridad del mundo que conocía hasta entonces, dejé incluso mi calidad inestimable de hija menor. Nuestro traslado a Iquique fue un cambio muy duro para mí. Al sólo pensar en ese cambio siento una gran tristeza.

No sólo yo estaba triste, las casas tenían banderas negras a media asta por el cierre de las últimas de las oficinas salitreras que se habían convertido de un día para otro en pueblos fantasmas. El aspecto general del lugar hacía que todos los recién llegados nos sintiésemos agobiados. Fuera de las banderas negras, lo que más nos llamó la atención al llegar fue lo seco y pobre del lugar. Había algunas palmeras raquílicas, las casas eran feas y sin jardines y los cerros completamente pelados, sin ningún árbol. Llegando de los bosques verdes y de la riqueza de la Patagonia, la sequedad y pobreza de Iquique eran como un castigo. Era tan seco que cuando había un incendio no era raro que se propagara destrozando barrios enteros. A mí me tocó ver el incendio de una manzana cerca de mi casa y tener miedo de que el fuego se propagara hacia la nuestra, por suerte no fue así. Nos contaban de incendios que habían destruido siete o trece manzanas de una vez.

Los iquiqueños nos decían que no nos preocupásemos, que cuando la gente llegaba a Iquique, llegaba llorando, pero que cuando la gente se iba, se iba llorando también. Y tenían razón.

Las primeras cosas buenas que descubrimos fueron la playa y el mar.

Cuando llegamos mi madre llevaba seis meses de embarazo, era verano. En esa época las mujeres en estado interesante no iban a los balnearios. Eso no fue razón suficiente para disuadirla. Ella acababa de pasar los primeros treinta y ocho años de su vida en Punta Arenas y uno de sus sueños era gozar de una buena playa. Siguiendo con la lógica de la época no existían trajes de baño para mujeres embarazadas. Siguiendo con la lógica de mi madre, había que encontrar una solución. Mi madre tijereteó un pijama y le rogó a mi padre, que era el dueño de la prenda sacrificada, que nos llevara a una playa alejada. En Iquique faltaba de todo salvo las playas buenas y solitarias. Tengo un recuerdo maravilloso de mi madre gozando su primera inmersión en las aguas iquiqueñas. Desde entonces, ir de vacaciones a una buena playa, me cura de todas mis penas. Ninguna otra cosa tiene ese poder.

Para poder gozar las playas de Iquique era indispensable saber nadar y adaptar nuestras pieles blanquísimas al sol fuerte de esas latitudes. Mi madre se encargó de la natación y mi padre del

bronceado. A pesar de sus casi cuarenta años, Anita, que no sabía nadar, aprendió a hacerlo mejor que nadie aplicando la misma técnica que había empleado veintitantos años antes para aprender a conducir. Tenía unos diecisiete o dieciocho años y soñaba con manejar. Soñaba tanto que se veía manejando el coche de mi abuelo. Se veía pasando los cambios, dando vuelta el manubrio, circulando por las calles. Se veía con precisión haciendo cada gesto. Observaba los gestos de mi abuelo cada vez que podía y después revisaba sus conocimientos en su cama, una noche después de otra. Cuando se sintió lista, sin decirle nada a nadie, tomó el automóvil de mi abuelo y salió a pasear feliz por las calles de Punta Arenas. Las lecciones de natación solas, sin esa maravillosa técnica, nunca habrían logrado realizar esa proeza. Volviendo al sol, aún escucho los consejos de mi padre. El primer día cinco minutos, el segundo diez, etc. y al cabo de un tiempo nuestra piel tomó un color dorado que no se iba de un verano a otro. Los inviernos eran cortos, íbamos a la playa entre septiembre y abril y así lo hicimos durante seis años seguidos.

Muchas veces organizábamos paseos a playas lejanas con los tíos y tías. Partíamos por el día con carpas, mesas y manteles. En esas ocasiones también gozábamos de la pesca. Mi padre amaba la pesca y a mí me encantaba pescar con él. Él con su carrete, yo con el mío. También me gustaba arrancar las lapas de las rocas y comérmelas. Él gozaba más que nadie. Había encargado por catálogo a Estados Unidos un traje de pesca submarina, el traje había llegado, pero había llegado enteramente desarmado. Tuvo que ingeniárselas como pudo para pegar los pedazos como si se tratase de un verdadero rompecabezas. El trabajo no fue perdido ya que le permitió realizar sus sueños de arponear los enormes lenguados de Playa Blanca. A mi madre nunca le ha gustado limpiar los pescados. Mi padre me lo enseñó en esa época y aún se lo agradezco. No sólo pescábamos en la playa, mi padre me llevaba algunas veces por la noche a pescar al muelle. Sacábamos camarones y me los comía vivos allí mismo.

En Iquique la comida no era la misma que en Punta Arenas. Aprendimos a comer el pescado crudo macerado en limón, como lo hacían tan bien los peruanos, el cebiche de lenguado es delicioso. Los erizos eran mi plato preferido. El mar nos daba todo tipo de productos y los oasis del desierto nos daban fruta tropical que no se

conocía ni en Santiago, teníamos mangos, tumbos y guayabas. La pesca se hacía también de manera industrial. La pequeña industria de las pesqueras de anchoveta comenzó en los años cincuenta, después de la crisis del salitre. A unos cinco kilómetros al sur de Iquique había una antigua planta ballenera aún utilizada. Unos de los amigos de mis padres, tío Jorge, era responsable de esa planta. Me tocó ir a la ballenera y contemplar el espectáculo impresionante de una ballena descuartizada en plena faena. Era raro que los olores de la ballenera llegaran hasta Iquique, pero había días en que los de las pesqueras de anchoveta lo impregnaban todo.

El Pacífico simbolizaba la vida, pero también una terrible amenaza. En 1960 el sur de Chile sufrió el peor terremoto que haya tenido el planeta en el siglo XX. El terremoto del sur fue seguido de un maremoto gigantesco. Todos los fantasmas de los muertos en el Norte Grande por los dos maremotos del siglo precedente se despertaron asustando a la población. Vivíamos aterrados, con el auto cargado y listos para arrancar en caso de alerta.

Cuando llegamos a Iquique nos instalamos en una casa de la calle Vivar. Era una casa de verdad y no un piso en un edificio, la casa era en forma de U y teníamos un patio interior. Al medio del patio había una pérgola con una buganvilla y un jasmín. Nuestra casa, como todas las casas, tenía tambores con agua potable arriba de los techos. Esto era posible porque los techos eran horizontales y no inclinados como en Punta Arenas. Un techo horizontal tiene también la ventaja de permitir a los niños jugar en ellos y no nos privábamos de hacerlo. El agua era dada sólo por las mañanas y era cortada a la diez, el resto del día había que arreglárselas con la reserva. Así aprendí a dejar pasar mucho tiempo sin ducharme, pero entre los siete y los doce años eso no tiene mucha importancia. Tuvimos que resignarnos a olvidar los largos baños de tina que nos dábamos antes. El sistema para calentar el agua de la ducha era muy original y muy complicado para un niño: había un recipiente en el que se debía poner un poco de alcohol de quemar, encenderlo con una cerilla, luego lavarse muy rápido para economizar el agua y lograr terminar antes de que el alcohol se consumiera. Entiendo que mi madre no haya insistido en esos momentos en nuestra higiene. Además de la escasez de agua ella tenía otras preocu-

paciones. Así y todo recuerdo nuestra casa de Iquique con mucho cariño.

En 1992 fui a Chile con mi familia francesa y pudimos hacer un maravilloso viaje por tierra al Norte. Mis niños supieron así lo que es el desierto, el Valle de la Luna y bañarse en el agua caliente de las cochas del oasis de Pica. En Iquique fui a la calle Vivar y la casa estaba aún de pie. Golpeé la puerta de la que fue mi casa y me dejaron entrar. El interior de la casa había cambiado, las polillas habían devorado las planchas de madera del piso y de las persianas. Con gran emoción descubrí que lo que no había cambiado era la buganvilla y el jazmín. Tomé una flor de jazmín y me la llevé.

Mi infancia en Iquique me llena de recuerdos y de nostalgia. Me pregunto qué relación existe entre la niña que era yo en Iquique y la mujer que soy ahora y que está en estos momentos en Port la Nouvelle sentada frente a un pequeño cuaderno y pensando en la historia de Darko.

Todos dicen que las introducciones deben escribirse al final. Tengo una vaga idea de lo que querría escribir. No resisto a la tentación de escribir dos introducciones. Una sería para el libro de mi propia historia, la otra sería para una novela que contaría la historia de Darko. Imagino esta última introducción como una carta que yo escribiría a Gaviota, la famosa prima sicóloga de Darko, que crucé en su oficina, y con la que tanto quisiera poder hablar:

Port La nouvelle, 12-08-1998

Querida Gaviota,

Lo que he descubierto de la historia de la familia de Darko me recuerda un caso, que leí hace años en un libro divertido y profundo de Jeanne Van den Brouck, en el que cuenta como en una familia, durante cuatro generaciones seguidas, las madres abandonaron a sus hijas. La bisnieta, abandonada por su madre y a punto de dejar a su hija logró romper el círculo vicioso al entender lo que le pasó a su bisabuela. Así sanó del trauma del abandono a cuatro generaciones de mujeres y a toda la descendencia.

De lo poco que conozco de ti, sé que además de ser prima por el lado materno de Darko eres amiga de él y de sus hermanos. Tú eres sicóloga. Entiendo que percibes mejor que nadie el dolor que llevan auestas y que intentas por todos los medios encontrar alguna clave que permita abrir la prisión de silencio que los tiene encerrados desde la infancia. Ana me contó que te interesas en la sicología transgeneracional. No sé exactamente lo que eso es, pero me imagino que la lectura de esta historia podría interesarte.

En resumen, el azar ha querido que buscando mis propias raíces haya encontrado a Darko y con él la rama perdida de los descendientes de mi bisabuelo Elías. El azar e Internet han querido mucho más. Podrás comprobarlo por ti misma cuando leas mi relato. Todo ha sucedido como si una mano invisible me incitara a continuar. A veces tengo la sensación de que esta búsqueda tiene un sentido que me sobrepasa. Si creyera en lo sobrenatural te diría que alguien me está empujando con la finalidad de venir en ayuda de Darko y de sus hermanos. De verdad, aunque mi búsqueda no sea por Darko, vivo con una extraña sensación de magia desde el día en que se me ocurrió preguntar quiénes eran mis bisabuelos maternos y el cómo y el porqué de su viaje a Chile.

Los meses que han pasado desde entonces los he vivido con mucha intensidad. Los he vivido con la sensación increíble de ser un personaje dentro una novela, viviendo un capítulo después de otro, los hechos se han dado solos. Todos los elementos de una novela están presentes: la historia de la emigración croata a Chile, lugares míticos como la Patagonia de mi infancia, traumas familiares como los de los ascendientes masculinos de Darko, la magia de Internet. Ello me ha decidido a lanzarme en esta idea loca de escribir un libro y compartir mis emociones.

El capítulo actual de esta historia es mi viaje reciente a Barcelona y el encuentro tan deseado como temido con Darko. Aún no logro asimilar todo lo que ha pasado en ese encuentro. Quedé con la fuerte impresión de que todos los allá presentes, incluso tú, esperaban desde hace veinticinco años que algo o alguien les trajera la memoria y la palabra perdi-

da. Que me tocó a mí. Que mi papel en la historia de Darko se termina, pero que el tuyo no. Por esta razón me apresuro en escribirte lo que acaba de suceder.

Espero que mi relato te interese y te divierta aún en los capítulos que nada tengan que ver con nuestros primos comunes.

Te deseo mucho éxito
un abrazo,

Maribel

Me entretengo leyendo a Yvonne lo que he escrito. La verdad es que sería divertido si yo le enviase la carta a Gaviota. No tengo su dirección y además una carta así, con el colorcito que le he puesto, va bien para un libro, pero sería completamente ridículo enviarla de verdad.

El viernes tomo el tren de regreso a casa. Hace un calor espantoso y el tren está repleto. Menos mal que había reservado un asiento. En el tren saco mi pequeño cuaderno de colegial y escribo de una tirada mi encuentro con Ana, me hace muy bien hacerlo, en cierto modo me siento más liviana, como liberada. En cuanto a mi encuentro con Darko me gustaría hacer lo mismo, pero no soy capaz ni de pensar en ello, quizás algún día lo haré. Por el momento no puedo. Me desconecto completamente de su historia y para ello vuelvo a mis recuerdos de infancia. Iquique es otro mundo, allí no hubo más familia que la de mis padres y de mis hermanos.

Iquique estaba en esa época lleno de pulgas, lo que era un suplicio para recién llegados como nosotros. Tuvimos que aprender a cazar las pulgas y eso es todo un arte. La caza de la pulga se divide en dos etapas, la captura y la destrucción. Para lograr la captura se necesita tener muy buenos ojos, muy buena luz y estar informado del hecho que una pulga se desplaza rápido sólo cuando salta y que no puede saltar si una sábana o una tela se lo impide. Se recomienda ir levantando la ropa de a poquito. En caso de ver a la pulga hay que impedirle que salte disminuyendo la apertura de la

sábana o de la ropa, mojar con algo de saliva las yemas de los dedos pulgar e índice de la mano derecha (izquierda para los zurdos) y capturar el insecto entre las dos yemas. De nada sirve apretar mucho pues eso hace perder la sensibilidad de las yemas sin matar a la pulga, el animal tiene un caparazón muy sólido y muy resistente. Sin separar las yemas completamente, se abre un poquito para dejar ver parcialmente el insecto. Con la uña del dedo mayor o del índice de la otra mano se debe cortar las patas, y si se puede, cortar al animal en dos. Sólo entonces se puede volver a separar las yemas de los dedos de la mano derecha.

Dicen que en el Norte las niñas se desarrollan más rápido, pero yo no lo comprobé. Lo que sí pudimos constatar fue que la tasa de fecundidad de las puntarenenses recién llegadas aumentó notablemente y que nacieron puros varones. Mi hermano tuvo así varios amiguitos. Hablando de mi hermano no sólo se contentó de acaparar toda la atención de mi madre, siendo un varón y un bebé hermoso como el sol. Él no encontró nada mejor que caer enfermo muy grave. En 1957 una epidemia de influenza terrible asoló el planeta. Se enfermó. Su corazón, quizás demasiado lleno de tanto amor que le dimos, se puso a crecer tanto que le apretaba los pulmones y le costaba respirar. Anita se asustó mucho, pero siguió dándole mucho amor, todo el que podía darle. A pesar de eso el corazón no se le reventó. Mi tía Quela, una de las cuatro hermanas de mi padre, hizo una manda a la virgen de Lo Vásquez. A los dos años las proporciones de los órganos internos de mi hermano se normalizaron y la felicidad volvió a nuestro hogar. Una sombra sí, mi abuelo se había ido sin retorno en agosto de 1957. Mi madre no pudo hacer el viaje al entierro, porque su hijo la necesitaba.

En esos tiempos tuve que aprender a adaptarme, sin la ayuda de mi madre que estaba muy ocupada con mi hermano, a todas las cosas nuevas que me sucedían. No todo fue divertido. Llegando a Iquique fuimos a un colegio en el que se enseñaba el Inglés, pero que no tenía nada en común con nuestro añorado British School de Punta Arenas. Ese cambio fue desastroso para mí. Lo fue tanto que en el colegio me bautizaron “cristalina” porque todo lo que me decían me hacía llorar, como un cristal que se quebrase de apenas tocarlo. Ana María, mi hermana mayor, que siempre había sido como una segunda madre para mí, estaba ocupada con sus estu-

dios. Sonia me ayudó como pudo, pero como nuestras relaciones nunca han sido buenas ni fáciles, su ayuda no fue completamente eficaz. Le agradezco profundamente el esfuerzo que trató de hacer hacia mí en esos momentos. Por suerte mi madre estaba tan ocupada regalando a mi hermano enfermo que se le olvidó completamente inscribirnos para el año siguiente. Gracias a eso pude por fin iniciar mi vida de santa en el Colegio María Auxiliadora.

Yo había cumplido mis nueve años. A esa edad uno vive en un estado de gracia entre la niñez y el estado adulto. No creo que mi estado de gracia se debiera a mi primera comunión, ni a mi reciente confirmación con el obispo, ni a mis deseos de ser santa inculcados por Sor Angela. Era cosa de la edad. Mi estado entre dos edades me permitía, sin ser sicóloga, entender al mismo tiempo el mundo de los adultos y el mundo de mi hermano que acababa de cumplir sus dos años. Yo veía que mi hermano no era tan inocente como mis padres lo creían. Observaba cómo ellos caían en todas las trampas que les tendía para obtener todo lo que él deseaba. No es que yo estuviese celosa, lo quería mucho de verdad. Comprobé simplemente que mis pobres padres no podían acceder a cierta parte de la infancia. Mi descubrimiento sobre esa dificultad de los adultos me llevó a la conclusión de que si quería seguir entendiendo el mundo de los niños no debía olvidar mi propia infancia. Fue así que logré rescatar del olvido muchos recuerdos de mi pequeña infancia. La verdad es que, a pesar de ello, hace mucho tiempo que se terminó el estado de gracia y que pasé definitivamente al mundo de los mayores.

Una de las muchas cosas que aprendí con esas monjas fue que los judíos habían crucificado a Jesús y que por ello eran muy malos. En ese tiempo a nadie en mi familia se le había ocurrido explicarme que la familia rusa de mi padre era una familia judía.

Quise de verdad a esas monjas, que nos enseñaban a ser niñas muy buenas y a los nueve años eso me convenía. Tuve la suerte de conocer allí a Amalia, la única amiga que conservo desde mi niñez. Ella me consoló de todas mis penas y con ella jugué todo lo que se puede desear jugar entre los nueve y los trece años. El padre de Amalia era comandante de la base naval Lynch, que quedaba en una pequeña península. La hija de nueve años tenía ciertos privilegios y yo los aprovechaba con ella. El mayor de los privilegios era

tener de vez en cuando, para nosotras solas, una increíble piscina natural de agua de mar en la roca. Teníamos nuestros rincones, nuestras grutas y todo lo que un niño puede desear, y yo tenía una amiga con la cual podía contar. En esa época yo ya estaba llena de preguntas existenciales sin respuestas. La mejor prueba de amistad que me daba Amalia era la de soportar escuchar mis elucubraciones filosóficas y discursos durante horas y horas.

Otra de las cosas maravillosas de vivir en Iquique era la cercanía de la Pampa del Tamarugal.

En la pampa se encuentra todo tipo de cosas extraordinarias. Un joven del equipo de mi padre encontró un hueso que le pareció ser el de un burro enorme y que resultó ser el de un megaterio, un mamífero que vivía hace diez o cien mil años. También se encontraban vestigios de la guerra del Pacífico, en casa teníamos una bayoneta recogida en alguna parte del desierto. La sequedad es tan grande que dicen que aún se encuentra cadáveres intactos, de esa guerra, pero que al tocarlos se hacen polvo. Conocer la pampa con un padre experto en paleontología, al que cada piedra le contaba sus secretos y al que cada montaña le contaba su historia, era un privilegio enorme. Además de todo eso, papá siempre ha estado enamorado de las estrellas y nos enseñaba la vía láctea con todo su esplendor. El norte de Chile tiene el cielo más claro del mundo y por ello se construyen en esa zona los telescopios más grandes y modernos de la tierra. A veces iba de paseo con él a buscar piedras y a observar fósiles. Más que aprender cosas aprendí a soñar. Es lo que menos he olvidado de todo lo que él me enseñó.

A veces íbamos de vacaciones a la quebrada de Tiliviche. En los dormitorios había claraboyas que nos permitían contemplar las estrellas antes de quedarnos dormidos. La propietaria de la casa de huéspedes, y creo que de la quebrada entera, era una mujer de avanzada edad muy alerta y divertida que quería mucho a mi padre. (Él había permitido que un pozo sísmico, perforado en su valle, y que encontró agua, quedara habilitado para resolverle un serio problema de falta de agua). Doña Dulcinea tenía un tocadiscos antiguo en el que ponía unos discos perforados y al que le daba vueltas una manivela. En las noches jugábamos a las sillas musicales y doña Dulcinea

gozaba haciéndonos correr, acelerando el ritmo de la manivela. Me fascinaba recorrer la quebrada de una punta a otra, descubrir las plantaciones de pimientos y de otras plantas cuyos nombres no recuerdo. Lo que más me emocionaba era visitar el pequeño cementerio y leer las inscripciones escritas en las tumbas. Muchos de los nombres eran ingleses. He sabido últimamente que ese era el cementerio de la colonia británica en la época del auge del salitre. En todo caso, a pesar de lo histórico y de lo mágico, la ruta de la Panamericana divide ahora en dos lo que era una maravillosa quebrada. La ruta pasa justamente por el cementerio.

Fuimos un par de veces a admirar la fiesta de La Tirana. En tiempo normal La Tirana es un pueblo muerto, sin un alma, pero cada año durante tres días, culminando el día de la Virgen del Carmen, tiene lugar una increíble fiesta pagano-religiosa. Tres días con polvo, música con ritmo indio que no se detiene nunca y que sigue retumbando en nuestros oídos después de haber dejado el lugar. Hay penitentes que, con las rodillas ensangrentadas, llegan desde lejos al altar a cumplir sus mandas e hijos que cumplen, bailando o arrastrándose, las mandas prometidas por los padres, heredando mandas como otros heredan bienes terrestres. Los bailarines vienen de todas partes del norte de Chile, de Perú y de Bolivia. El origen de esa fiesta es una leyenda extraordinaria sobre una hermosísima princesa Inca o “*ñusta*” de los tiempos de la conquista. La llamaban “La Tirana del Tamarugal” pues hacía ejecutar sin piedad a los extranjeros que pasaban por su dominio. Ella se enamoró perdidamente de un prisionero portugués convirtiéndose por amor a la religión cristiana y renegando así sus propias reglas. Fue ejecutada con su amante por sus propios vasallos. Moribunda, logró hablarles de la religión y les hizo prometer que la enterrarían con su amado con la cruz de su bautizo sirviendo para decorar sus tumbas. Los descendientes de los vasallos siguen venerando a la *ñusta* convertida. Pienso que a través de ella veneran la cultura perdida y lo sagrado de la Pampa.

La Pampa es un lugar de misterio, en ella se aprende a meditar en la eternidad, en la inmensidad del cosmos, en lo pequeño que somos y en el poco tiempo que vive el hombre. Conocer la pampa siendo niño ayuda a tomar desde joven la medida justa del hombre en el universo. Meditar en ella de adulto hace comprender la medida del dolor de los pueblos autóctonos que la veneraban y amaban desde hace cientos de años y que fueron

obligados a desterrarse después de ser despojados de sus tierras o dejados sin agua por el hombre venido de lejos.

En 1963 dejamos la Pampa, el Desierto y el mar de Iquique y con ellos dejé mi infancia.



*Estatua de Hernando de Magallanes,
ubicada en la plaza Muñoz Gamero, en la ciudad de Punta Arenas.
(Atlas de la República de Chile,
Instituto Geográfico Militar, segunda edición, 1970).*

V

GRENOBLE, SANTIAGO, ANTONIO

El viaje en tren está por llegar a su fin y ello me trae de vuelta al presente. Las vacaciones han sido muy cortas porque he reservado un máximo de días para ir a Chile en diciembre, allá será verano. Me encantan los veranos y el calor y la idea de escaparme del frío de pleno invierno me es cada vez más agradable. Por ahora me esperan las ocupaciones de la casa y las del trabajo. Mi trabajo es bastante acaparador y necesita de mí cierta entrega y bastante energía. En general, mi tiempo libre lo dedico exclusivamente a las cosas de la casa, a la familia y a recuperarme del cansancio de la semana. Patrick trabaja aún más que yo y es muy raro que salgamos a divertirnos. Nuestra gran diversión es quedarnos en casa, leer, mirar la televisión en familia e ir de vez en cuando a nuestro refugio de la montaña. Dicho de otra manera, hasta ahora, no he dejado que ninguna actividad secundaria tome parte importante en mi vida.

No sé cómo lo voy a hacer esta vez. Estoy tan entusiasmada con la idea de escribir, que tendré que encontrar el tiempo de hacerlo. Es evidente que estaré obligada a sacrificar mi tranquilo ritmo de vida y lo peor es que no tengo ninguna idea del esfuerzo que esto va a significar, se me ocurre que no será nada fácil. Además de la escritura, tengo que preparar mi viaje a Chile. Hasta ahora he soñado mucho, pero soñar no es suficiente. Tendré que ver si Claudette se decide a ir a Punta Arenas conmigo y planificar el viaje como se debe. Además, el hecho de ausentarme largo tiempo, me obligará a organizar bien mi casa y mi trabajo para que todo funcione correctamente cuando yo no esté. En todo caso estoy decidi-

da a intentar seriamente la escritura y espero que podré dedicarme, con calma, a poner en orden mis ideas.

Al regresar a casa me encuentro con la agradable sorpresa de que Antonio se ha conectado a Internet y que me ha escrito dos veces. No me equivoqué cuando pensaba que él estaría feliz al recibir noticias mías y de unirse a nuestra aventura. La primera carta la esperaba, la segunda no. Su segunda carta es una sorpresa total:

Martes 11 de agosto

Querida prima Maribel:

Después de haberte enviado mi mensaje, y dado que estás últimamente muy motivada por saber de tus orígenes, se me ocurrió buscar en Internet por tu apellido paterno.

Dado que la escritura original es el alfabeto cirílico ruso, recorrí las distintas formas posibles de su adaptación al alfabeto latino, las cuales varían según la fonética del idioma del país en particular. Por ejemplo, la ortografía de “Itskovich” es una adaptación a la fonética castellana. Así, revisé en Internet las posibles adaptaciones al polaco (Itskowicz), al alemán (Itskowitsch), y al inglés (Itskovich).

En el buscador o “*search*” de Internet, haz la prueba de ingresar la palabra Itskowitsch y después me cuentas tus impresiones.

Por favor, envíale copia de este *e-mail* al tío León, ya que no tengo su dirección electrónica.

Abrazos,

Antonio

¡Y yo que pensaba que las sorpresas se habían terminado! La verdad es que la historia de Elías, de Darko y de Claudette me ha tenido tan ocupada que no he tenido tiempo ni de pensar en el resto de mis antepasados. Me parece extraordinario que esta información sobre el apellido de mi padre me llegue por un primo del

lado materno. Es cierto que Antonio conoce idiomas que yo ignoro y que nunca se me había ocurrido imaginar mi apellido escrito de otra manera. No sé nada de mi abuelo Enrique, salvo que un día se tomó un barco, creo que en Inglaterra (¿por qué allá?) y que venía desde Ucrania con su hermano David.

Después de algunas dificultades, logro acceder al sitio Internet del que me habla Antonio. Llega desde Siberia a la pantalla de mi computador una página maravillosa que se llama “The old album”. Es un álbum de fotos antiguas de principios de siglo y donde se explica la historia de la “dinastía” Itskowitsch ¿Mi familia? El primer Itskowitsch venía de Ucrania como mi abuelo. No sé si es mi familia, pero en ese momento así lo siento. ¡Qué maravilloso regalo me hace Antonio! Entre las fotos aparece una Maria Isaevna Itskowitsch. Isaevna significa hija de Isaías, pero para mí suena como Isabel, y es como si viera mi propio nombre, María Isabel Itskovich. Se me llenan los ojos de lágrimas, es como haber encontrado parte de mí misma en esta historia.

En realidad, después de pasada mi primera emoción, y de leer con detalle las explicaciones que acompañan las fotos, deduzco, no sin cierta tristeza, que no se trata de mi familia, pero que es muy probable que la historia de mi propia familia sea muy parecida a la que allí está contada. ¿Cómo saberlo? En todo caso es mejor tener una historia que no tener ninguna.

A mediados del siglo XIX, la armada del Zar Nicolás Primero raptaba niños de familias judías de baja edad, entre nueve y doce años, para prepararlos para un terrible servicio militar que duraba veinticinco años. Los niños eran sacados por la fuerza de sus familias, a penas sabían hablar el idioma ruso ni pronunciar sus apellidos en esa lengua. La armada les daba apellidos como podía y, en general, inventaban apellidos a partir de los nombres: Itskowitsch viene del nombre Itshak (Isaac). En la historia que me llega por Internet el soldado había sido enviado a Siberia, donde tuvo que hacer su servicio como cantonista. Después de haberlo terminado fundó una familia en Siberia y son los descendientes de Itshak que aún viven allí (su verdadero apellido era Finlandskiy). Tomé contacto con Irina, la bisnieta del primer Itskowitsch. Su inglés era pésimo y comunicar con ella fue imposible; con la que sí logré enta-

blar una excelente comunicación fue con Olga, la “webmaster” del sitio Internet “nrsm.nsc.ru”, un Museo Virtual de la Siberia

Los soldados que lograban sobrevivir y terminar ese terrible servicio militar recuperaban la libertad perdida en la infancia a algo así como a los treinta y siete años de edad. Algunos regresaban a sus familias, otros jamás. Salvo excepciones, habían perdido la religión y olvidado el idioma de sus padres. A menudo, cuando regresaban, sus familias ni los reconocían. Esta historia, que es muy poco conocida, cuenta que era frecuente que estos soldados se quedasen excluidos para siempre del mundo de los suyos y errasen durante años como almas en pena. Dicen, que los nietos y bisnietos de ellos, seguirían sufriendo de los traumas vividos por los pequeños soldaditos judíos del Zar Nicolás. Quizás mi abuelo haya sido como era, a causa de esta triste historia. Lo que sí sé es que mi abuelo Enrique y mi bisabuelo Moisés se vinieron de Rusia para no ser enrolados a la fuerza como soldados para la guerra entre Rusia y Japón.

Esta historia del cambio de apellido me hace recordar algo que tío Andrés contaba y que siempre nos había parecido pura fantasía. Tío Andrés decía que su tío David, el hermano de mi abuelo Enrique, decía que el verdadero apellido de la familia no debería ser Itskovich, que el verdadero apellido era London y que, por alguna razón, un antepasado no muy lejano habría hecho este cambio. Pensándolo bien esta historia merece por lo menos que se le preste algo de interés antes de descartarla como una mera invención. Cuando vaya a Chile le pediré a tío Andrés que me cuente todo lo que recuerde de lo que mi tío abuelo David le decía.

Si las cosas siguen así, entre sorpresas y emociones, no sé cuando voy a poder ordenar mis ideas para poder escribir algo coherente sobre lo que he vivido este año. Tengo que lograr hacerlo, por el momento lo único que se me ocurre es tomar cierta distancia con este presente tan agitado. Comienzo a escribir mis recuerdos de infancia, no es nada de fácil aunque bastante divertido. Descubro que, al escribir las cosas, los recuerdos son mucho más fuertes que al sólo evocarlas en la mente. Las cosas se van reviviendo y van quedando allí en un papel, es casi como hacer un sicoanálisis.

Envío mis “memorias” de infancia a mi hermana Ana María

para compartir mi diversión con ella, pero también para pedirle que me dé su opinión sobre la forma en que lo he escrito. Lo que le envió la divierte mucho, porque despierta sus propios recuerdos, pero al mismo tiempo me hace críticas, tal como se lo pedí. Estoy feliz y muy agradecida. Corrijo, se lo vuelvo a enviar, pero ya no le divierte volver a leer. Me da a entender que releer le aburre, que mejor no contar con ella para ayudarme con la escritura. ¡Ay! ¿Cómo seguir sin nadie que me comente, sin nadie que me ayude en este hacer que es completamente nuevo para mí? Si escribiese en francés sería diferente, ahora sí que estoy mal de verdad. Le pido a Patrick que me ayude. Él hace un gran esfuerzo, lee lo que he escrito y corregido una primera vez y me da ciertos consejos. Se lo agradezco, pero comprendo que tampoco puedo contar con él para esto, le cuesta mucho de verdad. De verdad me siento muy sola y terriblemente desamparada en esta tarea que me he impuesto.

Diez días después de haber regresado de Port la Nouvelle recibo un *e-mail* que de verdad no esperaba para nada:

Sábado, 22 agosto

Hola Maribel:

Soy Gaviota, prima de los Mátković por el lado materno. En estos momentos estoy en Barcelona y me quedo hasta final de mes o principios de septiembre. Te escribo para darte la dirección de mi hermana en Chile, ella trabaja en turismo y te puede ayudar a organizar tu viaje a la Patagonia. Ha intentado ponerse en contacto con Claudette a pedido de Darko, pero por lo que sé aún no logran encontrarse, sólo habían hablado por teléfono.

Bonne continuation, à bientôt.

Gaviota

Su carta me saca completamente de mis cavilaciones sobre la escritura ¡Esto sí que es extraordinario! ¡Gaviota me ha escrito! Me baja una tentación irresistible de responderle enviándole por correo electrónico la “Carta a Gaviota” que imaginé como introduc-

ción. Deseo tanto entrar en contacto con ella que creo, que aunque me crea loca si le envío esa carta, terminará por comprender mi llamado. Total ¿qué pierdo?, ¿otra botella al agua? No, esta no es una botella, es una carta que parte a una persona bien definida. ¡Allá va!:

Domingo 23 de agosto

Querida Gaviota:

Sé que te costará entender por qué te envío esta carta. Estaba pensando escribir un libro y había imaginado lo que sigue como introducción. De verdad que no pensaba enviártelo, pero, ya que me escribes, no resisto hacerlo de verdad. En el fondo, me encantaría poder conversar contigo.

Un abrazo.

Maribel

Port La nouvelle, 12-08-1998

Querida Gaviota,

Lo que he descubierto de la historia de la familia de Darko

.....

¡Qué impaciencia de conocer su reacción tengo! Su respuesta se hace esperar una larga semana, pero termina al fin por llegar:

Sábado 29 de agosto

Hola Maribel:

Soy Gaviota. Me ha tomado un tiempo para contestarte, porque tu carta me impresionó mucho. De partida no esperaba una carta como ésa. La primera vez que la leí, no entendí nada. La volví a leer pasadas unas horas y la comprendí, pero todavía me quedan muchas interrogantes. Pienso que sería una buena idea vernos y conversar un poco...

Si no, como introducción pienso que la idea no está

mal, aunque me ha impresionado bastante. Pero creo que eso es para hablarlo mucho más largamente y en forma personal.

Un gran abrazo para ti.

Gaviota.

¡Qué alegría! Gaviota entendió perfectamente mi mensaje, estoy impaciente de verla. Gaviota es chilena, se vino a hacer estudios a Francia hace algo así como diez años y terminó casándose con un francés. Por razones que desconozco, sé que regresa pronto a Chile, sola. Debe dejar Barcelona y venir a Francia en unos días a preparar sus cosas para regresar a Chile. La invito a Grenoble. Nos ponemos de acuerdo, vendrá en septiembre a pasar un fin de semana conmigo. Imagino que vamos a pasar el tiempo hablando de las cuatro generaciones entre Elías y Darko y así tratar de entender algo de todas las complicaciones de la familia Mátković. En todo caso eso ha sido lo que me ha empujado a invitarla. ¡Qué impaciencia siento!

Tengo que esperar su venida tres largas semanas y la paciencia nunca ha sido una de mis cualidades.

La llegada a Santiago fue para mí un cambio casi tan radical como el que me tocó vivir entre Punta Arenas e Iquique. Partí de Iquique como una niña provinciana que jugaba aún a las naciones con Amalia y en poco tiempo tuve que arreglármelas como adolescente en plena capital.

Llegando a Santiago me pusieron en un colegio de monjas cuya actitud era radicalmente opuesta a las monjitas de María Auxiliadora. Las encontré hipócritas y mucho más interesadas en los bienes materiales de las alumnas que en la búsqueda de su santidad. Además mi alma de filósofa, que no me dejaba tranquila, tenía muchas dudas existenciales y poco a poco recitar el credo pasó a ser una real tortura para mí. Una religión que me obligaba a mentir, diciendo que yo creía en algo en lo que yo no creía, no podía convenir a mi espíritu deseoso de entender el mundo y de encontrarle un sentido a la vida. Mi vocación de santa se terminó definitivamente y a partir de esa época decidí entendérmelas sola con el Más Allá. Felizmente ese fue mi único año escolar en ese colegio y el último de mi vida en un colegio de monjas.

En esa misma época, no recuerdo exactamente cuando, pero fue durante una conversación banal con mis hermanas, que salió al tema que nuestro apellido era de origen judío. La verdad es que para mí fue un *shock* que tardó muchos años en absorberse. Yo ya había dejado la religión, pero no había abandonado tan fácilmente los prejuicios contra los judíos que me habían inculcado años de educación católica. Después de mi descubrimiento inicial no logré obtener ninguna respuesta más. Esto quedó en mí como un misterio sin entender nunca por qué me lo habían ocultado. Todos me decían que nadie me había ocultado nada, que simplemente a nadie se le había ocurrido hablarme de ello. Me lo podían decir, pero eso no bastaba para convencerme de que no tenía importancia.

A los quince años cayó en mis manos el libro *Éxodo* de León Huris. Ese libro, que relata con detalles el holocausto, cuenta también la historia de los jóvenes que llegaron a crear el Estado de Israel. También relata como fueron los primeros tiempos en Israel y la manera que tenían de recibir a los jóvenes que afluían de todo el mundo a los Kibutz. Puedo decir que lloré con cada página de ese libro, que me identifiqué con cada uno de los héroes y que sufrí por cada una de las víctimas. Me sentí judía hasta la médula de los huesos y empecé a soñar con seguir el ejemplo de mis héroes y partir hacia Israel a un Kibutz. También traté de imaginar todas las razones que debían haber hecho que mi padre tratase de protegernos de la maldad de los hombres callándonos nuestros orígenes. Imaginé lo que él y su familia debían haber sufrido en Chile en los años cuarenta con la mirada de los que odiaban a los de nuestra raza. Me pasé toda una película para tratar de justificar su silencio, inexplicable para mí, sobre este tema. Un par de años después, aprovechando la distancia puesta por unas vacaciones en el norte en casa de Amalia, le escribí la carta en la que le decía todo lo que esto me atormentaba. Su respuesta, que no tenía ningún punto común con lo que yo había imaginado, aclaró algo de mis dudas, pero no logró borrar las huellas profundas dejadas en mi alma por tantos años de silencio. Aún no entiendo cómo fue que ni mi padre, ni mi tío Andrés, ni ninguna de mis tías, conservaran nada de la tradición de sus orígenes.

Fuera de mi historia judía, pienso que mi vida de adolescente no tuvo nada de particular. Por un lado una mezcla de preguntas

existenciales terribles que me desvelaban noche tras noche, por otro lado una dosis de amores platónicos no correspondidos y, para terminar, miles de complejos por mi físico que me había traicionado a la pubertad al engordar doce kilos en el espacio de unos pocos meses. De una niña flaquísima, y bastante feliz de mí misma, pasé a ser una quinceañera rellena y espantosamente acomplejada.

Eso me dejaba aún más tiempo para hacerme preguntas existenciales que me tomaba muy en serio. Cuando a los quince años, en clase de filosofía, estudiamos *La náusea* de Sartre, me decía que yo vivía de hace tiempo en plena náusea y que Sartre no tenía nada nuevo que enseñarme. Mi náusea era tan fuerte que no pude leer ese libro que sólo lograba intensificar mi estado. Me desvelé durante mucho tiempo por el sin sentido de la existencia. Un día, cuando tenía algo así como dieciséis años, llegué a la conclusión de que no lograría nunca darle una respuesta racional a mis innumerables preguntas sobre la vida y la muerte, o sobre lo finito y lo infinito. Descubrí en cambio que mis emociones parecían tener un sentido y que tal vez podrían conducirme allí donde lo racional no podía llegar. Fue para mí descubrir algo así como “siento, luego existo”. Las respuestas a mis emociones venían de adentro mío, como si tuviera una brújula dándome un sentido que podía palpar como algo real. Esta nueva “filosofía” me sacó de mis tormentos internos y me permitió continuar lo que seguía de mi vida con menos angustias y con cierta dosis de optimismo.

Terminé mis estudios secundarios en la Alianza Francesa Saint-Exupéry. En esos momentos dudé entre estudiar Filosofía o Ingeniería. Me decía que la Filosofía era parte de mi propia naturaleza, pero que no me daría de comer. Cuando mi padre me dijo que Ingeniería no era profesión para una mujer, mi decisión fue tomada sin dudar un segundo más. Dos meses después, en marzo de 1967, entraba triunfante al primer año de la Escuela de Ingeniería de la calle Beaucheff, la misma Escuela que había sido la suya en otros tiempos. Éramos sólo un cinco por ciento de mujeres y había que mostrar que merecíamos estar allí. Los estudios exigían mucho trabajo y, para mí, era muy estimulante tratar de obtener mejores notas que mis compañeros del sexo opuesto. Nunca fui tan buena alumna como en esa época.

Le debo muchas cosas a “La Escuela” desde un punto de vista profesional y humano. Por empezar, al entrar a La Escuela, mis

kilos extras se fundieron como por encanto, al mismo tiempo que mis complejos, y pude así disfrutar completamente del mundo nuevo que se abría ante mí. En el año 1969, el clima de revolución pacífica de los jóvenes estaba en pleno apogeo y La Escuela, llena de estudiantes brillantes, era un excelente crisol para apasionantes discusiones filosóficas o políticas. Los aires de cambio eran extraordinarios. Yo me sentía más atraída por las discusiones sobre la filosofía y lo espiritual que por las discusiones sobre la política. Mientras la mayoría de mis compañeros comenzaban a militar en los diferentes partidos políticos y pasaban horas discutiendo sobre la dialéctica marxista, yo adherí a un movimiento que enseñaba una mezcla de budismo, masonería y que hoy sería probablemente identificado como una secta. Me aplicaba en aprender la relajación, la meditación y en entender los mecanismos internos que mueven a cada ser humano. El trabajo consigo mismo debía tener como consecuencias cambios profundos en nuestra conciencia y en nuestra manera de actuar. Cambios que debían llevar a una sociedad mejor donde cada persona trabajaría con generosidad, conforme a sus capacidades y recibiría con justicia según sus necesidades, y esto por convicción íntima de cada uno.

Nunca logré adherir a ningún partido político, ni en ese entonces ni después. Nunca me convencieron con sus doctrinas y discursos intelectuales, con teorías que hablaban de todo, salvo del verdadero amor y respeto por cada ser humano, que hablaban de todo, olvidando lo que sigo considerando esencial. El discurso de casi todos se limitaba a lo estrictamente material y convergía naturalmente en el dinero, única religión universal de este fin de siglo. Único “Credo” compartido por todos los países, que en estos tiempos presentes, que más que antes, más que nunca, pudre todo, nos pudre el alma, nos pudre la vida. Para mí, era imposible defender una doctrina si no la sentía con toda mi alma. Ninguna me convencía del todo. Las ideas de la izquierda me atraían, pero el principio sacrosanto, compartido por todos los partidos de izquierda, de la lucha de clases me era insoportable. La idea de pensar que los seres humanos estamos encerrados en “clases”, y clases definidas por el poder del dinero, me lo es aún. En mi opinión, no se trataba de luchar, sino de compartir, con amor, con el alma, porque nada nos

pertenece, ni nuestros bienes materiales, ni nuestros cuerpos, ni nuestra salud. Hay quienes dicen que las almas tampoco nos pertenecen, que también ellas se pueden perder...

Las conversaciones de esta época que recuerdo con más intensidad, son las que tenía con un estudiante de extrema izquierda, creo que era simpatizante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, nunca lo supe con certeza. Confieso que cierta parte de mí se sentía mucho más cerca de los compañeros de extrema izquierda que de todos los otros. Eran los únicos que estaban dispuestos a todo. Había amor en ellos, trataban de ser honrados desde el alma, y pienso, que en este mundo, no hay ninguna solución si no hay un amor enorme. Algunos de ellos venían de familias adineradas y otros de hogares modestos. Todos se daban de cuerpo y alma por sus ideas. Este compañero me parecía consecuente con él mismo hasta la médula de los huesos, y yo trataba de entenderlo. Él venía de lo que yo llamaba la parte de abajo de la ciudad. Cuando estábamos juntos, él simbolizaba al proletario y yo a la burguesa. Nos encontrábamos con frecuencia en el casino de La Escuela y cada vez retomábamos la discusión en el punto donde la habíamos dejado la vez anterior. Para mí, era un gran honor discutir con este compañero, que seguía un camino tan diferente del mío y que aceptaba de manera sorprendente brindarme su amistad, a mí, la burguesa. Era más abierto de espíritu que muchos otros, un ser brillante y producía en mí una enorme fascinación. Yo lo admiraba a él y a los otros idealistas de extrema izquierda, pero al mismo tiempo rechazaba con todas mis fuerzas la idea de la violencia. Esta me ha aterrado desde siempre. En casa había un libro cuya cubierta estaba ilustrada por una imagen de guerra fratricida, creo que el libro era *La guerra de los mundos* de Wells. En esa imagen se veía heridos, muertos, hombres armados con expresión de odio, y otros con una expresión de pavor terrible. De niña, esa imagen me espantaba tanto, que bastaba que mis hermanas me la mostraran para helarme completamente de pavor. A los veinte años mi terror a la violencia permanecía intacto.

La conciencia política que había en Chile en esa época, permitió que fuese el primer país en el mundo en elegir democráticamente un presidente socialista. En 1970, once años antes que Francia

eligiera a François Mitterrand, Chile eligió como presidente a Salvador Allende. Yo viví esa época desde un punto de vista muy diferente de la mayoría de mis compañeros. Como no creía en la lucha política como agente de cambio, nunca hice más las discusiones que enardecían a todos. Como mis amigos de izquierda estaban muy ocupados en acompañar las reformas y aplicar sus teorías, nuestras discusiones filosóficas se hacían cada vez más raras. Todo se hacía más duro. La tensión era cada día más fuerte entre los compañeros y también en el seno de muchas familias. Muchos hogares se estaban dividiendo, polarizando. Yo pensaba que tenía que haber otro camino. Pasaba al lado de asambleas, de discursos inflamados, de violencias verbales y físicas entre los estudiantes de la escuela, tapándome los ojos y oídos para no sentir la violencia que se iba apoderando de todos. Mi búsqueda interior, o simplemente mi carácter, me hacía vivir en otro planeta y me impedía entrar en lo que sucedía. El clima de violencia entre estudiantes ultraderechistas e izquierdistas aumentaba de día en día. Era una escuela de varones y yo no estaba en mi lugar. La violencia llegó a tal extremo, que un día, un grupo de extrema derecha tiró ácido desde el segundo piso del pabellón de química quemando a no sé cuántos estudiantes de izquierda. No fue el único “incidente”, pero creo que fue el peor. No me corresponde a mí explicar esta importante época de la historia de mi país, ni de mi escuela. Yo estaba “afuera” de esa violencia, y atemorizada, nunca fui valiente. Pero puedo afirmar que había un clima de exaltación y de tensión poco comunes. Esos días la historia de Chile se estaba escribiendo con letras mayúsculas.

Uno de los recuerdos que nunca olvidaré de esa época, debe haber sido en 1973, fue el de un día en que compañeros de escuela de extrema izquierda trajeron, al interior de ésta, a centenares de hombres, mujeres y niños, de una de las poblaciones marginales más miserables de Santiago. Centenares de personas que literalmente invadieron todos los terrenos libres que había entre los edificios de la escuela. Yo había visto pobreza en mi vida, pero nunca había visto tanta miseria ni tanto dolor reunidos. Esa pobreza y ese dolor asustaban, no por la actitud de esta gente, ninguna violencia emanaba de ellos, sino por la innegable realidad que representaban y que era más elocuente que todas las teorías revolucionarias juntas.

La explosión de violencia que temíamos no vino de los pobres. El Golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 terminó con Allende, así como con todos los sueños de los idealistas de izquierda de esa increíble época en que todo parecía posible. Por el 5 de septiembre, yo había partido junto a un grupo de jóvenes de mi movimiento a un retiro que debía durar dos semanas. Los que dirigían el retiro supieron del golpe militar, pero no nos avisaron hasta el día en que estaba previsto terminar y regresar a Santiago. Ese día nos explicaron lo que había sucedido y que debíamos ser prudentes al volver a la ciudad ya que nuestro aspecto de mochileros no se diferenciaba en nada de los supuestos grupos terroristas tan perseguidos por las “fuerzas del orden”. Llegamos a la ciudad de Los Andes, donde debíamos tomar un bus hacia Santiago. Cuando esperábamos el bus, llegaron los carabineros en dos furgonetas y nos obligaron acompañarlos hasta la comisaría. Nos pusieron contra una pared, los brazos en alto, en el fondo de una piscina vacía; vaciaron nuestras mochilas y verificaron que no estábamos armados. Nuestro grupo era relativamente conocido por los carabineros de allí y, gracias a ello, nos dejaron rápidamente en libertad. Antes de partir, el comisario nos aconsejó, de manera muy paternalista, que nos separásemos en grupos de a dos antes de subir al bus, ser discretos y ganar nuestros domicilios lo más rápido posible. Él sabía lo que estaba sucediendo en Chile en esos días y del riesgo que corríamos. Nosotros no. Nuestro estado de “paz interna” nos hacía estar a años luz de la realidad de Chile en esos momentos. Sus consejos nos salvaron probablemente de estar enfrentados cara a cara al horror. Regresé a casa sin problemas. Mis padres estuvieron muy aliviados al verme reaparecer sana y salva ocho días después del golpe.

Los años que siguieron la vida tomó un curso diferente. Las discusiones filosóficas y políticas eran evitadas por todos, por tácito acuerdo, dejando en cada uno de nosotros un gran vacío. De lo que pasaba en Chile, yo no sabía prácticamente nada. El estado de sitio y la censura no dejaban pasar ninguna información. Los que, como yo, no habían sido militantes de algún partido antes del Golpe, no tenían de dónde saber lo que estaba sucediendo. El temor de ser denunciado hacía que el que sabía de un desaparecido, o de un

caso de tortura, se callara ante los que no eran de su entera confianza. Nadie era de entera confianza, a menos que se tratara de algún compañero de Partido, bien conocido por sus ideas políticas previas al Golpe. Las reuniones estaban prohibidas y el clima de censura trascendía a todos los dominios. Sin embargo la vida no se detuvo. Terminé mis estudios y obtuve un puesto de profesora e investigadora en La Escuela.

La última de las cosas que le debo a La Escuela es el haber conocido a Patrick. Yo había terminado mis estudios. Patrick llegó a fines de 1974, como profesor de matemáticas, haciendo en lugar del servicio militar un servicio de cooperación civil que duraba dos años. Él ignoraba, al instalarse en una oficina frente a la mía, la atracción irresistible que existía entre las personas de mi familia y ciertos franceses...

Como Patrick era francés, el clima de desconfianza, la posibilidad de ser denunciado, disminuía frente a él. Por ello, y a través suyo, pude por fin comenzar a saber algo de lo que estaba sucediendo a mi pobre país. Así supe, entre otros hechos, de estudiantes, que después del Golpe no volvieron a La Escuela, porque desaparecieron, o porque fueron expulsados, o porque estaban amenazados de muerte. Con él, conocí a artistas, que desafiaban el estado de sitio, con una guitarra o con sus quenás y zampoñas, en las nuevas peñas que poco a pocos iban apareciendo. En esos días, el acto de presencia de franceses en las peñas era importante porque, en cierto modo, protegía a los cantantes de ser detenidos durante los espectáculos. Los servicios secretos de la época raramente actuaban frente a testigos extranjeros. Íbamos a las peñas con gran placer, pero también porque era importante hacerlo. Había días en que la asistencia a una peña se reducía a nosotros y a dos amigos. Una de esas peñas funcionó durante un tiempo en la Casa Colorada. Fue allí que, en agosto de 1976, pocos días antes de partir a Francia, celebramos nuestra fiesta de despedida, un domingo por la noche, el día de cierre. La peña abrió para nosotros y nuestros amigos y vinieron nuestros amigos artistas y amigos de los amigos artistas que llegaron a cantar sin saber qué se festejaba. Uno de estos últimos, al entender que se trataba de una despedida, me dedicó una canción maravillosa de la cual no recuerdo completamen-

te las palabras, pero que me advertía que el camino se hacía muy largo para los que partían cargados de más, también decía una frase que aún resuena así en mi interior: “no te olvides que el camino es pa’l que viene y pa’l que va”. A él tampoco lo he olvidado.

Llegando a la peña, supimos que el mejor de nuestros amigos artistas estaba en prisión, que había pasado la noche precedente en prisión, después de haber sido detenido con muchos otros por haber actuado durante una fiesta folclórica. Apareció vestido con un maravilloso poncho negro de Castilla, cargado con su sólida amistad y de una fuerte emoción. Y nos cantó. Es cierto que lo liberaron el domingo, pero es cierto que lo volvieron a detener pocos días después. Esta vez la detención duró meses y nadie sabía si vivía ni dónde se encontraba.

La angustia, de no tener noticias de nuestro amigo, se sumó a la gran pena de partir. Días después, nos subimos a un avión, dejando la vida en Chile ser parte de nuestro pasado.



*Ana María, Maribel y Sonia,
en un banco de la plaza Muñoz Gamero de Punta Arenas,
en enero de 1952.*

VI GAVIOTA

*¿Conoces los invisibles
hiladores de los sueños?
Son dos: la verde esperanza
y el tordo miedo.
Apuesta tienen de quién
hile más y más ligero
ella, su copo dorado;
él su copo negro.
Con el hilo que nos dan,
tejemos, cuando tejemos.*

Antonio Machado

A fines de septiembre llega el día tan esperado de la venida de Gaviota. La voy a buscar a su tren que llega a medio día de un sábado. Viene por el fin de semana con un mini bolso bajo el brazo. No sé cómo puede viajar con tan poca cosa. Yo lo hago siempre al revés, tomo por lo menos el triple de lo realmente necesario porque sólo así estoy segura de que no me faltará nada. Nos reconocemos y nos saludamos con mucha alegría, nos habíamos visto a penas un momento. Nos subimos a mi auto y tomamos rumbo a casa.

Gaviota tiene unos ojos increíbles, no sabría decir si son azules

o verdes, pero puedo decir que hacen pensar en el mar, o mejor aún, en un lago profundo, bello y misterioso. Habla lentamente, como alguien que deja tiempo para escuchar cada palabra que dice.

Después de haber intercambiado nuestras primeras impresiones, me explica lo que le sucedió a ella al recibir mi carta y lo que la impulsó a venir a verme.

—Cuando recibí tu *e-mail* con la “Carta a Gaviota”, estaba justamente estudiando una teoría psicológica que enseña que para sanar de un trauma hay que entenderlo en su contexto de las últimas cuatro generaciones. Por esa razón tu carta me impresionó mucho, una desconocida, tú, me enviabas una carta dónde me hablabas de una historia de cuatro generaciones, no de dos, ni de tres, ni cinco, justamente de cuatro ¡Era extraordinario!

Para ella mi *e-mail* era un signo inequívoco que debía ser seguido, no por Darko, sino por ella misma. La verdad es que yo pensaba que íbamos a pasar los dos días hablando de las cuatro generaciones Mátković, que hablaríamos de sicología, que analizaríamos juntas esa historia. ¡Me equivoqué completamente! Ella viene a tratar de descubrir por qué debía venir, así lo explica. Su lógica, si así puede llamarse su manera de aprehender las cosas, es diametralmente opuesta a la mía. Debo admitir que últimamente mi lógica está sufriendo algunos titubeos, y que los últimos meses que han transcurrido, me han enseñado que debo tomar las cosas tal como vienen, aceptando sin reticencias abrir las puertas que se me presenten aunque éstas me parezcan extrañas o incluso conducir hacia otra realidad.

Nos ponemos poco a poco a hablar de nosotras mismas. Nuestras vidas tienen muchos puntos de similitud que en otras circunstancias nos habrían parecido increíbles. En el punto en que estamos ya nada nos sorprende. Ella nació en Punta Arenas, como yo; su padre trabajó con el mío; nuestros padres se conocen y sólo dos cuadras separan sus residencias en Santiago —eso es una coincidencia realmente extraordinaria, hay que conocer Santiago para comprenderlo. No somos de la misma familia, pero Darko es nuestro primo común. Ambas hemos dejado nuestro país, nuestras familias para venir a vivir a Francia. Acá se acaba el parecido. Hemos vivido nuestro desarraigo de manera muy diferente y ambas sentimos que debemos intercambiar nuestras experiencias, como si cada una

tuviese una parte de la explicación que la otra está buscando. Ella está viviendo un instante crucial en su vida. No ha tenido hijos, siente que su familia chilena la necesita. Para ella ese llamado es más fuerte que la tristeza de dejar su pareja. Su presente está dividido, está buscando el camino que debe seguir y sus sueños le indican que debe partir aunque le cueste entender el porqué.

El hecho de ver lo que pasa en ella me lleva a pensar en mí misma y a expresar de una manera nueva lo que pasa en mí:

–Gaviota, es difícil explicarte lo siguiente, en ninguna parte estaba en mi lugar. El hecho de ser chilena en Francia me permite no sentir la necesidad de explicar a nadie mis nostalgias, mis tristezas. Todos consideran acá que es legítimo que yo sienta cierta nostalgia. En cambio si estuviese en Chile ¿quién entendería mis estados de ánimo cuando me baja la melancolía?, ¿me entiendes? La melancolía yo la tenía ya en Chile antes de partir. En cierto modo yo ya era una extranjera antes de nacer o quizás a partir del día en que dejé Punta Arenas. Acá lo soy de verdad y eso me da la libertad que necesitaba para sentirme bien. Así puedo ser yo misma sin que nadie lo considere como algo anormal. Es como si estuviese perfectamente desubicada y en el fondo estoy mejor que en ninguna parte.

Gaviota tiene una capacidad increíble de escuchar lo que nadie sabe escuchar y de ver lo que nadie sabe ver. Me dice que lo que acabo de decirle es importante para ella:

–Creo que ya sé para que vine a Grenoble. Siento que lo que me dices contiene una respuesta para mí.

Tomo conciencia, a través de ella, que también para mí el haber formulado esta situación así es más importante de lo que parece. Es como si descubriera al fin por qué razón mi lugar está acá, tan lejos de Chile. Que sólo acá estoy en mi lugar justo.

Poco a poco me va haciendo entrar en su magia, esa es la palabra, ¡Gaviota está envuelta de un halo de magia!, es como si emergiera del mundo de los sueños o de un mundo diferente. Lo de los sueños es mucho más que una imagen. Ella trabaja con los sueños. Si necesita entender algo se aísla, se recuesta y se pone a soñar. No sabría decir si duerme, pero de soñar, sueña. En cuánto se despierta, escribe sus sueños, antes de que se desvanezcan desapareciendo de su mundo consciente. Después trata de descifrarlos.

Le cuento que estoy tratando de escribir un libro, que no tengo idea si seré capaz de hacerlo.

– Pues si ya comenzaste es que debes continuar, me dice. Yo conozco algo sobre la escritura, si deseas te puedo aconsejar.

¡Qué me han dicho! Pongo en su manos todo lo que he escrito sobre mi pasado y mientras me ocupo de cosas de mi casa, ella lo lee todo. No sólo lo lee ilo estudia! Encuentro realmente extraordinario que sea capaz en poco tiempo de leer y entender de verdad lo que ya he escrito. Gaviota me está haciendo un enorme regalo y el agradecimiento que siento es infinito.

–He leído tus textos, dice Gaviota. Para un comienzo está bien, pero debes trabajarlos mucho. Prefiero lo que has escrito sobre la segunda parte de tu infancia, sobre Iquique. Lo prefiero porque allí se ve mejor a la niña que hay en ti. Lo que más me gustó es lo que dices sobre las pulgas.

–¿Qué?, ¿te gustó lo de las pulgas? No resistí al deseo de escribirlo, pero es una tontería, pensaba sacarlo.

–No, déjalo, puedes dejarlo.

–¿Qué dices?, me esperaba todo menos que me dijeras eso.

Gaviota lee no sólo lo que he escrito, lee también en mí lo que he callado. Mi relación con mi hermana Sonia siempre ha sido dolorosa. Para mí esta relación es un misterio como son misterios los silencios de Boris, de Darko. He intentando por miles de maneras acercarme a ella, ganarme su afecto. Siempre ha puesto una barrera infranqueable a nuestra amistad. En un principio su rechazo hacia mi persona era violento, pero con el tiempo, poco a poco, su violencia ha ido desapareciendo y lo único que queda de ella es una sutil barrera que impide que me acerque a su mundo. En cuanto a sus relaciones con el resto del mundo, Sonia es un ejemplo de abnegación y de don de sí misma. Trabaja como profesora de niños pequeños y les entrega todo el amor que es posible entregar. Gaviota me dice que, dada la naturaleza de mi conflicto con Sonia, éste debe venir del pasado.

–Pienso que tus problemas con Sonia son muy profundos, y por esa razón, es muy probable que el origen de ellos venga del pasado. Algo ha pasado en tu familia, algo doloroso que se ha callado que debe explicar esta relación tan fuertemente dolorosa. Debes continuar buscando lo que hay de doloroso por la familia de tu padre y por la familia de tu madre.

¿Y no es extraordinario? Lo que me dice puede darle un sentido nuevo a todo lo que me ha empujado este año. Cuando yo escribí la “Carta a Gaviota” y me referí a la sicología transgeneracional yo pensaba en la historia de Darko, pero nunca imaginé aplicar la teoría a mi persona y menos aún a aplicarla a entender mis conflictos con Sonia. De verdad, daría cualquier cosa por encontrar algún día la verdadera explicación de lo que nos sucede. La posibilidad, aunque sea remota, que este problema venga de más allá de nosotras mismas es en sí una puerta entreabierta. Es como decir que mi hermana y yo no fuésemos completamente responsables de nuestra situación y que, quizás, entendiendo cómo eran y qué problemas tuvieron nuestros antepasados, podríamos algún día sanar nuestras heridas. Si Gaviota tuviera razón, entender las historias de mi familia podría ayudarme a mí, ipero también a mis hijos! Lo que era una diversión podría pasar a ser un trabajo lleno de sentido, incluso un deber hacia ellos.

Después de hablar de todo esto se me ocurre mostrar a Gaviota la carta que mi padre me envió hace treinta años. La respuesta a la carta mía en la que le hacía las preguntas sobre la razón de su silencio sobre la historia judía de la familia. Saco la vieja carta de la caja en que permanece guardada. Las pocas veces que la he releído me ha causado la misma sensación de dolor, como si yo hubiese transgredido algo prohibido y como si esa respuesta estuviera allí para recordármelo. Mi padre me decía en esa carta:

Querida Maribel:

Con tu última carta me obligas a escribirte esta, que creo destruirá muchas de las ideas vagas y tontas que se te han incrustado en tu cabeza en los últimos años. Nada peor que imaginar cosas terribles para después descubrir que todo es sencillo...

Gaviota, como buena sicóloga, tiene una lectura muy diferente a la mía. Parece que con Gaviota las cosas siempre tomaran rumos inesperados:

—Tu padre te habla en esta carta de ideas vagas y tontas para tratar de disuadirte, para que no siguieras por esa huella, que es, desde su punto de vista, peligrosa. En tu familia el peor insulto es

tratar a alguien de tonto, ¿no?, y él sabe mejor que nadie que contigo eso siempre ha funcionado. En la carta te trata de tonta ¿por qué será?, ¿qué tenía tanto temor que descubrieras? ¡Pero si tus preguntas Maribel, no tenían nada de absurdo! Te dice que nada es peor que imaginar cosas terribles ¿Qué hay de tan terrible que tanto deseo tenía que tú no lo vieras?

No creo que Gaviota tenga razón, no creo que mi padre haya querido ocultarme cosas terribles, pero, ya que Gaviota hace estas preguntas, no pierdo nada en tratar de entender. Mi padre dice en la carta, que él se hizo católico porque lo decidió a la edad de seis o siete años y que es la única respuesta a todas mis divagaciones:

Tu padre a los seis años fue operado de fistulas de la garganta en un hospital donde unas monjitas muy buenas le hablaban de Jesús y de la religión católica durante quince días, y esto por dos veces seguidas, puesto que al cumplir los siete años volví a ser operado de lo mismo en el otro lado de la garganta. Por esto, desde los seis o siete años, yo que sabía que mis padres eran judíos, le rezaba a la Virgen, con más fe que mis compañeros católicos.

Me dice que su madre no le enseñó nada de religión y que ella le hacía mandas a los santos. Que no me podría contar cómo es que sus otros hermanos también se marginaron totalmente de la religión y de la colonia judía donde tenían numerosos amigos. Se siente sorprendido que a los dieciocho años yo le dijese que me sentía judía, cien por ciento judía. Termina su carta diciendo:

Si sigues pensando en fantasmas inexistentes se te pasarán las horas sin que hagas nada digno de recordar, y eso es derrochar la vida.

–Gaviota, ¡me decía que dejara de divagar en absurdidades y que me ocupara de las cosas que lo merecían! ¿crees que era absurdo preguntar por esas cosas?

–Maribel, ¡esto sí que merece ser entendido!

Su carta me traumatizó durante treinta años. Ahora, gracias a Gaviota, puedo al fin leerla de otra manera, sin sentirme culpable.

Además su respuesta sobre la religión explica quizás su propio proceso, pero en ningún caso el de mis tíos, ni el de mi abuela. Es evidente que hay algo por entender y que merece la pena ser entendido.

–Tienes razón Gaviota, toda la razón.

–También por el lado de tu madre debe haber cosas dolorosas. ¿Por qué emigraron? ¡Qué terrible tener que dejar todo! ¡Qué curioso Maribel!, por los dos lados es casi la misma historia. No es extraño que tus padres se hayan encontrado. Sus historias deben tener muchas cosas parecidas. Hay algo que converge en ellos. Hay algún problema que trata de resolverse en la unión de las dos historias, allí hay algo por encontrar...

–Ahora sí que me dices algo extraño, nunca había escuchado una idea así. Si tu manera de ver las cosas fuese justa, entonces cada personaje de cada familia tendría un sentido particular, cada cosa una explicación. No estoy segura de que tengas razón, pero nada pierdo si trato de buscar un poco por ese camino.

El día sábado pasó de esa manera. Además de leer y conversar tuvimos tiempo de dar una vuelta por la ciudad e incluso de ir a mi oficina. En mi casa, Gaviota pudo conocer a Patrick, a Anne-Sophie y a Camille y, quizás, darse cuenta del carácter de cada uno.

Antes de irnos a dormir conversamos algo de mis hijos y de como las historias de familia podrían haber llegado hasta ellos. Le cuento vagamente que tengo algunas inquietudes con Camille, que tarda en madurar, que le gusta tanto soñar ¡Cómo me gustaría saberlo adulto, seguro de sí mismo! También le hablo de mis relaciones con Anne-Sophie. Anne-Sophie se parece a mí, se parece también a Sonia. Sé que hay algo de mis heridas con Sonia que se interpone en las relaciones con mi hija. Difícil expresarlo, algo de mis reacciones frente a mi hija están impregnadas del pasado.

Sonia lleva el nombre ruso de mi abuela paterna Sofía. Mi abuela Sofía, mi hermana Sonia mi hija Anne-Sophie. Todo me da vueltas. De golpe pienso en mi hija, en su carácter, en un gesto muy suyo y recuerdo una foto, la única foto que tengo de mis abuelos. En mi mente se superponen el gesto de mi hija y el mismo gesto en la boca de mi abuela. ¿Quizás acabo de aprender algo sobre el carácter de mi abuela?

–Gaviota, ¡Estoy muy excitada! Tal vez conociendo algo de su carácter me sea más fácil comprender lo que pasó, reconstruir su historia.

–¿Y por qué no intentarlo?

Le digo a Gaviota que la imagino llegando a Chile en 1906, a sus catorce años. Sofía era la mayor, mucho mayor que sus cuatro hermanas y el único hermano. Trato de imaginar, es como un juego, a mi abuela en la época que le tocó vivir y con el carácter fuerte y dulce a la vez de mi hija. Mi hija, que desde que nació desea ser independiente, que encuentra que nuestra manera de vivir es anticuada, que quisiera que todo fuese diferente. Imagino a Sofía con toda la vida por delante, tratando de dar vuelta la página a los dolores del pasado, olvidar rápido tanto dolor. Rápido casarse, partir, cambiarlo todo. Después de escucharme, y de meditar un momento, Gaviota me dice que no:

–No, no veo a Sofía tratando de liberarse, por lo menos no abiertamente.

Cierra los ojos y continúa:

–No habla aún el español, está recién llegada de un mundo de dolor. No conoce a nadie. Es judía y una joven judía no deja fácilmente miles de años de tradición.

Gaviota acaba de darme una lección que no olvidaré. Antes de responder a lo que le he dicho sobre mi abuela, ha tratado de ponerse en su lugar, lo ha hecho con su emoción, tratando de sentir realmente lo que mi abuela pudo haber sentido. Para hacerlo, se trasladó mentalmente y trató de hacer revivir con todo su ser, y con los escasos datos que tenía, lo que pudo sentir mi abuela. ¡Es extraordinario! Es como tratar de analizar la situación, pero por el interior, y no desde afuera como lo hice yo, y así utilizar de otra manera las escasas informaciones que tenemos. Es como estudiar a los seres desde otra dimensión.

Deseo más que nunca saber si es verdad que Sofía se puso a rezar a los santos católicos y si fue así ¿a partir de cuándo lo hizo? ¿por qué lo hizo? ¿y a escondidas de quién lo hacía? ¿de su madre María? ¿María como yo? Quisiera saberlo todo. Imagino el dolor de mi bisabuela María, si se hubiese dado cuenta de algo. Se me ocurre que en mi alma me parezco más a ella que a mi abuela, o incluso a mi tatarabuela, de la que no conozco ni su nombre, la que

se espantó de ese país de goys y de sus terremotos. ¿Habrá sido su partida la que abrió la puerta al cambio de religión en los hijos de Sofía? Yo sufro por mi historia perdida, yo que no soy judía porque mi madre no lo es.

Todo esto es pura imaginación. Tal vez mi padre tenga razón y no haya nada qué entender. Lo más probable es que no haya ninguna relación entre la historia de mi abuela y mi relación con Sonia. No veo ninguna relación, fuera de la de los nombres y del fuerte parecido que Sonia, mi hija y yo tenemos con nuestra abuela. Tal vez mi abuela no tuvo jamás un problema con su madre o hermanas. Tal vez no dejó nunca la religión de sus padres, ni en sueños. ¡Que me perdone por las absurdidades que acabo de imaginar! Así y todo pienso, que la parte de nuestra historia que no nos llega con palabras, nos llega como en un cine de mimos. Nos llega con gestos y actitudes que no entendemos, pero que repetimos como títeres, hasta que, quizás, llegue un día en el que se encuentre una clave que nos permita descifrarlos.

Tengo tantas preguntas ¡Qué impaciencia que llegue diciembre! Deseo estar en Chile, ir a ver a mi padre, a su tía Chela que va a tener noventa y tres años y que por milagro aún vive y tiene toda su lucidez, a mi tía Quela, la única de las cuatros hermanas vivas de mi padre. Deseo tener una opinión de mujer, de una hija de Sofía, de una hermana de Sofía. Deseo saber de verdad cómo era el carácter de mi abuela, cómo eran sus relaciones con su madre, con sus hermanas, con sus hijas. Deseo conocer la historia de las cuatro generaciones de mujeres Kusnetzoff. ¿Y qué sé de mi bisabuela María, fuera de su nombre?

—Gaviota, siento que los nombres tienen mucha más importancia de lo que parece. La Historia con *h* mayúscula nos llega por los apellidos, pero tengo la impresión de que la historia de las emociones, de los cariños nos llega con los nombres.

—¿Y de dónde viene el nombre Ana de Anne-Sophie? Tu madre es Anita ¿no?

—Mi abuelo Nicolás, llegó a Punta Arenas en 1904. Llegó con su hermana Catalina. Pablo Letica, un tío paterno de ellos, fue el primer Letica en llegar y los hizo venir. Nicolás se casó con Paulina. Mi madre, Ana Francisca, fue la primera hija mujer de Nicolás.

Francisca era el nombre de la Nona, la madre de Paulina, y Ana ¿era el nombre de quién? ¿De quién otro que el nombre de una madre dejada en una tierra lejana? ¿Qué otro nombre le habría dado Nicolás, a su primera hija, que el de su propia madre?, ¿el de una Ana Skrabo dejada en Zamaslina? Es tan evidente que no puede ser de otra manera, Gaviota.

No sé por qué, pero se me ocurre, que contrariamente al nombre de Sofía que traería dolor, este nombre Ana nos traería alegría. Cierto que para la madre de mi abuelo Nicolás debe haber sido muy doloroso que dos de sus hijos se hayan ido para siempre a unas tierras lejanas. Así y todo, no creo que un trauma nos venga de allí. Que yo sepa mi abuelo Nicolás era un hombre muy bueno y nada de complicado.

Es más, según Gaviota, que ha observado que mis hijos tocan piano y violín, el gusto por la música les vendría de Ana Skrabo. De verdad que no sé de dónde inventa eso, pero algo me dice que no se equivoca. Mi madre toca piano, tío Juan, el padre de Antonio y hermano de mi madre, tenía un gran sentido de la música. Es seguro que el sentido de la música no les venía de los Mátković. Por el lado de la familia de mi padre no recuerdo ni de lejos alguna relación con la música. Si la música les viene de algún lado venía por Nicolás seguro que sí. ¿Y por qué no de Ana Skrabo? Mi madre Ana y mi hija Anne tocan el piano. En Anne-Sophie se junta todo, todo se une.

—Es Anne-Sophie que te dará las respuestas, declara Gaviota.

En la noche Gaviota tiene un sueño. Sueña con Camille, mi hijo. Me dice que en el sueño hay cajas. Que encontraré las respuestas que permitirán explicar ese sueño en Antonio, mi primo de Punta Arenas. Es muy extraño lo que me dice. Ella misma no sabe aclararme más.

El día domingo el tiempo de otoño amanece muy hermoso y nos entusiasmos con la idea de ir de paseo a nuestro refugio. Corrençon está en el Vercors, que es una de las montañas que rodean Grenoble. Cuando los niños eran pequeños íbamos allí casi todos los fines de semana y gozábamos de la tranquilidad del lugar y de los hermosos alrededores. Ahora es raro que subamos. Lo hacemos con placer cuando deseamos estar tranquilos o cuando amigos que no tienen la suerte de tener un lugar así desean acompañar-

nos. El sitio es agradable en todas las épocas del año, pero es durante el otoño que los tonos de los árboles son los más hermosos.

Paseamos en los senderos del bosque cercano formado de hayas y de pinos. Pasamos un día con mucha calma. Necesitamos eso para reponernos de lo intenso de nuestros intercambios de la víspera. Gaviota me habla de ella, de su separación. Me explica las dificultades que tiene para preparar su viaje, me habla de lo cansada que está.

El lunes en la mañana, después de acompañarla a su tren, me quedo pensando en todo lo que su venida ha producido en mí. Puedo decir que se ha ido dejando miles de cosas en camino. De la simple curiosidad de saber algo de mis antepasados estoy pasando a sentir la necesidad de averiguar todo lo que aún sea tiempo de averiguar y, si fuese posible, a partir de cada uno de mis bisabuelos ¡La tarea no será nada de fácil! Por el lado de mi abuelo paterno no tengo casi ninguna esperanza de saber algo más de lo que ya sé. Por el lado de mi abuelo materno se ve menos imposible, pero tampoco nada de fácil. Por el momento no conozco ni el nombre de esos bisabuelos.

Gaviota se ha ido y no recuerdo si hemos hablado algo de Darko, nuestro querido primo común. ¡Qué extraño! No es que la historia de Darko no cuente más para mí, pero lo que acabo de vivir es demasiado fuerte. Ha sido tan fuerte que estoy impaciente, de comentar lo que me está pasando con mi hermana Ana María. Si tuviera razón ella llevaría los nombres de dos bisabuelas nuestras llenas de misterio. Ana Skrabo, la madre de Nicolás y María Kusnetzoff, la madre de Sofía.

Mi hermana dice que se llama Ana por nuestra madre y que el resto es pura imaginación mía. Saber que lleva probablemente el nombre de dos bisabuelas no le produce la emoción que yo esperaba.

—¡Estás hilando muy fino!, me dice riéndose de mí cuando le comento mis conversaciones con Gaviota.

¡Qué tristeza no poder compartir mi “hilado” con Ana María! Cada día comparto menos con ella lo que me está pasando.

¡Aunque sea hilando fino deseo sentir la savia subir por las raíces ocultas de nuestra historia!

iAunque sea hilando fino, y haciéndolo sin la ayuda de mis hermanas, seguiré construyendo mi fina tela! Tengo un hilo conductor que me va llevando y no lo dejaré perderse.

iTejeré con él, anudándolo, dibujando, inventando, soñando! Lo seguiré por donde me lleve.

En los días que siguen le pregunto a mi madre por el nombre de su abuela. Dice que podría ser Ana, pero que no está segura. Le pregunto entonces a mi primo Antonio, él sí conoce la respuesta:

Respondiendo a tus preguntas Maribel, de acuerdo al Certificado de Defunción de nuestro abuelo Nicolás, su mamá se llamaba Ana y su papá Juan (en croata, Ivan o Ivo).

Antonio



Filomena Mátkovič.

VII

MARÍA CECILIA

Diciembre 1998

–Se invita a los pasajeros del vuelo LH4067, destino a Frankfurt, a embarcar por la puerta número dos.

¡Era hora! Mi amiga Jeanne me trajo al aeropuerto de Satolás y me dejó cuando atravesé la policía por primera vez. Los pasajeros tuvimos que esperar tres cuartos de hora más de lo presupuestado por culpa de una alerta de bomba. Evacuaron la sala de espera, hicieron explotar un bulto y hubo que volver a atravesar la policía. Todo eso por una falsa alarma. Es verdad que tres cuartos de hora no son nada, comparados con los meses que llevo esperando este gran día. No es que para mí sea una cosa excepcional ir a Chile, fui hace sólo dos años. Lo que me tiene impaciente es llegar rápido para hacer todo lo que tengo previsto hacer.

Voy a conocer a Claudette ¿Será tan agradable estar con ella como ha sido agradable comunicarse por Internet? Juntas vamos a ir nada menos que a mi añorado Punta Arenas a investigar sobre Elías, sobre las películas de tío Mateo. ¡Cuántas emociones y aventuras nos esperan! En Punta Arenas vamos a juntarnos con nuestro primo Antonio. Durante los meses que acaban de pasar, Antonio ha hecho un trabajo extraordinario tratando de averiguar algo sobre el naufragio de Elías. Ha consultado cuanto documento ha podido. A pesar de ello el misterio del naufragio permanece intacto. Aún no logramos tener la menor idea sobre la fecha en que llegó. De verdad, Antonio encontró una informa-

ción importante que dice que la tienda de abarrotes de Elías se quemó el veintitrés de mayo de 1894. Nada nos dice si llegó en el año 1893 o diez años antes, pero por lo menos ya sabemos que en 1894 estaba instalado. Antes ni siquiera eso sabíamos, el único dato del que disponíamos era que se había casado con la Nona a principios del año 1897.

También podré reunirme con Gaviota, deseo muchísimo verla, conversar con ella. ¡Tenemos tantas cosas que decirnos! ¿Y quién sabe si lograré conocer a Pedro y a Boris? ¡Qué emoción!

Lo que sucedió en el mes de noviembre entre Darko y Pedro fue muy hermoso. Claudette en Santiago, sin decir nada, pero atenta, cerca de Pedro. Gaviota en Barcelona y yo, desde Grenoble, ayudando a que Darko se decida a dar un paso para concretizar la comunicación que Pedro comenzó. Pedro había enviado un primer *e-mail* a Darko preguntándole quién era. En un primer tiempo Darko no respondió. Después de esperar uno o dos meses le respondió con una foto; con la foto en que él está recién nacido en brazos de su padre. Pedro no se dio por aludido y pidió más explicaciones, el grado de parentesco. Entre una carta y otra, entre unos comentarios míos sobre los silencios y la cercanía de Gaviota, al fin Darko entendió que debía escribir, y me lo dijo de una manera muy hermosa, fue respondiendo a un *e-mail* mío:

Respecto a todo lo que dices de Pedro, es bastante razonable.

Quizás he de suponer que es parte del destino (si aplicamos las formas de pensar que tiene Gaviota), y que como tantos nudos que tiene la vida, que se configura como una telaraña, tendiendo puentes entre cruces que no llevan a ninguna parte, porque todos convergen en lo mismo, ahora me toca a mí enlazar un nudo. No he buscado un momento, pero quizás el momento me ha encontrado.

Lo pensaré unos minutos.

El primo Darko

Gaviota, siempre Gaviota ¡Cuánto nos está enseñando! Al día siguiente Darko me confirmó que lo había hecho:

A veces se presentan ciertos momentos, situaciones, estados de ánimo...

Quizás sea el momento, y quizás no. Se juntan varias cosas. Pero algo que dijiste ayer sobre los silencios, me ha hecho decidir. Ya hay otro nudo atado.

Darko

Sí, así fue. En noviembre los medios hermanos se escribieron, y se escribieron de verdad. Fue poco antes de que Gaviota regresara a Chile. Cuando ella estaba a punto de viajar logré ubicarla por teléfono. Me dijo que ella lo sintió como un gran regalo de despedida ¡Y cómo la entiendo! Yo llegué al final, a ayudar, a completar un trabajo que ella había empezado hace años. De verdad fue algo maravilloso para todos y me quedé con la sensación de haber cumplido la misión que el destino me había dado. No sé si Pedro sabe que yo existo, me gustaría mucho conocerle y espero que Claudette podrá organizarnos un encuentro. Creo que Pedro no le ha hecho ningún comentario a Claudette de sus intercambios con Darko. Igual siento que debo verlo. Con Boris es más delicado. Ya veremos según como se den las cosas.

Nunca he tenido tantas expectativas para un viaje. Por supuesto que, como todas las veces, estoy feliz de llegar a ver a mis padres y amistades. Gozaré todo lo que sea posible gozar de su compañía. Cada vez que voy agradezco al cielo que mis padres estén tan bien. Esta vez lo agradezco más que nunca. Tengo la intención de ir a interrogarlos a ellos, como a todas las personas de edad de mi familia, como si hiciera una verdadera encuesta. Fuera de ellos la primera que deseo ir a ver es a tía Chela. Tiene noventa y tres años y tal vez sea la última oportunidad que tendré de averiguar con ella lo que necesito saber sobre mi abuela Sofía. También hubiera deseado interrogar a mi tía Quela, pero ya es demasiado tarde, ella acaba de dejarnos.

Tía Quela era la tercera de los hermanos Itskovich y la última de las mujeres en partir. Eran seis hermanos, cuatro mujeres y dos hombres. Eldha, Nena, Quela, Andrés, León y Rosita. Tía Nena y tía Quela se casaron con dos hermanos. Tía Nena tuvo dos hijos.

Tía Quela, cuando estaba en el cuarto mes de su primer embarazo, vio a un hombre caerse desde una ventana desde un edificio frente al suyo, la impresión fue tan fuerte para ella que perdió inmediatamente a ese niño. Tuvo varios embarazos, pero cada vez, cuando llegaba al cuarto mes, perdía al niño. Terminó separándose y yéndose a vivir lo más lejos que podía para huir de tanta tristeza. Nunca se volvió a casar, nunca tuvo hijos. Durante sus vacaciones iba a Chile a casa de tía Eldha y se consolaba de sus penas regalando a sus numerosos sobrinos. Le encantaba llegar cargada de regalos para todos. No sentía ningún apego por las cosas materiales y gozaba repartiendo todo lo que tenía. Un día, cuando ya estaba jubilada y vivía en Santiago, encontró un billete en la calle, compró con él un número entero de la lotería... ¡y la ganó! Se dio el lujo de reunir a la familia y repartir una buena parte de la fortuna así ganada entre todos los sobrinos. También la repartió entre sus indigentes preferidos, los ayudaba cuanto podía. Cuando los años pasaron mis primos tuvieron que proteger lo poco que le quedaba para que termine dignamente su vejez. La última vez que la vi fue en 1996, vivía en una muy buena casa medicalizada para personas de edad. Fui a visitarla con Mónica, la mayor de los hijos de tía Eldha. Mónica se ocupó de ella hasta el final, como lo hubiera hecho una verdadera hija, devolviéndole así parte del cariño que depositó en todos nosotros.

Tía Quela fue sepultada el primero de noviembre. Yo no estuve allí, como tampoco he estado en ninguno de los entierros de las otras personas de mi familia cercana. Nunca he podido compartir con lo mío ninguno de esos momentos dolorosos. La muerte de los seres queridos es parte de nuestras vidas y el estar lejos en esas circunstancias hace que el peso de la distancia se sienta aún más fuerte.

No es el momento para ponerse triste, la distancia que me separa de Chile va a acortarse en las horas que siguen. Por ahora tengo que subir a mi primer avión y eso es suficiente para ocupar toda mi atención. Tengo un primer vuelo Lyon-Francfort y después un avión Francfort-Santiago con escala en Buenos Aires. Subo a mi avión Lyon-Francfort y entre emoción e impaciencia busco mi asiento.

Al llegar a mi lugar y poner mi maletín en el compartimento

apropiado veo en él una guitarra, es de mi vecina de asiento. La guitarra va bien con su tenida de blue jeans y chaqueta sin mangas de colores vivos. Es evidente que es latinoamericana. Me sonríe dándome la bienvenida a su lado. Estoy feliz de ser tan bien acogida y le devuelvo una gran sonrisa de agradecimiento. Simpatizamos desde el primer instante. Me parece extraordinario estar por fin en el avión y con una compañera como la que me acaba de tocar. Estoy tan excitada con el viaje (cuando estoy así hablo con gran facilidad), que sin esperar estar completamente instalada, y olvidando que este avión no va hasta Chile, le pregunto si es chilena. No es chilena, es brasileña. Observándola mejor, es verdad que su tez morena y su pelo oscuro y crespo hacen pensar en un tipo ligeramente mestizo que existe sólo en Brasil. No habla español, pero por suerte tenemos en común el idioma francés. Ella parece estar tan excitada como yo y, sin saber cómo, nos encontramos conversando de nosotras y de nuestros respectivos viajes antes de que el avión empiece siquiera a calentar los motores. Sentimos que tenemos miles de cosas por contarnos y, como vamos a separarnos en Francfort, no podemos desperdiciar ni un minuto de las dos horas que nos tocará compartir. Se llama María Cecilia. Habla con una voz alegre, grave y fuerte, se la siente desbordante de energía.

Le cuento que este año me han sucedido cosas extraordinarias y que son ellas las que hacen que este viaje sea muy particular para mí.

—Las cosas que me han sucedido hacen que este viaje para mí sea diferente de todos los precedentes. Voy como con una misión, la de averiguar todo lo que pueda de mis antepasados antes de que sea demasiado tarde. Deseo aprovechar este viaje lo mejor posible. Estoy sumamente excitada con ello, no sé cómo explicártelo.

—¡Qué interesante! ¡encuentro realmente fantástico que estés en ese camino!

—Siempre me he interesado por esto, pero desde lejos. Nunca de esta manera. Esta búsqueda está movilizandando muchas energías en mí, nunca lo hubiese podido imaginar.

—Si te interesas de verdad, y puesto que ya empezaste por ese camino, deberías seguir y averiguar hasta hace dos mil años.

—¿Te escuché bien? ¿Qué me dices?

–Sí, te hablo de un camino hacia ti misma. Para llegar a tus raíces profundas, debes retroceder dos mil años en la historia de tus antepasados.

–¿No estás bromeando?

–No, ¿por qué lo haría?

No sé qué responder. Ya no sé cómo hacer para entender algo de las últimas cuatro generaciones, así es que ni pensar en enredarme con veinte siglos. Por supuesto que me encantaría conocer la historia de mis antepasados a través de los tiempos, pero es evidente que es imposible hacerlo. María Cecilia habla como si supiera cosas y es capaz de darle un sentido místico a toda esta búsqueda. Reconozco que sería hermoso darle un sentido aún más fuerte a lo que estoy viviendo, pero al mismo tiempo temo no mantener los pies a tierra. De la simple curiosidad, y gracias a Gaviota, estoy comenzando a interesarme en la “sicología transgeneracional”, pero de allí a darle a todo esto un sentido místico y trabajar sobre dos mil años de historia hay una gran diferencia. No, no voy a entrar en su juego. No es porque le hice caso a Gaviota, cuando me dijo que yo debía continuar escribiendo porque ya había comenzado, que voy a aplicar la misma regla esta vez. Por otro lado, es extraño lo que me dice, de verdad es extraño y no pierdo nada si trato de entender mejor de qué me habla.

El avión aún no despegar. Al hablarme ella de dos mil años y, a pesar de todas mis reticencias, pienso en mi historia judía, en la parte de la historia de mi familia que más me intriga. Después de todo, las creencias y tradiciones que deberían legarnos nuestros antepasados vienen desde hace miles de años.

–María Cecilia, nada de la cultura de mis abuelos paternos llegó hasta mí, eran judíos. No sé nada de la religión que practicaban, nada de las costumbres, me gustaría saber algo de ello.

–Tienes razón en interesarte, eso es parte de tu propia historia. Yo estudio la música sagrada de todas las religiones. La religión judía tiene cantos que hacen elevarse el alma. Con las manos juntas así (me muestra cómo hacerlo) te vas balanceando de adelante hacia atrás y de atrás hacia adelante, con esa música que vas entonando. Así te vas llenando de energía. Puedes probarlo cuando lo desees.

(Me imagino haciendo lo que dice, pero no es en el avión en donde voy a arriesgarme a probar su método).

Le cuento la historia del barco en el que llegaron mis abuelos. Le cuento de la madre de mi bisabuela, de la cual no conozco ni el nombre, la que regresó sola a Rusia después de encontrar que Chile “era un país dejado de la mano de Dios”, que –para mí– con ella se fue nuestra historia, que me duele no saber nada de ella, ni siquiera su nombre. Es doloroso no saber nada.

–Daría cualquier cosa por saber cómo se llamaba mi tatarabuela, le digo.

–Tienes razón, los nombres son importantes. Hace dos mil años las madres judías, al dar los nombres a sus hijos, debían asociar a cada letra del nombre un sentido, una palabra, una frase. Yo he estudiado algo del significado de los nombres. Por ejemplo María tiene dos significados, uno es “gota de agua en el océano”, otro es “Madre de Dios”.

Aunque estoy acostumbrada a viajar en avión, para mí, cada despegue me produce una mezcla de temor y de emoción intensa que no me pierdo por ningún motivo y a la que presto toda mi atención. Estoy tan interesada en lo que María Cecilia me dice que esta vez el despegue pasa casi desapercibido. Es curioso que me esté hablando así de los nombres. Fui yo quien empecé a buscarles un sentido cuando con Gaviota tratamos de imaginar la historia de mi abuela Sofía. De verdad, este encuentro con María Cecilia me parece a cada minuto más sorprendente. Mirado con la lógica de Gaviota se podría afirmar que no es una mera coincidencia. Por alguna razón este encuentro tenía que suceder. Gaviota me dirá más tarde, después de habérselo relatado: “Venías con algo para hacer aquí y por ello debías comenzar tu viaje encontrando a todo el mundo que te diera la bienvenida a tu fantasía”. Es eso, este encuentro es muy fuerte, este viaje comienza de manera realmente extraordinaria.

Le cuento rápidamente las coincidencias increíbles de este año. Como, después de preguntar por mi bisabuelo Elías, terminé tomando contacto con Darko. Como entré en comunicación con Gaviota. Le cuento de los documentos que tía Filo nos dejó y que nos han ido guiando en nuestra búsqueda.

–Mira bien mis dos manos, María Cecilia, llevo en cada mano

un anillo suyo. Siento que estos anillos me van guiando, que tienen un misterio.

María Cecilia me escucha, me mira, medita un momento.

–¿Cómo dices que se llamaba esa tía tuya?, pregunta.

–Filomena.

–¿Y sabes cuál es el significado de Filomena?, me lo dice con una mirada que sonrío.

–Nunca me hecho esa pregunta, no lo sé, ¿cuál es?

–Pues Filomena significa “El Hilo del Medio”, Maribel ¿me oíste bien?

Me quedo boquiabierta, ¡El Hilo del Medio! ¡Pero si es extraordinario! el hilo que une, el hilo conductor. ¿Filomena sería el hilo conductor que trato de seguir sin saber? Lo que María Cecilia acaba de decirme es realmente increíble. ¿Cómo no va a ser mágico este encuentro?

Tiempo después busqué el verdadero origen del nombre Filomena: viene de Filomela, de la mitología griega.

Filomela, hermana de Procné. Después de ser violada por Tereo, el esposo de Procné, éste le cortó la lengua para impedirle hablar. Fue vengada por su hermana a quién reveló su secreto bordando el episodio en una tapicería. Perseguidas por Tereo fueron salvadas por los dioses que metamorfosearon a Procné en golondrina y a Filomela en ruiseñor.

(El hilo de en medio del bordado revela los secretos, es la escritura que dice la verdad, es el medio de comunicación que reemplaza a la palabra.)

¡Por supuesto, María Cecilia! ¡Es ella quién me guía en esta historia! De ella partió todo. Es ella quien, cuando vivía, me hablaba de Elías. Es ella la única que ha luchado para que la historia de la familia no se pierda. Es ella quien debe haber puesto en mi corazón este deseo de seguir por su camino. Lo más extraordinario es que con todo esto me he puesto a escribir, siento la necesidad de hacerlo. ¿Será también ella quien me empuja a escribir? No me atrevería a decir que soy una escritora, nunca antes imaginé que un día yo me pondría a escribir. Te diré que lo hago con aplicación, con convicción.

–Maribel, yo nunca imagine que algún día me definiría como compositora y pianista, y ahora gano mi vida con ello. Es como si tuviese un ángel. Tú también debes tener un ángel que te guía. Debes seguirlo.

–Mira mis dos manos, Maribel, yo también llevo dos anillos. Estos dos anillos me los dio el ser que me está guiando hace siete años sin que yo lo supiera. Ahora, que sé que es él quien me guía, voy a juntarme con él. Te voy a contar mi historia, es aún más extraordinaria que la tuya. Y no es un azar el hecho que nos hayamos encontrado.

No recuerdo todos los detalles de su historia. María Cecilia me cuenta que se casó hace años con un francés, que vivieron en Brasil, que tenían una posada cerca del Amazonas, a orillas de un río. Que en esa posada trabajaba un indio, bastante más joven que ella. Hace siete años ella vino a instalarse a Francia con su marido y sus hijos. Antes de partir de Brasil el indio le hizo una fina trenza y le dijo que debería regresar antes de que la trenza se rompiera. Los años fueron pasando. María Cecilia se separó de su marido. Ella sabía tocar algo de guitarra y cantar. Un día, hace tres años, se puso frente a un piano, sin tener idea cómo tocar, sin conocer más música que algunos arpeggios de guitarra. Me cuenta que la música empezó a brotarle, que tuvo la impresión de tener algo que le guiaba las manos, alguien quien la guiaba, algo que se fue precisando con el tiempo como un verdadero profesor interior. Así fue aprendiendo a tocar piano, y más aún, a componer música. Me dice que fue tanto que desde entonces gana su vida con la música. Un día sintió que ese guía era el indio y que el indio estaba muy enfermo. Entonces lo llamó a Brasil y le dijo: “Te parecerá absurdo, pero tuve la impresión de que tú estabas mal y que debía llamarte”. Él respondió: “lo que me habría parecido anormal es que no me hubieses llamado, hace días que esperaba tu llamado”.

–Esa es mi historia. Mira mi trenza, está a punto de romperse. Cuando llegue allá la van cortar y quemar. Cuando llegue me sacaré toda esta ropa y me bañaré en el río y seré feliz. La luna y los árboles hablan. Toda la naturaleza está llena de vida. Los indios saben escuchar lo que dice la luna y yo estoy aprendiendo a hablar

con la luna, como lo saben hacer los indios. ¡Voy a encontrar a mi indio, Maribel!

María Cecilia me cuenta miles de cosas extraordinarias para un ser común como yo. Es un regalo que recibo con reconocimiento aunque me cueste entender todo el sentido de lo que se me dice. Me cuenta del trabajo que hace con la música para la sanación. Me cuenta como ayuda durante los partos, con su canto, a la madre y al niño por nacer. Como ir emitiendo sonidos cada vez más graves hasta relajar cada vez más profundo los órganos bajo el diafragma, hasta llegar al pelvis y facilitar el parto. Me cuenta de un niño al que le cantó antes de nacer y como éste la reconoció, y se lo mostró con su alegría y sus risas, cuando la volvió a escuchar, meses después de haber nacido.

Curioso, me digo, lo que oigo sobre la música es un mensaje que debe pasar a través de mí para llegar hasta Gaviota. Gaviota vino a Francia a estudiar musicoterapia. ¡Cómo gozaría Gaviota lo que María Cecilia me está diciendo! Siento que ambas simpatizarían mucho si pudiesen conocerse. Le hablo a María Cecilia de Gaviota, de lo que ella ha significado para mí este año. Le cuento de su trabajo con los sueños, con las emociones. Le cuento como, aplicando lo que Gaviota me enseñó, pude entender mejor lo que Pedro, el hermano de Darko sentía y como, gracias a ello, pude ayudar en algo a Darko.

–Estás aprendiendo a ser *medium*, me dice María Cecilia.

–¿Ah?

–Mira, tenemos siete chakras, cada uno te da una manera diferente de comunicar con los otros seres. Si la comunicación con un chakra no funciona, entonces ensayas otro. No olvides que tienes siete maneras de comunicar. Puede ser muy útil no olvidarlo.

¿Y por qué no? A estas alturas no son los chakras que me van a impresionar. En general, las personas que hablan de chakras y de otras cosas esotéricas me inspiran desconfianza y me aburren. Hablan como si supieran y entendieran miles de cosas sobrenaturales y son tanto o más ignorantes que yo. María Cecilia tiene algo diferente. La impresión que tengo es que no hace ningún teatro, que ella habla de eso de manera tan natural como cuando Gaviota habla de los sueños. Que para ella no es una teoría, que es su mera realidad. Eso me agrada y siento que puedo escuchar lo que me dice sin mi desconfianza habitual.

Cuando con María Cecilia nos disponemos a bajarnos del avión, ella se da cuenta que otros pasajeros nos observan de manera extraña. Yo me había dado cuenta de que la voz de María Cecilia era muy fuerte, tal vez la mía ha sido igual. Parece que medio avión ha escuchado nuestra muy original conversación. No podemos hacer otra cosa que reír de lo divertido de la situación.

En el aeropuerto debemos dirigirnos hacia una misma dirección para tomar nuestros respectivos aviones. María Cecilia está aún más eufórica en tierra que en el avión, me da el regalo de su canto mientras caminamos a través de los espacios del gran aeropuerto, ambas estamos muy felices. A medio camino nos detenemos un momento porque hemos visto letreros indicando la proximidad de *toilettes* para damas, yo le había dicho a María Cecilia que necesitaba pasar al baño. Dudo si tomar mi maletín y mis cosas para ir, ella se da cuenta:

–Yo te guardo tus cosas, me dice.

¡Ay, qué dilema! Es cierto que acabo de pasar momentos mágicos, extraordinarios. Es cierto también que esta mujer es una perfecta desconocida, que es un riesgo confiarle mis cosas preciosas, las cosas que no me atrevido a poner en el equipaje. Estoy en un aeropuerto internacional, en un país donde no sé hablar ni el idioma. Imagino lo que sería si desaparece con mis cosas. Oigo la voz de mi padre diciéndome: “¡Pero cómo se te ocurre confiar las cosas a una desconocida!”, oigo la voz de Patrick riéndose de mí cuando le diga a mis hijos que sean prudentes con los desconocidos.

–De acuerdo María Cecilia, te dejo mi maletín y mi abrigo.

Le dejo todo salvo mi cartera de mano. Siento, que con alguno de sus chakras leyó todas mis dudas. Siento, que sabe perfectamente lo que pienso y temo. Siento, que si no lo hubiese hecho, habría roto toda esta magia maravillosa que me ha sido regalada estos últimos meses. Al regresar María Cecilia me espera en el punto en que la dejé. No me dice nada, pero no es necesario. Ambas sabemos que acabo de ganar una batalla contra mi desconfianza.

María Cecilia saca de su cartera una pequeña velita roja en forma de rosa y una barra de incienso.

–Maribel, te voy a dar un regalo para Gaviota. Esta vela y esta barra de incienso son para que las quemes con ella.

Después saca una estampa con ángeles, en la que me anota su dirección, y otra imagen con un texto en el dorso.

–Los ángeles y la imagen son para ti, a ti deseo regalarte ángeles. Para mí regalar un ángel es como dar una bendición. También te daré un consejo: sigue sin temor tu búsqueda y haz todas las preguntas que desees. Puedes hacer todo lo que te venga al espíritu si lo haces pensando en el bien de cada uno, con amor. Se te abrirán todas las puertas y los ángeles estarán allí para ayudarte. Nunca lo olvides. Yo vivo feliz desde que un día entregué mi corazón a Dios. Desde ese día mi vida es un canto de amor y cada momento que pasa está lleno de sorpresas maravillosas. Vivo dando amor a quien cruce en mi camino. ¿Ves esas caras tristes y preocupadas de los seres grises que pasan? Yo los miro y trato de enviarles rayos de amor desde mi corazón. Me dice riendo: mira a ese hombre gris, imagina ahora un verdadero rayo láser que parte de mi pecho y llega hasta el suyo ¿No es divertido? ¡Estoy feliz Maribel, en menos de un día me sacaré mis ropas y me sumergiré en mi río! ¡Ah! Antes de que me olvide, otro consejo, el último: no te preocupes de la mirada de los otros. Lo importante es lo que ves con tus propios ojos.

No me he dado cuenta de que son los últimos minutos antes de que mi vuelo cierre. Corro a tomar a mi avión, justo a tiempo. Ahora sí. Este avión me llevará hasta Santiago. Espero que el resto del viaje será más tranquilo. Encuentros como el que acabo de tener son muy increíbles, pero agotadores. Un poco más y terminaré creyendo en extraterrestres, en ángeles y en cuanta cosa misteriosa exista. Ya instalada en mi asiento saco de mi cartera los dos papeliitos que María Cecilia me dio. En el dorso de la imagen está escrito un texto de un misionero asesinado en Camerún en 1995. El texto comienza:

Nous avons bondi sur la tombe de nos Ancêtres
et nous voici, Seigneur,
dans le vent de l'Esprit.

Sí, es increíble. Ahora entiendo por qué, cuando le hablé de

mi historia, ella entró tan fácilmente en mi magia. Debe ser miembro de alguna iglesia en las que se debe venerar a los ancestros. ¿No? Este año he estado haciendo justamente lo que está escrito en su texto. ¿No he vivido yo este año como “saltando” sobre la tumba de mis antepasados?

Mis compañeros de asiento en este avión son personas ya mayores, hablan entre ellos en alemán. Seguramente un grupo de turistas jubilados. Esto me tranquiliza, ninguna magia en estos vecinos. Como no conozco el idioma alemán, y como mi inglés es pésimo, no me queda otra que quedarme callada; es una cosa excelente necesito tranquilidad para asimilar todo lo que María Cecilia acaba de decirme, estoy agotada. Además, hay que tratar de dormir, es un viaje muy largo, toda una noche de Francfort a Buenos Aires sin escala. Un par de horas antes de llegar a Buenos Aires las luces se prenden, los pasajeros comienzan poco a poco a despertarse. En parte por educación, en parte por curiosidad, me animo en mi mal inglés a conversar un poco con mis vecinos. No son alemanes, son austríacos y van rumbo a La Antártica. Mi vecino es un hombre encantador. No está jubilado como yo imaginé, es artista y trabaja creando los escenarios en un muy importante teatro de Viena. Le cuento que vivo en Francia, que nací en Chile, en Punta Arenas. Al cabo de un momento tomo conciencia de que mis bisabuelos emigraron a Chile como austríacos ¿y no es divertido? No resisto a la tentación de hablarle de mis antepasados, de contarle del naufragio de Elías en un buque Austro-Húngaro del que no sabemos ni el nombre, ni la fecha del naufragio. Mi vecino me escribe en un papel, en alemán, la dirección del lugar en Viena donde hay que averiguar por los naufragios. También me cuenta de sus viajes por la costa Dálmata. Él conoce los lugares donde nacieron mis abuelos y bisabuelos. Este encuentro no es magia, pero también tiene un sentido para mí.



*Mi bisabuela (la Nona), mi abuela Paulina,
mi madre conmigo en brazos y mis dos hermanas. Enero de 1953.*

VIII

ANITA

Durante el vuelo Buenos-Aires Santiago hay muchos asientos desocupados. Necesito estar sola. Logro cambiar de asiento e instalarme a mirar por una ventana la pasada sobre los Andes. Para mí, como probablemente para todos los chilenos que vivimos en el extranjero, ese momento es como un paso ritual en el que se cambia de mundo, en el que se deja, por el espacio de unas semanas, la piel de afuera para tomar de nuevo la piel de origen. Hay veces que no logro hacer el cambio, que llego a Chile como una extranjera y me quedo como perdida, entonces necesito días y días antes de sentirme de nuevo en casa. Esta vez no será así, hace meses que llevo puesta mi piel antigua, la que me viene por mis padres.

Ya pasamos los Andes, el avión va bajando, aterriza ¡qué emoción!, ¡qué impaciencia! Bajo, me apresuro, paso la policía, recupero mi equipaje. Como de costumbre están allí, detrás del vidrio, los veo nerviosos mirando a ver si me descubren. Me ven, nos hacemos signos, sí, acá estoy, allí están, qué bueno, todo es como esperado. No como la vez que me vine como loca porque mi padre estaba muy grave en la clínica. ¡Ya!, ¡ya!, elijo la puerta de no declarar nada, paso, voy hacia ellos, se acercan, me acerco, nos abrazamos, los abrazo a ambos al mismo tiempo, nos miramos, miramos para ver cómo ha pasado el tiempo en cada uno de nosotros. No, no lloremos, aún somos los mismos, todo va bien, igual se nos humedecen los ojos ¡qué bueno! estamos juntos, cada vez algo más viejos, pero sanos, vivos, vamos rápido al auto, vamos rápido a casa.

En el camino, y al llegar al departamento en que habitan, poco a poco, mientras vamos conversando de todo y de nada, viviendo la alegría del reencuentro, los voy observando, voy meditando. Todo lo que he vivido en el año me ha llevado a tratar de entender mis raíces. He buscado mis raíces lejanas, pero mis raíces primeras, las más sensibles, son ellos, mis padres. Aún tengo mucho que aprender de ellos. ¿Qué es lo que me viene de ellos?, ¿seré capaz de ver justo?, ¿seré capaz de darles el lugar que corresponde en mi historia?, ¿seré capaz de separar lo sutil de lo grosero, de tomar de ellos sólo lo que debo tomar?, ¿cuál es su parte de amor en esta historia?

Necesitaría mucho más de un libro para decir lo que siento por Anita. Anita no cabe en un libro. Para comenzar está su cuerpo. El cuerpo de mi madre. ¿Cómo hablar de él? ¿Por dónde empezar? ¿Por sus rodillas tan enfermas y dolorosas como las de la Paulina y las de la Nona? Tan dolorosas que desde hace años ya no le dan la fuerza para ponerse de pie. ¿Por su manos? Sus manos con sus dedos largos, ahora sin anillos, hinchados y con las falanges todas deformadas por la artrosis. Sus manos adoloridas en las que se apoya como puede, a pesar del dolor, para poder pararse y caminar. Sus manos que no paran de hacer cosas. Sus manos que hacen tortas, mermeladas y tantas cosas. Sus manos enfermas, sin fuerza y torcidas, pero que vuelan sobre las teclas del piano despertando mi nostalgia con los “Nocturnos” de Chopin y la “Patética” de Beethoven.

—¿Cómo tocas con esos dedos?, le pregunto.

—Puro espíritu, me responde y sigue tocando y riendo. Está feliz de tocar para mí.

¿Por sus piernas que caminan tan ágiles y rectas que de lejos pareciera tener treinta y no setenta y nueve años? ¿Por sus huesos largos y su espalda derecha que la han hecho siempre verse tan distinguida, tan elegante?, ¿a quién los sacó?, ¿a mi abuelo Nicolás? ¿o tal vez a los Mátkoviæ? Ni Elías, ni la Nona, ni mi abuela Paulina eran grandes, pero Filomena y los otros tíos sí. Todos con un porte distinguido, elegantes, altos, derechos.

Pasa horas cuidando ese cuerpo para que siga ágil, para que

siga digno. Horas combatiendo cada uno de los embates del tiempo. Combatiendo la artrosis por todos los medios. Combatiéndola con la misma voluntad impresionante con la que aprendió a nadar a los treinta y ocho años. Cuando Anita decide algo no hay nada que le resista. Pasa horas preparando lo que come. Su muesli de cada mañana es preparado por ella misma, picando nueces, almendras, manzanas. Que todo sea fresco, eso es bueno para las articulaciones. Y lo hace. Hace religiosamente la gimnasia para las rodillas. Se coloca unas pesas en las pantorrillas, apretadas, sujetas con velcro.

–Quince veces se levanta la pierna de esta manera, quince de esta otra manera, dice.

–Ahora la otra pierna, ahora de nuevo la primera.

Eso es recostada, después hace otros ejercicios sentada arriba de una mesa, con las rodillas colgando. Dale con las pesas. Otra vez quince con ésta, quince con la otra. Tres cuartos de hora de ejercicios para que las rodillas le obedezcan y caminen. Tres cuartos de hora dijo el médico. Ni un minuto menos. Y lo hace.

Observo a mi madre, admiro a mi madre, amo a mi madre. Es increíble mi madre. Me pongo las pesas. Apenas llego una vez a quince, ella hace cinco veces quince.

–¿Cómo lo haces?, le pregunto.

Me mira y se ríe.

¿Y su voz, con las que recita de memoria las poesías de Neruda o las de Rubén Darío?

*Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar;
yo siento
en el alma una alondra cantar,
tu acento.*

Margarita, te voy a contar un cuento.

Y me siento como si fuera yo Margarita escuchando el cuento. Escuchando como declama mi madre.

Este era un rey que tenía

*un palacio de diamantes,
una tienda hecha de día
y un rebaño de elefantes,
un quiosco de malaquita,
un gran manto de tisú,
y una gentil princesita,
tan bonita,
Margarita como tú.*

.....

Y me siento una gentil princesita, escuchando conmovida la voz de mi madre. La voz con la que me recita ahora largos versos en alemán que ha aprendido con su grupo de antroposofía. ¡Pero si Anita nunca ha hablado ese idioma! ¿Cómo lo hace?

Dicen que tiene un acento gallego, como muchos verdaderos magallánicos. Acento gallego como de Río Gallegos en el sur de Argentina. En esas tierras lejanas de todo, las personas de ambos países se sienten más cercanas entre ellas que con las otras personas del “norte” de los respectivos países.

Tiene una voz que canta, su voz no es como las otras voces. Una vez me dijeron que mi voz se parecía a la suya. Me lo dijeron una sola vez. No sé si tengo alguna cosa que se parezca a algo de ella. Debería. Soy su hija. Sí, mis dedos comienzan a dolerme, este se hincha, este me duele ya, sí, ¡qué bueno!, hija suya soy.

Su voz es como su letra con tinta azul, nunca he visto una letra que se le parezca. No se puede contar una letra. Una letra alta como ella y que me emociona cada vez que releo sus cartas o las recetas de dulces que me ha enviado. La receta de los negritos está con su letra.

Anita está cansada, tiene miles de cosas que hacer. Se impone miles de deberes. Anita casi no duerme. No se acuesta antes de terminar con todos sus deberes. No se acuesta aunque se caiga de sueño, aunque sean la dos o las tres de la mañana. Los deberes se los fabrica ella. Siempre ha sido así. No es a estas alturas que va a cambiar su manera de ser. También se impone leer el diario y escribir el suyo. Eso lo hace en su pieza.

Anita me ha dado su pieza. No, no su cama. Su pieza en la que tiene todas sus cosas, su ropa, sus libros, su piano. Ha sacado sus

cosas de su pieza para que yo me instale. Anita está cansada, no sabe dónde ha guardado sus cosas. No, no es Alzheimer ¡es sueño! Anita está muerta de cansancio ¡Si no tiene un minuto de descanso! Antes hacía la siesta, ahora no le alcanza el tiempo ¡Pobre Anita, tan cansada que está! Y yo le traigo aún más por hacer. Así y todo está feliz de que yo haya llegado. Está feliz de tenerme con ella. Estoy feliz de estar con ella ¡Tengo tantas cosas que preguntarle! Estará feliz de contestar a mis preguntas y de contarme miles de cosas. Anita es como un libro antiguo que habrá que ir abriendo con cuidado para ir descubriendo en ella todos los tesoros que tiene guardados para mí.

¿Y mi padre? Él esta aún más contento que Anita por mi presencia. Mi padre hubiese sido feliz de tener una familia numerosa y cercana, como la de su hermano Andrés. Feliz de poder reunir con frecuencia a sus hijos y nietos y festejar le alegría de abarcar de una sola mirada a toda la descendencia. Nunca hemos logrado hacerle ese regalo. Él sufre aún más que mi madre de tener a los hijos y a los nietos tan lejos. Dos de sus hijas estamos instaladas en Francia. Mi hermano y su familia viven en Chile, pero en Iquique, dos mil kilómetros al norte. Mi hermano ha tratado de hacer todo lo que está en su poder para llenar el vacío que Ana María y yo dejamos al partir. Sonia es la única que vive en Santiago, cerca de ellos. El hijo de Sonia, es el único nieto que mis padres han visto crecer y que los ha consolado de la lejanía de todos los otros nietos. Ahora él estudia en Europa. También se ha ido, a mi padre le pesa mucho la distancia.

En diciembre de 1994, un jueves por la noche, Ana María me llamó desde Nantes para anunciarme que papá tenía una pancreatitis aguda grave, que había pasado la primera crisis, que estaría aparentemente bien durante los ocho días que seguían a su llamado, pero que al noveno, era muy probable que viniera una septicemia y el pronóstico en ese caso era de los peores. Me dio a entender que tenía que llegar allá a más tardar el jueves si yo deseaba estar segura de poder hablar con él. A su angustia se sumaba el hecho que ella se mudaba de casa ese martes, que no podía contar con nadie para ayudarla y que en ningún caso podría viajar antes del miércoles. Me quedé helada. Esa noche dormí muy mal y sólo al levantarme al día si-

guiente reaccioné y logré poner en movimiento todas mis energías para hacer lo que debía hacer. Lo primero que hice fue buscar mi pasaporte francés y comprobar con espanto que estaba vencido. Además en esos tiempos se necesitaba una visa para entrar a Chile. Logré, gracias a la ayuda y a la comprensión de todos, tener un pasaporte nuevo y un pasaje Paris-Santiago el lunes por la tarde. El martes, tía Eugenia me ayudó en París llevándome al consulado a obtener la visa. La misma noche me subí al avión con lágrimas de angustia, pero con un sentimiento de agradecimiento profundo por toda la ayuda recibida para viajar a tiempo. Parecía un milagro. Agradezco al cielo el haberme dado el tiempo de poder pensar en ese avión sobre todo lo que nunca le había dicho a mi padre. Agradezco al cielo el haber llegado a la clínica y poder decírselo. A veces uno olvida decir que ama. A veces uno olvida expresar nuestro reconocimiento, nuestro respeto. Todo eso pude decirle al llegar a verlo. Lo encontré triste y sin ganas de vivir. Tuve a mi padre el día del miércoles para mí y le dije cómo lo amaba y respetaba. Benditos sean los días miércoles. El día jueves llegó Ana María, benditos sean los jueves. Ese día jueves fue la primera vez, desde agosto de 1976, en que mi padre tuvo a sus cuatro hijos al mismo tiempo junto a sí. Su alegría fue tan grande, tan real, que olvidamos la extrema gravedad de la enfermedad. Fue tan fuerte, que barrió con nuestras angustias. La alegría fue tal, que comenzamos a reír, que empezamos todos a estar felices. El médico nos advertía que la pancreatitis era una enfermedad traicionera, que se podía agravar de un minuto al otro. –Sí –le decíamos, pero igual reíamos. Por supuesto que los médicos fueron excelentes, por supuesto que se respetaron rigurosamente todas sus indicaciones y que sin ellos nada se habría podido esperar. Llegó el viernes y aún reíamos. Lo que sanó a mi padre fue la alegría de tenernos a todos juntos.

Además de nuestra visita, nuestro padre tuvo la visita de muchísima gente. Familiares, colegas, amigos, alumnos, conocidos de todas las edades que venían a expresar su cariño, su respeto y su preocupación. Venía tanta gente que tuvimos que poner un letrero en la puerta de su pieza para decir que cada uno debía esperar su turno. La pancreatitis fue algo fantástico. ¡Entre todos se le rendía un homenaje extraordinario! Si se hubiese muerto ese homenaje lo hubiésemos escuchado nosotros, orgullosos, pero llorando y él se lo hubiera perdido. Así fue como, a pesar de los tubos para alimentarlo y de los aparatos por todos lados, la gozó y sanó. Festejamos la Navidad en la clínica. Según el médico todavía existían riesgos, pero nuestro corazón no nos engañaba y aprovechamos sin temor cada minuto de nuestro encuentro.

La alegría me siguió acompañando el 31 de diciembre al tomar mi avión de regreso. Fue en el avión que festejé, llena de esperanza, ese Año Nuevo.

Está feliz de mi presencia. Me muestra con que cariño ha ido archivando todo lo que le he enviado este año. Me muestra las correcciones que ha hecho. Ha leído todo con mucha atención.

—Los antepasados deben estar todos inquietos con esto que no los dejas tranquilos, me dice sonriendo.

Él siempre ha mirado hacia el presente y hacia el futuro. Su sentido de la familia es muy grande y me es difícil entender por qué le cuesta tanto hablar del pasado. Es verdad que me está ayudando a armar el rompecabezas de la familia, pero debo ir sacándole las cosas un poco a regañadientes. Es por eso que para mí es importante ir a ver a su tía Chela y poder hacerle todas las preguntas que se me ocurran. Para eso tengo que ir sin él, hay preguntas que tal vez no me atrevería a hacer si él va conmigo. He llamado a Tita, Tita es la prima de mi padre que conocí en 1994, cuando él estaba muy enfermo y ella fue con tía Chela a visitarlo. Iremos a visitar a tía Chela entre mujeres. De verdad papá no está muy contento de que yo lo excluya de esta visita, ¿pero qué hacer?



Fotografía de Mateo Mátković y José Bohr, junto a la cámara filmadora que utilizaban para las películas del cine mudo chileno.

La cámara se encuentra en el museo de Porvenir, junto a las fotos de Radonić y Bohr.

IX

CLAUDETTE, LAS FOTOS

Una de las primeras cosas que hago al llegar es llamar a Claudette. Claudette está impaciente de venir a saludarme, pero no puede liberarse antes de un par de días. Es su último fin de semana libre antes de nuestro viaje y tiene miles de cosas por hacer. Trabaja, tiene casa, marido e hijos pequeños. El lunes por la mañana Claudette llega por fin a verme. Se va a quedar a almorzar con nosotros. Nos hemos comunicado mucho por *e-mail*, y últimamente por teléfono, pero conocerse de verdad es otra cosa.

Durante las semanas que han precedido mi venida hemos tratado de organizar, con la ayuda de nuestro primo Antonio, nuestro viaje a Punta Arenas. Antonio nos ha dado muchos datos sobre hoteles, sobre excursiones e incluso sobre el tiempo que está haciendo y el tipo de ropa que deberemos llevar –para mí, pensar en la ropa que ponerse, significa que el sueño comienza a juntarse con la realidad.

Con los datos de Antonio, y después de varios intercambios, Claudette ha hecho todo un programa para el viaje. Ha hecho planes detallados para cada día, sin olvidar nada, casi con los horarios para cada actividad. De verdad su eficiencia y su entusiasmo son extraordinarios. Yo soy muy buena para soñar, pero se me hace un mundo planificar así las cosas. Entre otras cosas, Claudette espera conseguir nada menos que don Mateo Martinic en persona, historiador y director del Instituto de la Patagonia, nos reciba y nos ayude a aclarar algo de nuestras interrogantes sobre el naufragio de Elías.

Al mismo tiempo, al recibir sus *e-mails*, a pesar de que ella decía que el programa no era rígido, que era sólo una base en la cual apoyarnos, temí que un viaje tan bien organizado no dejara lugar para algo muy importante para mí. Voy también en busca de cosas profundas y mías como el impregnarme de los lugares lejanos y añorados de mi infancia. Sé que es absurdo complicarse la vida, pero ya lo decidí así. Para dejarme momentos sola, viajamos separadamente, así estaré sola cuando mi avión aterrice en Chabunco, el aeropuerto de Punta Arenas. Nos juntaremos después.

Cuando al llegar saluda a mis padres descubro, con sorpresa y mucho agrado, que entre ellos hay una relación de gran afecto. Claudette también añora su infancia y siento, que de alguna manera, Anita representa algo importante para ella, algo así como lo que para mí significaba tía Filo. Claudette es encantadora y me conquista inmediatamente gracias a su dulzura poco común. Me digo con alivio que no tengo nada que temer, ahora estoy segura de que nos llevaremos maravillosamente bien.

—¡Maribel!, ¡no sabes la alegría enorme que siento de abrazarte por fin!

—¡Y no te imaginas como es la mía!, ¡me parece mentira que nuestro sueño se esté haciendo realidad!

Es muy hermosa, está vestida con mucho gusto, parece salida de una revista. Me divierte mirarla, tiene algo muy particular. Por un lado, se ve que es una verdadera empresaria, moderna, ejecutiva, muy dinámica con su maletín de trabajo y el celular bien a mano para estar siempre accesible. Por otro lado, al saludar a mis padres me pareció ser una persona sensible, emotiva, y muestra un sentido de la familia tan grande, que antes de tomar el tiempo de conversar, ya me está dando con orgullo fotos de todos los suyos:

— Te traje fotos para que vayas conociendo a mi familia. Estos son Paloma y Diego ¡Mira que lindos están! Y él es Tony, está jugando con nuestra perrita, yo no quería un animal en la casa, pero ahora no podría vivir sin ella. También te traje fotos de mis padres, así te será más fácil reconocerlos cuando los veas en Punta Arenas. Tú ya sabes que él no es mi padre, pero yo lo quiero como si lo fuera.

Lo que me divierte es que esos dos aspectos tan distintos pue-

dan coexistir tan bien en una misma persona. En el fondo me da la impresión, que a pesar de sus treinta y seis años, es como a una niña pequeña, llena de dulzura, que se aplica con seriedad a hacer las cosas de los adultos.

–Tía Anita, mire lo que traje para el postre no puede no gustarle (trae una deliciosa tarta de frambuesas).

Durante el almuerzo conversamos con alegría de todas las cosas extraordinarias que han sucedido este año y que ahora nos tienen así reunidos. Ellos evocan la vez en que todos se reunieron en casa de mis padres. Al terminar de saborear la tarta, Anita se levanta y va a buscar las fotos que mi padre tomó en aquella ocasión. Mirando esas fotos Anita y Claudette me muestran una foto de Boris, él también estuvo esa vez. ¡Qué emoción! ¡Cómo no pensar en Ana y en Darko?, ¿cómo olvidar que la última imagen que ellos tienen de su padre es de hace 25 años, y que la única foto que conservan de él es aún más antigua? ¡Mucho más antigua!, Darko estaba recién nacido. Ana está aún más presente que su hermano en mis pensamientos. Ella, que tanto ha deseado comunicarse con su padre sin lograrlo, estaría muy emocionada al ver la foto que estoy viendo en este minuto. Evocamos a nuestros primos con mucha emoción y por supuesto que nos ponemos a hablar de Pedro.

–Claudette, vas a tener que presentarme a Pedro. Después de todo lo que ha pasado no me perdonaría haber venido a Chile y quedarme sin conocerlo.

–Haré lo que pueda, pero no sé si lograré convencerlo. Por un lado está muy ocupado y va a ser difícil que se libere un momento, pero por otro lado no sé si la idea de conocerte le va a gustar.

Claudette comienza a hablar de sus primos y de sus recuerdos de pequeña, de los recuerdos de sus abuelos. Anita nos trae entonces unos álbumes de fotos maravillosos, son álbumes de familia que tenía tía Filo. Uno de los ellos es de fotos muy antiguas. En la primera página hay una gran foto de un Giovanni Mátković, tomada en 1908 en Buenos Aires. Imaginamos que debe ser un hermano de Elías, no sabemos si Elías tenía un hermano y menos aún instalado en Buenos Aires. ¿Quién sabe si tenemos familia en Argentina? Es cierto que Darko encontró en una guía de Internet una Matilde Mátković en Buenos Aires, pero no la

hemos tratado de ubicar. Las fotos no están en orden cronológico. En las páginas que siguen hay fotos, tomadas en la isla de Brac, de los padres de la Nona y de una hermana o sobrina de la Nona, hecha monja. Allí aparece la foto de los bisabuelos que Claudette nos ha enviado por *e-mail*. Hay otra foto que nos emociona muchísimo, una foto que muestra a nuestros abuelos respectivos, Paulina y José, juntos, con las vestimentas de su primera comunión. Tenían menos de un año de diferencia. Es una foto preciosa, deben tener ocho o nueve años.

Hay otro álbum más reciente. Es de la época en que los tres hermanos Mátković tenían entre veinte y treinta años. Anita nos cuenta que sus tres tíos se fueron a Santiago para alejarse de Elías. Que era un padre terrible y que, más que irse se arrancaron, que ninguno regresó a Punta Arenas hasta después de su muerte. En ese álbum hay fotos de la época en que tío Mateo, de dieciocho años, aún en Punta Arenas, hacía las películas con Bohr. Hay una foto en la que ambos están con la famosa cámara, y otra foto, de Bohr solo, dedicada a tía Filo.

Hay una bellísima foto de José. Es una foto grande de un joven serio y que, a pesar de unos lentes muy gruesos, se ve de muy buen parecer.

—¡Mira a tu abuelo Claudette! ¿has visto que la foto tiene una dedicatoria?

—“Para mi madre con ese cariño noble que años y distancia han intelectualizado purificándolo de toda agria aspereza de prosaica materialidad. José Mátković, Santiago, Octubre 1925”, —lee Claudette.

—¡Qué dedicatoria!, tenía veintisiete años, Claudette, era antes de quedarse ciego.

—¡Pobre Nona! Qué pena y qué orgullo habrá sentido como madre al haber recibido esta hermosa foto. Pensar que sus tres hijos de veinte años se le fueron y ella pasó años sin volver a ver a ninguno ¿Cuántos años habrá pasado sin verlos?

Hay un álbum separado con muchas fotos de los abuelos de Claudette, algunas de recién casados, otras de más tarde, cuando ya era ciego. En la primera página hay unas fotos de su abuela Olga sola, joven y bella, y otras de la pareja. Olga es la “Abue” de los sueños de Ana.

En la época en que Darko entró en contacto con Pedro, Ana hizo lo necesario para conectarse a Internet y comunicarse también por *e-mail*. Con Claudette le escribimos y le enviamos cuanta carta y foto pensamos le podía interesar. A Ana le costó escribir, pero cuando lo hizo, fue muy emocionante leer sus palabras

Martes 24 de noviembre

Claudette, Maribel,
¡Hola primas!

He disfrutado leyendo la información que me enviaste, Maribel.

Me disculpo por no haber contestado antes, pero además de haber tenido unos días muy ocupados, confieso que las emociones vividas esta última semana me han tenido agotada. Mi mente está fascinada con la recuperación de datos del pasado, y se queda de noche despierta durante horas en la búsqueda de recuerdos.

Quiero recordar y no puedo. Sólo tengo unas cuantas imágenes que me han acompañado estos años, y que siempre son las mismas. No recuerdo las casas donde viví, ni las caras de la gente. Me acuerdo de ti, Claudette, no sé explicar de qué manera, pero no tengo “historias” contigo. Sé que jugábamos, pero no recuerdo nada más. Sólo tengo una imagen, que es la de haber ido a tu casa muy poco antes de que tu papá muriera. Le vi en la cama, por ahí estabais vosotros, José, tú, tu mamá, y más gente.

No me acuerdo de casi nada de mi pasado. Sólo tengo tres o cuatro fotos más de cuando era pequeña. En una, yo tengo un año, estoy en brazos de la Abue, y al lado está la Lola, mi abuela materna (abuela de Gaviota también).

Para terminar, os contaré algo...

Desde siempre, yo he tenido sueños muy intensos, y muy vívidos. Los escribo desde hace años.

También creo que hay otro mundo, que no vemos, pero que convive paralelamente al que vemos y conocemos. Creo que los que se han ido están allí. Les pido que no juzguen antes de terminar de leer. Según lo que dices, Claudette, la boda de tu hermano Mirko fue el 29 de mayo pasado...

–Yo llevaba años sin pensar en mi familia.

Algo en mí no quería ir allí. Pero una noche, la noche del 20 de mayo de 1998, al ir a dormir, me sentí muy sola, y me imaginé unos brazos que me arrullaban con cariño.

—¿Sabéis de quién eran los brazos? Yo misma me sorprendí.

He aquí lo que escribí en mi cuaderno:

“Hola Abue, soy la Any, tu nieta. ¡Que bien reencontrarte! Te quiero dar un abrazo grande y largo, querida Abue. Quiero volver a sentirte y volver a sentir lo mismo de cuando era niña y estábamos juntas. Ven a mis sueños Abue, y abrázame, que quiero estar contigo otra vez. Te quiero. Any”.

No sabía lo que iba a pasar después, pero creo que nada es obra de la casualidad. Nueve días más tarde, Claudette habla con tu madre, Maribel, la persona que tía Filo dejó encargada para reunir a la familia. A partir de allí todo se desencadena.

Siento gran respeto y veneración por todos nuestros abuelos y antepasados. Siento que están acompañándonos y apoyándonos. La Abue es nuestra abuela, Claudette. Somos todos bisnietos del bisabuelo Elías y de la bisabuela Francisca. Ellos están con nosotros. Desde aquí saludo a todos nuestros antepasados con el corazón, y agradezco lo que están haciendo, así como los hijos, o los nietos de nuestros hijos agradecerán la iniciativa de todos los que ahora os estáis moviendo en vida.

Yo también os lo agradezco, Maribel, Claudette, Darko, Gaviota, porque no sabéis lo bien que todo esto me está haciendo. Os lo contaré el día que sea capaz.

Es todo por ahora.

Un abrazo grande y largo...

Ana.

La carta de Ana me había tocado el alma. Sentí en ese momento un deseo muy fuerte de estrecharla en mis brazos y de decirle que tenía razón. La sensación extraordinaria que una fuerza exterior nos estaba guiando y ayudando fue en esos momentos para mí más evidente que nunca. Ahora, al mirar las hermosas fotos de Olga, comentamos con Claudette lo que Ana le había pedido en sueños a su abuela.

Mi madre dice que si hay alguien en el otro mundo capaz de producir la magia de movernos a todos ese no puede ser otro que su tío José.

—Mi tío José tenía una fuerza espiritual poco común. Era tanta que llegaba a inspirar temor a las personas que se acercaban a él. Para sus hijos, tener un padre así debe haber sido impresionante, muy difícil, es normal que hayan sido tímidos o callados. Con los años su fuerza no cesó de aumentar, para mí que era como una mezcla de ángel y de demonio. Quizás no se daba cuenta, pero lo cierto es que exigía mucho de los que lo rodeaban y en particular de su mujer. Como él era ciego, no hacía la diferencia entre el día y la noche, y la Olguita nunca reclamaba, ella se adaptaba a sus horarios. No se atrevía a dejarlo solo ni un momento. La pobre Olguita era buenísima, tenía una paciencia de santa, era un verdadero ángel, nunca he visto un ser tan lleno de bondad. Tío José contaba que hacía viajes astrales, que se desdoblaba. No era el único de la familia que se desdoblaba. Una noche, cuando yo era muy pequeña, estaba en mi cama y vi a mi madre, parada al lado de mi cama, inmóvil, muy rara. Saqué una mano para tratar de tocarla y sentí que no era normal. Me dio mucho miedo y me escondí debajo de las frazadas. Al día siguiente supe que mi madre no se había levantado, pero que se había quedado dormida con la preocupación de no haberme venido a ver.

—Mis hermanos también cuentan de experiencias así, dice Claudette. Debe ser cosa de familia.

—Los Mátković tenían una mezcla de algo hermoso y espiritual con algo fuerte y terrible, no dejaban a nadie indiferente, continúa Anita. Para vivir con ellos se necesitaba seres con gran paciencia y bondad. Nicolás fue un santo con la Paulina, tenía una paciencia ejemplar y aceptaba de ella todos sus caprichos. Ella era terriblemente individualista.

Aún estamos escuchando a Anita con mucha atención, cuando Tita llega a buscarme para llevarme a ver a tía Chela. Me gustaría seguir escuchándola, ya tendré tiempo en otro momento, de verdad que hay seres muy extraños en la familia de mi madre.



Mi abuela Paulina Mátković y su segundo hijo, Raúl.

X

TÍA CHELA

Antes de partir tomo la hermosa caja de chocolates finos que traigo desde Grenoble para tía Chela. No sabía qué regalo traerle y pensé que sería una buena idea. Grenoble es una ciudad que está llena de fabricantes de chocolates artesanales de calidad y, en general, las personas de edad saben apreciarlos.

A pesar de tener que dejar la interesante conversación, estoy feliz de partir con Tita. Es muy gentil de su parte haber dejado de lado sus quehaceres y haber aceptado acompañarme. La otra vez simpatizamos mucho y había quedado con el deseo de conocerla mejor. En esa ocasión habíamos conversado sobre la historia de la familia y así fue como pude conocer los nombres rusos de los hermanos de mi abuela. Su madre, Luisa, o Live, era una de las hermanas de Sofía. Sofía era la mayor, Luisa era la tercera y tía Chela la menor. Al estar al lado de Tita y al subir a su coche, vuelvo a sentir el mismo agrado que cuando la conocí. Hay personas así. A pesar del fuerte calor, partimos felices a visitar a nuestra tía.

Esta visita es para mí un momento muy especial. La estoy esperando con impaciencia desde hace meses y, quizás, sea el momento más importante de este viaje. Mi emoción es natural, en cambio la que percibo en Tita me sorprende.

—Es interesante lo que estás haciendo, dice. Me vas a tener que dar los datos que tienes.

Me parece muy extraño que Tita pretenda aprender cosas a través de mí. Soy yo la que no sé casi nada.

—¿Qué me dices?, ¡si tú debes saber muchísimo más que yo!

Me explica que sus padres, al igual que la mayoría de las personas de su generación, no contaban nada, y que ella, como la mayoría de las personas de la generación que seguía, tampoco hacía preguntas. Me dice que tomó conciencia de lo poco que sabía cuando fue a ver a sus sobrinas a Estados Unidos. Que ellas le hicieron miles de preguntas y que allí se dio cuenta de que no sabía qué responderles.

El hogar es una gran residencia, de un solo piso, con jardines interiores y mucha luz. Tita me conduce a través de los corredores hasta alcanzar la pieza que tía Chela comparte con otra anciana. Ella nos espera. Como su compañera de pieza ha salido a pasear, nos podemos instalar allí mismo a conversar con toda tranquilidad. ¡Da gusto verla! Desde todo punto de vista está muy bien, al verla o al oír su voz nadie le daría ni de lejos la edad que tiene. Después de saludarnos y antes de ponernos a conversar, le ofrezco lo que le traigo. Menos mal que la caja es hermosa, lo que es el contenido mejor ni pensar en qué estado está, la temperatura es de más de treinta grados a la sombra.

—Tía Chela, le traje un regalito de Francia, es poca cosa, espero que le agrade.

Un espanto, todo derretido. Tía Chela tiene una pequeña nevera en su pieza y allá se fueron los chocolates, espero que se haya atrevido a probarlos algún día.

—Me dijo Leo que tú querías hacerme preguntas, ya le he dicho todo lo que sé. ¿Qué más quieres saber?, dice algo curiosa de mi deseo de venir a verla e inquieta de mi insistencia.

Mi padre me había hecho escuchar una grabación de una visita que hizo a tía Chela en la que le hacía todas las preguntas que yo le había encargado. La preguntas eran sobre el barco en que emigraron, sobre el viaje, sobre Rusia. Como tía Chela tenía sólo seis meses al hacer ese viaje es evidente que ella no se acordaba de nada y que lo poco que sabía era lo que había escuchado alguna vez de la boca de sus padres o de las personas mayores que ella. Al escuchar la grabación me pareció que se sentía acosada con tantas preguntas y sobre todo triste de no poder responder.

—Vine a verla porque estoy segura de que hay cosas de las que usted puede hablarme durante horas y que me interesan mucho. No vine para molestarla con preguntas sobre lo que no sabe ino se

preocupe, por favor! Lo que más deseo es que me hable de mi abuela. Mi padre no cuenta nunca nada de ella, no sé casi nada de ella. ¿Cómo era mi abuela?

Visiblemente mi pregunta la sorprende, nos mira a Tita y a mí, y comienza a hablar.

–¡Era muy buena!, ¡muy buena! Después de marcar un silencio continúa:

–Lo malo era el marido. La pobre murió muy joven. Cuando ella falleció tu padre se vino de Punta Arenas en barco porque no había cupo en el avión, su barco casi zozobró, cuando él llegó ella ya estaba sepultada.

–Yo nací en 1934, dice Tita. Tenía sólo nueve años, pero lo recuerdo muy bien. La muerte de la tía fue algo terrible para todos. El cirujano cometió un error irreparable durante una operación que debía ser banal. Su agonía duró varios días. Fue muy doloroso para todos, la queríamos mucho, fue muy triste para todos.

Sé que mi padre no alcanzó a llegar. Cuando recibió el telegrama diciendo que Sofía estaba muy grave no pudo tomar un avión. Estaba a más de dos mil kilómetros de Santiago. El barco en el que se fue a Santiago fue la proa de un temporal terrible, de esos famosos en los canales del sur, uno digno de los mejores relatos de Coloane. El barco tuvo una avería y se quedó durante por lo menos tres días parado, esperando ser reparado. Cuando mi padre llegó a Santiago todo había terminado.

–Se casó muy joven, tu abuelo era un hombre muy jugador. Nadie sabía de dónde había salido tu abuelo, lo habían conocido en el barco en el que se vinieron de Rusia. Llegó un día a Concepción a buscarla, se casaron y se fueron a vivir a Los Angeles. Él aprovechó que ella no tenía a nadie allá para hacer su vida. Tu abuela Sofía con su amiga Sofía Cohen esperaban guagua al mismo tiempo. Todas las noches se juntaban las dos amigas, en torno a un brasero, a esperar a los maridos que partían a jugar. ¡Pero si tu abuela y sus hijos pasaron muchas pellejerías!, ¡ini casa tenían! Tu abuela no tenía nadie quien la ayudara, tenía que lavar ella misma la ropa de los seis hijos. Cuando la íbamos a ver muchas veces la encontrábamos lavando. Eso fue desde el principio, hasta el día en que tu tía Eldha y tu tía Nena se pusieron a trabajar. Así pudieron comprar una casa y vivir mejor.

Yo conocía algo de esta historia, sabía que mi abuelo perdía el dinero en el juego, que tuvo altos y bajos, pero nunca había imaginado a mi abuela en su vida cotidiana con todas las dificultades que tuvo. ¡Pobrecita!, ¡cuánto habrá sufrido! Entiendo que mi padre prefiera no hablar de todo eso, no sólo la muerte de mi abuela fue prematura y terrible, su vida también parece haber sido muy triste. Para levantar el ánimo a nuestra conversación, y pasar a algo más entretenido, voy a tratar de averiguar algo sobre mi tatarabuela.

—Algo me ha contado mi padre de la historia de la bisabuela suya que regresó sola a Rusia. Lo que él me contó me impresionó mucho. ¿Es verdad que después del terremoto de 1906 ella dijo que este era un país dejado de la mano de Dios y que se volvió sola a Rusia? ¿Es cierto que nunca más se supo de ella? Me encantaría que me cuente todo lo que se acuerde de esa historia, ¿se acuerda cómo se llamaba?

—La abuelita se llamaba Rosa.

¡Qué emoción!, ¡ahora sé que se llamaba Rosa! Ni mi padre, ni Tita, nadie conocía el nombre de mi tatarabuela. No puedo decir por qué le doy tanta importancia al hecho de conocer su nombre, pero lo encuentro ¡FANTÁSTICO!, ¡qué ganas de contárselo a María Cecilia y a Gaviota!

—Llegó con nosotros en el barco, en mayo de 1906. Ella nunca pudo acostumbrarse acá, era muy complicado comer *kasher*. Comía pescado que mi papá le traía. La abuelita le sacaba sola la leche a la vaca, no comía carne y, para poder comer gallinas respetando el rito, tenía que matarlas ella misma. ¡Era muy difícil para ella! Se quedó dos años en Chile. Regresó a Rusia aprovechando uno de los viajes del tío Jacobo. Tío Jacobo viajaba a menudo a Europa por sus negocios. Él tenía una fábrica de *parquets* y después una fábrica de muebles en la Pampa de Concepción. Mi mamá se escribió con la abuelita Rosa durante años. Las cartas se terminaron a principios de la Primera Guerra Mundial.

Además, acabo de aprender que Rosa se escribió durante algo así como seis años con mi bisabuela. ¡Eso significa, por lo menos para mí, que Rosa logró regresar a su pueblo!, ¿cuál era su pueblo? ¿Genichesk? Mi padre, cuando creía que nunca más se había sabido de ella se equivocaba. Además, si a pesar de su avanzada edad logró vivir allá, es porque debe haber encontrado familia o amista-

des. Lo encuentro realmente entretenidísimo. No he perdido mi tiempo viniendo a visitar a tía Chela. Tengo que aprovechar a averiguar todo lo que pueda.

—¿Y recuerda cuál era el apellido de su abuela Rosa?

—¡Ahí sí que me pillaste! Eso sí que no puedo decírtelo. Además, cuando llegamos de Rusia, no pedían ni papeles. En Chile estaban felices de recibir inmigrantes y no ponían ningún problema. No tengo ningún certificado de nacimiento. Cuando más tarde hubo que hacer papeles se escribió que yo había nacido en Katerynoslav. Me acuerdo que decían que vivían en una casa arriba de un cerro en Katerynoslav. Mi padre era mercader de granos y de frutos del país. Debe haber tenido una hermana porque mi madre siempre contaba que mi padre pasaba a casa de su hermana a dejar un saco de grano antes de traer el saco de la casa. Él se vino en 1905, antes de que estalle la guerra con Japón. Se vino con su hermano Zelik, en castellano Elías. Zelik se quedó en Buenos Aires, nunca más se supo de él. Mi papá atravesó la cordillera con arrieros, a pie.

Cada día me parece más difícil averiguar datos históricos exactos. No hay ninguna certeza de que los datos anotados entonces correspondan a la realidad. Sin embargo, eso no me preocupa mayormente, en el fondo no es eso lo que ando buscando. Creo, en cambio, que es el momento de preguntar sobre las relaciones entre las mujeres, entre mi abuela, su madre, sus hermanas.

—¿Y cómo era mi bisabuela María? ¿Cómo era el ambiente en la casa, se llevaban bien? ¿Qué idioma hablaban entre ustedes? ¡Cuénteme todo lo que se le ocurra!

—Mi mamá era un tesoro, muy buena, cantaba muy bien, tenía una voz maravillosa ¡Pero si cantaba realmente muy lindo! En la familia siempre fuimos todos muy unidos, había mucho cariño. En casa hablábamos en yiddish y en español. Mis padres a veces hablaban en ruso entre ellos. En 1910, cuando tu abuela se iba a comprometer, mi mamá estaba embarazada. Recuerdo que ella iba bajando las escaleras con un mantel en los brazos cuando se cayó. ¡Me parece verla en las escaleras! La guagua nació adelantada. El niño que nació tenía un labio leporino, yo lo recuerdo muy bien. A pesar de eso era muy lindo. Mi padre no quería que mi mamá viera

a esa guagua. Me encargó a mí, diciéndome que me pegaría muy fuerte si no le obedecía, que no dejara que ella lo viese. Yo tenía cinco años. En la pieza había dos camas. Mi madre estaba en una de ellas y yo en la otra escondiendo la cara del niño. Ella me rogaba que se lo mostrara, pero yo tenía miedo del castigo de mi papá. Ese niño vivió doce horas, ella nunca lo vio, aún no sé si hice bien en no dejar que ella lo vea, su nombre era David. Aún recuerdo a mi madre cosiendo en su máquina y con las lágrimas corriéndoles por las mejillas. Tomaba muchos remedios para los nervios ¡Perdió la cabeza! ¿Habrá sido por la menopausia? Murió joven en un asilo.

Se me arruga el corazón al escuchar esta historia de niño que muere recién nacido. Ahora que tía Chela me habla, me viene un vago recuerdo de haber escuchado que mi bisabuela se volvió loca y que la tuvieron que internar. Es algo terrible para toda la familia tener que internar a una madre en un asilo para enfermos mentales, es como un secreto, difícil de asumir, que se esconde de los otros. Algo sabía del dolor de mi abuela, algo imaginaba del dolor de mi tatarabuela, algo vago sabía de esta historia del asilo. Ahora, de lo que estoy tomando conciencia, es de todo el sufrimiento de mi bisabuela María. ¡La dulce María, que cantaba con una voz maravillosa, de la que su hija de noventa y tres años aún dice con nostalgia que era un tesoro de bondad! Para mí que mi bisabuela tuvo una depresión terrible y que los motivos para tenerla no le faltaban: su país del que huyó de los pogromos en 1906 con seis hijos a cuestas, su madre querida que se regresó a Rusia en 1908, un hijo muerto al nacer en 1910, hijo al que no la dejaron ni verle la cara, su hija mayor mal casada con un hombre que la dejaba sola y en la miseria por ir a jugar naipes, las cartas de su madre que dejaron de llegar en 1914. ¿Qué mujer de corazón puede soportar todo eso? El fantasma de su locura quedó asustando a la familia ¿Fue locura o fue un exceso de dolor? A pesar de mi tristeza tengo que seguir haciendo mis preguntas, el tiempo pasa.

—Tía Chela, una de las cosas que siempre me han intrigado es que mi padre y mis tíos se hayan casado todos con no judíos, por la Iglesia Católica. ¿Qué pasó? ¿Qué reacción tuvo el resto de la familia? ¿Es verdad que mi abuela rezaba a los santos católicos?

—Mira, a nadie le molestó, en la familia no se practicaba mucho. Lo que sí te puedo decir es que tu abuela no fue al templo

cuando se casó tu tía Eldha. La cosa no tuvo ninguna importancia entre nosotros. Las relaciones no cambiaron en nada. Eso de rezar, no sé de qué me hablas.

Poco a poco me doy cuenta de que he imaginado muchas cosas equivocadas. Lo que tía Chela me cuenta es muy claro. Veo una familia muy unida. Todas las mujeres se querían entre ellas, no veo ningún conflicto entre las mujeres, nada que se asemeje ni de lejos a mis relaciones con mi hermana. Gaviota se equivoca completamente a menos que los problemas vengan por el lado de la familia de mi madre. En cuanto a la religión, salvo para mi tatarabuela Rosa, parece que no ha tenido ninguna importancia. En todo caso tía Chela no le da ninguna importancia. Creo que también en esto de la religión he imaginado historias y he molestado a mi padre durante años con el tema.

A una pregunta mía, tía Chela y Tita me dicen que todos los Katz Kusnetzoff están enterrados en el antiguo Cementerio Israelita de Conchalí. Nunca he puesto mis pies allí. Tía Chela me cuenta algunas cosas más, así como le vienen a la memoria. Memoria de sus recuerdos, memoria de lo que ella escuchaba de las personas mayores:

—¿Qué más te puedo contar? A tu mamá le gustaba ir al biógrafo, ¿qué dije?; no, a tu mamá no, ¡a tu abuela! Cuando tu padre era muy pequeño yo tenía quince años, entonces me lo dejaba a mí, y se iba al teatro (en Chile se acostumbra a decir teatro en lugar de cine). Una vez, que ella había salido al biógrafo, Leo se puso a llorar, y como yo no sabía qué hacer lo puse a dormir en mi cama, conmigo. Cuando tu mamá llegó Leo no estaba ¡Qué susto pasamos! Se había corrido al fondo de la cama, tenía pocos meses, no sé cómo no se asfixió. Otra vez que me quedé cuidándolo, a la empleada se le ocurrió darme la idea que lo bañemos ¡Casi se me ahogó en la tina!, ¡qué iba a saber yo cómo tomar a una guagua! Por dos veces casi maté a tu pobre padre. Yo lo quería mucho, me encantaba quedarme con él. En esa época yo vivía en casa de tu abuela y Leo dormía en la pieza conmigo. Recuerdo que tu abuela venía a darle pecho en la noche y que después regresaba a su pieza. Yo quería mucho a ese niño. Más tarde, cuando me casé, me costó mucho tener hijos. Yo le decía a tu abuela: “dámelo, yo te lo voy a

criar y darle una profesión”. Ella me decía que no, que algún día yo tendría hijos míos y que entonces no lo seguiría queriendo de la misma manera.

–Recuerdo cuando íbamos a mirar el cometa Halley, cuando salíamos con los otros niños a la Pampa a mirarlo. Otra cosa que recuerdo, como si lo estuviera viendo, es el terremoto de agosto de 1906, ¡Pero si no puede ser! yo tenía diez meses ¡No puedo ser que me acuerde de eso! ¡Si no puede ser! Yo estaba en brazos de mi madre en el umbral de la puerta. La abuelita Rosa estaba acostada en la pieza que daba al patio interior. No sé por qué, pero de lo que más me acuerdo, es de una mujer que corría como loca por la calle con una manta.

Es la hora de la cena, tía Chela debe ir al comedor. Nos despedimos de ella y con Tita nos dirigimos a la salida. Estoy muy feliz y muy emocionada de haber venido. He aprendido muchísimas cosas, ha sido un momento muy importante para mí.

Al salir, en un banco de los jardines, se encuentra sentada una anciana. Esta anciana observa el mundo a través de una lupa que pone delante de un ojo, por ello la llaman Lupita. Tita me dice quién es. Me cuesta creerlo. ¡A través de su lupa, a sus ciento y tantos años, la señora Sofía Cohen, la amiga de mi abuela Sofía, la amiga con la que esperaban juntas que los maridos regresen de sus salidas a jugar me está mirando! ¡Está allí sentada frente a mí! Si mi abuela estuviese viva tendría ciento siete años.

La Lupita reconoce a Tita

–¿Con quién estás Tita?

–Con Maribel, ella es una nieta de Sofía Katz, una hija de León.

–¿Y qué estudias?, me pregunta la Lupita.

Imagino que hace muchos años que debe haber perdido la noción del tiempo, la noción de la edad que pueden tener los nietos de su amiga. Por supuesto que me apresuro a responderle.

–Hace muchos años terminé de estudiar, estudié ingeniería, ahora trabajo, vivo en Francia.

–¡Qué bien! Hay que hacer estudios, eso es importante.

Me quedo mirando a Sofía Cohen. Es un milagro que esté allí. Viva. La amiga de mi abuela. Es como si mi abuela me estuviese enviando desde el otro mundo un signo lleno de humor, una in-

creíble muestra de complicidad. Así lo entiendo y desde el fondo de mí misma le agradezco con reconocimiento este regalo. ¡La Lupita sí que debe saber cosas!

—Estoy acá porque deseo saber cómo eran mi abuela Sofía y mi bisabuela, ¿parece que usted las conocía?

—¡Sí que las conocía! ¡Eran buenas!, eran las personas más buenas del mundo. Había una sola que no era buena, que era una floja que no trabajaba ¿sabes cuál es?: la Chela. Por un clavo se perdió la herradura, por una herradura se hirió el caballo, por un caballo se cayó el soldado, por un soldado se perdió la batalla y por una batalla se perdió la guerra y todo por un solo clavo, ¿conocías eso? Te puedo recitar muchas otras.

Es muy divertida, está llena de humor. No sé si se está divirtiendo conmigo o si su espíritu parte solo a otra parte ¡Qué ganas de preguntarle de todo! ¿Y por qué tanta enemistad hacia tía Chela?, debe ser cosa de viejos, mejor evitar ese tema.

—¡Qué bien!, ¡qué memoria!, ¿y recuerda usted cuál era el nombre del barco en el que mi abuela y su familia llegaron de Rusia, llegó usted con ellos?

—No, no vine con ellos, no lo sé.

Siento que la molesto con preguntas serias, ella tiene ganas de reír, igual voy a intentarlo.

—Y recuerda usted cuál era apellido de Rosa, la abuela de Sofía Katz?

—No, pero si lo deseas te acompaño a Identificaciones. En 1920, cuando Arturo Alessandri llegó al gobierno, salió una ley que hizo que todos los inmigrantes tuvieron que sacar carnet de identidad. Allí encontrarás todo. Hay que buscar en los archivos de 1920. Vamos ahora mismo si quieres. Por un clavo se perdió la herradura, por una herradura se hirió el caballo, por un caballo...

¿Cómo encontrar la clave para hacerla hablar? ¿Cómo arrancar de la profundidad de los pliegues de su memoria las historias que quedan sin contar? Quizás, si me quedo mucho tiempo, entre una historia y un poema me pueda decir algo. Siento que no, que no debo insistir, que mi abuela me dice que ya escuché todo lo que necesitaba escuchar, que la Lupita es su regalo de despedida, que ahora puedo partir.



*Mausoleo de la Sociedad Dálmata de Socorros Mutuos,
donde está sepultado Elías Mátkovic' Nikolic.*

XI

COSTA BRAVA

—¿Y no te parece simbólico, Maribel, que esta vela que María Cecilia te dio para quemar conmigo sea una rosa?

—No entiendo lo que hay de simbólico en ello, Gaviota.

—¿No me acabas de decir que al fin supiste que tu tatarabuela se llamaba Rosa?, ¿no ves la relación?

¡Dios mío! Gaviota es única, ve magia por todas partes. Por supuesto que es una coincidencia muy curiosa. Yo sola nunca habría hecho la relación. Si creyera en la magia agregaría que María Cecilia sabía que yo no vería la relación y que por eso tuvo que hacer intervenir a Gaviota... Bueno, me rindo, hagamos como si todo esto tuviera un sentido que se me escapa.

—No puedo dejar de admitir que es una coincidencia muy curiosa.

—Maribel, en la teoría que estoy estudiando, se dice que debemos trabajar con las últimas cuatro generaciones. Que debemos dejar que los ancestros de las generaciones anteriores regresen a formas más sutiles, que no debemos atarlos a nosotros. Te invito a que quememos juntas esta vela imaginando que dejamos partir el espíritu de tu tatarabuela Rosa a otras esferas.

Y así lo hicimos. Eso fue en la cabaña de la playa de Costa Brava donde fuimos a pasar unos días con mis padres. Gaviota vino con nosotros. Al día siguiente de mi llegada a Santiago la llamé y a los pocos minutos ya había llegado a verme. Ese mismo día quedamos de acuerdo con mis padres en que ella vendría a Costa Brava

con nosotros. Es un lugar maravilloso. Una casa muy simple, pero que tiene una terraza frente al mar capaz de cortar el aliento al que la descubre por su hermosura. Cuando fui a Chile en 1996 estuve como perdida durante casi una semana. Me bastó poner los pies en esa terraza para sentir que había llegado. En ese lugar el alma se me junta con el cuerpo. Sólo el presente existe, el presente y el ruido del mar que se estrella contra el roquerío, justo allí abajo, a unos escasos diez o quince metros. Creo que es el único lugar en el que me siento profundamente bien. Mis padres compraron esa cabaña cuando ya me había venido a vivir a Francia. En 1980 fui allí por primera vez. Pasé un mes maravilloso con Patrick y Anne-Sophie, Camille venía en camino.

Otra de las cosas que amo de esa cabaña es un cuadro que representa un ángel que cuida que un niño no se caiga de un puente. Ese cuadro, que en realidad es una reproducción sin ningún valor, era de la Nona. Siempre me ha hecho soñar. Hasta el día de hoy me dan deseos de creer en ese ángel de la guarda. El cuadro está en el dormitorio que compartimos con Gaviota y fue justamente bajo el ángel que quemamos la velita. Curioso, uno de los temas preferido de María Cecilia son justamente los ángeles.

Vivo estos días pensando que por una vez voy camino a alguna parte, percibiendo las cosas de una manera diferente, como nunca las había percibido. Siento que voy por un puente, como en el cuadro, como guiada por un ángel sin saber el por qué ni el hasta cuándo. Me gustaría ser capaz de creer que todo esto tiene un sentido de verdad, me cuesta mucho. Hace casi treinta años que vivo en el ejercicio de una conciencia más atenta a no dejarse engañar que en el de tratar de aprehender la verdad. Todas mis dudas no impiden que todo pueda tener de verdad un sentido. ¿Y si fuese así?

—Todo lo que te sucede anuncia un gran cambio en ti, profetiza Gaviota.

¿Tendrá razón?, Gaviota no imagina lo que su frase evoca para mí. No quería una religión con un credo, con un nombre. Quería una filosofía, una ciencia, que me enseñara a ir por un camino de conciencia, de certeza, de verdad. ¡Y por allí partí! Con todo lo que tenía. Al poner algo más de luz vislumbré otros cielos, pero lo que

mejor vi fueron mis flaquezas. Percibí maravillas, que ahora me parecen sueños, pero lo que más vi fueron mis miedos, mi dependencia afectiva, mis defectos. Vi con horror que una de las cosas que me guiaba era un deseo absurdo de ser superior a mis semejantes. Otros no vieron cosas parecidas en ellos y siguieron no sé dónde, no sé cómo. ¿O lo vieron y entendieron algo que yo aún no he entendido? En ese tiempo, y con la inseguridad que llevaba a cuestas, se me desmoronó el mundo y dejé todo como alma en pena. Mi nostalgia y mi melancolía están teñidas de lo que dejé allí. No es haber dejado a aquel grupo de mis veinte años lo que me pesa, sé que de todas maneras lo habría dejado, lo que me pesa es haber abandonado algo esencial que sí estaba en mí.

¿Qué otro cambio puede tener sentido para mí que el de reconciliarme con esa parte de mi ser? ¿Será aún posible? No tengo ningún deseo de enfrentarme de nuevo a mí misma en una batalla dolorosa y que siento perdida de antemano, ¿habrá otro camino? Imaginemos durante un instante que Gaviota tenga razón y que todo consista en descifrar signos. En ese caso debería buscar una clave dentro de lo que ha sucedido que me permita abrir una puerta diferente. ¿Es eso lo que debo aprender de mis vivencias de este año y de mis encuentros con María Cecilia y Gaviota? Los sucesos extraordinarios de este año se han dado como en respuesta a la pregunta que hice sobre cómo llegaron a Chile mis bisabuelos. Si hacer la pregunta correcta fuera la clave, ¿qué pregunta debería hacer para obtener una respuesta que vaya más allá?, tal vez, entendiendo estas historias de familia logre verme como a un personaje más, simplemente, aceptándome tal cual soy, queriéndome, como he estado queriendo a cada uno de los personajes de mi historia, ¿y por qué no?

—¡Me encanta lo que me dices!

—Veo que en la familia de tu padre no has encontrado respuestas a los problemas de relación con tu hermana.

—No, al contrario, veo mucho dolor y tristeza, pero lo que más veo es un gran cariño entre todos los miembros de la familia de mi abuela Sofía, mucha unión, una relación que me hubiera gustado conocer. Todo lo contrario de la manera de ser de los Mátković.

—¿Qué me dices?

–Sí, por ejemplo, mi abuela Paulina y su hermana Filo eran como perro y gato. Pasaban peleando y a tal punto que, incluso cuando ya tenían avanzada edad, Anita evitaba invitarlas juntas. No todos los Mátković son así, las relaciones entre Anita y sus hermanas, sin ser cariñosas, siempre han sido buenas. Aunque pensándolo mejor las tres hermanas apenas se veían con mi tío Juan. ¡Y mejor ni hablar en las relaciones entre nuestros primos comunes de Barcelona y entre ellos y su padre!

–¿Conoces el origen de las peleas entre Paulina y Filo?

–Paulina era la mayor de los hermanos, tenía diez años más que Filo que era la menor. Dicen que Paulina había sido una niña muy mimada y que Filo siempre estuvo celosa de Paulina. Celosa de que todos la dejaran hacer lo que quería y de la suerte que tuvo al casarse con un hombre tan bueno como lo fue Nicolás. Filo contaba que cuando mi abuelo conoció a Paulina se enamoró perdidamente de ella. Cuando se casaron, él era bastante mayor, ella tenía diecisiete años recién cumplidos y, como sucedía en esa época, no tenía idea de lo que era la vida conyugal. Nicolás respetó sus reticencias y le dio todo el tiempo necesario para que se entregara. Filo decía que incluso para eso Paulina había tenido suerte. Yo no estoy segura de que haya sido suerte, para mí que tenía su sabiduría y que sabía encontrar la manera de actuar para que las cosas le resultaran bien. Después de todo, mi abuela era alguien muy especial, bastante feliz y no se complicaba la vida con nada. La pobre Filo en cambio pasó su vida entera sufriendo. Se casó muy mal. Una vez me contó el espanto que fue para ella su noche de bodas, no tenía ninguna idea de lo que la esperaba, sobre todo en su caso, ella, a la que sus padres no dejaron hacerse monja. Además su marido la había engañado sobre su situación y resultó que en vez de ser un comerciante de zapatos era un zapatero remendón. Esa fue la gota de agua que rebalsó el vaso. En esa época la familia trataba, justamente, de integrarse a la “*high society*” puntarenense y el hecho que el marido de Filo pudiera reparar los zapatos de las amistades era un paso atrás en el reconocimiento social y la idea misma era insoportable para todos. No sé si será cierto o no, pero no hay que olvidar que decían que “Elías venía de una muy buena familia”, hay incluso quienes pretenden que su padre había sido alcalde en Boca de Cátaro y para los descendientes era muy importante ser

reconocidos por fin como “correspondía”. Es cierto que ese matrimonio duró muy poco tiempo, pero la familia nunca le perdonó a Filo la gran humillación que había pasado. Esto debe haber contribuido mucho al resentimiento de Filo hacia todos. Por otro lado, el drama de su hijo retrasado mental debe haber complicado terriblemente la relación entre las hermanas.

—¿Por qué?, me interroga Gaviota.

—Es un episodio muy doloroso, de esos que más vale olvidar. Nueve meses después de casarse Filo dio a luz a Rudy en un parto muy difícil. El niño nació asfixiado y todos le dieron por muerto. Al cabo de un buen momento Paulina, que asistía al parto, empezó a reanimarlo, pero ya era demasiado tarde, el daño cerebral fue irreversible y la maternidad de Filo se transformó en un calvario que duró más de cincuenta años. No podía reprochar a su hermana el haber tratado de salvar a su hijo, al contrario. Me imagino que esto quedó como un tema tabú entre ellas y que, en cierto modo, ese dolor las debe haber unido y separado al mismo tiempo.

—Debes ahondar esa relación, tratar de entender lo que significa para ti. No sé si te has dado cuenta, pero no es la primera vez que me hablas de los partos y de los dramas que los rodean, es probable que eso te ayudará a entender muchas cosas de ti misma.

Es verdad que es un tema que me atrae, quizás sea en relación con mi propio nacimiento ya que mi madre estuvo a punto de morir de una hemorragia. Por suerte que los nacimientos de mis hijos han sido los momentos más intensos y maravillosos de mi vida, todo lo contrario de un drama.

—¿Qué más me puedes contar sobre Paulina?

—Anita dice que Paulina nunca se preocupaba por nada, que era como un pajarito, y que los que la rodeaban tenían que asumir las cosas en su lugar como podían. Y hablando de partos..., parece que el término de su primer embarazo fue muy malo. No sé si fue durante el embarazo o a raíz del parto, la cosa es que tuvo una infección muy grave, que casi se murió y con la enfermedad se le cayó todo el pelo. De manera consciente o no, el resultado fue que de alguna manera le echó la culpa de lo que le pasaba a su pobre hijo Juan, recién nacido, y en lugar de quererlo dicen que le tomó aversión. No quisiera que pensaras que mi abuela era una mala persona, al contrario, simplemente era muy joven, no se pudo ocu-

par de su hijo recién nacido porque estuvo muy enferma y no se debe haber dado cuenta de lo que hacía al no darle su cariño (piensa que en esa época no se hablaba como ahora de la sicología de los recién nacidos). Dos años después nació mi tío Raúl, a él sí que lo quiso de verdad, fue su hijo preferido hasta su terrible accidente. Después nació Anita y luego mis dos tías.

—Háblame de tu tío Raúl y de lo que sepas de las circunstancias de su accidente. Tal vez no lo sepas, pero al igual que los nacimientos con problemas, las muertes accidentales y las circunstancias que los acompañan pueden dejar trazas profundas en los descendientes de una familia y esto durante generaciones.

—Todo el mundo lo quería. Era un alumno brillante y todos estaban orgullosos de él, en cambio a tío Juan le costaba trabajar y tenía pésimos resultados escolares. A pesar de ello, y del hecho que todos preferían a Raúl, parece que Juan nunca estuvo celoso y que quería mucho a su hermano. Raúl y Anita tenían relativamente poca diferencia de edad, se querían mucho y eran particularmente unidos. A los dieciocho años, mientras que Juan trabajaba durante el día en el almacén y seguía cursos nocturnos de dactilografía, Raúl se fue a Santiago a estudiar arquitectura. Antonio me envió copia de una carta que nuestro tío Raúl le envió a su hermano Juan en la que le decía que le estaba yendo muy bien, que pensaba llegar a ser un día el mejor arquitecto del país. Terminó su primer año de universidad con notas brillantes. Fue en esas condiciones que obtuvo la autorización de sus padres para quedarse en la zona central durante sus vacaciones de verano. Tenía muchos amigos y estaba invitado a veranear en la playa de Cartagena. Como sucede en todo accidente, nadie imaginó el drama que iba a ocurrir. Iba nadando con un amigo, cuando éste se empezó a cansar y le propuso que retomaran la orilla. Tío Raúl, presumiendo de sus fuerzas y muy seguro de sí mismo, no quiso escucharle e insistió en continuar solo, no se había dado cuenta de lo peligroso de la corriente en esa playa. Fue el amigo quien dio la alerta, pero ya era demasiado tarde. Como puedes imaginar, la pobre Paulina, cuando lo supo, estuvo a punto de volverse loca de dolor. Pasó un año en un estado de depresión terrible, hacía espiritismo y cuanta cosa le diera la ilusión que podría ponerse en contacto con su hijo.

Anita, que tenía sólo quince años y amaba profundamente a su hermano, tuvo que arreglárselas con su propio dolor, pero además tuvo que tomar las riendas de la casa porque mi abuela era como si no estuviera. Anita siempre ha sido así, con una voluntad de hacer las cosas que va más allá de ella misma. No era la primera vez que Anita se ocupaba de la casa. Cuando ella tenía doce o trece años ya lo había hecho: Paulina se había ido con Raúl, durante largos meses a Santiago, para hacerle seguir un tratamiento contra un eczema.

Paulina debe haber sufrido mucho, ese hijo era todo para ella. La vida siguió su curso y un buen día, anda a saber cómo, logró salir de su estado de depresión, es por lo menos lo que yo creo. En todo caso escondió muy bien ese dolor. Por más que busco en mis propios recuerdos no me parece que una sombra de *esa* nostalgia haya enturbiado su mirada.

–Quizás te lo parece porque no sabes cómo era ella antes.

–Tienes razón, pero tal vez lo pueda imaginar. El otro día estuve mirando unos álbumes que tiene Anita y me llamó mucho la atención la impresión que da Paulina en esas fotos. Son de la época en que tío Raúl era un niño. Tenía la expresión ideal para los años treinta, que le hacía parecer muy interesante, como distante, romántica, como quien tiene un secreto que le hace soñar. Hay unas fotos en las que sale junto a su hijo Raúl, de unos diez años, y en ellas se percibe algo fuerte y sutil, como si compartiera con él sus secretos, como si presintieran el drama que los iba a separar. Nunca se encontró el cuerpo de tío Raúl. Gaviota, me dan escalofríos, no sabes las veces que he soñado que salvo a mi hijo de ahogarse. No te lo había mencionado, yo pensaba que ese sueño mío estaba relacionado con el miedo que tuve de perderlo a los once meses, estuve muy enfermo. Tal vez me equivoque, ¿habrá alguna relación entre esta pesadilla mía y mi abuela?, nunca lo había pensado.

–Me parece muy probable, en los libros de sicología transgeneracional citan muchos casos en que los nietos o bisnietos reviven en sus pesadillas los sucesos trágicos vividos por los antepasados. Son miedos que quedan grabados en el inconsciente de la familia. El hecho que tengas ese sueño no significa que debas inquietarte, es normal, además tu sueño siempre se termina bien. ¿No?

–Sí, en mis sueños siempre logro salvarlo, es como si yo hicie-

ra lo que Paulina no tuvo la posibilidad de hacer. Pensándolo bien es posible que Paulina haya tenido mucha más influencia en mi vida de la que he imaginado hasta hoy. Al igual que Sonia nací en Punta Arenas y pasé mi primera infancia viviendo muy cerca de nuestros abuelos maternos. Los adultos callan ciertas cosas ante los niños más grandes, pero no se dan cuenta de que los niños, aunque sean muy pequeños, lo perciben todo.

—¿Hay algún otro caso de ahogo en tu familia?

—No que yo sepa, al contrario. Si lo que cuentan es cierto, mi bisabuelo Elías fue el único sobreviviente de un naufragio en el estrecho de Magallanes. Que se salvó por milagro de las aguas al lograr aferrarse a una plancha de madera. ¿Tal vez tío Raúl, al presumir de sus fuerzas tenía en su inconsciente la imagen de un Elías capaz de resistir a los elementos?

—¿Y otro caso de drama asociado a algún nacimiento?

—No lo sé. Dicen que Elías se escapó de Boca de Cátaro porque su madrastra lo maltrataba. Si madrastra tenía, es porque su madre había muerto ¿y en qué circunstancias? En esa época la causa más común de muerte de las mujeres jóvenes era al dar a luz. ¿No?

—¡Mira qué interesante!, hemos llegado justamente al punto de partida de tu historia.

En Costa Brava hace menos calor que en Santiago, el tiempo que nos toca es muy agradable. El roquerío de Costa Brava colinda con unas enormes dunas de arena ocre que los niños de todas las edades gustaban escalar hasta las cumbres para luego deslizarse en trineos o corriendo a pie hasta el mar. En el atardecer, justo antes de las puestas de sol, las dunas tomaban un color dorado hermosísimo y todos gozaban contemplando desde sus cimas las bahías de Viña del Mar y Valparaíso, por el sur, y la de Concón, hacia el norte. El Chile nuevo, donde el dinero es rey, ha cubierto las dunas de unas plantitas que sujetan la arena, que ya ni se ve, y ha construido rascacielos de apartamentos de lujo para veraneantes. Mi padre me había enviado algunas fotos de los horrores que estaban construyendo y que han matado en un tiempo récord toda la poesía de ese extraordinario lugar. Por suerte aún no se les ha ocurrido construir en la superficie del mar...

Con Gaviota subimos a las dunas por las nuevas calles pavimentadas y miramos con espanto los complejos turísticos recién inaugurados. El paisaje actual no invita a la reflexión, al contrario, nos dan deseos de dejarlo cuanto antes. El camino que va por el borde del mar sigue siendo el mismo de antes. Nos gusta caminar por él, ir por los roqueríos e incluso arriesgarnos a sentarnos a tomar el sol en una roca donde de vez en cuando rompe una ola.

Gaviota está recién llegada, no como yo, ella se va a quedar y no le será nada fácil hacerlo. Mi amiga está muy triste, y aunque sepa muy poco sobre ella, siento que me necesita de verdad, que quizás sea la única persona que pueda percibir lo que está viviendo en estos momentos. Ambas llevamos desde nuestra infancia una parte de desarraigo y de preguntas sin respuestas. Vivir en Francia ha sido como una manera de materializarlo, ahora está dando un paso en el vacío, un paso que para ella es necesario, pero que le cuesta muchísimo. ¡Cómo me gustaría poder ayudarla! Le va a costar mucho readaptarse a vivir en Chile. Más aún en este Chile tan diferente del que dejamos, tan diferente de lo que ha vivido en Francia. Lo que se ha hecho con las dunas es una pequeña muestra del sentido en el que el país ha cambiado.

El día sábado regresamos a Santiago, debo preparar mis cosas para el viaje a Punta Arenas. Aprovecho esa tarde para mirar otra vez los álbumes de fotos y de recuerdos que tiene Anita. Deseo ver las fotos de la familia Letica. En un álbum de recuerdos Anita me muestra el telegrama que tío Mateo envió a mis abuelos para anunciarles el ahogo de tío Raúl. Anita me dice que Nicolás había salido, que fue Paulina quien leyó el telegrama. Anita me trae una caja con cosas de Filo y de Paulina. En la caja hay un sobre en el que está escrito “para Antonio”, mi primo que veré en Punta Arenas. Saco con mucha emoción del sobre el pasaporte austríaco de la Nona que lleva una visa de Buenos Aires del año 1896. Voy a dárselo yo misma a Antonio, es un documento extraordinario. De Elías no hay nada similar, es normal, llegó como náufrago, sin nada.



*Casa parroquial de la ciudad de Porvenir.
Fotografía tomada en la década de los años cincuenta.*

XII

PUNTA ARENAS

Al iniciar el descenso a Chabunco el avión comienza a sacudirse, pareciera que es el viento que nos está recibiendo. Sí, eso es, estamos llegando, mi corazón da un brinco y me largo a llorar ¡qué emoción!, no son unas lagrimitas, es un verdadero torrente que me es imposible contener y no hay manera de esconderse. Al salir de la cabina está allí para consolarme de mi larga ausencia. Qué deseos de quedarme allí, de eternizar ese instante en las escaleras del avión sintiendo su abrazo. ¡Qué fuerza tiene el viento de mi tierra!

En el camino, entre Chabunco y Punta Arenas, un arco iris con un pie en el Estrecho decora el paisaje. Agradezco a los elementos de mi tierra, todos me dan la bienvenida. Desde el camino se ve los galpones amarillos de los frigoríficos donde trabajaba el abuelo de Darko. Mi primera foto será para ti, Darko. Estás presente en cada paso de este viaje.

He llegado a Punta Arenas. ¡Tierra de los amores de mis bisabuelos, de mis abuelos, de mis padres, de mi hermana mayor y de un dulce recuerdo de mis veinte años! Me gusta respirar tu aire, sentir tu fuerza y energía, ciudad del confín del mundo donde dicen que es más fácil llegar que partir. ¡Cuánto me ha costado llegar esta vez hasta ti, mi bella ciudad natal! El primer día beso el pie del indio de la plaza Muñoz Gamero. Camino por la avenida Colón y contemplo emocionada la noche iluminada con luz de diciembre. Luz que se refleja a través de las negras nubes en la piel de las aguas frías del Estrecho. Nubes negras que corren con fuerza por encima

de la tierra austral dejando asomar un cielo azul oscuro. La tierra está aún de día, se distingue con claridad lo rojo de unos techos y lo blanco y azul de los muros y ventanas de las casas que ellos cobijan. Los rayos de sol de las diez y media de la noche, ¿de dónde viene el sol en estas tierras?, pintan de dorado las minúsculas piedrecillas de la playa y hacen brillar la espuma de las no menos minúsculas olas que las vienen a acariciar. Amo las piedrecillas del Estrecho, con el amor de la niña de cinco años que jugaba en este lugar.

Tía Milka me acompaña en mi primer paseo y me muestra la esquina donde está lo que fuera el almacén y la casa de mis abuelos, sola nunca habría reconocido el lugar.

Meses más tarde, sólo al escribir estas líneas, me viene a la memoria algo que tía Filo me contó una vez. ¿Cómo puedo haber enterrado este tesoro en el olvido? ¿Será verdad? ¿Habrá sido en esa casa? Anita lo debe saber. ¿Cómo es que Anita nunca lo ha mencionado? Le escribo sin tardar un *e-mail* al cual me responde inmediatamente, a pesar de lo poco que le gusta este medio de comunicación:

Lo que yo recuerdo son las cosas que oí durante mi niñez. Gabriela Mistral debe haber llegado a Punta Arenas como profesora del Liceo de Niñas que estaba a menos de media cuadra del almacén de mi padre, en la esquina de O'Higgins con Avenida Colón y el liceo estaba en O'Higgins. Seguro que fue a preguntarle a mi padre dónde podía encontrar un lugar económico donde vivir o tal vez le preguntó si él tendría alguna pieza en las bodegas donde guardaba las mercaderías que pudiera prestárselas o arrendárselas, realmente no lo sé, pero sí sé que vivió en una pequeña piecita que había en nuestra casa; al entrar en ella; a continuación había un pasadizo largo con otra pieza que no se usaba, donde había cachivaches. La pieza que ella ocupó, su puerta daba a esa pequeña mampara entre la puerta de la calle y una segunda puerta para entrar al pasadizo. Me parece que ahí vivió con una amiga, que fue una escultora muy conoci-

da, si mal no recuerdo se llamaba me parece Laura Rozic y quiso hacerle una escultura a Raúl porque era muy bonito, mi mamá lo tenía peinado con una melenita rubia con unos lindos rulos. La escultura creo que no se hizo. Gabriela se hizo amiga de mi madre y siempre le mandaba a pedir cosas, una vez le mandó a pedir una taza de aceite, me recuerdo no sé por qué de ello...

Anita

No era la misma casa, qué pena no haberlo sabido en diciembre. Quién sabe si fue entonces, en aquella casa de mis abuelos, cuando escribió estas líneas de *Desolación*:

*La tierra a la que vine no tiene primavera:
tiene su noche larga que cual madre me esconde.*

*El viento hace a mi casa su ronda de sollozos
y de alarido, y quiebra, como un cristal, mi grito.
Y en la llanura blanca, de horizonte infinito,
miro morir inmensos ocasos dolorosos.*

*¿A quién podrá llamar la que hasta aquí ha venido,
si más lejos sólo fueron los muertos?*

¡Pobre Gabriela! ¡Para ti el viento era sollozo y la tierra de mis dulces recuerdos tierra de noche fría y lugar donde más lejos sólo van los muertos! ¿Cuánto dolor llevabas en tu alma?

En agosto de 1999 descubro que mi hermana mayor tampoco sabía que Gabriela Mistral había alquilado una pieza a mis abuelos. Ana María me dice entonces: “Antes de irnos de Punta Arenas, Nicolás estaba muy enfermo, lo fuimos a ver y recuerdo que dijo: ‘Si Gabriela Mistral murió entonces no veo por qué no me tocaría ahora a mí’. Nunca entendí el sentido de esa frase dicha por Nicolás, pero esa frase quedó grabada muy fuerte en mi memoria, ¡es increíble que haya tenido que esperar cuarenta y dos años para entenderlo!, tampoco entiendo que Anita nunca nos haya dicho nada”. Después de consultar algunos documentos logré saber que

Gabriela Mistral nació en 1889, el mismo año que Nicolás, llegó como directora del Liceo de Niñas de Punta Arenas en 1918 y debe haber pasado poco tiempo en casa de mis abuelos. La frase que Ana María recuerda Nicolás la debe haber pronunciado tres días después de la muerte de Gabriela Mistral que tuvo lugar el 11 de enero de 1957. Ese 14 de enero, Nicolás, enfermo, cumplía sus sesenta y ocho años y fue la última vez que lo vimos. Al día siguiente, día de mis siete años, nuestro avión partía rumbo a Iquique. Nicolás falleció seis meses después, el 19 de agosto de 1957.

Maravillosa tía Milka, la llevo en mis recuerdos junto a mi madre y junto a las otras tías prestadas de mi niñez austral. Tía Milka fue a buscarme al aeropuerto, hace casi treinta años que no la veía ¡qué feliz me siento a su lado! Su voz es casi como la de mi propia madre, está grabada en mí desde antes de nacer. Ya va a tener ochenta, pero no se ve dónde los ha puesto. Sigue siendo hermosa, elegante, tiene una salud fantástica, una alegría de vivir increíble y quizás, debido a su viudez, siempre bien dispuesta a salir, a pasear y a divertirse. Tiene muchos nietos y unas bisnietas preciosas que son su gran orgullo.

Tía Milka es vecina de mi primo Antonio. Viven en el mismo edificio, en el mismo piso. Es domingo, el lunes Claudette y yo estamos invitadas a una reunión en casa de Antonio y, aunque sé que está muy ocupado, no resisto al deseo de ir a saludarlo cuanto antes. Antes de salir de paseo golpeo a su puerta. No recuerdo la última vez que lo vi, tengo la imagen de un adolescente tímido, delgado, de unos quince o diecisiete años, ahora tiene cuarenta. Es una bella sorpresa la que me llevo cuando un sólido hombre, de un metro noventa, me abre la puerta.

—¿Antonio?

Los ojos negros y el pelo oscuro no han cambiado, pero jamás lo habría reconocido. No tiene nada en común con el vago recuerdo que tenía de él, lo más extraordinario es que ahora tiene el porte y la expresión de nuestro abuelo; grande, muy derecho, como con una tabla en la espalda, inclinado como hacia atrás.

—¡Maribel, qué alegría que llegaste!, ven para que te dé un abrazo, mujer.

El abrazo que me da es impresionantemente cálido, yo también estoy muy emocionada.

–¡Qué increíble es estar acá, me parece un sueño!

–¡Un sueño que se realiza, qué gusto!, entra por favor, disculpa mi tenida, estoy con una fuerte gripe y con un trabajo enorme, estaba estudiando. Vesna está en la tienda, como muy pronto es Navidad, no se cierra ni los domingos, Katarina nuestra hijita esta durmiendo.

A la izquierda de la entrada, y a pesar de lo pequeño que es el departamento, hay un magnífico árbol de Navidad que ya está rodeado de regalos. Lo acogedor del ambiente me produce cierta tristeza al pensar que esta Navidad la pasaré con mis padres, pero muy lejos de Patrick y de mis hijos, ¿qué estarán haciendo en estos momentos? La vista de los regalos me hace pensar en la muñequita francesa que tengo para Katarina, ya se la daré cuando la vea despierta. A Antonio le traje una bufanda roja que escogí pensando en sus viajes a la Antártica. Trabaja como constructor civil y su trabajo lo obliga a viajar por toda la región. Además de su trabajo, que es pesado y a jornada completa, estudia un diplomado en administración de empresas, siguiendo cursos los fines de semanas y estudiando en las noches o levantándose al alba. Admiro su fuerza de voluntad.

–No quería molestarte, pero estaba tan impaciente de saludarte y de decirte que llegué bien, que no resistí a la tentación de pasar un minuto.

–¡Pero qué me estás diciendo mujer!, ¡si no molestas!, ¿y dónde está Claudette?

–Llegó ayer, la acabo de llamar a su hotel.

–Las esperamos mañana sin falta. Vendrá mi madre y también Petar con su amiga Marcela. Petar es nieto de Catalina Letica, ¿sabes quién era ella?

–Sí, por supuesto, la hermana de nuestro abuelo, yo la conocí en 1970.

Eso fue cuando fui a Punta Arenas a hacer una práctica de vacaciones. Catalina tenía más de setenta años, la recuerdo alta, delgada, un aspecto algo parecido al de Anita. Muy sonriente, caminaba muy rápido, como dando pequeños saltos, tenía algo muy divertido. Me recibió, con mucha gentileza, a tomar té en una gran pieza que le servía de cocina y de sala de estar, su cocina de leña estaba siempre encendida y le servía de calefacción.

–Petar sabe mucho sobre la historia de la familia, creo que estarás feliz de conocerlo, ha hecho un árbol genealógico que va hasta nuestros tatarabuelos.

–¡Estaré encantada, me parece fantástico! Tía Eugenia me habló de él y también me dijo que sabía mucho de la familia.

Yo también tengo mi sorpresa, tengo que dársela ahora, mañana habrá mucha gente.

–Antes de irme quisiera darte algo.

Saco de mi cartera el pasaporte austríaco de la Nona y, sin decirle lo que es, lo pongo entre sus manos. Gozo observando su reacción: lo mira por todos lados, le cuesta creer lo que está viendo.

–Maribel, ¡no sabes lo que me estás dando!, ¿de dónde lo sacaste?

–Anita me lo dio, estaba en una caja de cosas de tía Filo, en este sobre en el que decía “para Antonio”.

–Imaginé que venía de Filo, ¿sabías que con este documento original todos los descendientes podemos obtener la nacionalidad croata?

Sabía que Antonio le daba mucha importancia a sus raíces croatas, pero nunca imaginé la emoción que el pasaporte le causaría ni que ese documento pudiese tener algún día alguna utilidad.

–No lo sabía, entonces estoy aún más feliz que quede entre tus manos. Tengo entendido que tía Filo quiso que fuera así, ella sabía que sólo tú eras capaz de apreciarlo en su justo valor.

–Tía Filo era alguien excepcional. Estoy seguro de que ella estaría feliz de ver lo que está pasando.

–Te voy a sacar una foto con el pasaporte en tus manos, así este instante quedará grabado para la posteridad.

Después de haberle tomado la foto, me despido y lo dejo trabajar. He quedado impresionada por la calidez de mi primo. Sé que mis padres le tienen mucho cariño y respeto por su actitud abnegada y generosa. Es el último descendiente varón vivo que lleva el apellido Letica y lo lleva maravillosamente bien. No sólo lleva el porte de nuestro abuelo, lleva también toda su bondad. Su pequeña hija, Katarina, es la única Letica de la generación que nos sigue y si Antonio y su esposa no tienen un hijo varón el apellido desaparecerá, pero así va la vida.

El lunes por la mañana dejo el edificio de tía Milka y Antonio y comienzo a caminar hacia el hotel Plaza donde tengo cita con Claudette. ¡Es verdad que el viento es frío! Regreso a casa de tía Milka y me pongo la parka y la bufanda que Anita insistió en prestarme. Yo no quería traer esta ropa tan abrigada “hija mía, ¿has olvidado el frío que hace en Punta Arenas?”. Sí, lo había olvidado. Una parte de ese trayecto lo hacía de niña, entre el colegio y nuestro departamento del edificio de la CORFO, donde vivía; me encanta caminar por esas calles. Llego al hotel, como he convenido, a las nueve de la mañana. Claudette está tomando desayuno con sus padres quienes me invitan a tomar un “Nescafé” con ellos. Es una buena manera de conocerse, son encantadores y simpatizamos inmediatamente, pero no hay tiempo para conversar, lo haremos mañana cuando partiremos al Paine, por el momento tenemos una larga jornada delante de nosotras y debemos aprovechar cada minuto de este día. A las nueve y diez ya estamos en la calle, llenas de energía y listas para ir tras las trazas de Elías y de las películas de tío Mateo.

¡Qué día hemos pasado! Lo más extraordinario es que lo más interesante está aún por venir.

Son las seis de la tarde pasadas y aprovechamos la gentileza de tía Milka para descansar en su casa y reponer nuestras energías antes de ir donde Antonio. Lo necesitamos. Tía Milka goza escuchando lo que hemos hecho:

–Tía Milka, instálate para que te contemos nuestro día.

–Cuenten niñas, ¿cómo les fue?

–¡Nunca te vas a imaginar toda la gente que hemos visto, ni todo lo que hemos corrido! Hemos trabajado de periodistas, historiadoras, escritoras, nunca en mi vida me he divertido tanto...

–Yo tampoco, dice Claudette riendo, ¡estoy rendida!

–¿Pero qué tanto han hecho?

–No sé cuál de las dos está más cansada. Poco después de las nueve dejamos el hotel y fuimos a la Catedral. Claudette quería filmar la iglesia en la que se casaron los bisabuelos. Mira tía, ¡si Claudette anda con un equipo de profesional más pesado que ella, me tiene impresionada! Bueno, el interior de la iglesia ha sido completamente renovado, pero igual lo filmó grabando comenta-

rios y todo, también nos sacamos fotos. De allí, nuestra periodista, la Sra Claudette Mátković, quiso ir a filmar los registros de bautismo de nuestros abuelos. Tía Filo nos dejó copias de todo, pero Claudette quería ver los originales; impresionada por su entusiasmo la seguí sin chistar. De la Iglesia, fuimos entonces a la Vicaría, donde después de esperar un momento, el Vicario tuvo la gran amabilidad de recibarnos. Nos contó que hace unos años decidieron reunir todos los libros de bautismo, de todas las parroquias de la región, para hacer microfilms y archivos dignos de ese nombre. Cuando todo estuvo por fin reunido hubo un gran incendio y todos los documentos anteriores a 1920 se quemaron en un par de horas. ¿Sabías eso? Si no fuera por Filo no tendríamos ni las copias que nos dejó.

—¡Qué pena niñitas!, ¿y después qué hicieron?

—A Maribel se le ocurrió contarle al Vicario nuestra historia y decirle que queríamos saber sobre el barco en el que naufragó nuestro bisabuelo. Él nos aconsejó ir a averiguar a la Gobernación Marítima y nos explicó cómo llegar y sin perder un minuto para allí partimos.

—Allá entramos “la periodista” y yo. Por supuesto que nos miraron de manera extraña. Imagina la cara de los de la gobernación al vernos entrar, deben haber pensado que estábamos locas. Bueno, mal que mal logramos explicar en lo que andábamos y entonces nos enviaron a una oficina al segundo piso; allí hubo que volver a explicarlo todo. Al fin nos dijeron que iban a averiguar, pero que no tenían tiempo ¡que volviéramos dos días más tarde! Claudette, que es una experta en comunicación, se las arregló para explicarles que era imposible, que yo venía desde Francia para averiguar y que no tenía tiempo para andar esperando. Al fin la persona nos dijo que si deseábamos apurar las cosas podíamos ir nosotras mismas a la “Tercera Zona Naval” y pedir ser recibidas por un oficial, al que deberíamos exponer nuestra demanda. Que quizás él nos podría ayudar.

—¿Y fueron?

—¡Volando!, bastaba caminar dos cuadras. Después de ver a diferentes personas, y haber esperado un momento, nos hicieron subir al segundo piso a la oficina del teniente que nos recibió. El lugar es magnífico, vale la pena ser visitado, hay unas escaleras antiguas de madera tallada que son preciosas.

–Pues es allí donde íbamos de solteras con tu madre a los bailes que daban los oficiales ¿Y pudieron obtener alguna información?

–El teniente que nos recibió fue realmente encantador; cabe decir que nadie resiste a los encantos de Claudette, había que estar allí para ver como la miraba. ¿Cierta Claudette?

–¡Exageeeras! De verdad que fue muy simpático, pero eso no significa que fuera por mí. Fíjese señora Milka, que nos contó que todos los archivos de la Gobernación Marítima se quemaron ¡Otra vez el fuego! ¿se da cuenta?, que no encontraríamos ningún dato en Punta Arenas. Después recordó que en Usuahia había copias de todo y que los archivos de Usuahia están intactos. Nos dijo que en unos meses más le tocaría ir para allá y nos prometió hacer lo imposible por averiguar lo que necesitábamos. Me dio todos sus datos, tengo su tarjeta con dirección de correo electrónico y todo.

–¡Qué bien!, ¿y después?

–Teníamos cita en el Ministerio de Educación. Otra de las cosas que queremos averiguar es sobre unas películas de los años veinte hechas por tío Mateo con Bohr, ¿conociste a ese tío de Anita? Esa es otra historia –le hago a tía Milka un rápido resumen de los datos averiguados por Darko sobre esas primeras películas del cine mudo en Chile y del hecho que Claudette hace meses esté tratado de ubicarlas. A Claudette le dieron los datos de una señora que trabaja acá en el Ministerio de Educación, así es que, de la Tercera Zona Naval, partimos al Ministerio a ver a la señora Nadia que nos estaba esperando.

–La señora Nadia nos recibió de manera muy cariñosa, hasta con un café, parecía feliz de nuestra visita, dice Claudette. No había podido dar con las películas, pero nos había conseguido un contacto con un señor Fernando C., que sabe mucho sobre películas antiguas; también había ubicado un libro sobre el cine de los años veinte en Chile, en el que hay una referencia a una de las películas de Mateo. Nos dio una fotocopia de lo que sale en el libro, mire lo que dice:

“Esposas Certificadas”

Dir. José Bohr, Año 1921. Cam: Mateo Mátković. Bohr & Mátković Patagonian Film co. Estreno 22 de febrero, Teatros Royal y Politeame de Punta Arenas.

–Le conté a la señora Nadia que Maribel estaba escribiendo un libro...

–¿Te imaginas tía Milka?, Claudette me presentó como escritora de una novela histórica, ¡si no es para tanto!, ¡además en el Ministerio de Educación!, no sabía si morirme de vergüenza o de risa, ¡qué manera de divertirnos! Menos mal que la señora Nadia es encantadora y que además se acordaba de mis padres. Nos quedamos todo un momento en su oficina. Como el día estaba hermoso, aprovechamos para tomar fotos desde su ventana que tenía linda vista. También nos sacamos fotos con ella.

–De allí partimos rumbo al diario *La Prensa Austral*, donde tienen los archivos de *El Magallanes*. Queríamos ver si en los archivos encontrábamos algo sobre el naufragio de Elías. En el camino pasamos delante del restaurante Nogueira. Yo quise preguntar si se podía reservar una mesa para festejar el viernes el cumpleaños de mi padre.

– ¡Ay tía, si ahora el invernadero de la casa de la Sara Braun es un restaurante! Cuántas veces lo habré mirado desde la calle yendo al colegio. La tentación fue tan grande que entramos y nos instalamos en una mesa a almorzar allí mismo. ¡Quién hubiese dicho que un día me comería una empanada y una cazuela dentro del invernadero! Además de comer bien, el descanso nos cayó perfecto. De ahí, caminando en dirección del diario, pasamos delante del British School, mi antiguo colegio. Lo vimos desde afuera ¡Qué emoción! ¡Y qué lindo está de blanco con los marcos de puertas y ventanas azules, parece nuevo! Es una pena que hayan salido de vacaciones tan temprano y el colegio esté cerrado, me hubiese gustado entrar. En *La Prensa Austral* nos explicaron que para consultar los archivos de *El Magallanes* era necesario tener una orden judicial, pero que podíamos ir a la Biblioteca Municipal, donde había una colección completa a disposición del público.

–A esa hora teníamos cita con el señor C. en su tienda de videos, eso queda cerca del puerto. Nos fuimos caminando tranquilamente y aprovechamos a detenernos en un negocio para turistas y comprar tarjetas postales y algunos regalos para llevar. Maribel se volvió loca comprando unas ovejitas en peluche, se compró un baño entero. Mire que amorosas son.

–¡Qué lindas, nunca había visto algo así!, iré a comprar unas para regalarles a mis bisnietas. ¿Y vieron a Fernando?

–Sí, el señor C. nos recibió muy bien, no tenía mucho tiempo, pero mostró un gran interés en lo de las películas de Mateo y Bohr. Está tratando de hacer archivos del cine antiguo de la región y trata de recuperar todo lo que existe. Nos aconsejó ir a visitar el museo de Porvenir, donde hay una vitrina entera dedicada a Radonić y Bohr. Él no tenía idea que tío Mateo existía y que había hecho películas con Bohr.

–¡Qué raro!

–No, lo que pasa es que los tres amigos terminaron peleándose y nunca más se vieron, por eso todo el mundo del cine olvidó a Mateo.

–Señora Milka, eso no es todo, ahora viene lo mejor, fuimos a la Biblioteca Municipal y allí nos quedamos un par de horas trabajando como grandes investigadoras, fue muy instructivo. Tienen a disposición del público –a nosotras nos parece una locura– todos los números de *El Magallanes* desde su fundación en 1894. Estuvimos mirando, hoja por hoja, los primeros números. Hay gente que ha recortado pedazos, las páginas están ajadas ¡una pena! Esos documentos son irremplazables, claro, hay otro juego en el diario, igual y todo deberían estar mucho más protegidos. En todo caso nosotras gozamos al poder estudiarlos con libertad. En el diario no encontramos nada referente a nuestro naufragio, que debe haber ocurrido antes de su fundación, en cambio aprendimos mucho de cómo era la vida en Punta Arenas a fines del siglo pasado. Como no encontrábamos lo que buscábamos, le dijimos al señor que trabaja en la biblioteca que queríamos información sobre los naufragios ocurridos en el Estrecho entre 1885 y 1894 (gracias a Antonio sabíamos que el 23 de mayo de 1894 se quemaba la tienda de abarrotes de Elías. Eso significa que el naufragio ocurrió por lo menos seis meses, si no es varios años antes).

–El bibliotecario se puso a buscar cuanto documento existe y encontró un libro donde está escrito que el barco que dicen que rescató a Elías, el *Amadeo*, fue inaugurado el 18 de septiembre de 1892. ¿No te parece fantástico? De una incerteza de nueve años pasaríamos a un lapso de unos meses. Si la historia del rescate por el *Amadeo* es verdadera, y si la fecha del incendio también lo es, entonces Elías debe haber naufragado a fines de 1892 o en la pri-

mera mitad de 1893. Si no fuera así no veo cómo se las puede haber arreglado para tener un negocio en mayo de 1894.

—¡Qué chiquillas! Si no han perdido un minuto, las felicito, y a propósito de minuto, creo que es hora de que partan donde Antonio.

Tía Milka tiene razón, es hora de partir, ya tendré tiempo de pensar tranquilamente en todo lo que hemos hecho este día.



*Vista panorámica de Punta Arenas.
Fotografía tomada desde la terraza del edificio de ENAP en dicha ciudad.
La autora vivió cinco años de su infancia en ese edificio.
(Atlas de la República de Chile,
Instituto Geográfico Militar, segunda edición, 1970).*

XIII

LA CENA

En la cabecera está sentada tía Nevenka, la madre de Antonio. La muerte de su esposo, a principios de este año, la ha afectado mucho y me da mucha pena sentir su profunda tristeza. Sé que le cuesta decidirse a regresar a su casa a Santiago, y no solamente por la soledad que seguramente la espera: pocos meses antes de que mi tío la dejara, fue abuela por la primera vez y para ella es como un milagro disfrutar, a más de setenta años, de una primera y maravillosa nieta. Entiendo que le cueste tanto partir y lo entiendo aún más después de haberla conocido. Tiene quince meses, Katarina es una niña preciosa y llena de vitalidad. Claudette la filmó antes de instalarnos en torno a la mesa y la pequeña estaba fascinada al ver su propia imagen animada en la pantalla de control del video. Nos hizo reír mucho.

Tía Nevenka siempre ha sido muy sentimental y cariñosa, cuando se acercó a saludarme me hizo sentir que estaba feliz de que yo hubiese venido. Ella me dirá más tarde: “tú has hecho en pocos meses más que todos los otros juntos en cuarenta años”. No creo haber hecho gran cosa, ni merecer ningún agradecimiento particular, pero sé que mi presencia es un símbolo que marca el fin de una época. Con mi venida se terminan años de incomunicación entre Antonio y el resto de los primos de esta extraña familia y estoy feliz de que sea así. En todo caso, tengo la impresión de que ella está igual de emocionada que yo por este encuentro.

Vesna, la esposa de Antonio y madre de Katarina, está sentada a la derecha de tía Nevenka. Es muy atractiva. Tiene la piel muy

blanca, pelo rubio claro, corto, liso y unos ojos grandes llenos de vida. Lleva puesta una falda roja que no sé por qué me llamó la atención, de verdad le va muy bien. Mi presencia debe intrigarla. Antes de la llegada de Petar y de su amiga Marcela, cuando estábamos en el salón y jugábamos con Katarina, aprovechó de hacerme una pregunta:

–Maribel, me parece muy bien lo que estás haciendo, pero hay algo que no entiendo. Espero que no te moleste que te lo diga. Quisiera saber por qué te interesa tanto Elías y la familia Mátković y aparentemente nada la familia Letica, en todo caso no has escrito nada sobre ellos, ¿por qué?

Me encanta que sea tan franca y directa. Para mí, en esa pregunta, Vesna me estaba resumiendo todo lo que Antonio y tía Nevenka prefieren no decir y me estaba pidiendo que no continúe por ese camino. ¿Por qué todo por el lado de Paulina?, es como si me dijera: ¿no ves que a nosotros una vez más nos están olvidando?

–Tienes razón en hacer esa pregunta, pero, por el momento, lo único que te puedo decir es que las cosas han salido así.

No sé cómo explicarle que voy por donde el hilo me lleve, que no he ido buscando a los antepasados, que en cierto modo son ellos lo que me han ido saliendo al camino y que por esta razón estoy feliz de encontrarme en esta casa en este momento. (Y si éste no es justamente el momento de pensar en los Letica no sé cuando lo será).

Fuera de lo que sé sobre mi abuelo, sé muy poco de los otros Letica y lo poco que sé es gracias a Antonio. Él me contó en un e-mail que fue un tío quien hizo venir a mi abuelo, yo no tenía ni idea de la existencia de ese tío:

Pienso que un antecedente interesante que podría aportarte sobre la historia de los Letica en Punta Arenas, sería sobre Pablo Letica Lasko, tío de nuestro abuelo Nicolás. Él fue el primer Letica que llegó a Magallanes. Me da la impresión que de él no sabes, ¿o me equivoco?

Retrocedamos a fines del siglo pasado, época en la que Pablo Letica llega a Punta Arenas. El fundó aquí un hotel

llamado “San Francisco”, en el sector de Cabo Negro, a unos 25 Km al Norte de Punta Arenas, con el cual le habría ido bien. Posteriormente, mandó a buscar a Europa a su sobrino Nicolás (nuestro abuelo), y más tarde a Catalina.

Sé por Antonio que cuando Nicolás llegó, en 1904, su tío Pablo lo envió al colegio donde aprendió muy rápido a hablar, leer y escribir en castellano. Antonio continuaba:

En 1914 fallece Pablo en Punta Arenas, quien deja a su sobrino Nicolás una importante suma de dinero, lo que le permite iniciarse con el almacén. Al fallecimiento de Pablo, Nicolás tenía casi 26 años y todavía estaba soltero.

Nuestro abuelo Nicolás se casó en 1914, el mismo año de la muerte de su tío Pablo. Entonces, fue gracias al dinero que heredó de su tío, que pudo ofrecerle una situación a Paulina. Nicolás, que era serio y trabajador, podría haber hecho fortuna con esa herencia si un accidente no le hubiese arruinado la salud. Cuando mi tío Juan era pequeño tuvo la escarlatina. (Anita me contó que, para evitar el contagio, ella y mi tío Raúl que eran muy pequeños, fueron a alojarse donde la Nona y que fue entonces que ella se enamoró del cuadro de la Nona, ese donde aparece un ángel que cuida al niño que no se caiga del puente, que tanto me gusta y que ahora está en Costa Brava.) En esa época, para desinfectar la pieza del enfermo, se ponía a quemar azufre en un recipiente y es lo que hizo mi abuela. Había que cerrar la puerta y esperar que el azufre se consumiera completamente. Después había que tomar muchas precauciones antes de volver a entrar a la pieza para ventilar. Paulina creyó que el recipiente se había volcado y que la casa se iba a quemar y le rogó a mi abuelo que hiciera algo. Nicolás, sin pensarlo dos veces, entró a la pieza para ver lo que pasaba. No sé si habría algún incendio y si el temor de Paulina se justificaba, lo que puedo decir es que Nicolás arruinó para siempre sus pulmones y que sufrió todo el resto de su vida de un asma terrible.

Una corriente de simpatía, o de algo aún más fuerte, surge de manera espontánea entre todos los presentes. A la derecha de Vesna estamos sentadas Claudette y yo, y, al lado izquierdo de tía Ne-

venka, es decir frente a Vesna, a Claudette y a mí, están Marcela, Petar y Antonio. Petar no se parece en nada a los otros Letica que yo conozco. Debe tener los rasgos de la familia de su abuelo materno o quizás de la familia de su padre.

La mesa es magnífica, es una mesa grande, ovalada, que ocupa casi toda la pieza. La cubre un mantel blanco. No está puesta como para una cena, es mejor. A medida que pasa el tiempo disfrutamos de una comida hecha de deliciosos bocadillos fríos y calientes que nos van trayendo sin que nos demos ni cuenta. Para la bebida es lo mismo. Todo está pensado con mucha delicadeza de tal manera de atendernos maravillosamente bien y permitir que nuestra conversación fluya sin problemas. Antonio y Vesna han sido muy amables al recibirnos de tal bella manera a pesar del enorme trabajo que tienen en esta época. Hay algo mágico en esta mesa. Antonio y yo somos primos hermanos. Antonio trae a Petar, primo de segundo grado por parte de nuestro abuelo Nicolás. Yo traigo a Claudette, prima de segundo grado por parte de nuestra abuela Paulina. Formamos como un círculo que se une en el pasado en cuatro bisabuelos. Marcela y Vesna no forman parte del círculo, pero son como testigos exteriores necesarios. Tía Nevenka, quién también está fuera del círculo, representa la memoria, un vínculo vivo y muy fuerte con el pasado. Todos estamos muy emocionados de compartir estos momentos que sabemos excepcionales.

Petar ha traído el árbol genealógico prometido. En el árbol están nuestros bisabuelos Juan Letica y Ana Skrabo, de los que hace poco ni el nombre conocía. Están también los padres de Juan Letica Skrabo, otro Juan Letica casado con una María Lasko, nuestros tatarabuelos y quizás todos sus descendientes. Aparecen todos los hermanos y primos Letica de mi abuelo, el árbol abarca seis generaciones completas y parte de la que sigue ¡impresionante!

—Petar, ¿cómo lograste obtener toda esa información?, le pregunto.

—En realidad es gracias a Antonio. Supongo que sabes que los Letica venían de Zamaslina, cerca de Ston, a unos veinte kilómetros de Dubrovnik. Antonio hizo un viaje y conoció a los parientes. Yo fui dos veces a la ex Yugoslavia, la primera fue el año 1964, con

mi padre, y la segunda, en 1982, con un primo. En ambos viajes hice en bus el trayecto Split-Dubrovnik, pero sin pasar por Zamaslina, es decir, no he estado nunca en el pueblo de los Letica.

—Sí, yo fui a Zamaslina, dice Antonio. Estuve con mamá en octubre de 1990, meses antes de que se desatara la guerra. Mi papá no fue porque estaba muy mal de la vista. Íbamos con dos primos de mi mamá, Hrvoje y Jakisa, hacia Dubrovnik, por la carretera del Adriático. Antes de llegar a Dubrovnik, y sin ninguna planificación previa, les pedimos tomar el camino hacia Ston para averiguar por los Letica. Antes de llegar a Ston apareció un letrero que decía “Zamaslina”. ¡Aquí es!, dije yo. Me acordaba de haber escuchado ese nombre de Paulina y de tía Eugenia. Era una aldea de pocas casas, construidas en piedra, a unos treinta metros del camino. Nos bajamos del auto y allí comenzó la historia. ¡Era justamente la casa donde había nacido Nicolás!

—¡Qué fantástico!, le digo.

—¡Sí, increíble! Rápidamente se corrió la voz hacia las casas de más adentro de que “habían llegado los parientes de América”. Aparecieron unas viejitas de unos ochenta años o más, una de ellas parecida a tía Catalina, vestidas a la usanza campesina de dos siglos atrás, con pañuelo en la cabeza y polleras hasta los tobillos, quienes, cuando se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo, se tomaban la cabeza con las manos. No podían creerlo. Ambas primas hermanas de tu madre y de mi padre. También había otra mujer, esposa de Srecko Letica, otro primo, quien en ese momento andaba en la playa trabajando en su cultivo de ostras.

—Me cuesta imaginar que tengo primos cultivadores de ostras, ¡qué divertido!, continúa por favor, ¿y qué pasó?

Era un día con una temperatura y un sol maravillosos. Después de tomarnos fotos, afuera de las casas, nos hicieron pasar y nos agasajaron con todo lo que tenían. Nos quedamos conversando un largo rato y continuamos viaje a Dubrovnik con el compromiso de volver a pasar por la tarde a nuestro viaje de regreso.

Así lo hicimos. Llegamos a Zamaslina como las 7 de la tarde. Allí apareció Srecko y su hija Rosanda. Srecko tendría en ese entonces unos sesenta años y Rosanda la edad mía. Ambos de mediana estatura, pelo negro y piel morena como yo.

Nos agasajaron hasta más no poder. Corrían el vino, las ostras,

el jamón ahumado, el pan de casa. Nos despedimos con la esperanza de volver a vernos dentro de un año, lo cual no ocurrió ya que después de esa vez no volví a Croacia. Fue un encuentro inolvidable. Bueno, los Letica de Zamaslina no tienen las características socioculturales de Nicolás, cuyo contacto desde joven con el medio social de Punta Arenas lo marcó de manera distinta, son personas sencillas, sin refinamiento, pero muy buenas y nobles de corazón.

Petar y Antonio nos cuentan, que como ellos hablan y escriben el idioma croata, han podido hacer fructificar ese contacto y así Petar ha podido elaborar la maravilla que me está mostrando. Nos cuentan que cuando llegaron los “*chetniks*” serbo-montenegrinos los parientes tuvieron que huir con lo puesto, dejándolo todo, y que permanecieron en Podgora (en Dalmacia, más al Norte) durante un año en un hotel bajo el amparo de la Cruz Roja Internacional. Cuando regresaron a Zamaslina, después de la guerra, encontraron sus casas quemadas y saqueadas y tuvieron que empezar de cero. Entre las cosas perdidas para siempre están unas fotos antiguas de nuestros antepasados, que tía Nevenka y Antonio tuvieron la suerte de poder admirar. Al escucharlos hablar me doy cuenta que ellos se sienten realmente de la familia y profundamente solidarios con los primos lejanos, que la guerra contra los serbios ha llegado hasta el corazón de la Patagonia. Para mí, los primos de Zamaslina era como si no existían; pero pensándolo bien, ahora me doy cuenta que el parentesco que tengo con ellos no es más lejano que el que tengo con Petar o con Claudette, ¡cinco hermanos de mi abuelo Nicolás se quedaron en Zamaslina! La barrera que a mí me parece casi infranqueable (salvo para compartir un plato de ostras) es la ausencia de un idioma común.

–Después de haber visto este árbol, Petar, no podré dormir tranquila hasta tener una copia de él y poder mirarlo, estudiarlo y admirarlo cada vez que se me ocurra.

–Tengo que hacerle unas correcciones, pero te prometo que te lo haré llegar.

Petar nos pide a Claudette y a mí que les hagamos un resumen de lo que nos ha traído hasta estas tierras y de lo que hemos hecho este día. Volvemos a contar con lujos y detalles nuestras andanzas del día.

–Vemos que se han entretenido mucho y que en un día han visitado todo Punta Arenas y conocido a mucha gente, dice Antonio. –¡Qué mujeres! Es muy interesante esto de la fecha de la inauguración del *Amadeo*, me parece un progreso importante. ¿Y cuáles son sus planes para mañana?

–Mañana pensamos ir con Maribel al cementerio. Deseamos recogerlos ante la tumba de nuestros bisabuelos. Yo deseo filmar todo para guardarlo como recuerdo. Maribel me ha dicho además que el cementerio de Punta Arenas es muy hermoso.

–Sí, yo fui en 1970 y vi el nicho donde estaba Nicolás, sé que ahora lo cambiaron de lugar. También deseo recogerme ante su tumba y ante la de mi tío Juan.

–Es bueno que sepas algo de lo que ha pasado, dice Antonio. Como sabes, en enero de 1998 fallece mi papá estando de visita en Punta Arenas. A tu tío Juan lo sepultamos acá, en la tumba de Pablo, de cuya existencia sabíamos por mi papá. Lo interesante fue que el día del entierro por la mañana (el funeral estaba programado para las 3 de la tarde), mientras estaban cavando la sepultura, fui a ver si aparecían restos de Pablo. Y, efectivamente, aparecieron sus huesos, de los cuales tuve en mis manos el cráneo y los fémures. Estos últimos correspondían a una persona de estatura sobre 1,80 m. También descubrí que Pablo tenía una pierna ortopédica, producto de una amputación más abajo de la rodilla (¿gangrena?) ¡Descubrimientos bajo la tierra después de más de 80 años!

–Siguiendo con el relato, dice Antonio, te contaré que aprovechando que tío León, tías Anita y Neva vinieron al funeral de mi papá, obtuve poder familiar para, días después, trasladar los restos de nuestro abuelo Nicolás a la tumba de Pablo, donde también descansa mi papá, ya que Paulina, por razones que desconozco, lo sepultó en un nicho en vez de ponerlo con su tío. Así, los restos de los representantes de las tres generaciones terminaron finalmente reunidos.

–¡Gracias a ti Antonio! Lo encuentro muy emocionante, espero que lograremos encontrar esa sepultura además de las de Elías y la Nona.

–Desgraciadamente yo estoy enfermo y con mucho que hacer, dice Antonio. Me encantaría ir con ustedes, pero lo veo muy difícil.

–Yo puedo ir al cementerio a las once de la mañana, dice Petar, así las podré ayudar.

–¡Qué buena idea! Te lo agradecemos mucho, te esperaremos sin falta a las once, dice Claudette. A más tardar a medio día deberemos dejar el cementerio ya que nuestro bus hacia Puerto Natales parte a las dos de la tarde y no podemos retrasarnos.

–De acuerdo, Claudette, trataré de ser puntual. Maribel, Antonio me ha contado que estás escribiendo un libro, ¿es verdad?

¡Dios mío! En qué lío me he metido, esto se pone serio. Tengo la impresión de que cada persona que lo sabe comienza a tener expectativas sobre lo que estoy escribiendo. De verdad que escribo para mí y que no le he prometido nada a nadie. No sé qué es lo que se imaginará cada uno. Sería incapaz de reconstituir la historia de la familia, o de imaginar lo que no sé, como para ser capaz de escribir una novela histórica.

–Sí, no sé lo que va a resultar, pero poco a poco algo está saliendo.

–¿Y que título le vas a dar?

– ¡No tengo idea!, de verdad que no he buscado mucho y hasta ahora no se me ha ocurrido nada que me convenga.

Petar me hace algunas preguntas y termino contándole desde el principio lo que me ha sucedido este año. Le cuento, desde mi pregunta del cómo llegaron a Chile nuestros bisabuelos, pasando por los encuentros en Internet con Darko y Claudette y mi amistad con Gaviota.

–A propósito de ella, y antes de olvidarme, Gaviota profetizó que encontraría acá, en casa de Antonio, el significado de un sueño que ella tuvo en Grenoble, ese sueño tenía que ver con unas cajas... ¿tienen alguna idea al respecto?

–No me vas a creer, dice Petar, pero en croata, Skrabo, el apellido de la madre de Nicolás, significa justamente “caja” o “cajón”, si prefieres.

No sé si habrá alguna relación entre Skrabo y el sueño de Gaviota, pero de ser una coincidencia extraña, lo es. Les cuento hasta mi conversación con María Cecilia sobre los anillos que tengo de Filo, y que llevo en mis manos, y del significado del nombre Filomena.

-¿Y qué más buscas?, no ves que allí tienes tu título, me dice Petar. “El Hilo del Medio”.

-¡Tienes razón! ¿cómo no lo pensé antes? Ese *es* el título: “El Hilo del Medio”. Me parece increíble haber tenido que venir hasta Punta Arenas para que me lo dijese. ¡Gracias Petar!

-¿Sabías que Filo vivió en este mismo edificio?, me dice Antonio.

El saber que Filo vivió unos pisos más arriba me impresiona mucho.

-¡No tenía idea!, lo encuentro increíble.

-Propongo un brindis por Filomena y por “El Hilo del Medio”, dice Antonio.

Con mucha emoción todos hacemos un brindis por el regalo de Petar, un brindis por Filo.

Este libro no es sólo mío, cada página lleva algo que alguien me ha dado. Estamos todos tan felices que nadie se ha dado cuenta cómo ha pasado la hora. Son las dos de la mañana, es hora de partir.

XIV

EL CEMENTERIO

A día siguiente Claudette llega temprano a buscarme, ha amanecido frío, muy nublado, pero por suerte sin viento ni lluvia. Mientras caminamos rumbo al cementerio vamos comentando nuestra increíble reunión de la víspera, fue muy emocionante, momentos como esos se tienen pocos en una vida. En la avenida Bulnes, casi frente de la entrada del cementerio, está el monumento al ovejero. ¡Cuántos recuerdos me trae! Sin dudarle un instante atravieso la avenida y le pido a Claudette que me tome algunas fotos sentada en las ovejas. Allí nos quedamos un instante conversando y saboreando el momento, luego, al querer atravesar otra vez para entrar al cementerio, y al mirar hacia el pórtico, vemos de lejos una mujer que va saliendo de él. La mujer camina despacio, triste, con la cabeza inclinada, como quien se sabe sola y recuerda a los que ya no están.

—¡Maribel, mira quién es!

—¿Tía Nevenka?,

—¡Síiiii!, ¿vamos a saludarla?

—¡Por supuesto!, ¡vamos!

No esperábamos ver a tía Nevenka y parece que tampoco ella esperaba vernos, seguramente pensaba que nosotras llegaríamos más tarde. Quizás viene todos los días a la tumba de su esposo, no se lo preguntaremos, en todo caso la sentimos entre confusa y feliz de haber sido sorprendida en algo tan suyo. Nos saluda de manera muy cariñosa y nos propone con una gran gentileza volver a entrar al cementerio y servirnos de guía. Claudette y yo aceptamos agra-

decidas, su compañía nos será de gran ayuda, ella sabe mucho sobre la familia y podrá responder como nadie a nuestras preguntas.

Tía Nevenka nos hace caminar unos pasos por la vía central y nos muestra a la izquierda el Mausoleo de la Sociedad Dálmata de Socorros, donde está enterrado Elías. La tumba de Elías, como las otras de este Mausoleo, están en una cripta bajo tierra y una pesada placa metálica nos impide mirar hacia adentro. Una de las razones por las que Petar debe venir es para tratar de ayudarnos a entrar a la cripta. De verdad que mi curiosidad por los antepasados es grande, pero la idea de ir a visitarlos tan de cerca no me divierte tanto como para eso, ya veremos.

Frente al Mausoleo de la Sociedad Dálmata, por el lado derecho de la vía central, está el Mausoleo de la Sociedad Croata de Socorros Mutuos. Esto merece ser explicado. No significa que Elías, y los que están enterrados en el primer mausoleo, no eran croatas, es mucho más complicado que eso. Si algo entiendo de esta historia, todos eran croatas, los que están enterrados a mi izquierda y los que están a mi derecha. Es difícil no enredarse: en un principio había en Punta Arenas una única Sociedad que se llamaba Sociedad Austríaca de Socorros Mutuos, fue fundada en 1896. En 1900, los croatas de Punta Arenas que deseaban tomar cierta distancia del Imperio Austro-Húngaro, fundaron, para oponerse, la Sociedad Croata de Socorros Mutuos y abandonaron la primera; ese no fue el caso ni de Pablo Letica ni de Elías que legitimaban su pertenencia a Austria-Hungría. Cuando, en 1918, cayó el Imperio, la Sociedad Austríaca de Socorros Mutuos tuvo que cambiar de nombre, pero como el nombre “Croata de SM” ya estaba tomado y, para diferenciarse de los otros, cambiaron “Austríaca” por “Dálmata” y es por eso que el mausoleo de mi izquierda lleva ese nombre. Más tarde, con el curso de la historia, la Sociedad Croata de SM pasó a ser la Sociedad Yugoslava de SM y el Mausoleo Croata pasó a llamarse Yugoslavo. Por lo que contaba Filo, Elías decía ser croata y nunca aceptó la formación de Yugoslavia, hasta el punto que no pisaba el Club Yugoslavo de Punta Arenas. La sociedad Dálmata siguió agrupando a los disidentes de Yugoslavia, todo lo cual explica por qué Elías está sepultado en el mausoleo que se encuentra a mi lado izquierdo, él

murió en 1933. Y para terminar con esta historia, durante la reciente guerra serbo-croata, y como es de imaginar, el Mausoleo Yugoslavo volvió a recuperar su nombre original.

Después de mostrarnos esos mausoleos, tía Nevenka toma un camino hacia la derecha y nos lleva a la tumba de Pablo Letica, donde desde hace algunos meses se encuentran también los restos de mi abuelo y de mi tío Juan. Tía Nevenka me dice que aún no han agregado la placa con sus nombres, pero que pronto lo harán. Agradezco que tía Nevenka esté en estos momentos y me recojo con ella un instante. Me digo que aunque no pude estar presente y acompañarla en su dolor el día del entierro de mi tío, el hecho de poder compartir este momento con ella es una manera de hacerme perdonar.

Luego nos conduce al imponente Mausoleo del Sagrado Corazón, donde está enterrada la Nona y del cual era socia fundadora. Tampoco hay una placa con su nombre, los nichos están todos en una cripta.

El cementerio es pequeño y muy hermoso. Hay mausoleos imponentes de grandeza y otros de sobriedad. Los caminos están bordeados de árboles bien podados. Los nombres y apellidos de las tumbas son de todos los orígenes, se aprende mucho visitando los cementerios. Como debemos hacer tiempo esperando a Petar, le pedimos a tía Nevenka que nos muestre donde está el monumento al indio Patagón. Yo había visto en Francia un reportaje sobre Punta Arenas donde contaban cómo ese monumento, relativamente reciente, se ha convertido en un importante lugar de peregrinación popular de toda la Patagonia. Ese indio simboliza los indios de diferentes razas que vivían hace un siglo en esta región y que fueron exterminados por la crueldad o por las enfermedades traídas por los colonos.

—Sí, —nos dice tía Nevenka. Ese monumento lo pusieron al principio en pleno centro del cementerio, acá mismo. Venía tanta gente a traerle flores y hacerle mandas que cuando había un entierro no se podía ni pasar. Terminaron cambiándolo de lugar, donde la multitud no molestara el paso de los cortejos.

Tía Nevenka nos lleva al monumento del indio, en efecto, lo han puesto en un costado del cementerio, lejos de los ricos mausoleos. Está lleno de flores y de obsequios. Imagino que esas flores no

han sido puestas por ninguno de mis parientes ni por ninguno de los descendientes de los colonos europeos. A ellos les debe costar entender que la historia y los hombres existían en estas tierras antes de que los hombres blancos la pisaran. Aunque mis antepasados no estén manchados de esa sangre, igual me siento en deuda hacia este indio.

Acá, como en el Tamarugal, el colono, venido de lejos, ha tomado un lugar que no era de él y ha amado una tierra que antes otros habían amado, ignorando muchas veces el dolor del los que de ella habían sido despojados.

Volvemos caminando hacia el centro, siguiendo el ritmo lento de los pasos de tía Nevenka. Al llegar de nuevo al Mausoleo Dálmata, donde deseamos tomar algunas fotos, nos encontramos con la sorpresa que Antonio está allí ¡vaya, eso no estaba en los planes!

—Sí, me quedé preocupado que Petar quizás se atrase, así es que preferí venir. Ya son las once, temí que ya se hubiesen ido.

—Como ves, acá estamos y en muy buena compañía, dice Claudette. ¡Qué bueno que hayas llegado!, ya hemos recorrido todo con tu madre y ahora queríamos tratar de ver si lográbamos ver la tumba de Elías.

—Habría que bajar, dice Antonio levantando la placa metálica que cierra la cripta.

Impresionable como soy, retrocedo y tomo cierta distancia, Claudette, en cambio, se arrodilla y trata de asomarse. Como no ve nada, se acuesta completamente sobre la cripta y deja, sin ningún temor, asomar la cabeza colgando por la apertura rectangular (y yo me acerco a sujetarla por los pies de miedo que se caiga). ¡Miren! Hay una Ana Mátković y hay un Juan Mátković, pero no veo a ningún Elías, ni ningún nombre que se le parezca.

—Recuerdo que el nicho de Elías estaba hacia la otra pared, dice tía Nevenka, pero me parece que hace muchos años hubo una infiltración y creo que lo tuvieron que cambiar de donde estaba, deben haberlo reducido.

(Eso de *reducir* a los muertos no hacía ni parte de mi vocabulario). Después de vencer mi temor hago como Claudette y trato de mirar hacia el interior. También veo los nichos de los dos Mátković. Hay una escala metálica que baja, pero ni Antonio se anima a entrar sin la ayuda de alguien del cementerio.

—¿Quiénes eran esos Mátković?, preguntamos todos a tía Nevenka.

—No lo sé.

Por esas cosas de la vida, a principios de 1999, Patricia, una bisnieta de un Juan Mátković, y que vive en la Patagonia Argentina, enviará un e-mail a Pedro Mátković, el medio hermano de Darko, para preguntarle si era de la familia. Patricia nos contará que su bisabuelo tuvo cuatro hijos, entre los cuales una Ana que no se casó y que, según Patricia, vivió y murió en Punta Arenas. Supongo que esa es la Ana del Mausoleo Dálmata. En la primera página del álbum de fotos de los Mátković, que tiene Anita, sale una foto de un Giovanni Mátković con su esposa y dos hijos pequeños con una dedicatoria: “Para Ilya, un ricordo di familia”. Suponemos que ese Giovanni del álbum no es otro que el bisabuelo Juan Mátković de Patricia y que se trataba de un hermano de Elías. El abuelo de Patricia se llamaba Juan, como su padre, y ese Juan se casó con una indígena tehuelche, la abuela de Patricia. ¡Bendita sea la mezcla!

—Antonio, me encantaría saber más sobre ellos, que alguien me cuente la historia de los Mátković, quiénes eran, si era verdad o no que el padre de Elías era alcalde en Lastva, si Elías tenía otros hermanos o medios hermanos. ¿Crees que sería posible averiguar algo?

—Lo veo poco probable, ellos eran croatas del pueblo de Lastva, en Boka Kotorska, habría que ir para allá, pero no es el momento. Hoy Boka Kotorska no pertenece a Croacia, sino a Yugoslavia. ¡Una lástima! Hasta 1990, poco antes de la guerra, había población croata minoritaria en Boka Kotorska. No sé qué pasó con ellos durante la guerra y si es que allí quedan descendientes de los Mátković. En aquella época de dominación austríaca, Boka Kotorska era un territorio que pertenecía a la provincia de Dalmacia y estaba poblada en gran parte por croatas. Cuando “inventaron” el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos en 1918 —que a partir de 1929 pasó a denominarse Reino de Yugoslavia— el territorio históricamente croata-dálmata de Boka Kotorska fue puesto bajo administración de Montenegro y, a partir de entonces, ese sector fue paulatinamente colonizado con elementos montenegrinos a la vez que la población croata fue emigrando de allí por diversas causas.

–¡Miren quién llega!, interrumpe Claudette, mostrándonos a Petar.

–¿Y qué hacen tía Nevenka y Antonio acá?, ¿no estabas con gripe, Antonio?

–Como ves, estoy mejor y quise continuar la conversación de ayer, responde Antonio riendo.

–Y yo iba saliendo del cementerio cuando estas niñas me pillaron, dice tía Nevenka.

–¿Quieren ver dónde están mis abuelos?, dice Petar.

–Por supuesto, vamos, supongo que allí estará la tía Catalina.

Después de visitar el mausoleo de la familia de Petar, regresamos cerca de los mausoleos de las Sociedades Dálmata y Croata, y de pie, en pleno centro del cementerio, nos instalamos a conversar. Es la misma sensación de la víspera, pero el simbolismo del lugar y lo reducido de nuestro círculo, la hace mucho más intensa. No hay viento, pero hay una pequeña brisa helada, muy adecuada para el lugar.

–¿Quién hubiera imaginado hace sólo unos meses un encuentro como este?, dice Antonio.

–¡Qué entretenido!, ahora estoy llena de primos por todos lados, si hace poco ni sabía de tu existencia, ni de la de Maribel, dice Claudette.

–Y yo menos aún de la tuya, dice Petar, y acá estamos gozando nuestra reciente amistad, como si nada, en medio de todos nuestros antepasados.

–Sería divertido saber lo que están pensando allá arriba, les digo.

–¿Quieres decir abajo en las criptas?, dice Antonio riendo.

–Lo que sería divertido de verdad es subirnos todos en un crucero en el Adriático e ir juntos de vacaciones a visitar los pueblos donde nacieron Elías, la Nona, Nicolás y Catalina... sugiere Petar.

–¡Guau, esa sí que es una idea!, juntar a todos los que se pueda de las familias de América, subirnos todos a un barco y pasar un mes gozándonos juntos, dice Antonio.

–¡Estoy completamente transportada!, dice Claudette.

-¡Esto sí que valdría la pena!, ¡sería fantástico! Ya nos veo en el barco con Darko y con Ana, les digo.

-Y Pedro, y con nuestros maridos e hijos, me dice Claudette.

-¡Con todos!, dice Antonio.

Aunque no logremos saber nada más sobre nuestros antepasados, y aunque probablemente jamás realicemos ese viaje que tanto nos hace soñar, lo que estamos viviendo en estos instantes va más allá de todo lo que habíamos esperado. Tenemos todos la fuerte sensación de ser parte de una misma tela y, como dirían Gaviota y Darko, varios nudos acaban de ser atados.

XV

CAJAS

El resto de mi estadía en la región tuvo muchos momentos agradables, pero ninguno comparable en intensidad a lo vivido los primeros días. El martes por la tarde, con los padres de Claudette, nos subimos a un bus y partimos rumbo a Puerto Natales, a 242 kilómetros al norte de Punta Arenas. Puerto Natales iba a ser nuestro punto de partida para las expediciones que teníamos previstas los días que seguían.

Yo estaba cansada de tantas emociones y partir de paseo y ver desfilan paisajes era justamente lo que necesitaba. Saliendo de Punta Arenas, y alejándose del Estrecho, se puede percibir lo que es la estepa patagónica, inmensas extensiones de tierras duras, vegetación escasa y de baja altura. De vez en cuando se percibe ñandúes –el avestruz local–, caiquenes –una variedad de ganso–, bandurrias y otros pájaros típicos de la zona. Tampoco faltan algunos rebaños de ovejas. Lo que más me impresionó fue los árboles que de vez en cuando se ven. Son unos árboles inolvidables por sus formas inclinadas, todas retorcidas, sometidas a la tiranía de los vientos magallánicos. Esos árboles, que aparecen en todas los folletos turísticos de la zona, son de una variedad nativa, el *Notofagus Antartica* o Ñire. La cantidad de ramas caídas, destrozadas, esparcidas, atestiguan de la lucha implacable que llevan por la vida y su visión dejó en mí una impresión muy fuerte, una impresión de fuerza y de dolor.

El día miércoles habíamos previsto tomar un *tour* para visitar el “Parque Nacional Torres del Paine”. Amaneció con lluvia, pero

como no podíamos postergar el viaje, no nos quedó otra que subirnos al minibús y partir. Esas expediciones necesitan, además de un chofer, un guía bilingüe que vaya nombrando y explicando cada una de las maravillas del lugar, y tuvimos la suerte de tener uno excelente. El parque, de más de 242 mil hectáreas, se extiende entre la cordillera de los Andes y la estepa y es famoso en el mundo entero por su belleza y por los singulares perfiles graníticos de las Torres que llevan su nombre. Los bosques, y la vida salvaje que ellos encierran, le valieron que en 1978 la Unesco lo declarara Reserva de la Biosfera. Supe hace poco que la palabra “Payne” proviene de la lengua tehuelche y significa azulado. Los tehuelches eran los antiguos indígenas que habitaban esa zona y la llamaban así por los variados matices de azul de sus lagos, de sus impresionantes glaciares y ventisqueros y de sus maravillosos cielos.

En esos días estaba lejos de sospechar, ¿pero cómo podría haberlo hecho? que sólo diez meses más tarde Gaviota llegaría a ese mismo lugar a trabajar justamente como guía turística. Durante mi estadía por esas tierras pensé muchas veces en ella. Pensé mucho en lo que me había predicho sobre la respuesta que encontraría en Antonio para mis problemas con mi hijo. Yo tenía que encontrar la relación entre su extraño sueño con las cajas, él y algo que aprendería de Antonio. No es que yo crea en las profecías, pero hay que reconocer que cuando se trata de Gaviota uno rompe con todos sus esquemas. La coincidencia entre el hecho que *skrabica*, que sería como un diminutivo de *skrabo*, signifique en idioma croata caja o cajón y el hecho que el apellido de nuestra bisabuela fuese Skrabo, nos hizo reír mucho durante la cena, pero fuera de eso nada más. La otra cosa que me hizo pensar en “cajas” fue una asociación macabra con los ataúdes del cementerio e incluso llegué a pensar en una profecía aterradora sobre la muerte, pero menos mal que eso tampoco hizo camino en mi espíritu. Hoy día, quizás tengo una explicación de verdad, explicación que por lo demás no tiene nada de sobrenatural, salvo la extraordinaria intuición de Gaviota. Esa explicación está justamente en relación con la conversación que tuve con Antonio y con su madre, días después, cuando iría a despedirme.

Entre Puerto Natales y el Paine se encuentra Tres Pasos, el lugar donde de niña solía ir de vacaciones con mi familia y con fami-

lias amigas de la mía. Yo sabía, por una amiga francesa que hizo un viaje hará un par de años, que la casa de huéspedes donde alojábamos en Tres Pasos se había quemado cuando ella estaba en la zona, pero, a pesar de todo, yo soñaba con volver a ese pedazo de la tierra. Antonio me había dicho que los “*tours*” no se detienen en Tres Pasos a menos que un pasajero lo pida, el incendio no destruyó un monumento puesto en homenaje a Gabriela Mistral que vivió un tiempo allí, y no faltan las personas que deseen visitarlo. No es eso lo que yo deseaba ver. Fui derecho hacia el patio donde había un columpio y donde aún están los recuerdos de mis hermanas dando las mamaderas a sus ovejas blancas. Claudette había bajado conmigo y me observaba. Después de cortar una flor de lupino y de recoger un par de piedrecillas, regresé con ella al bus, donde los otros pasajeros nos estaban esperando, mi rostro estaba mojado con la lluvia y con una dulce tristeza. A través del vidrio mi mirada se paseaba por los campos, ovejas había muchas, pero no vi ninguna que se pareciera a la negrita que nunca logré acariciar.

El calor de la compañía de Claudette y sus padres hizo que, incluso de las caminatas bajo la lluvia ininterrumpida que nos tocó ese día, conserve un excelente recuerdo. A Claudette le había costado convencerlos que hagan el viaje a la Patagonia, él había tenido una enfermedad muy grave y después de una operación delicada no se atrevía a retomar una vida normal. Hacer ese viaje fue para ellos una manera fantástica de decirnos que todo iba muy bien y, para nosotras, una verdadera lección de optimismo: la alegría de ambos se nos contagió durante todo el tiempo que estuvimos juntos. La lluvia y las nubes nos impidieron admirar los cuernos de las Torres del Paine, pero no nos impidieron acercarnos a los guanacos, ni admirar los flamencos rosados, ni observar la variedad increíble de pájaros de la fauna local. En vez de mirar a lo lejos se observa con más atención la tierra, las plantas, las cosas pequeñas. Aunque no vimos los matices de azul igual quedamos impresionados por lo grandioso del lugar.

A las ocho de la mañana del día siguiente embarcamos en Puerto Natales a bordo del yate motor *Alberto de Agostini* y partimos por el seno de Última Esperanza. Puerto Natales está en una zona

de fiordos donde la Cordillera de los Andes, que va desapareciendo, y el Océano Pacífico, que la va cubriendo, parecieran unirse. El seno de Última Esperanza es un brazo de mar que viene del Pacífico. La vista a esa hora de la mañana era esplendorosa. El cielo, de una mezcla de tonos rosados y azules, y el extraordinario paisaje de los alrededores, se reflejaban con sus delicados matices en la superficie del mar que formaba un gigantesco espejo natural. Los pasajeros iniciamos la expedición mudos de admiración. El capitán nos advirtió que el tiempo podía cambiar de un minuto a otro y que la navegación podría tornarse peligrosa y obligarnos a retornar. Por suerte no tuvimos ningún contratiempo, al contrario, el paseo fue magnífico y el sol nos acompañó de manera intermitente, pero lo suficiente para hacer brillar las cascadas y pintar de azul glaciares y mares. Desde el yate pudimos admirar una colonia de cormoranes, otra de lobos marinos y pasar bajo el imponente aletear de una bandada de cóndores.

El ambiente a bordo del *Agostini* era muy simpático. Fuera de la tripulación éramos unos cuarenta pasajeros, entre los cuales había un grupo de quince turistas franceses (nada menos! Para mí fue irresistible presentarme y decirles que también yo era “francesa”. Digo francesa, entre comillas, porque de la misma manera que cuando vivo en Francia estoy completamente integrada y ser chilena me parece algo remoto, evocar en ese momento mi calidad de francesa me significó un esfuerzo mental considerable. Realmente lo vivo como si fueran dos mundos paralelos que se ignoran. Lo divertido de ese encuentro es que así pude saber que uno de ellos estaba casado con una rusa, descendiente de una familia judía ucraniana, y que ambas terminamos sentadas en la cubierta, dibujando árboles genealógicos y conversando en francés sobre la posibilidad que ella me ayude un día a averiguar en Rusia algo sobre mis antepasados.

El día viernes habíamos previsto tomar la barcaza que va por el día a Porvenir. Deseábamos visitar su Museo, pero también queríamos darnos el gusto de atravesar el Estrecho donde Elías naufragó y, aunque fuese por un par de horas, poner nuestros pies en la mítica isla grande de Tierra del Fuego.

El nombre Tierra del Fuego viene de “tierra de los fuegos” que los

antiguos navegantes utilizaban para referirse a toda esa región de islas, ya que por las noches, a lo lejos, se divisaban extraños fuegos por todos lados. Desafiando el clima y la lógica, todos los primitivos de la zona mantenían fogatas siempre encendidas. En la gran isla, eran los selk'nam, vestidos de sus pieles de guanaco, quienes las alumbraban. En los canales, eran las tribus canoeras de los yaganes o yámanes y de los alacalufes, quienes viviendo casi desnudos, con la piel untada de grasa para soportar el frío, mantenían el fuego encendido a bordo de las canoas.

Los primitivos selk'nam, conocidos también bajo en nombre de onas, poblaban la gran isla desde la antigüedad. Ellos la llamaban Karukinká, no sé lo que significa ese nombre. En 1880, antes de la llegada de los primeros ganaderos, había en la antigua Karukinká unos 2.000 selk'nam, en 1910 no quedaban más que 100 y ¡ay miseria humana, hace tiempo ya que no queda ninguno! Bastaron treinta años de bestialidad al hombre "civilizado" para extinguir un pueblo que había logrado sobrevivir durante miles de años a las condiciones más extremas del planeta. A "libra esterlina" pagaban la oreja de ona, así fueron ganando hectáreas, criando ovejas y haciendo fortuna.

La travesía del Estrecho a bordo de la *Melinka* dura aproximadamente tres horas. Nos tocó un mar tranquilo, todo lo contrario de lo que había imaginado. Desde el puerto de atraque, un bus nos llevó hasta la plaza de Porvenir. La luz austral, y lo distante de todo, le dan un aire de pueblo de cuentos. Me gusta su carácter, tiene unas casas de madera, grandes, hermosas y seguramente todas vacías. Su plaza es bella y bien cuidada, me pregunto si aún hay alguien que se pasee en ella. Todo tiene el olor a un gran pasado. La riqueza de Porvenir comenzó en 1878 cuando se encontró oro en un río cercano. La fiebre del oro de los primeros años fue rápidamente remplazada por la fiebre de los vellocinos que daban las ovejas, y después, por la del oro negro del petróleo. Hoy en día es un pueblo con muy poca actividad. El museo estaba cerrado por trabajos, pero gracias a las recomendaciones que teníamos pudimos entrar. Allí estaba la famosa vitrina del cine mudo de los años veinte con la cámara de José Bohr. Una foto de Bohr, otra de Radonić, y, como esperado, ni la sombra de una referencia a nuestro tío abuelo. Le prometimos a la joven conservadora, que ignoraba hasta la existencia de nuestro tío, enviarle copia de la foto que tiene

Anita en uno de sus álbumes donde salen Mateo y Bohr junto a la cámara. Cerca del restaurante croata, donde sirven unas centollas maravillosas y el mejor pisco sour que he probado en mi vida, está la casa de Radonić y lo que fuera, hace setenta años, el cine de Porvenir. Claudette llamó a la puerta, pero no obtuvo ninguna respuesta, sus persianas estaban cerradas. Nos divertimos posando y tomándonos fotos en la entrada del viejo cine.

En el museo de Porvenir, como en el museo de los Salesianos de Punta Arenas, hay exposiciones muy interesantes sobre los aborígenes de la zona. No tuve suficiente tiempo para mirarlas con la atención que ellas merecían. Entre todas las cosas que vi hay una que no olvidaré nunca. En el museo de los Salesianos hay una foto, tomada en la Exposición Universal de París de 1889, que muestra a un grupo de nueve supuestos antropófagos onas dentro de una jaula. Al lado de esa foto hay un artículo que explica la historia de un misionero salesiano, José María Beauvoir, quien, por una rara coincidencia, se encontraba ese año de vacaciones en París. Al visitar la exposición reconoció con espanto, dentro de la jaula, a los indios fueguinos que habían cautivado su corazón por su dulce mansedumbre y de los cuales había aprendido hasta la lengua. La bestialidad se encontraba fuera, y no dentro de la jaula, en pleno centro de París, y no sólo en los corazones de unos forajidos de los confines perdidos de la tierra.

Durante el viaje de regreso en la *Melinka*, Claudette se las arregló para que seamos aceptadas un momento en la cabina de pilotaje. Mientras estaba allí traté de imaginar que hace poco más de un siglo, hacia la primera angostura –y si la historia es verdadera–, el *Amadeo* rescataba a Elías de las aguas. Hace cien años, igual que ahora, tenía que haber una bitácora en la cabina. El *Amadeo* fue conservado como barco museo y está en San Gregorio, en Tierra del Fuego. Me dije que, quizás, la bitácora del *Amadeo* había sido conservada con él y que en ella estaría escrito que por fines del año 1892 rescataban, medio muerto y aferrado a una tabla, a un austríaco de las aguas. ¿Cómo no lo habíamos pensado antes? Cuando comuniqué mi idea a Claudette y más tarde a Antonio, ambos la encontraron excelente. Claudette y yo ya no teníamos tiempo de seguir investigando, pero sabíamos que podíamos contar con la ayuda de tía Milka y por supuesto con la de Antonio. Tía Milka,

que conoce a medio Punta Arenas, me puso en contacto con la esposa de un bisnieto de Campos Menéndez, historiadora, quien después de averiguar todo lo que pudo, me hizo amablemente saber que no había logrado obtener ninguna información sobre esa bitácora. No sé si algún día logremos averiguar algo concreto sobre ese naufragio, quizás yendo a Viena, o con la compañía de seguros de la Lloyd se pueda lograr algo. Tengo el sentimiento que eso quedará para siempre como una leyenda.

La noche del viernes, víspera del regreso de Claudette y sus padres, fuimos a un restaurante con ellos tres, con nuestros primos y también con tía Milka. Esa cena de despedida, en torno a unos deliciosos chiporritos asados al palo, fue una manera muy placentera de decirles a nuestros parientes y amigos lo agradable que había sido estar por esas tierras. No se habló ni de los antepasados, ni de naufragios, ni de temas serios, simplemente de amistad.

Por la tarde del sábado fui a despedirme de Antonio. Estuve contenta de encontrarlo con tía Nevenka, ella no había querido venir a la cena de la víspera y temía no volver a verla. Como se encontraban solos, tuvimos la oportunidad de conversar un momento tranquilos, sin las emociones de los días precedentes y sin nada que nos perturbe. Me dije, que si no tocaba el tema en ese momento, no lo haría jamás y que después lo lamentaría. Hay cosas que no se pueden decir por carta, se necesita tener al otro frente a sí, ver su reacción a cada palabra, a cada gesto, de tal manera de estar segura que no se hiere, que el tono es el tono justo.

Después de saludarlos y de un momento de conversación, me decidí por fin a abordar lo que me preocupaba.

—Tía Nevenka, Antonio, quería confesarles que siempre me he sentido algo molesta por la actitud del resto de la familia hacia tío Juan y hacia ustedes, quería decirles que siempre me ha dado mucha pena.

—¿Qué quieres decir?, pregunta Antonio.

—Nunca nos reunimos, no recuerdo ninguna vez que hayan venido a casa, simplemente una tarde, o a comer con nosotros. ¿Cómo es posible que hayamos vivido quince años en Santiago y que nunca los hayamos ido a visitar?, ¿cómo es posible que yo no haya ni siquiera sabido dónde vivían? La única vez que recuerdo

que vinieron a casa fue para mi boda. Ahora, que he tomado cierta distancia, y a medida que trato de entender las relaciones de familia, me parece algo cada vez más absurdo y más triste. Sé que más tarde, y me alegro mucho de ello, se veían más, que Anita los recibía, pero yo ya no vivía en Chile. También sé que mis padres te tienen mucho afecto y respeto, Antonio. Así y todo, aunque las relaciones hayan cambiado, imagino que por ahí hay una herida abierta.

Tía Nevenka y Antonio se miran, marcan un largo silencio.

–Imaginas bien, me dice Antonio. De verdad es un tema que en general preferimos no abordar y agradecemos que seas tú quién lo haya hecho.

–Siempre escuché que no lo respetaban porque tío Juan era muy malo para trabajar, que no hubo manera de hacerlo estudiar, que prefería salir de fiestas, divertirse, que fue su culpa si Nicolás no le dejó el almacén.

–¡Si supieras!, dice tía Nevenka. Cuando me enamoré de tu tío Juan, Paulina, tu madre o tus tías, en todo caso alguien de la familia, me preguntó cómo podía desear casarme con él, es verdad que lo miraban en menos. Yo respondí que lo quería y que lo único que Juan necesitaba era que lo quisieran. En la familia nunca lo quisieron con amor de verdad. Tu tío Juan era el hombre más bueno del mundo, fue un excelente marido y un excelente padre. El amor que le di lo devolvió con creces, y a pesar de que nunca tuvo un buen trabajo, y que a veces faltaba el dinero, te aseguro que nunca lamenté haberme casado con él.

Pensé muchas veces en esa conversación. Poco después de mi regreso a Francia, Gaviota y yo, que seguíamos comunicando, entendimos que en su sueño las cajas simbolizaban para ella la dificultad de ser madre, las cajas eran los hijos, era un sueño sobre la maternidad. Las cajas equivocadas simbolizaban el hijo ajeno, o algo en el hijo propio que no correspondía a lo que la madre esperaba de él. Gaviota, sin entender de manera consciente el significado del sueño que acababa de tener, intuyó que ese sueño simbolizaba, no sólo su propia dificultad, sino también la mía, y que en mi caso, su intuición le decía que yo debía averiguar algo con Antonio –habíamos conversado sobre él poco antes de irnos a dormir–, que lo que iba a aprender de él me ayudaría a resolver mis dificultades

con mi hijo. Casi un año después de mi viaje mis dificultades continuaban, y al preguntarme qué camino tomar, me viene a la memoria el sueño de Gaviota. ¿Y si Gaviota tuviera razón? Quizás haya pasado al lado de algo importante sin darme cuenta. Aunque sin entender el porqué, aunque quizás no sea verdad que mi tío Juan haya sufrido de falta de amor de la parte de su madre o de sus hermanas, aunque siempre he amado a mi hijo, y de manera entrañable, siento que, a pesar de todo, en esa frase dicha por tía Nevenka está la respuesta para mi hijo: *“lo único que necesitaba era que lo quisieran”*.

XVI

EDLHA

Por el lado de la familia de mi padre me quedaban aún muchas cosas por averiguar. Quería conversar con mi primo Hugo, el hijo mayor de la segunda de las hermanas de mi padre y la primera de mis tías en haber dejado este bajo mundo. No lo veía desde que me vine a vivir a Francia. Fuera de lo cariñoso que siempre ha sido conmigo y de la simpatía que siempre he sentido hacia él, yo tenía una excelente razón para verlo. Mi padre me había escrito unos meses antes para decirme, que gracias a Hugo, había por fin logrado conocer el nombre del lugar de nacimiento de su padre, mi abuelo Enrique. Aplicando la lógica de Gaviota, y sin tener más detalles, interpreté eso como un signo que me indicaba que yo debía imperativamente ver a Hugo. El signo resultó ser aún más increíble que lo que yo había imaginado. En los mismos días de 1998, en los que yo empecé a rogarle a mi padre que me dijera todo lo que él sabía sobre sus orígenes, un hijo de la mujer con la que mi abuelo terminó sus días –yo no tenía idea que había tenido otra mujer– tomó contacto con Hugo para entregarle unos documentos que habían sido de nuestro abuelo y que había encontrado al poner orden en las cosas de su madre. Entre esos papeles se encontraba el último carnet de identidad de Enrique y en ese carnet figuraba el nombre de su lugar de nacimiento. Eso me lo dijo Hugo cuando lo llamé por teléfono y hasta hoy me asombro cada vez que lo pienso. Si creyera en el Más Allá interpretaría esa coincidencia como un regalo para mí de parte de mi abuelo. Quedamos con Hugo en que a mi regreso de Punta Arenas yo lo llamaría.

Deseaba verlo a él, y también a varias personas de la familia, porque tenía que aprovechar los pocos días que me quedaban para completar mis averiguaciones. Fue muy difícil, nadie tenía tiempo, en general en Santiago nadie tiene tiempo.

Alguien me dirá que Santiago es actualmente la capital mundial del estrés y de la depresión. En Europa, se habla mucho en estos días de Pinochet que se encuentra detenido en Londres. Lo que nadie sabe en Europa es que desde hace muchos años ya no son ni la dictadura ni los políticos los que gobiernan el país, lo hacen la economía y el dinero. Los “Chicago Boys” de la época de la dictadura pusieron en marcha una economía liberal, pura y dura, y con ello la economía se movió. Todo se privatizó, la educación, la salud. La economía avanzó para muchos, retrocedió para muchos más, la cosa es que el país cambió. Santiago se llenó de rascacielos, de computadoras, de compañías telefónicas, de fax, de teléfonos celulares, y la gente, orgullosa de tal progreso, también cambió. Ahora la gente no deja de correr. Son muchos los que corren desenfrenadamente tras el éxito a tal punto que algunos, no lográndolo, lo simulan. Otros, con más lucidez, siguen otros caminos, pero a pesar de ello están obligados a seguir el ritmo impuesto. Con tanta prisa, medio Chile ha dejado su alma entre paréntesis; bueno, es sólo un paréntesis, el alma está allí, la cosa es encontrar un poco de tiempo. En los días de fin de año escolar, que preceden la Navidad y el verano, la gente corre más que nunca y yo, con mis deseos de conversar tranquilamente con mis parientes y amigos, tenía la impresión de venir de otro planeta. Así y todo creo que tuve la suerte de ser recibida por las personas que mejor podían ayudarme.

Cuando llamé a Hugo quedamos en que vendría a buscarme al día siguiente, después de su trabajo, y que me tendría una fotocopia del carnet de identidad de nuestro abuelo.

Debe tener algo así como ocho años más que yo. Hugo se parece mucho a su padre, tiene el mismo buen porte, grande, espaldas anchas. Lo que más lo caracteriza, y que contrasta con su aspecto sólido, es un brillo de malicia en su mirada que hace que uno lo quiera fácilmente.

–¡Cuántos años, primita, ven para abrazarte!

–¡Verdad que hace muchas lunas que no nos vemos, qué gusto! Estoy feliz de lograr verte esta vez, las otras veces que vine eras tú el que andabas lejos, Ecuador creo.

–Sí, en Quito, y tú ¿en qué ciudad de Francia vives?

–Vivo en Grenoble desde que me casé. Es una ciudad parecida a Santiago, pero diez veces más pequeña. Está a los pies de los Alpes, al igual que Santiago está rodeada de montañas y tiene un par de ríos que la atraviesan. Como ves, el paisaje no cambia mucho.

–¿Te acostumbras?

–Vivir acá o allá, eso no tiene mucha importancia, aunque creo que a estas alturas me costaría mucho acostumbrarme a vivir en Chile.

–¿Vamos?

–¡Vamos!

Son algo así como las seis y media de la tarde y aún hace bastante calor. Subimos a su auto y, entre taco y taco, explicándome como la circulación en Santiago se ha vuelto cada día más infernal, me conduce a su casa.

–Mi hija Macarena va a pasar un momento a saludarte. Cuando supo que te interesabas en la historia de la familia se entusiasmó mucho, ella también se vuelve loca por saber de los antepasados, y dijo que por ningún motivo quería perder la oportunidad de conocerle.

Al llegar a casa de Hugo su esposa, Rosita, nos espera. Me sucede algo curioso, sé que la conozco, sé que otra vez he simpatizado con ella, sé que yo había estado cuando se casaron –me muestran fotos donde aparezco–, pero no soy capaz de recordar nada de esa época, hay algo que está mal grabado en mi memoria. Es encantadora, pero me siento confusa por mi mala memoria. Hugo se aleja unos momentos para prender el tocadiscos. Después de intercambiar algunas palabras con ellos sobre nuestras vidas actuales y sobre nuestros respectivos hijos, nos ponemos a conversar sobre lo que me ha llevado hasta su casa.

–¿Conociste al abuelo Enrique?, le pregunto a mi primo.

–¡Pero qué pregunta!, por supuesto que sí lo conocí. Mi madre nos llevaba a menudo a verlo, era muy cariñoso. Yo tenía menos de diez años y cada vez que íbamos a visitarlo tenía algo

de regalo para mí. Lo recuerdo muy bien i yo quería mucho al abuelo!

Me sorprende y me alegra mucho escuchar esas palabras, es como darle una segunda oportunidad al personaje más oscuro de mis antepasados cercanos.

–Me creerás o no, Hugo, pero es la primera vez desde que nací que escucho una palabra amable para el abuelo Enrique. Me hace un bien enorme oírte. Hizo sufrir mucho a nuestra abuela y a toda la familia, pero pienso que era como una enfermedad i anda a saber de dónde salía y los traumas que traería auestas! Si no sabemos casi nada de él.

–¿Oyes esta música?, me dice.

–Sí, hace un momento que me llama la atención ¿qué es?

–Cada vez que escuchaba esta música, en la radio o en alguna parte, me conmovía mucho, pero pasaron años antes de que lograra saber qué era. Hace poco tiempo tuve la suerte de escucharla otra vez y lograr anotar el nombre del compositor y de las partituras. Corrí a buscar el disco, que por suerte existía. Son las sinfonías N° 1 y N° 2 de un compositor ruso, Kalinnikov, que causaba furor en Rusia a fines del siglo pasado. Las sinfonías fueron tocadas por primera vez en Kiev en 1897 y 1898. Kalinnikov nació en 1866 y murió en 1901, pocos años antes de que los abuelos se vinieran. No sé por qué, pero no resisto la tentación de imaginar a nuestros antepasados con sus familias asistiendo a estas sinfonías. Se me ocurre que en esos tiempos faltaban las diversiones y que cuando daban un concierto nadie se lo perdía. Enrique tenía unos catorce o quince años y quizás haya ido con su familia a escuchar estas mismas sinfonías. ¿No te parece posible?

–Sí, pero lo que más me divierte es que los antepasados te intriguen tanto como a mí, no me lo esperaba.

Antes de sentarnos a comer, Hugo me trae el carnet del abuelo Enrique y la fotocopia que había hecho para mí.

–¿Qué te parece?

–¡Impresionante como se parece a mi padre y a tío Andrés! Las únicas fotos que yo había visto de Enrique eran de joven.

El carnet es de enero de 1951, un año antes de su muerte. En esta foto debe haber tenido sesenta y siete años. En el carnet está escrito “nacido el 31 de diciembre de 1883, Imelnik, Nacionalidad

Rusa”. Hugo me muestra que hay dos localidades vecinas en Ucrania que pueden corresponder a ese nombre Khmel’nitskiy o Kmel’nik que deben pronunciarse algo así como chmel’nickij. Eso queda al Oeste-Sur-Oeste de Kiev.

El nombre de Kchmelnitskiy viene de Bogdan Kchmelnitskiy. La edad de oro del judaísmo polonés se terminó en 1648 con la revuelta de los cosacos ucranianos dirigidos por Bogdan Kchmelnitskiy. Durante dos años, más aún que los Poloneses católicos, los judíos fueron perseguidos, atacados, masacrados, hubo más de 100.000 víctimas judías.

Uno de los temas que abordamos con Hugo fue justamente el de nuestras respectivas maneras de percibir el hecho de ser hijos de padre o madre de familia judía. Me dice que para él siempre ha sido algo importante, que, cuando vivió en Quito, tuvo muchos amigos judíos y era perfectamente aceptado y reconocido como tal en ese medio.

Macarena se las ha arreglado para liberarse un pequeño momento y poder pasar a saludarme. Me hace pensar en mi hija Anne-Sophie. No es que se le parezca físicamente, pero me da la impresión de ser como ella, menuda, pero llena de vitalidad, capaz de remover montañas.

–Hola, Maribel, tenía muchos deseos de conocerte, me dice dándome un beso.

–El gusto es mío, estoy feliz de conocer a la primera representante de la generación que nos sigue que se interese en estas cosas. Quizás lo que logre averiguar te pueda servir algún día.

–¡Ya lo creo!, itodo lo que averigües me interesa!

–Tengo acá una copia de lo poco que he escrito y de los árboles genealógicos que he hecho, ¿la quieres?

–¡Qué pregunta! ¡Por supuesto!!!

–Tómala, y si algún día sé algo más, te prometo que te haré llegar todos los datos que consiga.

–¡Muchas gracias!, puedes estar segura que no me olvidaré de ti.

–Yo tampoco me olvidaré de ti, es fantástico tener alguien con quien compartir todo esto.

Cuando Macarena nos dejó me pareció durante un momento tener mucha más edad que la realmente tengo y me quedé pensando que quizás algún día, cuando yo ya no esté en este mundo, ella tomará mis notas y agradecerá tener algún documento en el que pueda basar su propia reconstrucción del pasado. La música de Kalinnikov también me conmovió y en cuanto tuve la oportunidad de hacerlo salí a comprar el disco en dos ejemplares, uno para mí y el otro para regalárselo a mi padre. De verdad que la conversación con Hugo me aportó muchísimo más de lo que esperaba.

Fuera de conversar con Hugo, tenía también muchos deseos de ver a Mónica, la hija mayor de tía Eldha y la mayor de todos los nietos Itskovich Katz. Para mí, era muy importante poder conversar con ella. Además de ser la mayor de los primos es mujer e hija de la mayor de los hijos de mi abuela Sofía, también mujer. Ella sí que iba a poder hablarme de las mujeres de la familia, de su madre, de lo que su madre contaba de nuestra abuela y de nuestra bisabuela. No sólo de ello íbamos a poder conversar, había otra cosa muy importante que yo necesitaba entender. En la religión judía son los hombres los que estudian las escrituras, pero son sólo las mujeres quienes tienen la facultad de transmitir la calidad de ser judío, ya que, para ser judío, hay que nacer de madre judía. Es una regla ancestral que yo aprendí dolorosamente a los quince o dieciséis años. A esa edad, cuando soñaba con irme a Israel a un Kibutz (confieso que eran sólo sueños y creo que nunca lo habría hecho), Judith, una compañera de liceo de madre judía, sin sospechar lo que significaba para mí, hizo un comentario sobre esa regla. Yo me había construido todo un mundo imaginario en torno a la idea de partir a un Kibutz, y lo que Judith me decía, era que yo nunca podría ser aceptada en ese mundo. Para mí fue como un segundo *shock*, el primero había sido cuando a los trece años supe que mi padre era de una familia judía. Esta regla me dejó muy desamparada y me obligó a buscar otros sueños.

Mónica podría explicarme mejor que nadie lo que tía Chela no había sabido explicarme, el porqué tía Eldha y todos sus hermanos habían se habían casado con católicos, dejando para siempre de lado la religión de sus antepasados. Es cierto que los hermanos crecieron en un país católico y sin recibir la educación religiosa que

les correspondía debido a la ausencia del padre. Es cierto que vivían en Santiago y que la familia materna no era muy practicante. A pesar de todo, y desde mi punto de vista, ese paso tenía que haber sido difícil y más aún para una mujer. Tía Eldha fue la primera en hacerlo.

Estuve muy agradecida de Mónica cuando la llamé, porque no dudó un instante en buscar una solución para vernos. Me propuso que almorzáramos juntas en su casa durante el tiempo que su trabajo se lo permitiría. Tiene una casa preciosa, con piscina, y con una hermosa pérgola donde nos sirvieron el almuerzo y donde pudimos conversar con bastante tranquilidad.

—¿Y qué cuentas, Maribel? La última vez que viniste no logré verte ¿hace cuántos años ya?

Me gusta su rostro tranquilo y la serenidad que inspira su dulce sonrisa. Siempre le he tenido mucho cariño, pero con el tiempo es más que un simple cariño. Cuando tía Eldha nos dejó, sin darme ni cuenta, traspasé a Mónica la profunda admiración y respeto que antes sentía hacia su madre.

—Creo que la última vez que nos vimos fue en 1994, cuando papá estaba en la clínica. Cuando vine en 1996 me parece que hablamos por teléfono, pero que no logramos vernos.

—Tío León me ha contado que estás tratando de averiguar sobre la historia de la familia. ¡Qué entretenido!

—Mira, más que la historia de los lugares y de los nombres, quisiera entender cómo fueron las vidas de nuestros abuelos y bisabuelos, quisiera entender lo que significó para ellos emigrar a Chile, lo que les costó. Quisiera sobre todo entender la vida de las mujeres, de la abuela, de la bisabuela, lo que sentían. Este viaje lo he hecho con la intención de averiguar todo lo posible. Cuando decidí el viaje yo pensaba ir a ver a tía Quela y hacerle muchas preguntas, pero el destino lo decidió de otra manera.

—Fue muy triste, tía Quela era para nosotros como una segunda madre.

—Lo sé y tú fuiste con ella como una hija y te ocupaste de ella hasta el final. Deseo que sepas que respeto y admiro mucho todo lo que hiciste por ella.

—¿Y has logrado saber cosas?, me pregunta Mónica, tratando de dejar de lado su pena.

Le comento mis conversaciones con tía Chela y le cuento las conclusiones a las que he llegado a propósito de nuestra dulce bisabuela María Kusnetzoff, la que cantaba canciones de su tierra con una voz maravillosa y que terminó con una terrible depresión, internada en un manicomio como si hubiera estado enferma de locura.

–Tienes que tener razón, me dice Mónica sorprendida. Nunca lo había mirado desde ese punto de vista. ¡Y pensar que en la familia era un tema que no se tocaba de puro miedo que alguien heredara su supuesta locura! En esa época no se habían hecho los progresos en sicología de ahora y era muy fácil para los médicos decidir internar a alguien que presentaba problemas. ¡Cómo debe haber sufrido la pobre bisabuela!

–¡Todas ellas lo pasaron muy mal! ¡Y mejor ni pensar en la tatarabuela que se devolvió a Rusia! Creo que la vida de nuestra abuela fue aún peor. Tía Chela me estuvo contando de todas las miserias que le tocaron, que no tenía ni casa, ni nadie quien la ayude con los seis hijos.

–Sí ¡Pobre abuela!, el abuelo perdía todo el dinero haciendo apuestas y ella no tenía cómo arreglárselas con la casa y los hijos. Mi madre, en cuanto egresó de la Escuela de Comercio se puso a trabajar, debe haber sido por 1929, tenía dieciocho años. Después tía Nena siguió su ejemplo; así lograron entre las dos, con mucho esfuerzo, sacar a flote a la familia.

–Todos estamos en deuda con ellas, siempre he escuchado que si no fuera por ellas mi padre nunca habría podido seguir sus estudios.

–Es una pena que mamá no te pueda oír, estaría feliz. Siento que tus preguntas lleguen ocho años tarde, ya que daría lo que no tengo por comentar todo esto con ella. Tus preguntas me hacen revivir muchas de mis inquietudes y anhelos por saber más de mis padres y de la historia de la familia que nos precedió. Muchas veces me retraía de tocar estos temas con mamá por no causarle pena; ahora pienso que habría sido mejor sacarle más información, para así haber compartido más con ella la historia de su familia.

–Tienes razón, pero siempre es así, es sólo cuando los seres que amamos se han ido, que tomamos conciencia que ya no hay manera de hacerles más preguntas. Es una pena de verdad que no

esté con nosotras, no sabes cuánto me hubiera fascinado poder hablar con ella.

–Volviendo a la época en que mamá comenzó a trabajar, de verdad debe haber sido muy duro para ella. Imagina lo que significa a los dieciocho o veinte años hacer todo lo que hizo, además pasó momentos muy malos. Era la contadora y tesorera de la mueblería donde trabajaba y estaba encargada de ir al banco y traer el dinero para pagar el sueldo a los obreros. Nunca se supo lo que sucedió. La cosa es que una vez el dinero desapareció de la cartera donde lo tenía. ¡Imagina la angustia y la vergüenza! A pesar de lo mucho que los dueños de la fábrica la querían, se tiene que haber sentido muy mal. De alguna manera logró reponer ese dinero, no sé cómo. Debe haber sacrificado las pocas economías que tenía y haber pedido algún préstamo.

–¡Pobrecita!, tuvo mucho coraje para hacerle frente a tantas dificultades.

–Menos mal que después le fue bien en la vida, creo que se lo merecía.

–No me cabe duda que se lo merecía. Sabes, Mónica, la otra cosa que deseaba conversar con tía Quela, era sobre el porqué todos los hermanos se casaron con católicos. Mi padre me ha dado sus razones, y las entiendo y respeto, pero eso no explica que tu madre –que era mucho mayor– y los otros hermanos lo hicieran. Según lo que sé, el único que practicaba de verdad era nuestro abuelo Enrique. Tía Chela me dijo que nadie en la familia Katz Kusnetzoff practicaba mucho, pero de allí a hacerse bautizar hay un paso muy grande.

–La historia de la conversión de mamá fue una hermosa historia de amor y que duró muchos años. Mis padres se conocieron en 1934, él era de una familia española muy católica.

–Él venía llegando de España, ¿no?

–No. Él nació en Chile, fueron sus padres los que emigraron de España.

–¿Y conoces las razones de ello?

–Sí. A fines del siglo pasado, en Europa, los viñedos se infectaron con la famosa Filoxera, una peste que arruinó a todas las fami-

lias que vivían de sus viñas y del vino que producían. Entre ellas estaban las familias de mi abuela y de mi abuelo. Llegó en esa época a Cenicero, La Rioja, pueblo de mis abuelos, un señor Echeñique que poseía muchas viñas en Chile, pero le faltaba la experiencia de los viñateros riojanos. Él contrató a parejas jóvenes, que quisieran emigrar a Chile, ofreciéndoles excelentes contratos y muy buenas casas en uno de sus viñedos en San Vicente de Tagua Tagua. Así llegaron mis abuelos en 1908 a Chile, recién casados, junto con otras parejas (casi todas familiares) y se instalaron muy bien en ese fundo hasta que a los pocos años pudieron independizarse y formar sus propios negocios.

—¡Mira qué interesante!, pero volvamos a la historia de tus padres, estoy impaciente de escucharte.

—Se hicieron muy amigos. En esa época mi padre estaba instalando su primera fábrica y tenía apuros de dinero. Mi madre, que trabajaba desde hace años, lo ayudó con sus ahorros en varias oportunidades. Después de casados, mamá se mofaba siempre de que se había casado con ella para no devolverle lo que le debía. Los hijos gozábamos cuando eso salía en las conversaciones.

—¿Y qué cosas sabes de ellos en esa época?

—Te voy a contar una historia extraordinaria. Cuando recién se estaban enamorando, por el año 1936, mi padre tuvo un serio accidente de cacería. Se le disparó una escopeta y casi se voló el tobillo. Estuvo un año y medio en el hospital San Borja donde lo libraron en dos oportunidades de cortarle la pierna, ya que se le gangrenó. En esa época no había antibióticos y como última alternativa aceptó que experimentaran con él. El doctor Vargas Molinare (famoso en esa época) pidió cinco amigos voluntarios para hacer un experimento. Aparecieron siete. Se trataba de inyectar a los amigos con la bacteria que tenía en la pierna para hacer como una vacuna. Al poco tiempo le hicieron transfusiones con la sangre de sus amigos, que tenían ya los anticuerpos, y así fue como logró salvar su pierna. Mamá estuvo a su lado durante este año y medio y sufrió con él todo lo que te puedes imaginar.

—Con esa angustia imagino que el enamoramiento debe haberles aumentado aún más. ¿Cuánto tiempo después se casaron? ¿Lo de la religión no fue un problema? ¡Cuéntame todo lo que sepas, por favor!

–Les tomó tiempo para dar el paso. Seguro que no se decidían debido a que eran de religiones diferentes. Llegó un momento que ya no pudieron soportar más esa situación. Mi padre llevó entonces a mi madre a su casa y mi abuelita paterna les dio su bendición siempre y cuando mamá se bautizara y se casaran por la iglesia. Mi madre tenía mucho respeto por la tradición de los suyos, pero el amor que sentía era tan grande que tomó conciencia que ningún Dios del Cielo podía encontrar algo reprochable, que nada podría oponerse a esa unión y tomó la decisión de asumir las consecuencias de casarse con él. Se convirtió, y lo hizo con todo su corazón, pero sin nunca renegar sus orígenes. Lo hizo con toda la nobleza que siempre fue la suya y nos crió a todos como buenos cristianos. Se casaron el 10 de diciembre de 1939, y para que te rías un poco, te contaré que yo nací justito nueve meses después. Justo para salvar el honor, como decían.

–¡Qué emocionante! ¿Te das cuenta de cuánto amor habrán depositado en ti cuando naciste?

–¡Sin límites!

Después de un momento de quedarnos pensando en esa pareja de enamorados, me decido a continuar con mis preguntas.

–¿Y de niña sabías que la familia de tu madre era de origen judío?

–Mi madre nunca nos ocultó nuestros orígenes, al contrario. Cuando yo era pequeña, en la época del Holocausto, recuerdo que nos tomó un momento aparte con mi hermano Nano, y nos explicó que ella se había hecho católica, pero que no podía callarse y aceptar la posición del Papa. (Pío XII se había limitado a deplorar el genocidio del pueblo hebreo, con una posición ambigua, sin hacer ninguna declaración condenando el horror absoluto y sus responsables. Hubo que esperar hasta estos días del Jubileo del año 2000 –días en los que termino las correcciones de mi libro–, para que el Papa Juan Pablo II tuviera el gesto justo y pidiera, con humildad y grandeza, perdón al pueblo judío por la actitud de la Iglesia durante el pasado). Ella no podía estar de acuerdo con esa actitud impregnada de siglos de antisemitismo y sintió el deber de explicarnos por qué, a pesar de ser católicos, no podíamos aceptar la supuesta infalibilidad del Papa. Yo siempre supe que éramos judíos y nunca me produjo ningún problema.

–Y volviendo al tema del casamiento de tus padres, tía Chela me contó que nuestra abuela no asistió a la boda. Imagino que la abuela Sofía y tía Eldha se querían mucho y que esa ausencia debe haber sido muy dolorosa para ambas.

–El matrimonio se llevó a efecto sin la presencia de los abuelos Itskovich y sin la presencia de mi abuelo paterno, que también estaba separado. La abuela Sofía no podía ir a una Iglesia, pero eso no fue un problema. Siempre aprobó esa unión, el que reaccionó muy mal fue el abuelo.

–¿Por qué? Tía Eldha era como el jefe de familia, ella no le debía nada, al contrario. ¿No?

–Esta historia mi madre nunca me la contó, la supe después de que ella falleciera por una gran amiga suya cuando vino a darme el pésame. Me contó que cuando el abuelo Enrique supo que su hija se iba a casar por la Iglesia se puso furioso, le dio un ataque de rabia. Su enojo fue tan espantoso que decidió darla por muerta.

–¿Qué dices?

–¡Tal cual! Cumpliendo con un antiguo rito judío para esos casos, el abuelo fue al cementerio e hizo un entierro simbólico de su hija. ¿Te das cuenta lo que ese acto significa? ¿Y te das cuenta lo que mi madre debe haber sufrido al saberlo? No sabes cuánto lloré cuando me contaron esta historia ni cómo lamenté que mamá la haya guardado en secreto toda su vida para no hacernos sentir su pena, dice Mónica con la voz quebrada.

A mí también se me llenan los ojos de lágrimas. Trato de imaginar todo lo que mi tía tuvo que soportar y callar. Debe haber sido espantoso ¡Ese fue el verdadero momento del quiebre! ¡Yo me decía que ese cambio no podía haber sucedido sin dolor! Yo lo intuía, pero no sabía bajo qué forma ese dolor se había materializado, ahora algo sé.

–¿Y nunca más vio a su padre?, le pregunto.

–Sí, después la debe haber perdonado, mamá siempre nos llevaba a verlo. Se me olvidaba decirte algo que el otro día me recordó mi hija Michele. En una oportunidad en que el abuelo Enrique estaba enfermo, mi papa le dio sangre. Mamá le contó a Michele la impresión que tuvo cuando los vio en dos camas juntitos mientras le hacían la transfusión (directa en esa época) ¡Las vueltas de la vida!

Esa fue la conversación que tuve con Mónica. Y yo que creía que se habían convertido para tratar de olvidar el origen judío en la época terrible del antisemitismo de los años cuarenta. ¡Fue una historia de amor! Fue tía Eldha, quien después de haber sacado de la ruina a su familia, dio el paso decisivo. Fue ella, quien pagando su amor con su dolor, con una nobleza increíble y la cabeza alta, inició una nueva era para todos los suyos. ¡Ahora sí que lo entiendo! La fortuna le sonrió a esa pareja, el esfuerzo y sacrificio de ambos dio sus frutos y vivieron muchos años de un amor que irradiaba a todos los que se acercaban. Ahora sé que no había nada que ocultar, que nunca hubo nada que ocultar y estoy feliz de haber encontrado por fin una respuesta de verdad a uno de los principales traumas de mi adolescencia.

No conozco en detalle la historia de los hermanos, imagino que para ellos tiene que haber sido mucho más fácil ese cambio después del paso decisivo dado por tía Eldha. Yo creía que todos se habían bautizado al casarse, pero me equivocaba, tío Andrés me dijo que él no lo hizo. Igual sus hijos nacieron como buenos cristianos. Salvo en el caso de tía Eldha, parece que el cambio de religión fue vivido por todos los hermanos como algo bastante natural y entiendo la desazón de mi padre ante mi insistencia en querer ver las cosas de otra manera. Además, todo indica que la historia del entierro quedó para siempre como un secreto y, es muy posible, que nunca haya llegado a los oídos de mi padre, que era mucho menor. Él me dijo que nunca había escuchado tal cosa y no veo por qué poner en duda su palabra.

Antes de terminar con la historia de mi familia paterna quisiera por última vez mirar hacia mi abuelo, tratar de saber mejor quién era él. No hay que olvidar que sí hubo *una* persona que vivió el cambio de religión de mis tíos como un verdadero cataclismo: el abuelo Enrique. En cierto modo toda la tragedia de esta historia se concentra en él. Su personaje es un personaje trágico desde el principio. Su debilidad por el juego le hizo descuidar todos sus deberes hacia su familia y, entre ellos, el de educar a sus hijos en el respeto de la tradición de los suyos. Quizás lo único que quedaba entero en él se rompió cuando tía Eldha se casó. El enojo de Enrique en ese momento muestra un verdadero sufrimiento, un terrible dolor. Para

mí, alguien que sufre así merece por lo menos nuestra compasión, merece que se le trate de entender. Quizás quede un misterio por ahondar, quizás sea más importante de lo que parece.

Unos días antes de regresar a Francia fui invitada con mis padres y mi hermana Sonia a almorzar a casa del hermano de mi padre. La esposa de tío Andrés nos esperaba con una enorme y deliciosa paella cocinada por ella misma en la amplia terraza de su doceavo piso. También nos esperaban algunos primos. Fuera del placer de ver a esta rama tan cariñosa de la familia, y por la cual tengo especial afecto, deseaba pedirle a mi tío que me contara con detalles la historia que dice que el verdadero apellido de la familia debería ser London en vez de Itskovich. Mi padre no cree en esta historia y mi hermana Ana María, que tampoco lo hace, justifica su incredulidad agregando argumentos, para ella evidentes, como por ejemplo que London no le suena para nada ser un apellido ruso y menos aún judío. A mí no me parece tan simple. Algo me dice que no hay que descartar tan fácil la posibilidad que esta historia sea verdadera, y que cuando se va hilando fino como trato de hacerlo, una leyenda así puede esconder sorpresas y permitir incluso recuperar mallas perdidas.

Cuando le pedí a tío Andrés que me contara esa historia no se hizo de rogar y dijo:

“Mi tío David contaba siempre que un antepasado, algo así como su abuelo o bisabuelo, había hecho un cambio de apellido con otro judío ruso. Contaba que eran dos judíos rusos, uno debía partir a la guerra y el otro no. Uno tenía dinero y el otro no y, gracias a un arreglo, y con dinero de por medio, hicieron un intercambio de identidad. No me preguntes cuál de los dos tenía el dinero ni cuál de los dos partió a la guerra, eso es todo lo que sé de esa historia”.

De regreso a Francia le escribí sin tardar a Olga, la simpática rusa del sitio Internet de la dinastía Itskowitsch de Siberia. Quería comentarle lo que tío Andrés me había dicho y preguntarle si esa historia le parecía verosímil o no, después de todo no perdía nada con pedirle su opinión. Mi sorpresa y excitación fueron muy grandes cuando recibí una respuesta que venía acompañada de fotos de unas personas de apellido London, judías rusas, que ella conocía... Todos los argumentos que mi hermanita mayor había encontrado

para impedir que yo creyera en esa historia se fueron al suelo en dos segundos. Olga afirmaba además, que en el siglo XIX, los intercambios de identidad en Rusia mediante dinero eran cosa relativamente común.

No hay nada que me permita afirmar que ese intercambio de identidad haya realmente tenido lugar. Puede que sí, puede que no. Yo estoy tentada de pensar que sí. Estoy tentada de pensar que toda la historia del cambio de apellidos es dolorosamente verdadera y que fue justamente un antepasado nuestro quien perdió el apellido London por falta de dinero. ¿O por una dramática apuesta? Itskovich es un apellido de soldados, eso lo deduzco de lo que sale en el sitio Internet de Olga. El que recuperó el apellido Itskovich estuvo seguramente obligado de tomar las armas y partir como soldado.

Me gusta imaginar a un tatarabuelo, supongamos un joven llamado Wolf London, que por alguna razón, y quizás por haber perdido en el juego, tenía una imperiosa necesidad de dinero. Sin saber qué hacer para salir del paso, y seguramente para evitar la prisión, no le quedó otra que aceptar la única posibilidad que se le ofreció en ese momento: vender su identidad aceptando endosar la identidad de otro judío de apellido Itskovich que debía partir a no sé que guerra. Sólo después tomó conciencia de lo que había perdido y del hecho que, lo que él había perdido, recaería en sus descendientes. Por unos sucios rublos había perdido su historia, había perdido una parte importante de la memoria de sus antepasados. ¿Qué sentimiento habrá tenido más tarde al transmitir a sus descendientes este apellido que no era el suyo? Si esa historia fuese verdad, ella escondería una terrible tragedia.

En los libros de sicología transgeneracional que he leído citan muchos ejemplos de comportamientos irracionales que encuentran su explicación en la repetición inconsciente de algún drama vivido por algún antepasado. Estas repeticiones aparecen como una trágica expresión de lealtad, completamente inconsciente, hacia un antepasado víctima de un drama olvidado. La repetición surge justamente cuando, por alguna razón, los descendientes, en vez de recordar los hechos, tratan de olvidar ese pasado.

Cuando mi abuelo hacía apuestas quizás no era el dinero lo que deseaba recuperar, quizás deseaba recuperar el apellido y la dignidad perdidas por ese antepasado. En ese caso ¿Cómo haber podido dejar de apostar? ¿Cómo ganar si no se está consciente de

lo que se ha perdido? ¿Cómo dejar de apostar si se ignora la causa que empuja a hacerlo?

Suponiendo que Itskovich no fuese el verdadero apellido de nuestros antepasados, lo único que Enrique podía legar aún a sus hijos de su historia era la conciencia de su memoria judía, de su religión. ¿Y qué obtuvo mi abuelo sino repetir el drama de no legar a sus hijos lo más importante de lo que él podía legar? ¿No es quizás una forma posible de lealtad transgeneracional de Enrique hacia su abuelo Wolf London?

El abuelo Enrique fue, no sólo el responsable de las dificultades económicas de la familia, sino, y a pesar de él, del cambio de religión de sus descendientes.

XVII
ANA

*Desamor.
¿Qué me pasa?
¿estoy triste?
ino lo sé, es como si de pronto
nada fuera lo que fue!*

*Al llegar a casa nadie vio.
¡No! Nada, nada dijeron, nada,
todo fue como siempre,
sólo que al mirarme no me vieron,
y de pronto, no sé por qué,
yo no era, y lo que fuera nunca fue,
como si bastase una mirada, para ser,
o no ser ¡Sí!
¡Simplemente así!*

(Humberto Maturana)

Abril 1999

Regresé a Francia con material para meses de reflexión y escritura. Tenía que asimilar todo lo que había vivido durante el viaje

y hacer fructificar todas las cosas extraordinarias que el destino había puesto en mis manos en el año que se terminaba. Creí que el tiempo de la magia y de las sorpresas había pasado, y hubiese sido así de no ser por la relación profunda que surgió poco después con Ana Mátković, la hermana de Darko.

Cuando los intercambios con Darko cesaron tomé conciencia que una etapa importante había terminado. Mantuvo durante meses una comunicación extraordinariamente rica y estimulante para mí. Logró que yo conociera a Gaviota y esperó que comenzara a comunicar con Ana antes de decidir entrar en un extraño silencio. No sé por qué lo hizo así. Lo que sí me queda claro es que adivinó antes que nadie que la relación que tendría primero con Gaviota y después con Ana sería profunda y poco común.

Los intercambios con Claudette también disminuyeron. El último gran regalo de Claudette había sido el de lograr reunirme con Pedro, el medio hermano de Ana y Darko. Eso fue un par de días antes de mi regreso. El encuentro tuvo lugar una mañana temprano, Claudette me pasó a buscar y nos encontramos en un café. Pedro se parece sorprendentemente a su hermano. Tiene un carácter menos hermético y en el cual se adivina una gran dulzura. Le dije quién era yo, y que yo sabía por Darko que habían comenzado a escribirse. Sentí la emoción de Claudette, que nunca se había atrevido a tocar el tema con su primo y que seguía nuestra conversación, con gran atención, cuidándose mucho de no intervenir. Pedro reaccionó muy bien al hecho que le hablara así directa y simplemente. Teníamos poco tiempo y no podía derrochar la oportunidad de hablarle en el nombre de su hermana. Le dije que Ana estaría muy feliz de entrar en comunicación con él y le prometí enviarle los textos que había escrito para ayudarlo así a saber más de ella y de Darko. Antes de irme le mostré las fotos que había tomado de sus hermanos en el mes de agosto. Sentí que no debía forzar, que había una barrera que no dependía de nosotros, que había dicho lo que tenía que decir y entendí por qué a Claudette le había sido imposible abordar el tema. Nos despedimos de un beso, ahora tengo un primo más.

A mi regreso de Chile no tardé en llamar a Ana. Estaba impaciente de hablar con ella de mis encuentros con Gaviota, Claudette y Pedro y ella estaba aún más impaciente de tener noticias de sus dos primas hermanas y de Pedro. La necesidad de pasar un fin de

semana juntas nos parecía evidente y, después de algunos intercambios, logramos planificar que vendría a Grenoble para principios de abril. La magia de nuestra relación comenzó mucho antes de su venida, comenzó cuando abordamos el tema del desamor.

Después de mucho meditar en los extraños y frecuentes problemas de comunicación entre padres, madres e hijos de la familia Mátković me dije que había algo particular. Que había algo que estaba ausente en las maneras de ser de muchos de ellos, quizás de mi propia manera de ser. No veía ni violencia ni maldad, no encontraba nada claramente reprochable, nada fácil de nombrar, al contrario, casi todos los Mátković tienen personalidades fuertes, interesantes, con mucha riqueza interior. Sin embargo los silencios de algunos, el individualismo de la mayoría y otras actitudes extrañas, parecieron un momento llevarme a un mismo lugar, lo expresé por primera vez en una carta que le escribí a Ana y a la cual ella no tardó en responder.

Querida Ana,

He llegado a la conclusión que hay algo que ha faltado en la familia Mátković, algo que es esencial y que ha producido en algunos un estado que yo llamaría de “desamor”. Temo abordar este tema, temo ser mal interpretada. Siento Ana que tú sí me vas a entender y que juntas podremos avanzar un buen trecho.

Todos los acontecimientos que hemos compartido son el resultado de una pregunta que formulé hace un año: ¿Quién era nuestro bisabuelo Elías, cómo llegó a Chile, por qué dejó su tierra? Creo haber tocado algo fuerte. ¿Recuerdas que mi padre respondió: “Elías se fugó a los 13 o 14 años porque su madrastra lo maltrataba”? Hasta hace poco no había prestado atención a ese “detalle”.

Si algo entiendo de su historia, la razón por la cual Ilya Mátković dejó a los suyos es porque llevaba con él una terrible falta de amor. ¿Será que estamos todos sufriendo por la falta de amor de la madrastra de Elías? ¿Será que esa falta de amor quedó allí como una herida que nos ha sido legada como en parte de herencia?

Esto lo vislumbré hace poco, después de mi regreso de Chile al tratar de escribir de mis conversaciones con Gaviota sobre mi abuela, sobre tía Filo, sobre las relaciones madre hijo, sobre las relaciones entre los Mátković. Lo interesante es que al escribirlo voy viendo las cosas cada vez con más claridad. ¿Será que algo en nosotros, que algo en nuestras relaciones entre padres o madres e hijos, entre hermanos, lleva en sí un comportamiento adquirido de esa relación con una madrastra?

Si lo que digo fuese justo entonces pregunto ¿Qué es lo que yo puedo hacer para sanar de esa falta de amor? ¿Qué me sobra para sacármelo o qué me falta para buscarlo para poder sanar de esa falta de amor que llevaría conmigo?

Un abrazo,

Maribel

Querida Maribel:

Me encanta que hayas sacado el tema de la falta de amor, porque es “mi tema”.

A ver si me explico. Después de mucho trabajo conmigo misma, y a mis 41 años, me doy cuenta que mi vida, hasta hace muy poco, estuvo vacía de amor. No venía amor desde afuera, y como uno no sabe cómo es el sabor del chocolate hasta que lo prueba, tampoco es capaz de manejarse con el amor hacia uno mismo y hacia los demás, si uno no lo ha conocido.

Y yo con mi propia falta de amor, que hasta hace poco tiempo me hacía ir pensando en que no era digna de ser feliz, en que no era persona que alguien pudiera querer, que no era persona capaz de dar amor, ni de dar nada bueno. Creía que el desamor de algunas personas de mi familia era hacia mí, y no veía que era hacia sus propias personas.

Si alguien se aprecia a sí mismo, si alguien se quiere de verdad, no sólo es capaz de amar a otros, sino que eso se convierte en algo natural en su vida. Es impensable no amar a tus propios hijos, a tu propio marido, es descabellado no vivir para estar rodeado de amor por fuera, y por dentro.

Me gusta que hayas mencionado esto, porque hace

poco yo misma me pregunté: ¿cómo podría yo, romper la cadena del desamor?, ¿qué podría hacer yo, para salirme de esta rueda de dolor sin fin?

Las grabaciones que uno lleva impresas en el ser son muy poderosas, y a uno le guían la vida. Esas grabaciones provienen de las propias experiencias que uno va teniendo, de la cultura que a uno le ha tocado vivir, pero sobre todo, provienen de los progenitores, y de los progenitores de los mismos, y de ahí para atrás.

Seguro que si un antepasado tuvo algo, lo transmitió a todo el resto. Nadie supo qué sabor tenía lo contrario, porque cuando esto pasó por su lado, ni siquiera lo supieron reconocer, es decir que no lo escogieron. Escoges lo que conoces, lo que se te parece.

Empecé a observar mi manera de ver el mundo, y de ver a los demás, y vi que habían unas pautas de pensamiento que se repetían constantemente, y que las aplicaba a todo lo que me iba ocurriendo. Había una forma mía personal de “arreglar el mundo” a mi manera, para ir tirando, y que al mismo tiempo era un arma de defensa (como si uno tuviera que defenderse de algo, en realidad sólo son barreras para no sentir dolor cuando las cosas no salen como uno quiere, después de haberse entregado).

Pensé que así como esas pautas que yo aplicaba funcionaban, también podrían funcionar otras, y que de esa manera no sólo iba a conseguir romper la cadena, sino que también iba a conseguir que mi vida diera un cambio.

Ya no escojo con los mismos valores que antes, y descubro cosas que jamás las había visto, tanto del exterior, como de mí, por lo tanto, no sólo hay más para escoger, sino que ahora sé lo que no quiero escoger. Ahí es donde somos libres. El abanico de posibilidades es enorme, y la elección sólo depende de nosotros, depende de esas “grabaciones” que tengamos.

El tema tiene mucha miga, y si quieres podemos seguir tratándolo.

Es todo por el momento.

Besos de Ana

Otro día Ana me vuelve a escribir:

...un poco más sobre el AMOR...

Un día comencé a darme cuenta de que algo andaba mal, cuando fui a desayunar con María Ángeles, una madre que conozco del colegio de mi hijo. Yo siempre la observaba, cuando aún no habíamos hablado, porque me llamaba la atención su actitud siempre alegre y positiva, y su porte seguro y erguido. Me agradaba mucho su persona. Hablando con ella, me di cuenta de que su vida era igual que la de todo el mundo, con los mismos problemas, con las mismas preocupaciones, con unos hijos, con un marido, con una familia, con un trabajo, pero la actitud con la que ella miraba el mundo era distinta. Siempre consciente y responsable de todo lo que uno tiene que hacer, y por lo que uno tiene que estar, pero con alegría y optimismo. Al conocerla más, vi que esto era real en ella, que no era una posición defensiva, ni falsa, como para auto convencerse de lo contrario. Observé que siempre que hablaba de su familia, lo hacía con mucha alegría. Tiene 3 hermanas, y 1 hermano, y siempre se están llamando y buscando para todo. Cuando alguno tiene un problema, todos se vuelcan para ayudarlo. Han ido teniendo hijos, y esos niños más que primos, se sienten hermanos, porque siempre están juntos, porque sus padres también lo están. Hace poco nació un bebé, y todos estuvieron afuera de la sala de parto durante horas esperando el alumbramiento, y todos quiere decir TODOS, con niños, con bebés y con abuelos, y cuando nació, todos llorando de alegría. Los domingos van todos a comer a la casa de los padres, porque les encanta estar juntos. La mayoría de la gente que conozco se sentirían muy agobiados si tuvieran que ir cada domingo con los padres, porque no tienen tantas ganas de verlos, lo hacen, pero por cumplir, y lo pasan mal. Más adelante conocí a la madre, y sentí lo mismo que con ella. Una mujer encantadora y generosa, que llevaba encima alegría. María Ángeles me dio la pauta cuando me dijo: “adoro a mis padres, todos nos queremos mucho. Mis padres siempre nos han dicho: nosotros somos vuestros padres, y os lo damos todo, vosotros sois nuestros hijos, y no nos tenéis que dar nada”.

¿Te das cuenta, Maribel de cuánto amor hay ahí? Es amor incondicional. ¿Cómo vamos a querer acercarnos al otro con ilusión y con alegría, cuando el mensaje constante del otro está lleno de condicionantes, de obligaciones y compromisos a los cuales debemos acceder para relacionarnos con él? El otro no confía en sí mismo, tiene miedo de ser abandonado, despreciado, no querido. ¿Y, por qué? ¿De dónde sacó esos miedos, dónde aprendió eso tan complejo de procesar en el interior de uno mismo, como es el miedo? Alguien se lo enseñó, sus padres, sus abuelos, el grupo familiar al que siempre ha pertenecido.

Pero también estoy segura de que esto se puede cambiar. Si uno cambia, evidentemente que ya está provocando cambios en su entorno, en todos y cada uno de los demás. La respuesta que uno da, ya no es la misma, llena de temor, es la respuesta limpia de un ser limpio de falsos miedos, seguro de sí. Veo que el miedo a quedarse sin el amor que viene de afuera, hace que la persona quiera establecer un complicado sistema de chantajes, para conseguir la atención de los otros, pero lo único que consigue con esto es la división, el alejamiento. Aunque tengamos aquí a las personas, de cuerpo presente, ellas están lejos, muy lejos.

Ahí van estas reflexiones, con un beso, Maribel.

Hasta pronto, Ana

Lo que Ana me dice resuena muy fuerte dentro de mí. Son palabras profundas en sabiduría que traen inmediatamente a mi espíritu aquel camino que traté de seguir a mis veinte años. Ana me habla de la conciencia de sí, del trabajar en el conocimiento de sí mismo, en el instante presente, como medio para lograr liberarse de los mecanismos de desamor que nos encadenan. Liberarse, no luchando contra nuestras reacciones erróneas, sino luchando por entender por qué las tenemos y qué es lo que podemos hacer para cambiarlas. La historia de la familia puede ayudarnos a entender de dónde vienen algunas de esas “pautas”, como ella las llama, pero no bastará con conocer la historia de sus orígenes para liberarse de ellas, después quedará mucho por hacer.

Por supuesto que Gaviota mantiene una correspondencia constante con cada una de nosotras y es cómplice de muchos de nuestros intercambios. Gaviota se manifiesta, con el humor que es suyo, contentándose de enviarnos un hermoso poema de Humberto Maturana sobre el desamor. Me divierte, que me envíe algo suyo. Ella no sabe que en los años setenta yo seguí un curso de Maturana, en el que hablaba de la percepción, de la conciencia y en el que explicaba lo que era la *Autopoyesis* (no estoy segura cómo se escribía). Si algo recuerdo de su curso, la *Autopoyesis* describe el hecho que en cierto modo todas las reacciones del ser frente al mundo exterior, frente a las percepciones, son reacciones para tratar, a todo precio, de mantener intacto un supuesto equilibrio interno inicial. La pupila se contrae cuando la luz aumenta de tal manera de no percibir más luz, si la luz es aún más fuerte juntamos los párpados, o incluso protegemos los ojos con nuestras manos o con algún objeto exterior, a fin de mantener la percepción en un mismo nivel. Tal vez las pautas que menciona Ana sean una forma particular de proteger ese ser interno de las agresiones de desamor del mundo exterior.

Nuestra correspondencia con Ana continuaba muy intensa:

Queridísima Ana:

Tienes razón en lo que dices de tu amiga. Cuando veo a otras familias, lo veo sobre todo en otras mujeres, a menudo siento envidia al ver la alegría y el calor espontáneo que emana de ellas. El poder de consuelo, de reconfortar. El poder de pronunciar la palabra justa, sabia, tranquila. En nuestra familia algo ha faltado, algo nos ha faltado. Todos sufrimos por ello, yo lo veo más por el lado de las mujeres, pero quizás tú lo veas por el lado de tu padre y hermanos. Creo que todos sufrimos por ello, pero somos incapaces de remediar. Mi madre ha sido una madre fantástica, pero así y todo, a pesar de toda su abnegación, de su gran voluntad y de todo el amor que nos ha dado, algo le ha faltado, algo nos ha faltado. Hay momentos en que dice palabras hirientes, palabras que dañan, palabras que no piensa de verdad, pero que fluyen de ella, a pesar de ella, palabras que me esfuerzo en olvidar. Lo sé porque a mí me pasa lo mismo, no sé de dónde me salen,

tengo un lado oculto, algo que hace daño ¿Cuántas veces habré herido así a los seres que más amo? Amo a mis hijos, creo que amo a mis hijos y no sé qué les he dado. Anita, como hija, de Paulina sufrió mucho por ello y como madre ha tratado de darnos toda la ternura que Paulina no le dio, ¿pero cómo hacer una fuente inextinguible cuando la fuente no ha sido creada? Paulina, mi querida abuela, por supuesto que quería a todos sus hijos, y a sus nietos, lo mismo hería ella. ¿Por qué? Y tu abuelo José, era un ser fuerte y terrible. Estamos todos llenas de buenas intenciones, ideas generosas, buscamos caminos de ángeles y amistad, y hay días que algunos no podemos dar un paso sin dañar. ¿Qué pasa? ¿Qué nos falta? ¿Será posible que, a pesar de todas las buenas intenciones que tengamos en nosotros, haya, como dices tú, alguna “pauta” que nos impida amar de verdad?

Hay algo que tengo deseos de expresar. Sin darme ni cuenta un tema recurrente de mi relato es el tema de dar a luz. De lo crucial de ese momento para cada ser humano que nace, para cada mujer que da a luz. En este relato he escrito sobre niños que no vivieron, sobre niños que sufrieron al nacer. No sólo he escrito sobre los niños. También he escrito sobre las madres. Mi propia madre casi murió cuando yo nací. Cuando tío Juan nació fue Paulina quien casi dejó este mundo. He hablado del último hijo de mi bisabuela María, de los embarazos de mi pobre tía Quela, del triste parto de Filomena.

¿Cuando un niño nace es porque hay una mujer, una madre que da a luz. Todo lo que sucede en ese momento es esencial para la madre y para el hijo. Me gusta pensar que, al dar la vida, un puente se crea entre la madre y el hijo y que por él se transmite una memoria ancestral y, con ella, el conocimiento del amor y de todo lo más profundo que llevamos. Si fuese así ¿qué pasaría si la madre muere al dar a luz? ¿Sería como si el puente se rompiera y la madre se quedara con toda su carga amorosa sin poder entregársela al hijo recién nacido quien quedaría privado de una energía vital esencial?

Hay una madre que falta en esta historia, Ana. Una madre que quizás todos hayamos olvidado y que, quizás, sea

el eslabón que nos falta. Elías, nuestro bisabuelo, se fue de Boca de Cáttaro porque su madrastra lo maltrataba. ¿Qué pasó con la madre de Elías? De haber tenido una madre verdadera, la tuvo. En esos tiempos la causa más común de muerte de las mujeres eran las complicaciones durante el parto. ¿Habrá muerto al dar a luz? ¿Será la ausencia de conexión a esa fuente de amor lo que aún falta a los Mátković?

¿Será posible que de alguna manera inconsciente este-
mos reproduciendo el drama de Elías? ¿Será posible que en
nuestro inconsciente seamos los descendientes de la madras-
tra? ¿Será posible que nuestro trabajo para sanar del desamor
sea dar por fin el lugar que corresponde en nuestra memoria
a la verdadera madre de Elías?

Creo que tenemos mucho tema para cuando vengas,
estoy impaciente de verte.

Un abrazo

Maribel

Estábamos a mediados de febrero y la vida de todos los días continuaba como antes. Mi trabajo sin muchos cambios, salvo que el principal proyecto en el que trabajaba, y al que había dedicado mucha energía en el año 1998, había quedado en suspenso en espera de una autorización de parte de la Dirección que, un año después, seguiría esperando. Los miércoles seguía almorzando con Christian y sus colegas a quienes mantenía al corriente de todos los progresos de mis descubrimientos y de los importantes avances en la escritura. La verdad es que desde mi regreso a Grenoble no había parado de escribir. Una cosa es vivir hechos fuertes y otra es encontrar palabras adecuadas para expresarlos y para mí, con la dificultad que tengo para escribir, el intervalo entre los hechos y su escritura se iba alargando cada día más. Escribir no es nada: lo terrible es cuando al releer lo escrito uno se da cuenta de lo mal hecho que está. No me hago ninguna ilusión sobre mi escritura, hago lo mejor que puedo y me basta. Lo que sí trato de hacer es lograr que la lectura sea fácil, que la emoción aflore y que el interés se mantenga vivo. Bueno, eso es lo que trato de hacer, pero es muy difícil ser objetivo consigo mismo. La mejor manera que encontré

para saber si algo está relativamente “leíble”, es releer el texto cuando me estoy cayendo de sueño. Si el deseo de dormir aumenta entonces no me queda duda que debo retomar el texto y corregirlo. Si en cambio, logro entretenerme a pesar del sueño, entonces me digo que lo más difícil está hecho. Por supuesto que, aún olvidando la difícil puntuación, después queda aún por corregir miles de cosas, entre las cuales los múltiples términos erróneos que me vienen del francés y que sin darme cuenta se introducen, muy a pesar mío, por todas partes.

En el plano familiar todo seguía un curso normal y tranquilo, fuera de la perturbación cada día más grande que había en casa a causa de Tekila, la conejita enana que Anne-Sophie había traído. Anne-Sophie, desde que nació, ama a los animales. Su principal pasión es la equitación y pasa todo su tiempo libre en actividades relacionadas con caballos, hace años que ella tiene a Titán, su propio caballo. Lo de la coneja es reciente. Yo no deseaba tener animales en casa porque la casa es pequeña y no se presta para ello. Además todos estamos lejos de casa durante el día y no me parece bien tener un animal que se quede encerrado y solo todo el día. Un día, Anne-Sophie llegó a casa con un pequeño conejo en sus brazos:

–“*Maman, j’ai craqué et j’ai acheté cette belle lapine, regarde comme elle est mignonne!*”.

Es decir, mamá no resistí al deseo de comprar esta conejita, mira que linda es. Eso fue por marzo de 1998. A mí me dejó de una pieza el hecho que se hubiese atrevido a desafiar así mi autoridad de dueña de casa. Además no era ni un perro, ni un gato, animales que mal que mal uno logra enseñar iera un conejo! La conejita era muy simpática, pero poco a poco empezó a tomar más lugar en casa y cada día yo iba cediendo más terreno. Es verdad que era irresistible acariciar su piel negra y brillante, y que el animalito, junto con las cosas desagradables, trajo alegría y muchos momentos de diversión. Lo más divertido eran los juegos entre Tekila y Mussi, el hermoso gato de los vecinos, que pasaba bastante tiempo en nuestra casa. Al principio Tekila vivía en una jaula de la cual salía sólo en nuestra presencia, al final la jaula estaba casi de sobra. Poco a poco fue tomando posesión de la cocina, del empapelado reciente de sus muros y de las cortinas. De vez en cuando se escapaba de la cocina –con la complicidad de su dueña o la de Patrick

en persona– y visitaba el resto de la casa. No era raro encontrar signos de su voracidad dentro y fuera de la cocina. Como yo estaba harta de la suciedad y del desorden en la cocina, Anne-Sophie decidió que Tekila viviría en su dormitorio, cosa que me parecía aún más insalubre que en la cocina. Mejor ni pensar en las sábanas llenas de hoyos ni en los excrementos que a veces aparecían donde menos se los esperaba. Creo que fue, gracias a lo ocupada que yo estaba con la escritura y con mis cuatros generaciones de parientes, que toleré que Tekila viviera con nosotros más de un año. No es que haya muerto, la historia de Tekila en casa se terminó a mediados de 1999 cuando Anne-Sophie, después de aprobar su primer ciclo de estudios universitarios, se instaló como previsto, a vivir sola –bueno no sola–, con su coneja, en un departamento en el centro de Grenoble. Desde hacía mucho tiempo que deseaba vivir de manera independiente, ella estaba feliz de lograrlo y yo aliviada de no tener que seguir soportando al pequeño roedor. Creo que Tekila fue una excelente terapia para quitarle el lado triste al momento en que Anne-Sophie dejó de vivir con nosotros.

En el fondo yo llevaba dos vidas, por un lado la vida normal de todos los días y, en otro plano, vivía para la escritura y en torno a mi comunicación intensa con Ana. Los dos cosas iban a juntarse con su venida. A fines de marzo nos pusimos de acuerdo con los detalles de su viaje. El detalle más sabroso fue el de la torta de nueces. Cuando Ana había leído lo que yo había escrito sobre mi infancia en Punta Arenas y sobre la torta de nueces, cuya receta yo decía considerar como un secreto familia, ella me había escrito para recordarme que éramos primas y que, por ende, ella tenía derecho a conocerla. De verdad la receta no es un secreto, pero es casi imposible explicarla y la única manera de aprenderla es viendo como se hace. Pocos días antes de su venida conversamos por teléfono.

–Any, quisiera saber si deseas aprender a hacer la torta de nueces, le pregunté.

–¡Síiiiiiiiiii!, ¡de verdad me hace mucha ilusión hacer la torta!, exclamó Ana.

–Quizás habrá que elegir entre hacer la torta o ir a dormir a nuestro refugio en los Alpes.

-No importa si no vamos a pasear, prefiero hacer la torta contigo, me encanta la idea.

-En ese caso vamos a organizar tu estadía en función de la torta. Debo comprar y preparar de antemano los ingredientes y deberemos reservar la tarde del domingo para confeccionarla.

-¡Qué entretenido!

-En todo caso, si el tiempo está hermoso, siempre podremos subir a dar un paseo el día lunes, a Gaviota le gustó mucho ese lugar y estoy segura que a ti también te va a encantar.

-Como tú quieras, ya veremos como resulta.

Quedamos en eso. El día sábado 3 de abril estaba muy feliz cuando partí a la estación del tren a buscar a Ana. Lo más divertido es que nos pasó lo mismo que la primera vez en el café del lago de Banyoles. Estuvimos como diez minutos buscándonos por todos lados antes de darnos cuenta que estábamos a menos de cinco metros.

-¡Anyyyyyy!, ¡por fin!

-¡Maribel, qué bueno que apareces!, me estaba asustando que no hubieses venido a buscarme.

-Y yo pensando que habías tenido algún problema con el tren.

Nos reímos mucho de sentirnos por un lado tan cercanas y al mismo tiempo con tanta dificultad para vernos.

Ese día sábado transcurrió de manera muy tranquila y agradable. Tomamos el tiempo de descansar, de charlar y también el de ir juntas al supermercado. Ella estaba feliz viendo cómo vivíamos acá y yo feliz de hacer las cosas de rutina con tan alegre compañía. De regreso a casa, Ana me sorprendió mostrándome cómo había encuadrado todos los textos y fotos que yo le había enviado y cómo había confeccionado un verdadero libro ilustrado. Me produjo mucho asombro, y una gran alegría, ver el valor que ella daba a mi trabajo y el cariño con que ella me lo ofrecía. Hasta ese momento yo tenía mis escritos en hojas sueltas y fue la primera vez que tomé el peso, en todos los sentidos de la palabra, de lo que ya había escrito.

-Maribel, quería decirte que “El Libro” tiene todo un sentido de ir a buscar los orígenes de uno mismo, algo así fue lo que me dijo.

A mí me encanta que aprecien lo que hago y recibí, de parte

de Ana, una dosis enorme de frases positivas, como esa, que me llenaron de optimismo y de deseos de continuar con todos mis proyectos.

Aproveché del pretexto de su venida para preparar para la cena una receta de bacalao, que cocinaba mi abuelo Nicolás, y que había hecho una sola vez desde que me casé. Prepararlo era una excelente manera de entrar en materia culinaria y en los recuerdos de familia. El bacalao quedó delicioso y no podía ser de otra manera, todo sabe mejor cuando se hacen las cosas con un sentido y con una alegría como la que compartíamos en ese momento.

Esa noche nos fuimos temprano a dormir. Ana, al igual que Gaviota, trabaja con los sueños. Lo que hace Ana es aún más increíble que lo que hace Gaviota, Ana es profesora de sueños. Yo no sabía que existían profesores de sueños. Ana me explica que desde hace muchos años ella trabaja con los sueños, con los propios y con los ajenos. Que para recordarlos bien lo mejor es escribirlos inmediatamente al despertarse, pero que, a pesar de eso, es muy difícil recordarlos una vez que se prende la luz y que la conciencia emerge completamente del estado de sueño. Ella ha aprendido a dormir con el cuaderno y el lápiz listos y muy al alcance de la mano. En cuanto empieza a despertarse, y sin prender la luz, ella toma el cuaderno con la mano izquierda, con los dedos en el borde derecho de la hoja a la altura de la línea que va escribiendo, así logra guiarse y escribir sus sueños antes de que se desvanezcan. La verdad es que escribe medio dormida. Tiene mucha experiencia en ese arte del rescate de los sueños y para ella es una buena manera de avanzar en su mundo interior y de ayudar a otras personas a seguir por ese camino.

El domingo amaneció muy hermoso. Como teníamos un momento aprovechamos para dar un paseo y visitar el centro de la ciudad. Deseaba mostrarle las vistas más típicas de Grenoble y me fui por el borde del río Isère para mostrarle el teleférico que sube a la Bastilla y que sirvió de modelo al del cerro San Cristóbal en Santiago.

—¡Yo conozco este lugar!, exclama Ana mostrándome una torre y una muralla de piedra de las antiguas fortificaciones de la

ciudad que quedan en lo que ahora es el parque del Museo de Grenoble. Más allá en ese muro hay una puerta de piedra, me dice.

Sin pensarlo dos veces me estaciono e invito Ana a bajar del auto para buscar su puerta de piedra. Ana me había contado que ella solía tener sueños lúcidos en los que visitaba lugares en diferentes épocas y, cuando me dijo que conocía el lugar, me pareció natural que quisiese verlo de cerca.

–Te agradezco mucho que te hayas estacionado, otra persona no lo hubiese hecho, me dice como sorprendida.

Yo no digo nada, la dejo visitar el lugar de sus recuerdos ancestrales. ¡Y allí estaba la puerta de Ana, exactamente en el lugar donde ella lo había previsto! Nunca había puesto los pies en Grenoble y no tenía de dónde conocer ese lugar.

De verdad, desde mis encuentros con Gaviota y María Cecilia, cada día me asombro menos de las cosas increíbles que suceden en torno mío, cosas que van contra todo lo esperado y que, por esa misma razón, en otros tiempos no habría sido capaz de aceptar a pesar de verlas con mis propios ojos y percibir las con mis propios sentidos. He llegado a la conclusión que es absurdo poner en duda mis propias vivencias. Con respecto a las de los otros, mi actitud es muy diferente. Nunca rechazo *a priori* lo que me dicen, a menos de tener excelentes razones para ello, pero hace muchas lunas que aprendí a ser prudente y dejar lo que otros cuentan en el terreno de lo posible, pero nunca en el de las certezas.

–Esa torre de allá tiene que ser más reciente que el resto. En la imagen que yo tengo, este lugar está lleno de gente y esa torre aún no existe, dice Ana.

Yo no sé qué decir, tengo la impresión que es de otro mundo, mucho más sutil que el mío.

El domingo por la tarde, después de almorzar y de una buena siesta, nos instalamos en la cocina a preparar los ingredientes de la masa de la torta de nueces: 500 gramos de nueces limpias y molidas, 500 gramos de mantequilla, 250 de harina y 250 de azúcar. Hasta allí es muy simple. Bueno, hay que arreglárselas para batir la mantequilla con el azúcar, agregar las nueces molidas y la harina. Queda una masa muy pesada. También dejamos listo el relleno de

manjar blanco y de mermelada de damascos. A todo esto ya era la hora de tomar el té y, aprovechando el sol de primavera, lo hicimos en el pequeño jardín de mi casa bajo el cerezo en flor.

Creo que fue allí cuando comenzamos a conversar sobre el tema del amor y del desamor del que tanto habíamos escrito en nuestras cartas.

—La manera como expresas lo que es amar me gusta mucho Ana, se parece mucho a mi manera de percibirlo y tengo la impresión que tú has ido lejos por ese camino. En todo caso no me cabe duda que puedo aprender muchas cosas de ti, creo que es la primera vez en mi vida que me siento así con alguien y estoy profundamente feliz.

—¿Qué sientes?

—Te siento al mismo tiempo muy cerca y muy lejos. Cerca en el sentido que no me impresionas, cómo decirte, que puedo seguir siendo yo misma sin necesidad de fingir que soy mejor de lo que soy. Me siento a años luz del lugar en el que tú te encuentras, pero al mismo tiempo, no sé en qué sentido, muy cerca tuyo y eso hace que piense que yo también puedo enseñarte cosas importantes y ayudarte.

—Yo también me encuentro muy bien contigo, es como si toda mi vida hubiera esperado para conocerte.

De verdad que había algo, que hay algo, que hizo que nos sintiéramos muy cercanas. Siendo muy diferentes, ella muy etérea y yo de materia mucho más densa, teníamos algo común, difícil de describir, y que nos hacía comunicar de manera directa y muy profunda.

Le había contado de las conversaciones que tuvimos con Gaviota en la casa de Costa Brava y mostrado la foto del cuadro del ángel que está allá y que venía de la casa de nuestra bisabuela, la Nona.

—Ana, me quedé pensando que la niña en el puente del cuadro del ángel podría ser yo misma. Siento ese amor que me viene de ti como el ángel que me va a cuidar y que podré por fin atravesar ese puente. Los niños se distraen y necesitamos ángeles que nos cuiden.

—¡Qué fuerte!, en la simbología del amor que yo prefiero el

símbolo del puente es esencial. Incluso he hecho varios dibujos de puentes.

–En el puente estrecho hay que ir por el centro, es un camino de equilibrio en el que hay que cuidar con atención no caerse. La atención es la conciencia que el alma tiene de sí misma, el amor vivo. Es el camino que lleva al cielo interior. Es como un puente estrecho, como el puente del Angel.

–Maribel, hace unos meses hice un dibujo que representa un árbol, o si lo prefieres, un río con sus afluentes. Lo hice en Canarias este fin de año, y creo que es lo más difícil que he dibujado nunca. Toda mi vida me había preparado para llegar a él, y nunca lo hubiese podido realizar, sin haber roto antes la cadena del desamor. Yo lo llamo “El Camino del Medio”. El tronco sería la atención, el amor, el camino de en medio, el aquí-ahora. Las ramas serían todo lo que nos despista del centro, las dudas, los juicios. El puente simboliza la misma cosa, hay que ir por el Camino del Medio. Estos días he estado pensando en que la atención, el estado de aquí-ahora necesario para situar la atención, y el estado de meditación del que tanto se habla por diferentes vertientes, no es más que “acción de estar amando”, es estado de amor, amando en las acciones, o actuando con amor desde el centro de uno mismo. No sé si me he liado con las palabras, pero quiero decir que ser es amar. El amor está aquí mismo, se puede tocar. Amor y desamor son del presente. Todo se genera dentro de uno mismo.

Conversamos así, sobre el amor y el desamor, como nunca habría imaginado conversar con nadie. Lo más maravilloso es que Ana ha hecho lo necesario para que los actos de su vida de todos los días vayan todos en esa misma dirección. Todas sus actividades la llevan a trabajar con ella misma, a avanzar en el aprendizaje de su Camino del Medio. Yo no sé cómo vivir amando en medio de computadoras, redes y muchas obligaciones que me toman casi todo mi tiempo. Hay algo que no he logrado entender o un paso que quizás no sea jamás capaz de dar.

En eso nos fuimos a la cocina a confeccionar la torta, teníamos para dos buenas horas de labor ininterrumpida. Se debe tener por lo menos tres latas redondas completamente lisas para cocinar las galletas que forman las capas de la torta, es mejor si se tiene más de tres. El horno debe estar aproximadamente a 160 grados.

Una vez en la cocina dejamos de lado el tema profundo del amor y nos pusimos a hablar de nuestros deseos de saber algo de la misteriosa madre de Elías, la joven madre que la historia había olvidado.

–Sería fantástico poder conversar un poco con la tatarabuela Paulina y preguntarle lo que pasó, ¿no te parece Ana?

–Sí, sería bueno preguntarle si hay algo que nosotros debemos saber que explique los silencios tan raros de mi padre y hermanos.

–En todo caso, si ella hubiese vivido, Elías no se habría embarcado a los trece o catorce años y toda la historia habría sido diferente. Mira como pongo una capa de masa en esta lata. No muy espeso, ¿ves? Como medio centímetro, y no hay que ir hasta el borde, porque la galleta al cocinarse siempre se agranda. Trata de preparar la que sigue, mientras tanto yo pongo esta capa al horno.

Ana se aplica a untar el molde que le pasé. Le toma bastante tiempo untarlo correctamente, alisar la superficie y los bordes, formar un buen círculo.

–¿Qué tal?

–¡Perfecto, qué buena alumna!

–Empiezo a preparar la tercera, me dice.

–Si quieres, lo haces muy bien.

Si el horno está muy caliente la galleta toma mucho color y se puede quemar, si está muy frío la masa se desparrama y nunca se termina de cocinar. Cuando el horno está a la buena temperatura la galleta toma un hermoso color y está lista en diez o doce minutos, ni más ni menos.

–Mira que hermosa está la primera, la vamos a dejar enfriar mientras se cocina la segunda y preparamos la que sigue.

La torta lleva entre siete y once capas, todo depende del estado de ánimo con el que uno unte los moldes con la masa. Ese día creo que hicimos la torta con doce capas. Cocinar las capas no es todo, es todo un arte el ir armando la torta a medida que las capas superiores se va cocinando. Hay que desmoldar las galletas cuando están tibias. Muy calientes son blandas y se arrugan y muy frías uno las toca y se quiebran. Se las va haciendo resbalar en una tortera y, entre capa y capa, se alterna untando, una con manjar blanco blanco, y la que sigue con mermelada de damasco o de grosellas, tiene que ser una mermelada algo ácida.

-¡Maribel, la torta te está saliendo toda rara, el diámetro de las capas es diferente!

-No te preocupes, ya verás, eso se arreglará al final. Ana, ¿en tus sueños lúcidos nunca ves o conversas con personas que ya no viven?

-¡Uy! Veo en quién estás pensando, tú desearías que yo hable con la madre de Elías.

-Sería fantástico, ¿no?

-De verdad no lo hago nunca, creo que nunca lo he intentado, dice poniéndose muy seria. En general no me parece bien pedirles cosas a los que ya no viven, pero en este caso muy particular pienso que sí se puede intentar, total ¿que más da, no? Antes de dormirme voy a pensar en algunas preguntas para Paulina, ya veremos si responde.

-Mira hemos llegado a la última capa. Ahora viene lo más divertido.

-¿Qué haces?

-Como lo ves, con un gran cuchillo corto todos los bordes hasta dejar un círculo del mismo diámetro. Saco todo lo que sobra, bueno no todo tampoco, allí hay un hoyo muy grande y si emparejo no quedará nada.

-¡Pero si has cortado mucho!, dice Ana riéndose.

-No te preocupes, con el cuchillo corto todo y lo pico bien. Luego unto la torta con manjar y me las arreglo para pegar lo que acabo de picar repartiéndolo por toda la superficie de los lados y por encima, ¿ves? Incluso, si cuando desmoldas una capa se te rompe y no la puedes poner, entonces la utilizas picada al final.

-Primera vez que veo algo así.

-Y yo es la primera vez que conozco a alguien que conoce los sitios donde nunca ha estado, la torta está lista. Lo mejor es esperar por lo menos un par de días antes de probarla, ya verás en una semana estará aún mejor.

-¡Pero en una semana no estaré acá!, exclama Ana.

-Lo que vamos a hacer es que te llevarás la mitad de la torta a Barcelona, le convidarás a tu madre y a tus hermanos, así les llegará algo de nuestro encuentro ¿no? Debes cortar tajadas muy finas, es más agradable y así cunde bien y dura más tiempo.

Al día siguiente nos levantamos temprano. Ana me dice que

obtuvo respuestas y desea leerme su “conversación” nocturna. Yo le digo que prefiero que lo haga cuando partamos a la montaña y lejos de los oídos profanos de Patrick y Camille. De verdad pasé dos días en las nubes con Ana, pero al mismo tiempo tratando de mantener los pies a tierra con mi familia. Son dos mundos paralelos que se ignoran.

Una hora más tarde voy conduciendo en las curvas que suben el cerro Vercors, camino a Corrençon. Le pido a Ana que lea muy lentamente sus notas mientras manejo y que vaya mirando el camino para saber cuándo debe hacer pausas, para que yo pueda seguir con mucha atención la ruta y lo que ella lee. Soy incapaz de hacer dos cosas al mismo tiempo y Ana entendió inmediatamente lo que yo necesitaba. Ana lee lentamente su texto una primera vez:

“Pregunto en los sueños:

-Tatarabuena, mamá de Elías, te saludo con todo mi respeto, y te pido que me digas si hay algo que yo tengo que saber de nuestra historia familiar. Gracias tatarabuena, te mando amor.

=> Estar con el Universo (no estoy muy segura, le vuelvo a preguntar).

=> Estando con el Universo.

-Hola tatarabuena, gracias por contestarme. Ahora dime cómo fue tu muerte cuando fuiste madre del bisabuelo Elías?, si quieres responder.

=> ¿Tú, haces pasteles?

=> Te diré una parte que me hicieron muy rica, que me hiciera tanto daño, que tanto daño, que tanto daño, pero muy poco tiempo.

=> No las continué, ni las disfruté esas treinta y ocho maneras continuas y nada desplazadas.

Veo unas tostadas que se queman. Es pan de molde cortado. Yo separo las que se están quemando para que no se quemen las demás. (El fuego se produce en ellas mismas, no hay un agente exterior que lo produzca).

=> No lo dejé solo en el cordón que se rompió y que te mostré; ni lo dejé solo en ningún momento.

=> Te come vuestro vitral, vuestras cosas... te come.

-Dime abuelita ¿Hay algo que pasó a Elías que influyó tanto en los descendientes suyos?

Algo que pasó a Elías, o algo que pasó anteriormente. Esto es lo último. Gracias por haber venido. Mi amor para ti, adiós.

=> Hizo un camino por el desierto, duro”.

Ana, por favor, ahora vuelve a leer frase por frase y vamos viendo y comentando.

“Pregunto en los sueños:

-Tatarabuela, mamá de Elías, te saludo con todo mi respeto, y te pido que me digas si hay algo que yo tengo que saber de nuestra historia familiar. Gracias tatarabuela, te mando amor.

=> Estar con el Universo (no estoy muy segura, le vuelvo a preguntar).

=> Estando con el Universo.

-¡Qué hermoso eso!, le digo, ese gerundio, ese presente eterno, ahora.

Yo me siento en ese momento como con mis sentidos completamente alertas y muy feliz de estar en el Universo con ellas.

- Sigue, por favor.

Hola tatarabuela, gracias por contestarme. Ahora dime ¿cómo fue tu muerte cuando fuiste madre del bisabuelo Elías?, si quieres responder.

=> ¿Tú, haces pasteles?

-¡Qué divertido! Eso debe ser por la torta de ayer, continúa, por favor.

=> Te diré una parte que me hicieron muy rica, que me hiciera tanto daño, que tanto daño, que tanto daño, pero muy poco tiempo.

¡Qué dolor! Pobrecita, ¡cómo habrá sido ese parto! ¡qué espanto en esa época!

=> No las continué, ni las disfruté esas treinta y ocho maneras continuas y nada desplazadas.

¿Treinta y ocho maneras? ¿treinta y ocho partes de una torta? De la torta de nueces puedes hacer cuarenta partes.

-¡Ana! ¿No seremos treinta y ocho los descendientes de Elías que ella no disfrutó ni continuó? Nunca los he contado.

-¡Sí!, ¡qué buena idea! No lo había pensado. ¿Qué significará eso de nada desplazadas?

-¡Anda a saber! ¿Relacionado con viajes? ¿O tal vez treinta y ocho sanos de espíritu?, el Hijo de Filomena tenía gran retraso mental.

-¡Vaya, eres tú quien debería ser profesora de sueños!

Veo unas tostadas que se queman. Es pan de molde cortado. Yo separo las que se están quemando para que no se quemen las demás. (El fuego se produce en ellas mismas, no hay un agente exterior que lo produzca).

Para mí que tus tostadas son las treinta y ocho partes de la torta, los descendientes. ¡Qué susto!, son como las llamas del infierno!.. ¿?

=> No lo dejé solo en el cordón que se rompió y que te mostré; ni lo dejé solo en ningún momento.

-¿El cordón que se rompió? Ese es el cordón umbilical, ¡es evidente! Y ¿“que te mostré”? El cordón es el Hilo, el ¡Hilo del Medio! ¡Ana, fue ella quién nos mostró el Hilo del Medio!

=> ni lo dejé solo en ningún momento.

-¿El cordón o a Elías? ¿Es ella quién nos está uniendo, es gracias a ella que estamos acá unidas?

=> Te come vuestro vitral, vuestras cosas... te come.

-Ahí sí que nada me viene a la mente, ayúdame Ana.

-Comer en sentido místico es como bendecir. Ella nos da su bendición desde su Vitral, desde su luz celeste.

-¡Qué fuerte!

-¡Síiiii!!

-Dime abuelita, ¿hay algo que pasó a Elías que influyó tanto en los descendientes suyos?

-Algo que pasó a Elías, o algo que pasó anteriormente. Esto es lo último. Gracias por haber venido. Mi amor para ti, adiós.

=> Hizo un camino por el desierto, duro.

-¡Qué raro! ¡Qué misterio! No sé por qué, pero el desierto, lo asocio a la ceguera de tu abuelo José, a los silencios de tu padre y hermanos, ¿quizás a un secreto muy duro de llevar?

No sé cómo lo hice para manejar tan bien, y tan relajada, al mismo tiempo que con uno de mis chakras andaba por la séptima estratosfera celeste comunicando con Ana. Llegando al refugio nos precipitamos a dibujar el árbol genealógico de los descendientes de Elías. Decidimos que la cuenta debía llegar hasta nuestra generación, sin contar a nuestros hijos. No sabíamos si debíamos incluir a Elías o no. Sin contar a Elías y sin contar al hijo enfermo de Filomena llegamos a treinta y ocho descendientes nada “desplazados”. Bueno, eso no es la prueba de nada, pero igual y todo nos pareció extraordinario. (De verdad es que en esos días ignorábamos la existencia de dos de los nietos de tío Mateo, pero en el fondo, eso no tiene gran importancia, lo divertido es el estado de entusiasmo en el que Ana y yo nos encontrábamos).

-Estoy tomando conciencia de que estamos conversando de nuestros abuelos, bisabuelos y tatarabuelos como si estuviesen acá con nosotros, como si fuese la cosa más natural del mundo, me dice Ana mientras caminamos en los bosques cerca del refugio.

-Tienes razón, a mí me pasa lo mismo, es como si todos estuvieran con nosotros.

-Quizás sea de verdad así, quizás siempre sea así, salvo que de costumbre simplemente no se lo percibe.

-A propósito de percibir, y ahora que tú lo mencionas, me

viene al espíritu algo extraño que me sucedió tiempo atrás. ¿Quieres que te lo cuente?

—Sí, por supuesto que me estás intrigando.

—Fue justamente acá, en Corrençon, un anochecer que me encontraba sola en el refugio. Estaba sola meditando y escuchando unas maravillosas Invenções de Bach, esa música siempre me ha literalmente transportado. Meditaba en los ausentes. Una gran amiga de mi hermana Ana María y un amigo mío acababan de morir de leucemia. Ellos nunca habían estado juntos, pero yo los había puesto en contacto por Internet un par de años atrás y ambos se apoyaron mucho, desde lejos, en sus valientes combates. Se apagaron sin saberlo el mismo día. La mejor amiga de una amiga del alma mía acababa de fallecer en Chile de un cáncer. Había seguido esas tres muertes de manera indirecta, pero con mucha atención y tristeza. Pensaba también en la hija de una amiga fallecida en un trágico accidente de la circulación y que su madre me había hecho amar sin jamás haberla conocido. Pensaba en una amiga de Mallorca y en su hermana Catalina que nos dejó. Pensaba en esas muertes recientes y en las antiguas, en mi querida Filomena, en tía Eldha, en mis dos abuelas. Pensaba sobre todo en mujeres y en las amigas, hijas, madres o hermanas, que las amaban. Me sentí cerca de todas esas almas, sentí cómo el tiempo no existía, cómo Filomena me servía de guía uniéndome con las mujeres que nos precedían. Sentí que formábamos una misma tela, que cada una de nosotras era como una hebra de la tela, como una nota de la música que ese instante me embargaba de emoción. En ese momento tomé un lápiz y me puse a escribir. Brotaron palabras que sentía profundamente y, en cierto modo, sentí que no era yo quien escribía, era una emoción profunda que se transformaba sola en palabras sin que yo interviniera. Sentí que esas palabras necesitaban ser dadas, que no debía guardarlas para mí, que yo era sólo un instrumento, un puente para entregar ese mensaje, esas palabras. Lo hermoso es que las palabras quedaron escritas y que la fuerza está para siempre en ellas. Ese es el poema de “Los silencios” que le di a Gaviota y que ella te debe haber mostrado.

—Sé muy bien de qué hablas, es muy hermoso y muy profundo lo que allí está escrito.

—Lo extraordinario es que la frase de la tatarabuela que escu-

chaste en tu sueño “Estando con el Universo” refleja en tres palabras todo el sentido de la emoción que sentí al escribir ese poema, es como si ese mensaje que llegó a través de ti del Más Allá fuese exactamente el mismo que llegó a través de lo que escribí.

–Sí, tienes razón, hablabas de que el tiempo no existe.

–Sólo ahora tomo conciencia, Ana, de que todo lo que me sucedió después fue como la consecuencia de ese instante durante el cual el pasado, el presente y el futuro se juntaron, de ese instante en que la muerte no existía. Lo que sucedió después, y que nos ha unido, ha sido como la prueba, por hechos reales tangibles y extraordinarios, de que esa sensación tan fuerte que tuve fue mucho más que una ilusión. En cierto modo siento que lo que hemos vivido es como un regalo que todas esas almas nos han hecho.

Esa noche, víspera de su partida, busqué entre mis escasos tesoros las dos monedas de oro que tía Filo me había dado

–Ana, estoy segura de que si tú hubieses estado en Chile tía Filo te habría dado una de estas monedas. Toma, te doy algo que pienso que siempre debió haber sido tuyo.

–¡Graaaaacias!, ¡qué emoción!, ¡el oro es todo un símbolo!

–Dale pues las gracias a ella, estoy segura de que ella está por acá mirándonos, gozando de vernos juntas. Que es ella quien ha logrado que estés acá en este momento. A propósito, hoy estamos a cinco de abril, ¡es justamente el día de su cumpleaños!, casi lo había olvidado.

–¡Qué coincidencia!

–¿Coincidencia?

–¿Y cuántos años cumpliría?

Hoy día Filomena cumpliría justamente noventa años, vamos a probar la torta para celebrarlo.

Meses más tarde supe que, exactamente el mismo día en que hicimos la receta con Ana, mi madre hacía lo mismo con Olivia, la hija menor de su amiga Pupy. Cuando había escrito mis recuerdos de Punta Arenas, fue pensando en Olivia que había dicho: “*A ella sí que le daría la receta si me la pide algún día*”. A veces pasan años sin que yo cocine esa torta. No deja de ser divertido que, sin ponernos de acuerdo Anita y yo, la hayamos enseñado ese mismo día.

Tía Pupy y tía Filo fueron dos de las muchas almas que llenaron mi corazón una tarde en Corrençon. Dicen que las almas no tienen nombres. Quizás sea así. En todo caso esa tarde tuvieron nombres, voces, amores, y cantaron una parte de sus cantos para mí.

Estando con el UNIVERSO

Ningún nombre aparece. Es así. Las almas no tienen nombre.
Son almas de mujer.

Es buena la soledad cuando tienes el corazón entero.
Cuando sabes que allá lejos en esta tierra,
en este tiempo o en el otro tiempo, tienes almas hermanas
que a través de lo invisible están junto a ti.

Compañía no es compañía del cuerpo.
Es integrar en uno el ser que nos une.
Es compartir una certeza de algún amor sin tiempo ni espacio.

Es buena la soledad cuando tienes el corazón lleno.
La música verdadera es como el silencio de la paz.
No es ruido, es silencio que hace nacer una emoción,
que acerca lo inalcanzable, que logra durante un instante
callar el tiempo, las palabras.

Cada nota es oración de amor puro. De ser.
De desear que esta paz esté en ti, en ella.
Esta misma paz. No importa nada que no sea ahora allá.
El ahora no existe, el siempre sí.
Sé que lo que siento tú lo sientes en tiempo tuyo.
¿Crees perderte? ¿Estás perdida un momento?
No temas, la luz está siempre allí. Sé paciente.
Tu instante de alboroto pasará. Ya vendrá la paz.
Siempre estará. Es más fuerte que cada una de nosotras.
Es más fuerte que nuestras dudas y temores.
Es un misterio. No tiene voz.
Sólo música, luz, silencio.

Todo el desorden del día,
todas las contradicciones de mis apariencias,

todas las debilidades de mis actos absurdos,
no logran enturbiar mi luz profunda.

No es mía, no es tuya. Es la vida misma.
Somos ella. Somos su cuerpo, con días y noches, amores, dolores.
En el fondo la luz, el silencio.

Esto es lo que siempre nos ha unido.
Un segundo de esta paz es más potente que un siglo de miseria.
No me pidas entenderlo, explicarlo, no podría,
pienso en ti.

Epílogo

18 de febrero 2001

Días después de la partida de Ana recibí una carta que me dio mucha alegría leer:

Barcelona, 9 de abril 1999

Hola Maribel

Soy la mamá de Any

Tu tarta estaba tan exquisita que me la he comido casi toda. ¡Poquito a poquito, que es como se van comiendo las cosas buenas!

Pero como soy una buena madre, he dejado un poco para Nivia y Darko.

Hacía mucho, mucho tiempo que no comía una cosa tan rica. Muchas gracias por acordarte de nosotros.

¡Y la mermelada de ruibarbo! Tú no te imaginas cuántos recuerdos me ha traído sentir su sabor. Aquellos días en que mi mamá preparaba la mermelada en unas ollas muy grandes y la metía en potes herméticos para tener durante el invierno. Y luego vienen a la mente todas las otras cosas vividas que ahora están tan lejanas.

Y hablando de recuerdos y emociones, también me emocioné muchísimo con el libro que estás escribiendo. ¡Es increíble! Hay tantas cosas similares que hemos vivido los magallánicos a pesar de la diferencia de edad, como el aceite de hígado de bacalao, las pastas de té que se preparaban en casa, las ovejas, el frío, el viento...

Te agradecemos mucho nuevamente los regalos que nos has enviado y te deseo mucha felicidad junto a tu familia.

Recibe un fuerte abrazo

Maika

Hoy día percibo mejor la emoción de Maika y mi alegría de ayer se mezcla a un dejo de tristeza. Creí sanar de mi nostalgia escribiendo este libro y ella no ha cesado de aumentar. Escribí guiada por el deseo de compartir con mis hijos la parte de historia que les viene a través de mí y ellos no quisieron leerla. Tuve que resignarme a traducirla al francés para que Anne-Sophie la leyera por fin. Nuestra complicidad creció, pero una vez más en la vida tuve que renunciar a mi lengua materna para llegar al corazón de mi niña. Camille aún no ha leído, me digo –para consolarme– que es cosa de la edad. La dificultad principal no reside en el idioma, ellos hablan el español, pero sólo por obligación. Poco a poco he ido tomando el peso de lo que una mujer renuncia al casarse con un extranjero y partir a vivir a otro país, lejos de su grupo familiar, con otra cultura, con otra lengua. Una amiga dice que este peso aumenta con los años y pienso que tiene razón. Siento dolor por pasar cada día al lado de algo esencial en la relación con los seres que más amo. A pesar de toda la ternura y comprensión que compartimos con Patrick, estamos separados por un océano de emociones que nos vienen de la infancia, por corrientes contrarias donde suelen naufragar mi espontaneidad y muchos de nuestros esfuerzos por transmitir, con una misma voz, el amor a nuestros hijos.

Creía estar bien integrada a mi país de adopción y ahora veo que lo hacía negando una parte de mí misma. De repente ha surgido en mí como un abismo de soledad. Quizás sea un efecto pasajero, el resultado natural al emerger de tres años de escritura. No lo sé. Hoy siento la necesidad de retomar el camino a casa. No es un problema de geografía. Debo hacerlo desde acá.

Necesito aprender a afirmar mi propia voz, continuando la restauración del frágil hilo de mi historia, hasta que sea suficientemente sólido, como para atar con firmeza todos los nudos que vienen de mi tierra, de mis padres y de mi infancia, de tal manera de poder entrelazarlos amorosamente y amarrarlos, con la misma fuerza con que acojo aquellos que vienen por el lado de mi esposo.

Sólo entonces habré terminado mi ardua labor y un canto de gratitud y de alegría surgirá de nuestras dos voces, haciendo vibrar la tela entera, resonando en cada uno de sus hilos y en cada una de sus almas.

Impreso en los talleres
digitales de RIL editores.
Teléfono 2254269
ril@rileditores.com
Santiago de Chile, marzo de 2001



He llegado a Punta Arenas. ¡Tierra de los amores de mis bisabuelos, de mis abuelos, de mis padres, de mi hermana mayor y de un dulce recuerdo de mis veinte años! Me gusta respirar tu aire, sentir tu fuerza y energía, ciudad del confín del mundo donde dicen que es más fácil llegar que partir. ¡Cuánto me ha costado llegar esta vez hasta ti, mi bella ciudad natal! El primer día beso

el pie del indio de la plaza Muñoz Gamero. Camino por la avenida Colón y contemplo emocionada la noche iluminada con luz de diciembre. Luz que se refleja a través de las negras nubes en la piel de las aguas frías del Estrecho. Nubes negras que corren con fuerza por encima de la tierra austral dejando asomar un cielo azul oscuro. La tierra está aún de día, se distingue con claridad lo rojo de unos techos y lo blanco y azul de los muros y ventanas de las casas que ellos cobijan. Los rayos de sol de las diez y media de la noche, ¿de dónde viene el sol en estas tierras?, pintan de dorado las minúsculas piedrecillas de la playa y hacen brillar la espuma de las no menos minúsculas olas que las vienen a acariciar. Amo las piedrecillas del Estrecho, con el amor de la niña de cinco años que jugaba en este lugar.

ISBN 956-284-155-3



9 789562 841559